

HERDER

IDEAS  
PARA UNA FILOSOFÍA  
DE LA HISTORIA  
DE LA  
HUMANIDAD

(1784)

Traducción directa de  
J. ROVIRA ARMENGOL



EDITORIAL LOSADA, S. A.  
BUENOS AIRES

ABIF: \_\_\_\_\_  
SQUIS: F-28636  
COHA: 1942-1943  
EDU D: Pozzo  
s. bca/-

Título del original alemán:  
*Ideen zur Philosophie der Geschichte  
der Menschheit*

Queda hecho el depósito que  
previene la ley n.º 11.723

© Editorial Losada S. A.  
Buenos Aires, 1959

D16.8  
H496  
cJ-2

LIBRERÍA  
JOSÉ MARÍA



FILOSOFIA  
Y LETRAS

PRINTED IN ARGENTINE

Este libro se terminó de imprimir el día 24 de agosto de 1959, en Artes  
Gráficas Bartolomé U. Chirotto S. A., Ameghino 238, Avellaneda - Bs. Aires.

## PRIMERA PARTE

*Quem te Deus esse  
Iussit et humana qua parte locatus es in  
re Disce.*

PERSIO

## PREAMBULO

CUANDO hace diez años publiqué la obrita: *También una filosofía de la historia para la cultura de la humanidad*, el "también" de ese título pretendía significar todo lo que se quiera menos un "Anch'io sono pittore". Como indicaba también el aditamento "Aportación a las muchas aportaciones del siglo" y asimismo el motivo que le servía de base, quería ser más bien una nota de modestia el hecho de que el autor de esa obra distara mucho de considerarla una filosofía completa de la historia de nuestro género, y que, al lado de tantos caminos trillados que se recorrían incesantemente, señalara un pequeño sendero que se solía dejar a un lado a pesar de que tal vez merecía que por él pasaran las ideas. Las obras citadas en el libro alguna que otra vez, indican suficientemente cuáles eran los caminos trillados y recorridos de los cuales quería apartarse el autor; de ahí que su ensayo no fuera más que una hoja volante, una aportación a aportaciones, provista también de figura propia.

La obrita se agotó pronto, lo cual me animó para hacer una nueva edición; pero en la actualidad resultaba imposible que esta nueva edición se atreviera a presentarse en su antigua figura a los ojos del público. Puede observarse que algunas de las ideas de mi obrita habían pasado a otros libros aun sin mencionarse mi nombre, habiendo sido aplicadas con unos alcances que yo no había querido darles. Se había hecho caso omiso del "también", y, sin embargo, jamás se me habría ocurrido que las pocas palabras alegóricas: infancia, juventud, edad viril, avanzada, de nuestro género, cuya pro- secución no se aplicaba ni era aplicable más que a unos pocos pueblos de la tierra, hubieran de servir para trazar una gran ruta con que pisando terreno firme pudiera medirse siquiera la historia de la cultura y menos aún la filosofía de toda la historia de la humanidad.

• ¿Qué pueblo hay en la tierra que no tenga cultura propia? ¿No resultaría demasiado angosto el plan de la Providencia si todo el in-

ANEXOS

7 VENTANA  
PLAN DE  
PROVIDENCIA

individuo del género humano hubiese sido creado para lo que nosotros calificamos de cultura y que a menudo no es más que refinada debilidad? Nada más indeterminado que esta palabra, nada más capcioso que su aplicación a pueblos y épocas enteras. ¿Cuán pocos son los cultos en un pueblo culto? Y ¿dónde tenemos que ver esa excelencia? ¿Hasta dónde contribuye ella a su felicidad? Es decir, a la felicidad de los hombres individuales, ya que la abstracción de que Estados enteros puedan ser felices siendo desdichados todos los miembros individuales que viven en ellos, es un contrasentido, o mejor dicho: una expresión vacua que se pone de manifiesto como tal al primer vistazo.

Por lo tanto, para que la obra fuera digna de su título, se imponía partir de mucho más hondo y tratar con mucha mejor amplitud el círculo de las ideas ¿Qué es la felicidad de los hombres? ¿hasta dónde tiene lugar ésta en nuestra tierra? ¿hasta dónde, dada la gran diferencia de todos los seres de la tierra especialmente entre los hombres, tiene lugar universalmente, con cualquier organización, en cualquier clima, en todas las revoluciones de las circunstancias, de las edades de la vida y de las épocas? ¿Hay una norma para medir esas distintas circunstancias, y acaso la Providencia calculó que el bienestar de sus criaturas en todas esas situaciones había de ser el fin último y supremo de ellas? Todas esas cuestiones tenían que ser investigadas, y seguidas y aquilatadas a través de la marcha lenta de los tiempos y organizaciones, antes de poder obtener un resultado universal para el conjunto de la humanidad. Eso ofrecía vasto campo que recorrer y había que hurgar en una gran profundidad. Yo había leído casi todo lo escrito sobre el tema, y desde mi juventud constituía una especie de tesoro hallado todo libro nuevo que se publicaba sobre la historia de la humanidad, en el cual esperaba encontrar yo aportaciones para mi gran tema. Me satisfacía que en los últimos años progresara cada vez más esa filosofía, y aprovechaba todos los auxilios que el azar me deparaba.

Un autor que expone su libro, si éste contiene ideas que él, si no descubrió (pues bien poco es lo que realmente puede descubrirse en nuestra época) por lo menos halló y se apropió, y hasta vivió en ellas largos años como si fueran propiedad de su espíritu y de su corazón, un autor así, digo yo, entrega con su libro, bueno o malo, algo así como una gran parte de su alma al público. No sólo revela en qué se ocupó su espíritu en ciertos períodos y asuntos, qué dudas y soluciones encontró en el curso de su vida, unas preocupándole, y otras animándole, sino que además cuenta con que habrá algunas, tal vez pocas, almas afines, para las cuales estas ideas u otras semejantes adquirieron importancia en el laberinto de sus años (pues de otra suerte ¿qué aliciente habría en el mundo para llegar a ser autor

y comunicar los asuntos del propio pecho a una multitud feroz?) Con esas almas sostiene un coloquio invisible y a ellas participa sus impresiones al igual que espera de ellas sus mejores ideas y enseñanzas en el caso de que ellas hayan avanzado más que él. Ese comercio invisible de espíritus y corazones es el único y máximo beneficio de la impresión de libros, que por lo demás trajo a las naciones tantos daños como provechosos. El autor imaginó que se hallaba entre aquellos que realmente sentían interés por lo que él escribía y en quienes deseaba suscitar ideas coincidentes o mejores. Es éste el valor más bello de la tarea de escritor, y toda persona de rectas intenciones se alegrará mucho más de lo que suscite que de lo que haya dicho. Quien piense cuán provechoso le resultó a veces tal o cual libro, o siquiera tal o cual idea de un libro, qué alegría le proporcionó encontrar por su misma senda o por otra mejor a otro espíritu alejado de él pero vecino por su actividad, cómo a menudo una idea semejante nos ocupa años enteros y nos lleva adelante, ése no considerará como asalariado a un escritor que le hable y le comunique su íntimo pensamiento, antes bien como amigo que aun con ideas imperfectas se le acerca confiadamente para que el lector experto piense con él y lleve más cerca de la perfección lo que él sólo imperfectamente había concebido.

En un tema como el mío: "Historia de la humanidad, filosofía de su historia", esa humanidad del lector es, creo yo, deber grato y primordial. Hombre era quien escribió y hombre eres tú que lees. El autor pudo equivocarse y tal vez se equivocó: tú tienes conocimientos que él no tiene ni puede tener; emplea, pues, lo que tú sabes y considera su buena voluntad; no te limites a reprocharle, antes bien corrígele y sigue edificando. Con mano débil echó él algunos cimientos para un edificio que sólo los siglos pueden completar, y será feliz si luego la tierra cubre estas piedras quedando en el olvido quien las colocó, a condición de que sobre ellas o en otro lugar se levante sólo el más bello edificio.

• Pero sin darme cuenta me alejé demasiado de mi objetivo inicial: la historia de cómo me puse a trabajar en esta materia y de cómo volví a ella con tareas y deberes totalmente distintos. Ya en años bastante tempranos, cuando los valles de las ciencias se extendían ante mí con todas sus galas matutinas de que nos priva el sol meridiano de nuestra vida, me asaltó a menudo la siguiente idea: ¿por qué, si todo tiene en el mundo su filosofía y ciencia, no la tendrá también lo que más nos importa: la historia de la humanidad, por qué no tendrá ésta una filosofía y ciencia a grandes rasgos? Todo me hacía pensar en eso: la metafísica y la moral, la física y la historia natural, y, por último, más que nada, la religión. Dios, que todo lo ordenó en la naturaleza según medida, número y peso, que según

eso instituyó la esencia de las cosas, su figura y enlace, su curso y conversación, de suerte que desde las grandes estructuras universales hasta el grano de polvo, desde la fuerza que sostiene tierras y soles hasta el hilo de una telaraña, sólo reina una sabiduría, bondad y poder, él, que también en el cuerpo humano y en las energías del alma humana lo concibió todo de un modo tan maravilloso y divino que cuando, aunque sólo sea de lejos, pretendemos meditar sobre la sabiduría única nos perdemos en un abismo de sus ideas; ¿cómo, me decía a mí mismo, este Dios iba a hacer caso omiso de su sabiduría y bondad y a prescindir de todo plan en la disposición y organización del conjunto de nuestro género? ¿Podíamos creer que nos lo quisiera esconder después de que tanto nos había mostrado de las leyes de su designio en la creación inferior que menos nos interesa? ¿Qué es el género humano en conjunto sino un rebaño sin pastores? O, como decía el quejumbroso sabio: "¿Los dejarías ir como peces por mar, o como gusanos sin dueño?", ¿Acaso no necesitarían conocer el plan? Yo bien lo creo, pues ¿qué hombre abarca ni el más pequeño esbozo de su propia vida? Y, sin embargo, ve hasta dónde tiene que ver, y sabe lo bastante para guiar sus pasos. No obstante ¿no se utilizará esta misma ignorancia como pretexto para los mayores abusos? Cuántos hay que niegan que haya un plan por la sola razón de que no lo ven, o, por lo menos, lo conciben con tímida vacilación y dudando creen y creyendo dudan. Se rebelan violentamente contra la idea de que el género humano sea un montón de hormigas que el pie de una más fuerte, a su vez hormiga informe, pisotea a miles, aniquila a miles en sus pequeñas o grandes empresas, hasta que, por último, los dos grandes tiranos de la tierra, el azar y el tiempo, se llevan todo el montón sin dejar huella, para que el lugar vacío sea ocupado por otra grey laboriosa, que a su vez será arrastrada sin dejar huella. El orgulloso hombre se niega a considerar su género como tal cría de la tierra y como presa de la descomposición que todo lo destruye; y, sin embargo, ¿no le obligan a aceptar ese cuadro la historia y la experiencia? ¿qué es, si no, cuanto en la tierra se consume? ¿qué es el todo de la tierra? ¿Acaso los tiempos no están ordenados como lo están los espacios? Y ambos son gemelos de un solo destino. Aquéllos están llenos de sabiduría, éstos de aparente desorden; y, no obstante, el hombre está hecho notoriamente para buscar orden, para abarcar un punto del tiempo, para edificar el futuro sobre el pasado, puesto que para ello tiene el recuerdo y la memoria. Y bien, ¿acaso ese edificio de unos tiempos sobre otros no hace del conjunto de nuestro género un gigantesco edificio informe, en el cual saca uno lo que otro trajo, donde queda parado lo que nunca debiera haberse construido, y en el curso de los siglos se convierte finalmente todo en escombros bajo los cuales, y tanto más cuanto más frágiles sean, moran confiadamente los per-

plejos seres humanos? No quiero continuar la serie de esas dudas ni seguir las contradicciones del hombre consigo mismo, con los demás hombres y con el resto de la creación. Bastará decir que busqué una filosofía de la historia de la humanidad donde me fue posible buscarla.

Que la haya encontrado o no, es cosa que puede decidir esta obra, aunque no ya su primera parte. Esta contiene sólo los fundamentos, en parte en una visión general de nuestros habitáculos, en parte en el tránsito de los organismos que por debajo de nosotros y con nosotros gozan de la luz de este sol. A nadie se le antojará, espero yo, que este paso esté demasiado lejos y sea demasiado largo, puesto que, como para leer en el libro de la creación el destino de la humanidad no hay otro que ése, nunca será por demás todo el cuidado y todo el estudio que se le prodigue. Quien desee sólo especulaciones metafísicas, las tendrá en un camino más corto; mas yo creo que éstas separadas de las experiencias y analogías de la naturaleza, son un viaje por los aires que raras veces llevará a puerto. El paso de Dios en la naturaleza, las ideas que de hecho nos expuso el eterno en la serie de sus obras, son el libro sagrado en cuyos caracteres yo, más modesto que un aprendiz, deletreé y seguiré deletreando con fidelidad y ardor. Si tuviera la suerte de poder comunicar siquiera a un solo lector algo de la dulce impresión que sentí sobre la sabiduría y bondad del Creador inescrutable en sus obras, y con una confianza que no sé cómo calificar, esta impresión de confianza sería el vínculo más seguro con que podríamos aventurarnos en el curso de la obra por el laberinto de la historia humana. Por todas partes, la gran analogía de la naturaleza me llevó a las verdades de la religión, que sólo mediante grandes esfuerzos tuve que reprimir, porque no quería arrebatármelas de antemano, y paso a paso únicamente quería permanecer fiel a la luz que por doquiera venía a mí de la escondida presencia del Creador en sus obras. Tanto mayor placer será para mis lectores y para mí que siguiendo nuestro camino acabemos viendo que ésta luz de oscuros resplandores se convierte en llama y sol.

Nadie se llame a engaño si a veces utilizo personificado el nombre de la naturaleza. La naturaleza no es un ser independiente, sino que Dios lo es todo en sus obras; sin embargo, no quise hacer un uso abusivo de este nombre santísimo (que ningún ser racional debería pronunciar sin la más profunda veneración) al tener que utilizarlo a menudo y sin poder imprimirle siempre la debida santidad. Si alguien ha llegado a considerar absurdo y bajo el nombre de la naturaleza, a causa de algunas obras de nuestra época, que lo sustituya en su espíritu por aquella omnipotente fuerza, bondad y sabiduría, y lo llame en su alma el ser invisible que ningún lenguaje terreno podría nombrar.

historia =  
los escombros

vs.  
especulaciones  
metafísicas  
analogías  
de la nat.  
y exp.

Anal. de la  
nat.  
religión

la  
NAT. NO  
tiene  
autonomía;  
es sólo  
(ccv. 5.º no)

T. 2.  
HUM.  
PLAN  
vs.  
HUM.  
informe  
sólo de  
informe

PS. orgánicas  
de la  
creación

Lo mismo cabe decir cuando me refiero a las fuerzas orgánicas de la creación; no creo que haya que considerarlas *qualitates occultae*, pues a nuestra vista están sus notorios efectos, y no supe darles un nombre más determinado y más puro. Sobre ellas y sobre algunas materias más, a las que sólo por alusiones hube de referirme, me reservo un futuro tratamiento.

En cambio, me satisface que mi labor de estudiante produzca en una época en que manos maestras trabajan y atesoran en tantas ciencias y conocimientos especiales, y a las que tuve que ir en busca de materiales. De ellas tengo la seguridad de que no han de despreciar, antes bien corregirán, el ensayo exotérico de un profano en sus artes, pues siempre he observado que cuanto más real y sólida es una ciencia tanto menos se producen vanas disputas entre los que la cultivan y aman, que dejan para los expertos en palabras las discusiones de palabrerías. En la mayor parte de sus momentos, mi obra revela que todavía no puede escribirse una filosofía de la historia humana pero que tal vez pueda escribirse a fines de este siglo o de este milenio.

Por lo tanto, a tus pies, gran ser, alto genio invisible de nuestro género, pongo la obra imperfecta que un mortal escribió y en la cual se aventuró a seguir tus huellas, tus pasos. Sus hojas se marchitarán y sus caracteres se borrarán; también se borrarán las formas y fórmulas en que yo vi tus huellas e intenté expresarlas para mis hermanos los hombres; pero tus ideas permanecerán, y tú irás descubriéndolas paso a paso a tu linaje y exponiéndolas en figuras sublimes. Me consideraré feliz si estas hojas se hundan luego en la corriente del pasado para ser sustituidas por ideas más claras en las almas de los hombres.

HERDER.

Weimar, 23 de abril de 1784.

imposibilidad  
de la  
tarea

*Quid non miraculo est, quum primum in notitiam venit? Quam multa fieri non posse, priusquam sint facta, iudicantur? Naturae vero rerum vis atque majestas in omnibus momentis fide caret, si quis modo partes ejus ac non totam complectatur animo.*

PLINIO

## LIBRO PRIMERO

### I

#### NUESTRA TIERRA ES UNA ESTRELLA ENTRE ESTRELLAS

NUESTRA filosofía de la historia del género humano tiene que comenzar desde el cielo si quiere merecer de algún modo tal denominación. Como nuestra morada, la tierra, nada es por sí misma, sino que por las fuerzas celestiales que se extienden a todo nuestro universo, recibe su condición y figura, su capacidad de organización y conservación de las criaturas, es indispensable, ante todo, no estudiarla sola y aislada, sino en el coro de mundos en que está colocada. Con vínculos invisibles, eternos, está sujeta a un punto central, el sol, del cual recibe luz, calor, vida y fomento. Sin él no podríamos concebir nuestro sistema planetario, al igual que no hay círculo sin centro; con él y con las benéficas fuerzas de atracción, de que el ser eterno lo dotó lo mismo que a toda la materia, vemos formarse en su reino, según leyes simples, bellas y sublimes, planetas que alegres e incansables giran alrededor de sus ejes y de un punto central común en los espacios, proporcionados a su magnitud y densidad, y hasta según esas mismas leyes se forman alrededor de algunos de ellos lunas que se mantienen en su órbita. Nada produce una impresión tan sublime como esta imagen del gran edificio del universo; y el entendimiento humano acaso jamás haya arriesgado un vuelo más extenso, que en parte terminó felizmente, como cuando en Copérnico, Kepler, Newton, Huyghens y Kant<sup>1</sup> descubrió y verificó las leyes simples, eternas y perfectas de la formación y movimiento de los planetas.

Me parece que es Hemsterhuis quien se queja de que este sistema maravilloso no tenga sobre todo el ámbito de nuestros con-

<sup>1</sup> *Allgemeine Naturgeschichte und Theorie des Himmels* (Koenigsberg y Leipzig, 1755), es una obra (de Kant) mucho menos conocida de lo que su contenido merece. En sus *Kosmologische Briefe*, Lambert, que no la conocía, expresó algunas ideas muy afines a las de esa obra, y Bode, en su *Kenntnis des Himmels*, utilizó algunas conjeturas mencionándolas con los debidos honores.

ceptos el efecto que habría tenido sobre todo el entendimiento humano si hubiese sido verificado con exactitud matemática en tiempo de los griegos. Las más veces nos contentamos con considerar la tierra como un grano de polvo suspendido en aquel gran precipicio en que tierras desarrollan sus órbitas alrededor del sol, en que este sol y otros mil giran a su vez alrededor de su centro y tal vez varios de esos sistemas solares en los dispersos espacios del cielo, hasta que tanto la fantasía como el entendimiento acaban por perderse en ese mar de inconmensurabilidad y eterna grandeza sin encontrar en parte alguna fin o salida. Pero el mero asombro que nos anonada, difícilmente será el efecto más noble y más permanente. Para la naturaleza que por doquiera se basta a sí misma, el grano de polvo es tan valioso como un todo inmenso. Ella determinó puntos del espacio y de la existencia, en los cuales habían de formarse mundos, y en cada uno de esos puntos está tan completa, con su inseparable plenitud de poder, sabiduría y bondad, como si no hubiese otros puntos de formación, otros átomos del universo. Por lo tanto, si abrimos el gran libro del firmamento y contemplamos ese inmenso palacio que sólo la divinidad puede ocupar, y ocuparlo ella por doquiera, llegamos a la conclusión, de esta suerte indivisible, del todo a lo singular y de lo singular al todo. Fué una sola fuerza la que creó el sol brillante y mantiene en él mi grano de polvo; una sola fuerza la que hace mover una vía láctea de soles alrededor tal vez de Sirio y la que en las leyes de la gravedad actúa en mi cuerpo terrenal. Y como veo que el espacio ocupado por esta tierra en nuestro templo solar, el lugar determinado por ella con su órbita, su magnitud, su masa, junto con todo lo que de ella depende, está determinado por leyes que actúan en lo inconmensurable, si no quiero enfurecerme contra lo infinito, no sólo estaré contento en este lugar y me satisfará figurar en él formando coro armónico con innumerables seres, sino que, además, mi negocio más sublime será preguntar qué debo ser en este lugar y dando por supuesto que sólo en él puedo serlo. Y si en lo que me parezca lo más limitado y contrario encontrara no sólo huellas de aquella gran fuerza formadora sino también concordancia notoria de lo ínfimo con el designio del Creador pasando hacia lo inconmensurable, sería la más bella cualidad de mi razón imitadora de Dios que siguiera este plan y me acomodara a la razón celestial. En consecuencia, no buscaré en la tierra ángeles del cielo, pues a ninguno de ellos vieron mis ojos, sino que habré de querer encontrar en ella habitantes de la tierra, hombres, aceptando con todo cariño lo que la gran madre produce, sostiene, nutre, tolera y, por último, alberga amorosa en su regazo. Sus hermanas, otras tierras, pueden enorgullecerse y gozar de otras criaturas, acaso más sublimes; basta que en ellas viva lo que vivir puede. Mis ojos están formados para el rayo solar en ésta y no en

otra distancia del sol, mis oídos para este aire, mi cuerpo para esta medida terrestre, todos mis sentidos a base de esta organización de la tierra y para ella: en consecuencia, actúan también mis fuerzas espirituales; todo el espacio y esfera de acción de mi género está, pues, tan firmemente determinada y circunscrita como la masa y órbita de la tierra en que debe tener lugar toda mi vida; de ahí también que en muchos lenguajes el hombre tome el nombre de su madre la tierra. Pero cuanto más ésta mi madre pertenezca a un mayor coro de armonía, bondad y sabiduría, cuanto más fijas y soberanas sean las leyes en que descansa su existencia y la de otros mundos, cuanto más observe que en ellas el todo se deduce de lo uno y lo uno sirve al todo, tanto más firmemente encuentro también que mi destino está unido, no al polvo de la tierra, sino a las leyes invisibles que rigen el polvo de la tierra. La fuerza que en mí piensa y actúa, es por su naturaleza una fuerza tan eterna como aquella que conjuga soles y estrellas; su instrumento puede periclitarse, la esfera de su acción modificarse, cual periclitarse las tierras y cambian de lugar las estrellas; pero las leyes por las cuales existe y aparece en otros fenómenos, no se modifican nunca. Su naturaleza es eterna, como el entendimiento de Dios, y los pilares de mi existencia (no de mi aparición corporal) son tan firmes como los del universo. Pues toda existencia es igual a sí, es un concepto indivisible, y lo mismo en lo mayor que en lo menor se funda en unas mismas leyes. En consecuencia, la estructura del edificio del mundo asegura el núcleo de mi existencia, mi vida interna, por eternidades. Dondequiera y quienquiera que yo sea, seré el que soy ahora, una fuerza en el sistema de todas las fuerzas, un ser en la inabarcable armonía de un mundo de Dios.

## II

## NUESTRA TIERRA ES UNO DE LOS PLANETAS MEDIANOS

La tierra tiene dos planetas, Mercurio y Venus, inferiores a ella, y Marte (y tal vez haya aún otro escondido encima de él), Júpiter, Saturno y Urano, superiores a ella, y todos los demás que pueda haber hasta perderse la esfera de influencia regular del sol, y la órbita excéntrica del último planeta interfiere en la bárbara eclipse de las órbitas de los cometas. Es, pues, una creación intermedia tanto por el lugar como también por la magnitud, la proporción y la duración de su rotación alrededor de sí misma y de su traslación alrededor del sol; todo extremo, lo máximo y lo ínfimo; lo más

rápido y lo más lento, se aleja de ella por ambos lados. Ahora bien, así como nuestra tierra tiene un lugar cómodo para la visión astronómica del conjunto de los demás planetas<sup>1</sup>, sería magnífico que pudiéramos conocer más de cerca siquiera algunos de los miembros de este orden sideral. Un viaje a Júpiter, a Venus o aunque sólo fuera a nuestra Luna, nos daría tantas revelaciones sobre la formación de nuestra tierra, que surgió de acuerdo con las mismas leyes que aquéllos, sobre las relaciones de nuestros géneros terrenos con las organizaciones de otros cuerpos mundiales de una clase superior o inferior, y aun tal vez sobre nuestro futuro destino, y entonces, a base de las condiciones de dos o tres miembros, podríamos deducir más osadamente el curso ulterior de toda la cadena. La naturaleza limitativa, determinante, nos prohibió esta perspectiva. Vemos la Luna, examinamos sus enormes precipicios y montañas; Júpiter, y observamos sus ingentes revoluciones y franjas; vemos el anillo de Saturno, la luz rojiza de Marte, la más suave de Venus, y de todo ello conjeturamos lo venturoso o desventurado que de ello creemos comprender. En las distancias de los planetas reina la proporción; también acerca de la capacidad de sus masas se han obtenido consecuencias probables, con lo cual se ha ensayado poner en relación su impulso, su órbita; pero todo esto sólo matemáticamente, no físicamente, porque, no siendo nuestra tierra, nos falta un segundo miembro para la comparación. La relación de sus magnitudes, de su impulso, de su órbita, por ejemplo con su ángulo con el sol, no ha sido aún objeto de una fórmula que permita también en este caso explicarlo todo a base de una misma ley cosmogónica. Menos conocido nos es aún hasta dónde llegó cada uno de los planetas en su formación, y lo que menos sabemos es la organización y el destino de sus moradores. Lo que Kircher y Swedenborg soñaron sobre eso, las chanzas que inspiró a Fontenelle, las conjeturas que, cada uno a su manera, arriesgaron Huyghens, Lambert y Kant, demuestran que de eso nada sabemos, que nada debemos saber. Que nuestra estimación sea más elevada o más baja, que pongamos la perfección de las criaturas más cerca o más lejos del sol, todo eso no es sino un sueño interrumpido a cada paso a falta de un conocimiento del grado de avance de la diferenciación de los planetas, y en definitiva sólo llegamos al resultado de que, como en la tierra, impera en todas partes la unidad y la diversidad, pero de que tanto la medida de nuestra razón como el ángulo visual de nuestra perspectiva no nos proporcionan la menor norma para decidir si hay progreso o retroceso. No estamos en el punto central sino en el tumulto; como otras

<sup>1</sup> KASTNER, *Lob der Sternkunst*, en *Hamburgisches Magazin*, t. 1, págs. 206-53.

tierras, navegamos en la corriente y carecemos de medida para la comparación.

Pero si queremos y podemos sacar conclusiones anticipatorias y retroactivas a base de nuestra posición con respecto al sol, fuente de toda luz y vida en nuestra creación, diremos que le correspondió a nuestra tierra la dudosa suerte áurea de la mediocridad, que, por lo menos para consolarnos, podemos soñar que es un feliz punto medio. Si Mercurio hace su rotación alrededor de su eje, o sea, su revolución de día y noche, quizá en seis horas, su año en 88 días y recibe del sol una luz seis veces más intensa que nosotros; si por el contrario, Júpiter consume su traslación alrededor del sol en 11 años y 313 días, a pesar de lo cual recorre su período diurno y nocturno en menos de 10 horas; si el anciano Saturno, que recibe una luz solar diez veces menos intensa, da la vuelta al sol en apenas 30 años y asimismo quizá sólo necesite 7 horas para girar sobre su eje, nosotros, con Marte y Venus, somos planetas medianos, de naturaleza mediana. Nuestros días difieren muy poco entre sí, pero mucho de los días de los demás; en cambio, no ocurre lo mismo con los años. El día de Venus es también de unas 24 horas, y el de Marte no llega a 25. El año del primero es de 224 días; el del último, de 1 año y 322 días, a pesar de que es un planeta  $3\frac{1}{2}$  veces más pequeño que la Tierra y se halla alejado del sol más de una mitad; además, las proporciones de magnitud, rotación y distancia, presentan diferencias mucho mayores aún. La naturaleza nos colocó en uno de los tres planetas medios, en los cuales parece dominar también una relación media y una proporción más equilibrada lo mismo tratándose de tiempos que de espacios, y es posible que también en cuanto a la formación de sus criaturas. La relación de nuestra materia con nuestro espíritu es quizá tan equilibrada como la duración de nuestros días y noches. Cabe que nuestra rapidez mental esté en proporción a la velocidad de nuestro planeta en su movimiento de rotación y de traslación con respecto a la velocidad o longitud de otros astros, así como nuestros sentidos se hallan proporcionados notoriamente a la finura de la organización que pueda y deba prosperar en nuestra tierra. A uno y otro lado hay probablemente las mayores divergencias. ¡Contemos, pues, mientras vivamos aquí, únicamente con el entendimiento medio terreno y con las virtudes, mucho más dudosas aún, de los hombres! Si pudiéramos ver el sol con los ojos de Mercurio o volar alrededor de él con sus alas; si con la rapidez de Saturno y Júpiter en su rotación nos fuera dada al mismo tiempo su lentitud, su mayor contorno, o si recibiendo los más altos calores y fríos pudiéramos navegar por las vastas regiones del cielo sobre la cola de los cometas, entonces podríamos hablar de otra vía media, más ancha o angosta que la proporcionada de las ideas

descartado  
COPERM.

La posición de la tierra  
no da  
y fuerzas humanas; pero considerando dónde estamos y cómo somos, queremos permanecer fieles a esta vía media proporcionada, que probablemente es la más idónea a la duración de nuestra vida.

Hay una perspectiva que puede suscitarse aun en el alma del hombre más lerdo concibiendo que otrora estuvimos en alguna ocasión gozando en general de algún modo de estas riquezas de la naturaleza formativa que en la actualidad nos son negadas, imaginando que, una vez llegados a la suma de la organización de nuestro planeta, tal vez un paseo a más de otro astro sea la suerte y el progreso de nuestro destino, o que, por último, acaso nuestra destinación fuera incluso que llegaríamos a tener comercio con todas las criaturas de tantos y tan distintos mundos hermanos, llegados a la madurez. Al igual que en nosotros es notorio que nuestras ideas y fuerzas sólo germinan a base de nuestra organización de la tierra y tienden a modificarse y transformarse hasta tanto lleguen a la pureza y finura que puede lograr esta nuestra creación, tenemos que pensar que no puede ser de otro modo en los demás astros, si hemos de guiarnos por la analogía. ¡Qué magnífica armonía cabría concebir si seres tan diversamente formados se encaminaran a un solo fin<sup>1</sup> y se comunicaran mutuamente sus impresiones y experiencias! Nuestro entendimiento es sólo un entendimiento terreno, formado progresivamente a base de las sensibilidades que nos rodean en este mundo; lo propio ocurre también con los impulsos e inclinaciones de nuestro corazón; es probable que otro mundo no conozca sus exteriores medios auxiliares y obstáculos. Pero; ¿no ha de conocer sus últimos resultados? ¡Sin duda! También en este caso tienden todos los radios hacia el punto central del círculo. El entendimiento puro sólo puede ser entendimiento en todas partes, cualesquiera que sean las sensibilidades de donde se haya derivado; la energía del corazón será en todas partes la misma aptitud, es decir, virtud, cualesquiera que sean los objetos en que se haya ejercido. Por lo tanto, es probable que también en este caso la máxima diversidad pugne por alcanzar la unidad, y la naturaleza omniextensa tendrá una meta en donde reúna las más nobles aspiraciones de tan diversas criaturas y las flores de todo el mundo como si fuera en un solo jardín. ¿Por qué lo unido físicamente no tendría que unirse también espiritual y moralmente, si espíritu y moralidad son también física y sirven a las mismas leyes, que en definitiva dependen todas del sistema solar, bien que en un orden más elevado? Así, pues, si me fuera lícito comparar la condición general de los diversos planetas, aun en la organización y en la vida de sus moradores, con los distintos colores de un rayo de sol y con las distintas notas de una escala musical,

<sup>1</sup> Sobre el sol como cuerpo tal vez habitable, véase Boets, *Gedanken über die Natur der Sonne*, en los trabajos de la Sociedad Berlinesa de Amigos de la Investigación de la Naturaleza, vol. II, pág. 225.

diría que la luz del único sol de lo verdadero y bueno tal vez incida de modo distinto en cada uno de los planetas, de suerte que ninguno de ellos podría jactarse de gozar de ella por entero. Sólo porque hay un sol que los ilumina a todos, y todos ellos se mueven en un plano de formación, es de esperar que todos ellos, cada uno a su manera, se acerquen a la perfección y tal vez un día lleguen a unirse tras distintos rodeos en una sola escuela de lo bueno y de lo bello. Ahora, queremos ser sólo hombres, es decir, una nota, un color, en la armonía de nuestros astros. Si la luz de que gozamos puede compararse también al color verde suave, no cabe que nos tengamos por la pura luz solar, ni nuestro entendimiento y voluntad por el manejo del universo, puesto que es notorio que con toda nuestra tierra somos solamente una pequeña fracción del conjunto.

## III

## NUESTRA TIERRA PASÓ POR MÚLTIPLES REVOLUCIONES HASTA QUE LLEGÓ A SER LO QUE ES AHORA

La prueba de esta proposición la da ya la misma tierra por lo que es por encima y por debajo de su superficie (pues más allá no llegaron los hombres). Las aguas se desbordaron y formaron yacimientos, montes y valles; el fuego atacó impetuoso, hizo saltar la corteza de la tierra, levantó montañas y vació los fundidos intestinos del interior; el aire, encerrado en la tierra, formó cuevas, favoreciendo la salida de aquellos poderosos elementos; los vientos se abatieron sobre su superficie, y una causa más poderosa aún determinó la modificación de sus propias zonas. Muchas de estas cosas acontecieron en épocas en que había ya criaturas organizadas y vivas; es más, parece de vez en cuando acontecieron más de una vez, aquí más rápidamente, allí más despacio, como los animales y plantas fósiles demuestran casi por todas partes y en tamaña altura y profundidad. Muchas de estas revoluciones afectan a una tierra ya formada, y por lo tanto pueden calificarse tal vez de contingentes; otras parecen esenciales a la tierra y fueron las que al principio la formaron. Carecemos hasta ahora de una teoría completa lo mismo de aquéllas que de éstas (siendo difícil hacer una separación entre unas y otras); es difícil que la tengamos sobre aquéllas, porque son, por decirlo así, de naturaleza histórica y pueden depender de causas demasiado locales. En cambio, sobre las primeras revoluciones esenciales de nuestra tierra, descarta llegar a una teoría. Espero que lo lograré, puesto que aunque las observaciones de distintas partes

morfología  
terrestre

del mundo distan mucho de ser aún todo lo completas y exactas que se necesitaría, me parece que tanto los principios y observaciones de la física general como las experiencias de la química y de la minería se acercan al punto en que tal vez una inteligencia feliz logre unir varias ciencias, explicándolas, pues, una por medio de otra. Sin duda Buffon es sólo el Descartes de esa modalidad, llamado a ser pronto refutado y superado por Kepler y Newton a base de puros hechos coincidentes. Los nuevos descubrimientos hechos sobre el calor, el aire, el fuego y sus diversos efectos sobre las partes integrantes, sobre la composición y descomposición de nuestros seres terrestres, los principios simples a que ha sido llevada la materia eléctrica, y en parte también la magnética, me parecen progresos, si no próximos, por lo menos lejanos para que quizá con el tiempo, y gracias a un nuevo concepto medio, logre una inteligencia afortunada explicar nuestra geogonía tan fácilmente como Kepler y Newton expusieron el sistema solar. Sería hermoso que con ello muchas fuerzas naturales tenidas hasta ahora por *qualitates occultae* pudieran reducirse a esencias físicas demostradas.

Sea como fuere, lo que no puede negarse es que también la naturaleza dió un gran paso en este sentido, habiendo logrado la máxima diversidad partiendo de una simplicidad que llega al infinito. Antes de que pudieran producirse nuestro aire, nuestra agua y nuestra tierra, se necesitaron multitud de "stamina" que se disolvían y precipitaban mutuamente, y ¡cuántas disoluciones y revoluciones de lo uno a lo otro presuponen los múltiples géneros de la tierra, de las piedras, de las cristalizaciones, y hasta de la organización en los moluscos, plantas, animales y por fin en el hombre! Pues bien, al igual que la naturaleza lo produce todo a base de lo más fino y más pequeño en todas partes, aun ahora, sin contar para nada con nuestra medida de tiempo, compartiendo la más espléndida abundancia con la más severa economía, tal parece ser también, aún según la tradición mosaica, el procedimiento que puso el primer fundamento para la formación o, mejor dicho, elaboración y desarrollo de las criaturas. La masa de fuerzas y elementos que actúan, y de la cual salió la tierra, contenía probablemente como caos todo cuanto de ella podía y debía originarse. En lapsos periódicos se desarrollaron el aire, el fuego, el agua y la tierra a base de "stamina" espirituales y corporales. Tuvo que haber previamente muchas combinaciones de agua, aire y luz para que saliera el germen de la primera organización vegetal, tal vez el líquen. Muchas plantas tuvieron que producirse y perecer antes de que saliera una organización animal, en la cual también insectos, pájaros, animales acuáticos y nocturnos precedieron a los más formados de tierra y diurnos, hasta que, por último, después de todos, apareció la corona de la organización de nuestra tierra: el hombre, el microcosmos. El, hijo de todos los ele-

mentos y esencias, su compendio elegido y algo así como la flor y nata de la creación terrena, no podía ser más que el último Benjamín de la naturaleza, para cuya formación y recepción se requería que hubiese habido previamente muchos desarrollos y revoluciones.

Sin embargo, tan igualmente natural era que él tuviera que pasar todavía por muchos trances, y como la naturaleza no se detiene nunca en su tarea, y menos aún la descuida o retarda en favor de un favorito, la solidificación y formación ulterior de la tierra, su fuego interior, sus inundaciones y todo cuando con ello se relaciona, tenían que seguir su marcha durante mucho tiempo y a menudo, aun cuando vivieran ya hombres en la tierra. Aun la más antigua tradición escrita conserva el recuerdo de semejantes revoluciones, y ya veremos más adelante qué intensas influencias tuvieron casi sobre todo el género humano esos formidables fenómenos de los primeros tiempos. En la actualidad, las convulsiones de esa especie enorme son menos frecuentes porque la tierra está ya en su fase final o, mejor dicho, es muy vieja; sin embargo, nunca podrán ser ni serán totalmente extrañas para nuestro género ni para nuestra morada. Eran impropias de un filósofo las imprecaciones que casi como una blasfemia dirigía Voltaire a la divinidad a causa del terremoto de Lisboa. ¿No nos debemos nosotros mismos y todo lo nuestro, aun nuestra morada, la tierra, a los elementos? Si éstos despiertan periódicamente y reclaman lo suyo obedeciendo a leyes naturales que siguen actuando; si el fuego y el agua, el aire y el viento, que hicieron habitable y fértil nuestra tierra, continúan su marcha y lo destruyen; si el sol que durante tanto tiempo nos ha venido dando calor de madre, criando a todo lo vivo y atrayéndolo con cuerdas de oro a su rostro gozoso; si ahora acaba atrayendo a su ardiente regazo la decrepita fuerza de la tierra, que ya no puede sostenerse ni seguir su marcha: ¿sucedería otra cosa que lo que tenía que suceder según las leyes eternas de la sabiduría y del orden? Al igual que en una naturaleza llena de cosas mutables se hace obligado el movimiento, así resulta también obligada la decadencia, naturalmente: una decadencia aparente, un cambio de figuras y formas. Pero ese cambio jamás afecta a lo interno de la naturaleza, la cual, superior a toda ruina, cual ave fénix resurge siempre de sus cenizas y florece con renovadas fuerzas. Ya la formación de nuestra morada y de todos los materiales a que pudo dar lugar, tiene que prepararnos, pues, para la caducidad y mutación de toda la historia humana; es lo que vemos cada vez mejor con cualquier visión más aproximada.

hambre =  
compendio de  
todos los  
elementos  
y esencias

Voltaire  
Esoa

## IV

NUESTRA TIERRA ES UNA ESFERA QUE SE MUEVE EN  
DERREDOR DE SÍ MISMA Y EN DIRECCIÓN  
OBLICUA CON RESPECTO AL SOL.

Al igual que el círculo es la figura más perfecta porque no hay otra que como ella reúna la máxima superficie en la construcción más fácil ni que con la más bella simplicidad implique la más rica diversidad, así salió de las manos de la naturaleza nuestra tierra (y como ella salieron todos los planetas y soles) con figura esférica, o sea como proyectos de la más simple plenitud. Hay que asombrarse ante la pluralidad de modificaciones que tienen lugar en nuestra tierra; pero más hay que asombrarse aún de la unidad a que sirve tan incomprensible diversidad. Es un síntoma de la profunda barbarie nórdica en que educamos a los nuestros, el hecho de que desde la juventud no les demos una profunda impresión de esta belleza, de la unidad y variedad de nuestra tierra. Desearía que mi libro lograra trazar sólo algunos rasgos para la exposición de esta gran perspectiva que se adueñó de mí desde los primeros tiempos de mi autoformación para conducirme luego al vasto mar de los conceptos libres. Además, es sagrada para mí en cuanto veo sobre mí este cielo que todo lo cubre y debajo de mí esta tierra, que todo lo abarca, girando sobre sí misma.

Es incomprensible que durante tanto tiempo los hombres pudieran ver la sombra de su tierra en la luna sin advertir profundamente al mismo tiempo que todo lo que hay en ella es rotación, rueda y mutación. Si alguien hubiese tomado en consideración esta figura alguna vez ¿cómo se habría lanzado a convertir todo el mundo a una ortodoxia en filosofía y religión, o a asesinarlo a tal objeto con ardor angosto aunque sagrado? Todo es en nuestra tierra modificación de una esfera, no hay un punto igual a otro, ni semi-esfera igual a otra; el este y el oeste se oponen entre sí como norte y sur. Es un criterio limitado el querer calcular sólo por la latitud esta variación, acaso porque la longitud resulte menos patente, y pretender dividir la historia humana también según un antiguo esquema ptolemaico de climas. Para los antiguos, la tierra era menos conocida; en la actualidad, para una ojeada y estimación general, puede sernos más conocida que únicamente a base de grado norte y sur.

Todo es mutación en la tierra; en ella no cabe hacer separaciones-fijas, ni recurrir a las apuradas divisiones de un globo o mapa. Cual gira la esfera, así giran también en ella tanto las cabezas como

los climas; las costumbres y religiones como los corazones y trajes. Hay en ello una indecible sabiduría, no en que todo sea múltiple, sino en que en la tierra redonda todo esté creado y acordado de un modo aun bastante unívoco. En esta ley: hacer mucho con uno y asociar la mayor diversidad a una uniformidad sin coacción, estriba precisamente la manzana de la belleza.

Para darnos esta unidad y fijeza, la naturaleza ató a nuestro pie un peso suave; en el mundo de los cuerpos, se llama gravedad; en el de los espíritus, indolencia. Cual todo se dirige imperativamente a su punto medio y nada puede salir de la tierra, sin que jamás dependa de nuestra voluntad que vivamos o muramos en ella, así también la naturaleza educa nuestro espíritu desde la infancia con fuertes vínculos, cada cual a su propiedad, es decir, a su tierra (pues, al fin y al cabo, ¿qué tenemos como propiedad más que ésta?). Cada cual ama su país, sus costumbres, su lengua, su esposa, sus hijos, no porque sean los mejores del mundo, sino porque son los suyos confirmados, y en ellos se ama a sí mismo y sus esfuerzos. Así, cada cual se acostumbra aun a la comida peor, al modo de vivir más duro, a las costumbres más zafias y al clima más rudo, y en ellos encuentra en definitiva agrado y sosiego. Hasta las aves hacen nido donde nacieron, y la patria peor y más ruda tiene a menudo los más atractivos encantos para el linaje humano que se acostumbró a ella.

Por lo tanto, si preguntamos: "¿dónde está la patria de los hombres?, ¿dónde el punto central de la tierra?", la contestación será siempre: "Ahí. Donde tú estás", aunque sea el polo glacial o bajo el ardiente sol meridiano. Por todas partes donde pueden vivir hombres, viven hombres, y casi en todas partes pueden vivir. Como la gran madre no podía o no deseaba crear en nuestra tierra una cosa eternamente uniforme, no tenía otro recurso que fomentar la más enorme diversidad y crear al hombre de tal material que soportara tanta diversidad. Más adelante encontramos una bella escala graduada, como, a medida que aumenta el arte de la organización, en una criatura, aumenta también su capacidad para resistir estados de varias clases y formarse según cada uno de ellos. Entre todas estas criaturas variables, atraíbles y receptivas, el hombre es la más receptiva de todas: toda la tierra está hecha para él y él para toda la tierra.

Así, pues, si queremos filosofar sobre la historia de nuestro género, neguemos cuanto podamos todas las formas estrechas de ideas tomadas de la cultura de una sola zona de la tierra, a lo mejor de una sola escuela. No lo que es el hombre entre nosotros, ni tampoco lo que sea según los conceptos de cualquier soñador, sino lo que es en todas las partes de la tierra y, sin embargo, al mismo tiempo especial en una región dada, es decir, aquello para lo cual podía

centro de  
la tierra  
|

formarlo de algún modo solamente la rica diversidad de los azares en las manos de la naturaleza: eso es lo que hemos de considerar también como intención de la naturaleza. No queremos buscar y encontrar para él ninguna figura favorita, ninguna región favorita: donde esté, es dueño y servidor de la naturaleza, su hijo más querido y tal vez al mismo tiempo su esclavo tenido con el máximo rigor. Ventajas y desventajas, enfermedades y males, lo mismo que nuevas clases de goce, de plenitud, de bendición, lo aguardan por todas partes; y según como caigan los dados de esas circunstancias y condiciones, así será él.

Una causa fácil, todavía inexplicable para nosotros, hizo que la naturaleza no sólo estimulara esta diversidad de criaturas en la tierra, sino que la limitara y fijara: es el ángulo del eje de nuestra tierra con el ecuador del sol. Este ángulo no es propio del movimiento de la esfera; Júpiter no lo tiene, pues éste se halla en posición vertical con respecto a la órbita del sol; Marte lo tiene un poco agudo y Venus mucho, y también Saturno con su anillo y sus lunas tiene una fuerte desviación lateral. ¡Qué infinita variedad de estaciones y efectos solares resulta de esta suerte en nuestro sistema sideral! También en este sentido es nuestra tierra un hijo dispensado, una asociada mediana: el ángulo de su incidencia es aún de 24 grados. No podemos plantearnos aún si siempre fué así; hástenos saber que lo es ahora. Este ángulo antinatural, o por lo menos inexplicable para nosotros, acabó siéndole propio y no se modificó desde hace miles de años; además, parece necesario para lo que ha de ser la tierra y el género humano en ella. En efecto, con esta dirección inclinada hacia la elíptica, se determinan zonas variables, que hacen habitable toda la tierra, desde el polo hasta el ecuador, y a su vez desde éste hasta el otro polo. La tierra tiene que inclinarse regularmente para que reciban también los rayos solares y se hagan aptas para la organización regiones que de otra suerte conocerían sólo el frío y la oscuridad de los Cimerios. Pues bien, como la larga historia de la tierra demuestra que la relación de las zonas tuvo gran influencia sobre todas las revoluciones del entendimiento humano y de sus efectos (pues ni de las zonas más frías ni de las más cálidas se produjeron jamás sobre el conjunto efectos como los producidos por la zona templada), vemos nuevamente con qué delicado rasgo el dedo de la omnipotencia circunscribió y delimitó todas las convulsiones y gradaciones de la tierra. Habría bastado la más pequeña modificación en la dirección de la tierra con respecto al sol para que todo hubiese sido distinto.

Una diversidad ponderada es también en este caso la ley del arte formativo del Creador del mundo. No le bastaba que la tierra se distribuyera en luz y sombra y la vida humana en día y noche; tenía que variar también el año de nuestra especie, y sólo algunos días nos

concedió en otoño e invierno. De esta suerte se determinó también la longitud y brevedad de la vida humana, y, con ellas, la medida de nuestras fuerzas, las revoluciones de la edad humana, las variaciones de nuestros asuntos, fenómenos e ideas, la nulidad o perdurabilidad de nuestras resoluciones y hechos, pues todo esto, como veremos, se halla unido en definitiva a esta ley tan sencilla de las épocas del día y del año. Si el hombre viviera más tiempo, la fuerza, el fin y el goce de su vida serían menos variables y dispersos, y si la naturaleza no corriera con él tan periódicamente como corre por él con todos los fenómenos de las estaciones, aunque es cierto que no tendría lugar la gran extensión del reino humano sobre la tierra y menos aún el tumulto de escenas que ahora nos ofrece la historia, en cambio en un sector más reducido de la tierra habitada es probable que nuestra fuerza vital influyera más íntima, intensa y firmemente. Ahora, el contenido del Eclesiastés es el símbolo de nuestra tierra: todo tiene su tiempo, invierno y verano, otoño y primavera, juventud y vejez, acción y reposo. Bajo nuestro sol de marcha oblicua, toda obra de los hombres es período del año.

Sol de marcha  
oblicua

## V

#### NUESTRA TIERRA ESTÁ CUBIERTA DE UNA ENVOLTURA GASEOSA Y SE HALLA EN LA PUGNA DE VARIOS ASTROS CELESTES

Nosotros no somos capaces de respirar aire puro, pues somos un organismo compuesto, un compendio casi de todos los organismos de la tierra, cuyos primeros elementos fueron precipitados tal vez todos del aire y gradualmente pasaron de lo invisible a lo visible. Cuando nuestra tierra se formó, probablemente el aire fué el almacén de las fuerzas y materias de que se formó, ¿caso no sigue siéndolo todavía? ¿Cuántas cosas antes desconocidas se han descubierto en los últimos años, cosas todas ellas que actúan en el medio del aire! La materia eléctrica y la corriente magnética, lo combustible y el ácido carbónico, sales refrigerantes y tal vez partículas de luz que el sol se limita a estimular, verdaderos principios poderosos de los efectos naturales sobre la tierra; ¡y cuántos más se descubrirán aún! El aire impregna y disuelve; absorbe, hace fermentaciones y precipitaciones. Parece ser, pues, la madre de las criaturas terrenas tanto como pueda serlo la misma tierra, el vehículo general de las cosas que ésta a su seno atrae y de las que de su seno saca.

No necesita demostración el hecho de que la atmósfera influye

y actúa aun en las más delicadas y espirituales disposiciones de todas las criaturas terrenas; con el sol y bajo el sol, viene a ser como co-regente de la tierra, de la cual fué en tiempos formadora. ¡Qué diferencia general se produciría si nuestro aire hubiese tenido otra elasticidad y gravedad, otra pureza y compacidad, si hubiese precipitado otra agua, otra tierra, y actuara con otras influencias en la organización de los cuerpos! Sin duda así acontece en otros planetas que se formaron en otras regiones del aire; de ahí también que resulte tan incierto el querer sacar sobre las cualidades de éstas conclusiones a base de las sustancias y fenómenos de nuestra tierra. En ésta fué creador Prometeo; formó a base de arcilla blanda precipitada y fué a buscar en la altura tantas chispas luminosas y fuerzas espirituales como pudo procurarse en esta distancia del sol y en una masa de gravedad específica como la nuestra y no de otro modo.

La diversidad de los hombres así como de todos los productos del globo terrestre también tiene que regirse, pues, por la diversidad específica del medio en el cual vivimos como en el órgano de la divinidad. En este caso, lo que importa no es solamente la clasificación de las zonas según el calor y el frío, ni solamente la ligereza o pesadez de los cuerpos del aire que presionan, sino infinitamente mucho más las fuerzas espirituales, que obran de muy distintos modos, fuerzas que en ella actúan y aun cuyo compendio está formado quizá por todas sus cualidades y fenómenos. Cómo la corriente eléctrica y magnética rodean a nuestra tierra; qué gases o vapores se levantan en tal o cual parte; a dónde llevan; en qué se transforman; qué clase de organizaciones producen; cuánto tiempo las conservan; cómo las disuelven: todo eso proporciona conclusiones evidentes sobre la condición y la historia de las distintas clases de hombres, puesto que el hombre es, como todo lo demás, una criatura del aire y en todo el sector de su existencia hermano de todos los organismos de la tierra.

Tengo la impresión de que se llegará a un nuevo mundo de conocimientos cuando se hayan reunido en un sistema de la naturaleza las observaciones que sobre el calor y el frío, la electricidad y las clases de aire junto con otras esencias químicas y sus influencias en el reino de la tierra y de las plantas, sobre animales y hombres han efectuado Boyle, Boeshave, Hales, Gravesand, Franklin, Priestley, Black, Crawford, Wilson, Achard y otros. Si con el tiempo esas observaciones se multiplicaran y generalizaran todo lo que admite el conocimiento progresivo de varias regiones y productos de la tierra, hasta que el creciente estudio de la naturaleza fundara algo así como una academia universal libre cuya atención se dividiera por asuntos pero que con un solo espíritu de verdad, seguridad, utilidad y belleza estudiara las influencias de esos entes en tal o

cual parte, sobre tal o cual cosa, entonces obtendríamos finalmente una astrología geográfica y veríamos cómo este gran invernadero de la naturaleza actúa según leyes fundamentales uniformes en sus miles de variaciones. Con ello se explicaría la formación de los hombres en cuerpo y espíritu, cuadro que en la actualidad sólo nos es dado con algunos rasgos aislados, aunque en parte muy claros.

Pero la tierra no está sola en el universo; también otros entes celestes actúan sobre su atmósfera, sobre este gran espacio de fuerzas en acción. El sol, la eterna bola de fuego, la anima con sus rayos; la luna, este cuerpo pesado, que presiona y que tal vez pende de su atmósfera, la presiona ora con su rostro frío y a oscuras, ora con su rostro calentado por el sol. Otros cuerpos celestes se le aproximan, influyendo en su órbita y modificando sus fuerzas. Todo el sistema celestial es una tensión de esferas iguales o desiguales, pero que con gran energía se empujan mutuamente; y sólo la gran idea de la omnipotencia es la que equilibra esos impulsos y les presta asistencia en su lucha. El entendimiento humano supo encontrar también una guía en ese inmenso laberinto de fuerzas impulsoras, habiendo logrado resultados casi milagrosos gracias sobre todo a la luna, tan irregular, llevada de dos juegos de presiones opuestas y a que ese centro está tan cerca de nosotros. Si un día todas esas observaciones y sus resultados se aplican a nuestra esfera de aire, como se han aplicado ya a las marcas; si con un esfuerzo de largos años, en distintos lugares de la tierra, con ayuda de delicados instrumentos, en parte inventados ya, se siguen ordenando las revoluciones de este mar celeste por épocas y lugares hasta formar un conjunto, tengo la impresión de que la astrología volverá a figurar con la mayor gloria y utilidad en el concierto de nuestras ciencias, y lo que comenzó Toaldo, enriquecido con principios o asistencias de Luc, Lambert, Tobias Mayer, Bockmann y otros, tal vez pueda ser completado por un compilador (y sin duda fijándose mucho en la geografía y en la historia humana).

Baste decir que nos formamos, crecemos, caminamos y empujamos bajo un mar de fuerzas celestes (o en él), en parte observadas, en parte sospechadas. Si tanto pueden sobre nosotros y toda la tierra el aire y los elementos, cabe la posibilidad de que lo que nos determinó y modificó los máximos períodos y revoluciones de la humanidad, haya sido también, en términos generales, ora una chispa eléctrica que fué a dar más pura en tal criatura humana, ora una porción de materia inflamable que se acumuló más violentamente en tal otra, ora una masa de la frialdad y serenidad de varios, ora un ser suavemente, dulcemente fluido. Sólo la mirada omnipresente, bajo la cual se forma también esta pasta según leyes eternas, sólo ella es quien asigna su lugar, su tiempo, su esfera de influencia en este mundo de fuerzas físico a cada punto del elemento, a cada

astrología  
geográfica

fuerzas  
= bestias

la astrología  
está en el  
fundo

chispa y rayo etéreo que saltan, y al hacerlo así persigue el fin de mezclarlo y atenuarlo con otras fuerzas opuestas.

## VI

## EL PLANETA QUE HABITAMOS ES UNA MONTAÑA DE TIERRA QUE EMERGE DE LA SUPERFICIE DE LAS AGUAS

Lo confirma una simple mirada a un mapamundi. Cordilleras de montañas son no sólo lo que atraviesa la tierra firme, sino también lo que de modo notorio constituye el esqueleto a base del cual y añadiéndose al cual se formó la parte sólida de la superficie terrestre. En América, la cordillera corre a lo largo del margen occidental subiendo por el istmo. Su marcha es transversal cuando la tierra se encoge; cuando pasa más por el medio, también la tierra se ensancha, hasta que más allá de Nueva México se pierde en regiones desconocidas. Probablemente en ese punto no sólo sigue hasta el monte de San Elías, sino que además en la parte ancha se relaciona con varios montes, especialmente con los Azules, y así mismo en Sudamérica, donde la tierra se ensancha, hay montes que se extienden hacia el norte y el este. América es, pues, aun por su figura, una franja de tierra, adosada a las montañas, a cuyos pies se extiende más llana o más abrupta.

Las otras tres partes del mundo dan la impresión de ser más compuestas porque su mayor extensión es en el fondo una sola parte del mundo; sin embargo, también puede conocerse en ellas sin gran esfuerzo que el respaldo terrestre de Asia es el tronco de las cordilleras que se extienden sobre esta parte del mundo y sobre Europa, y quizá también sobre África, por lo menos sobre su parte superior. El Atlas es una continuación de las cordilleras asiáticas, que en la parte central del Continente llegan sólo a mayor altura y por sus estribaciones junto al Nilo se enlazan probablemente con los Montes de la Luna. El futuro dirá si por su altura y anchura son esos Montes de la Luna un verdadero respaldo terrestre. Así deberían darlo a entender la extensión de la parte terrestre y algunas noticias fragmentarias; sin embargo, la proporcionada reducción y pequeñez de los ríos de esa zona terrestre que nos son conocidas, no parece que hayan de decidir la cuestión de si su altura es un verdadero cinturón terrestre, como los Urales asiáticos o las cordilleras americanas. Baste decir que también en estas partes del mundo la tierra está notoriamente adosada a las cordilleras. Todos sus trayectos discurren paralelamente a las estribaciones de las montañas; donde éstas se en-

sanchan y ramifican, se ensanchan también las tierras. Esto vale también para los promontorios, islas y penínsulas. La tierra extiende sus brazos y miembros como se extiende el esqueleto de las cordilleras; es, pues, solamente una masa variada, adosada a ellas en diversas estratificaciones y yacimientos, que acabó por ser habitable.

De la continuación de las primeras cordilleras dependió, pues, que la tierra existiera como continente firme; aquéllas parecen ser el antiguo núcleo y contrafuerte de la tierra, sobre el cual aplicaron su peso las aguas y el aire acabando por formar así una plataforma llana en que pudieran tener su habitáculo los primeros organismos del reino vegetal. Estas más antiguas cadenas de cordilleras no pueden explicarse a base de la revolución de una esfera; no se hallan en la región del ecuador donde mayor fué la revolución de la esfera; ni siquiera discurren paralelamente a él, antes bien la serie orográfica americana atraviesa el ecuador. En consecuencia, no podemos obtener aclaración alguna de esas demarcaciones matemáticas, pues propiamente aun los montes y cordilleras más elevados son una insignificancia comparados con la masa del globo en su movimiento. De ahí que no me parezca bien que en los nombres de las cadenas de cordilleras se busquen semejanzas con el ecuador y los meridianos, pues entre ambas cosas no hay verdadera relación y más bien se produciría una confusión de conceptos. Lo que importa es su figura originaria, su formación y continuación, su altura y anchura, en una palabra: una ley natural física que nos explique su formación y con ella la formación también de la tierra firme. Pues bien, el problema de encontrar tal ley natural física, el de si las cordilleras constituyen radios desde un solo punto, ramas de un tronco o herraduras angulosas, y a qué regla obedeció su formación, pues surgieron como cordilleras desnudas, como esqueleto de la tierra: ésta es la cuestión importante, hasta ahora no resuelta y para la cual desearía yo una solución satisfactoria. Entiéndase bien que no me refiero ahora a las montañas formadas por aluvión, sino a las originarias, a las que constituyen los fundamentos de la tierra.

Baste decir que como se tendieron las cordilleras se extendieron también las tierras. Asia fué la que primero pudo habitarse, porque poseía las cordilleras más altas y más anchas y a su espalda una llanura a la que nunca llegaron las aguas. Allí, pues, según toda probabilidad, en cualquier valle feliz al pie de la cordillera y reclinado en su seno, hubo el primer habitáculo elegido de los hombres. Desde allí se expandieron descendiendo por el sur, siguiendo los valles hermosos y feraces a lo largo de los ríos; hacia el norte, se formaron tribus más fuertes, que erraban entre los ríos y las montañas y con el tiempo se corrieron al oeste y llegaron a Europa. Una expedición siguió a otra, un pueblo empujaba a otro, hasta que encontraron otro mar, el Báltico, que en parte atravesaron y

en parte les hizo retroceder para dirigirse a ocupar el sur de Europa. Allí habían llegado ya de Asia por el sur otras expediciones de pueblos, y así, la confluencia de distintas, y a veces antagónicas, corrientes de pueblos en ese rincón de la tierra determinó que se poblara con la densidad con que lo está. Más de un pueblo que se vió apurado, acabó por retirarse a las montañas, dejando para sus vencedores las llanuras y campos abiertos; de ahí que en casi toda la tierra encontremos los más antiguos restos de naciones y lenguas, bien en las montañas, bien en los rincones y recodos de las tierras. Casi no hay una sola isla ni región en que un pueblo extranjero posterior no haya ocupado las llanuras, mientras las naciones anteriores y rudas se escondían en los montes. De esos montes, en que éstas proseguían su modo de vida más duro, provinieron luego a menudo en tiempos posteriores revoluciones que trastornaron más o menos las llanuras. India, Persia, China y hasta los países del oeste de Asia, la misma Europa, protegida por obras de artificio y accidentes naturales, fueron devastadas más de una vez por los pueblos de las montañas que se precipitaron sobre ellas formando ejércitos que todo lo revolviéron; y lo que ocurrió en el gran escenario de las naciones, no dejó de producirse en igual escala en las pequeñas demarcaciones. Los maratos del sur de Asia, montañeses salvajes en más de una isla y en Europa restos dispersos de antiguos montañeses intrépidos, merodeaban de un lugar a otro, y cuando no podían quedar vencedores, vivían del bandidaje. En una palabra: las grandes regiones montañosas de la tierra parecen haber sido lo mismo el primer hábitáculo que la fragua de las revoluciones y de la conservación del género humano. Al igual que daban aguas a la tierra, diéronle también pueblos; al igual que en ellas surgían manantiales, surgía también de ellas el espíritu del coraje y de la libertad cuando la muelle llanura sucumbía al yugo de las leyes, de las artes y de los vicios. Todavía en la actualidad son las cimas de Asia guaridas de pueblos en su mayor parte salvajes; y ¿quién sabe qué inundaciones y remozamientos nos reservan los siglos futuros?

Es demasiado poco lo que de África sabemos para juzgar de los movimientos y andanzas de sus pueblos. A juzgar ya por la raza humana que habita en sus regiones altas, éstas fueron ocupadas seguramente desde el Asia, y es probable que Egipto recibiera su cultura, no de las partes altas de su tierra firme, sino de Asia. Pero no cabe duda de que fué inundado por los etiopes, y en más de una costa (no conocemos más de la región) se dice que hubo que sufrir las invasiones de pueblos de la parte alta de la tierra. Los chagas tenían fama de ser los más genuinos antropófagos; los caíres y los pueblos del Monomotapa no les iban a la zaga en salvajismo. En una palabra: en los Montes de la Luna, que ocupan las vastas extensiones del interior, parece que también en esta parte, como

en todas, se conservó la rudeza originaria de ese linaje de la tierra.

La vejez o juventud de la población de América, se vió precisamente al pie de las más altas cordilleras de Perú, el Estado más civilizado de esa parte del mundo, pero sólo al pie de las montañas, en el valle suave, hermoso de Quito. A lo largo de la región montañosa de Chile hasta los Patagones, se extienden los pueblos salvajes. Las demás cordilleras y en general todo el país del interior, nos es harto poco conocido, aunque sí lo bastante para encontrar confirmada por todas partes la proposición de que en las montañas y valles montañosos se conservan las viejas costumbres, el salvajismo y libertad originarios. Los españoles no lograron subyugar a los más de esos pueblos y tuvieron que calificarlos de "los bravos". Las regiones frías de América del Norte, al igual que las de Asia, deben considerarse, por el clima y por el modo de vivir de sus pueblos, como una vasta y grande altiplanicie.

De esta suerte, la naturaleza, con las series de montañas que trazó y con los ríos que hizo descender de ellas, esbozó por decirlo así el armazón rudo pero fijo de toda la historia humana y de sus revoluciones. El hecho de que alguno que otro pueblo las atravesara para descubrir más tierra; de que siguieran avanzando a lo largo de los ríos edificando cabañas, aldeas y ciudades en los lugares fértiles; de que se atrincheraran, por decirlo así, entre los montes y los desiertos, como un río en el medio, denominando suya esta región delimitada por la naturaleza y por sus costumbres; de que ahí surgieran formas de vida adecuadas a la índole de la región y por último reinos, hasta que el género humano acabó encontrando la orilla y aprendió a ir por mar a la orilla las más veces estéril y a obtener de ella sustento; todo eso pertenece tanto a la historia naturalmente progresiva del género humano como a la historia natural de la tierra. Otra altura fué la que dió lugar a las naciones de cazadores, conservando, pues, lo salvaje que les era indispensable; otra, más extensa y benigna, la que dió un campo a los pueblos pastores y les asoció animales pacíficos; otra, la que hizo fácil y necesario el cultivo de los campos; otra más, la que dió —con la natación y la pesca, habiendo conducido por último y en definitiva al comercio— verdaderos períodos y estados de la humanidad, que se hicieron necesarios para estructurar nuestra tierra en su variedad y diversidad. De ahí que en muchas regiones, las costumbres y modos de vida se conservaran durante miles de años, mientras que en otras, las más de las veces por la acción de causas externas, se alteraron, pero siempre en proporción a la tierra de donde vino la modificación y también a aquélla en que ésta se produjo y en la cual influyó. Mares, cordilleras y ríos son las separaciones naturales de los países y asimismo de los pueblos, formas de vida, lenguas y reinos; es más, aun en las máximas revoluciones de las cosas humanas, fueron las líneas

tesis

o  
armazón  
geográfico  
de la  
historia

directivas o los límites de la historia universal. De haber sido otro el recorrido de las montañas, el curso de los ríos o la zona bañada por el mar ¡cuán infinitamente distinta habría sido la dispersión en este hervidero de naciones!

Quiero decir sólo unas palabras sobre la orilla del mar. Su escenario es tan vasto como múltiple y grande es la perspectiva de la tierra firme. ¿A qué se debe que el Asia se muestre tan apegada a costumbres y prejuicios, y qué fué precisamente lo que hizo de ella la primera casa de educación y lugar de formación de los pueblos? En primer lugar, y por encima de todo, al hecho de que sea una tan grande extensión de tierra firme, en la cual los pueblos no sólo se propagaban con facilidad, sino que, quisieran o no, tenían que estar largo tiempo y siempre en relación. La gran cordillera separa el norte del sur de Asia, pero, por lo demás, ningún mar separa esas grandes extensiones; sólo el Mar Caspio quedó como residuo del antiguo mar universal al pie del Cáucaso. En consecuencia, allí encontró fácilmente su camino la tradición, que pudo robustecerse a base de nuevas tradiciones procedentes de la misma o de otras regiones. ¡Por eso arraigó allí tan hondamente la tradición, el prestigio de lo ancestral, el despotismo! Cuanto más nos aproximamos al Asia, tanto más en su elemento se hallan esas cosas con el carácter de costumbres antiguas, eternas, y, a pesar de todas las diferencias entre los distintos Estados, se encuentran difundidas por toda el Asia meridional. La septentrional, separada de la anterior por una elevada muralla de montañas, se formó de modo distinto en sus muchas naciones, pero a pesar de todas las diferencias que entre sí tienen sus pueblos, hay entre ellos una base igualmente uniforme. Tartaria, la zona más enorme de la tierra, es un hervidero de naciones de distinta procedencia, pero casi todas ellas se hallan en la misma fase cultural, pues ningún mar las separa y todas ellas se mueven alrededor de una gran altiplanicie en declive hacia el norte.

Por el contrario ¡a qué diferencias da lugar el pequeño Mar Rojo! Los abisinios son una tribu árabe, los egipcios un pueblo asiático; y ¡qué otro mundo de costumbres y formas de vida surgió entre ellos! En los más bajos rincones de Asia se observa una cosa semejante. ¡Cómo separa Persia de Arabia el pequeño Golfo Pérsico! ¡Cómo distingue a los malayos de los camboyanos el pequeño Golfo Malayo! En el caso de África es notorio que las costumbres de sus moradores son menos diferentes porque no están separados por mares y golfos, sino quizá sólo por desiertos. De ahí que en ellas hayan podido influir menos las naciones extranjeras, y para nosotros, que todo lo hemos recorrido, es poco menos que desconocida esa enorme parte de tierra; única y exclusivamente porque el mar no ofrece allí profundos entrantes y la tierra se extiende como inaccesible región

aurífera con un trayecto sin salientes. Tal vez por esta razón, América <sup>América</sup> ~~rica~~ <sup>atravesada</sup> y recortada al norte y al sur por ríos, mares y montañas, se halla poblada por numerosas pequeñas naciones. Por su situación es la región más accesible desde el exterior, pues consta de dos penínsulas unidas sólo por angosto istmo cuya profunda inflexión forma un archipiélago de islas. Es, pues, como si dijéramos, orilla toda ella y de ahí que en ella tengan posesiones casi todos los Estados europeos marítimos, y que asimismo en caso de guerra sea una prenda en juego. Esta situación es favorable para nosotros, piratas europeos; su entrecortamiento interno resultó desfavorable para la cultura de sus antiguos moradores, que vivían separados entre sí por mares y ríos, por alturas y precipicios bruscos, hasta el punto que la cultura de una zona o la vieja palabra de la tradición de sus padres no pudo consolidarse y difundirse como pudo hacerlo en la vasta Asia.

¿Por qué descuella Europa por su diversidad de naciones, por la múltiple versación de costumbres y artes y más que nada por la acción que ha tenido sobre todas las partes del mundo? Sé perfectamente que hay una confluencia de causas que no nos es posible deslindar en esta obra; pero físicamente es innegable que lo recortado y variado de su suelo constituyó una circunstancia propicia para la acción de esas causas. Cuando los pueblos del Asia llegaron aquí ¡qué bahías y golfos encontraron, cuántos y cuán distintos ríos en movimiento, cuánta variación de pequeñas cadenas de montañas! Pudieron vivir juntos y separarse, influirse mutuamente y vivir en paz; de ahí que la pequeña parte del mundo tan articulada llegara a ser el mercado y hervidero de todos los pueblos de la tierra en particular. Sólo el mar Mediterráneo ¡cómo determinó los destinos de toda Europa! Tanto que casi puede decirse que ese mar facilitó por sí solo la marcha y progreso de toda la cultura antigua y medieval. El Báltico viene muy atrás, porque se halla más al norte, entre pueblos más duros y países estériles, como si estuviera situado en una desviación secundaria del mercado mundial; sin embargo, es también el ojo de toda la Europa del norte. Sin él, los más de sus países ribereños habrían permanecido bárbaros, fríos e inhabitables. Una cosa semejante puede decirse de la entrada del mar entre Francia y España, del canal entre aquella e Inglaterra, de la figura de Inglaterra, Italia y de la Grecia antigua. Que se modifiquen las fronteras de estos países, que se suprima aquí un estrecho, que se cierre allí un camino, y la formación y desolación del mundo, el destino de pueblos enteros y partes del mundo irá por otro rumbo durante siglos.

En segundo lugar. Si se pregunta, pues, por qué, además de nuestras cuatro partes del mundo, no hay en aquel mar inmenso otra quinta parte del mundo durante tanto tiempo tenida por cierta; la

contestación resultará desde ahora bastante resuelta por hechos: porque en esa profundidad marina no hubo una cordillera primitiva tan elevada que apoyándose en ella pudiera formarse una tierra firme de gran extensión. Las cordilleras asiáticas terminan en Ceylán con el Monte de Aán, en Sumatra y Borneo con las estribaciones montañosas de Malaca y Siam, y asimismo las africanas en el Cabo de Buena Esperanza y las americanas en la Tierra del Fuego. Ahora bien, el granito, el pilar de la tierra firme, desaparece en las profundidades y durante largas extensiones ya no vuelve a aparecer sobre el nivel del mar. La gran Nueva Holanda carece de montañas de la primera clase; las Filipinas, Molucas y otras en esa dirección, lo mismo que otras dispersas, son todas ellas de origen volcánico, y muchas de ellas tienen aún volcanes. Aquí, pues, el azufre y la piritita pueden hacer su tarea ayudando a formar el jardín de especias del mundo, que con su ardor subterráneo probablemente contribuyeron a sostener como una especie de invernáculo natural. También los animales de coral hacen lo que pueden<sup>1</sup> y tal vez en miles de años forman los islotes que emergen del mar como puntos; pero no van más allá las fuerzas de esa región austral del mundo. La naturaleza destinó esas enormes extensiones a guardar grandes cantidades de agua, indispensable también para la tierra habitada. Si un día se descubriera la ley física de la formación de las montañas originarias de nuestro globo, y con ella también de la figura de la tierra firme, se mostrarían asimismo en ella las causas de que el hemisferio austral no tenga esas cordilleras y por lo tanto no haya podido formar una quinta parte del mundo. Si existiera ¿no tendría que permanecer inhabitada, según la condición actual de la atmósfera terrestre, para servir sólo de propiedad hereditaria de focas y pingüinos como los témpanos de hielo y la tierra de Sandwich?

En tercer lugar. Considerando la tierra como escenario de la historia humana, de cuanto llevamos dicho resulta, evidentemente, que fué mejor que el Creador no hiciera depender del movimiento de la esfera la formación de las montañas, sino que fijara para ella otra ley que todavía no conocemos. Si el ecuador y el grandísimo movimiento de la tierra bajo él hubiera sido causa de la formación de las montañas, la tierra firme habría tenido que seguir extendiéndose aún en su máxima anchura abarcando el cinturón tórrido del mundo actualmente refrigerado en gran parte por el mar. Entonces el punto central del género humano habría estado en esa zona, precisamente en la región más pesada para las energías corporales y espirituales, si de otro modo había de tener lugar aún la actual condición de toda la naturaleza de la tierra. Bajo los rayos implacables del sol, bajo las más violentas explosiones de la materia eléctrica, bajo los vientos todos y los contrastes de la intemperie, habría tenido

<sup>1</sup> FORSTER, *Bemerkungen*, p. 126 ss.

que encontrar nuestro género su lugar de nacimiento y primera formación, para extenderse luego hacia la zona austral fría, contigua a la zona tórrida y asimismo en las regiones situadas hacia el norte; el padre del mundo eligió para nuestro origen un lugar de formación mejor. En la zona templada dispuso el núcleo principal de las cordilleras del mundo antiguo, a cuyos pies viven las naciones humanas más cultas. Dió al hombre una región más suave, y, en consecuencia, una naturaleza más benigna, una escuela de educación mucho más variada, para que luego, con una formación sólida y bien robustecido, fuera emigrando cada vez más hacia regiones más cálidas y más frías. Allí pudieron las primeras generaciones vivir tranquilas al principio, descendiendo luego con las montañas y ríos para habitar regiones más duras. Todos cultivaban su pequeño terreno y lo aprovechaban como si fuera el universo. La suerte y la desgracia no se difundían de modo tan incontenible como habría ocurrido si una sola cordillera, probablemente más alta, hubiese dominado por debajo del ecuador todo el mundo boreal y austral. Así, pues, el Creador lo ordenó siempre mejor de lo que nosotros habríamos podido recomendarle; hasta la figura irregular de nuestra tierra logra fines que con una mayor regularidad no se habrían logrado.

forma  
irregular  
↓  
regularidad

## VII

POR LOS TRAZADOS DE LAS CORDILLERAS FUERON  
NUESTROS DOS HEMISFERIOS ESCENARIO DE LA  
MÁS ASOMBROSA DIVERSIDAD Y VARIEDAD

Sigo teniendo a la vista el espectáculo del mapamundi general. En Asia, la cordillera se extiende por la parte más ancha de la tierra, y poco más o menos en el centro se halla su nudo; ¿quién iba a pensar que en el otro hemisferio se extendería de modo diferente en la máxima longitud? Y, sin embargo, así es. Esto implica ya una diferencia total entre las dos partes del mundo. Las zonas altas de Siberia, que no sólo están expuestas a los vientos fríos del noreste, sino que también están separadas de los vientos cálidos del sur por las cordilleras originarias cubiertas de nieves perpetuas, tuvieron, pues, que enfriarse rígidamente en algunas regiones meridionales (sobre todo cuando a ello contribuía su suelo, a menudo salino), tal como las conocemos por descripciones, hasta que en alguna que otra parte otras estribaciones de esas cordilleras las protegieron de los vientos más rigurosos y pudieron formar zonas llanas más benignas. Pero contiguas inmediatamente a esa cordillera, en

el corazón de Asia, ¡qué hermosas regiones se extienden! Protegidas por aquellas murallas de los rígidos vientos del norte, éstos les traían solamente aire fresco. De ahí que también hacia el sur alterara la naturaleza el curso de las montañas haciendo que corrieran a lo largo en las dos penínsulas de Indostán y Malaca, en Ceylán, etc. Con ello dió a los dos lados de esos países estaciones opuestas, variaciones regulares y las convirtió en unas de las regiones más felices del mundo. En África, es demasiado poco lo que sabemos de los sistemas orográficos interiores; sin embargo, sabemos que también esta parte del mundo está cortada en longitud y latitud, y que probablemente, pues, está muy enfriada en su centro. Muy diferente es lo que ocurre en América. Por el norte, los fríos vientos del norte y del noreste barren grandes extensiones, sin que una sola cordillera los detenga. Proceden de la gran zona glacial, que hasta ahora no se ha logrado recorrer y que podría calificarse propiamente de rincon glacial aún desconocido, del mundo. Luego barren grandes regiones terrestres de suelo helado y sólo al llegar a los Montes Azules la tierra se vuelve más benigna, aunque continúa ofreciendo cambios tan repentinos de frío y calor como ningún otro país, probablemente porque toda esa península septentrional carece de una muralla montañosa firme y seguida que le permita desviar los vientos y las inclemencias del tiempo y darles un dominio más determinado. Por el contrario, en América del Sur, soplan los vientos del hielo del polo sur y en vez de una muralla de protección que los detenga encuentran una cordillera que los dirige de sur a norte. De ahí que los moradores de las regiones centrales, de natural regiones afortunadas, tengan que periclitarse a menudo entre esas dos fuerzas antagónicas en una indolencia húmeda, cálida, a no ser que de las montañas o del mar vengan brisas que les den fresco y frío.

Si a eso añadimos la brusca altura del país y de su uniforme respaldo montañoso, se nos hará aún más patente y asombrosa la diferencia entre las dos partes del mundo. Las "Cordilleras" son las montañas más altas del mundo; los Alpes de Suiza les llegan casi a la mitad. A sus pies descienden las sierras en largas series, pero siguen siendo elevadas en comparación con el nivel del mar y las profundas hondonadas<sup>1</sup>; viajando por ellas se sienten síntomas de desazón y repentina pérdida de fuerzas, lo mismo en los hombres que en los animales, como no se conocen en las montañas más altas del mundo antiguo. La tierra propiamente dicha no comienza hasta sus pies, y la más veces es una tierra muy llana de la cual han desaparecido repentinamente las montañas. En la falda oriental de la "Cordillera" se extiende el gran valle del Amazonas, único en su

<sup>1</sup> ULLOA, *Nachrichten von Amerika*, Leipzig, 1871, con magníficas notas adicionales de J. G. Schneider, que acrecen considerablemente el valor de la obra.

clase; al igual que las montañas peruanas siguen siendo aún únicas en su clase. A mil pies, aquel río, que acabará siendo mar, no tiene aún 2/5 de pulgada de declive, y puede recorrerse un trayecto igual a la parte más alta de Alemania sin subir un pie más arriba del nivel del mar<sup>1</sup>. Los Montes de Maldonado a orillas del Plata son de pequeña importancia comparados con la "Cordillera"; y así toda la parte oriental de América del Sur debe considerarse como una gran extensión de terreno llano que durante siglos tuvo que estar expuesta, y en parte sigue estándolo aún, a inundaciones, pantanos y demás incomodidades de las tierras bajas. Allí, pues, están juntos el gigante y el enano, la altura más formidable y los bajos más hondos que pueda ofrecer un país. No es diferente lo que se ve en la parte meridional de América del Norte. La Luisiana es tan baja como las costas marítimas que a ella conducen, y esa llanura baja se extiende a gran distancia hacia el interior. Los grandes lagos, las enormes cataratas, el frío cortante del Canadá etc., revelan que también la zona septentrional de la tierra debe ser alta y que en ella se repite, aunque en menores proporciones, el caso de que los extremos se toquen. Ya veremos luego qué consecuencias tiene eso sobre los frutos, animales y hombres.

La naturaleza procedió de otro modo en nuestro hemisferio boreal, en el cual quiso ofrecer un primer habitáculo a hombres y animales. Separó las cordilleras en latitud y longitud, y las prosiguió en varias estribaciones de suerte que todas las tres partes del mundo pudieron relacionarse y, a pesar de la divergencia de regiones y países, fué posible en todos ellos un desarrollo más sosegado. Aquí no podía haber ninguna región que durante una inmensidad de tiempo estuviera inundada, ni en ninguna de ellas podía haber aquellos ejércitos de insectos, anfibios y fieras terrestres y alimañas marinas que poblaban América. La única excepción es el desierto de Gobi (todavía no conocemos los Montes de la Luna); por lo demás, no se elevan hacia las nubes vastas extensiones de desiertas alturas terrestres capaces de albergar y alimentar monstruos en sus entrañas. El sol eléctrico pudo en estas regiones favorecer, a base de una zona terrestre más seca, suavemente mezclada, especies más delicadas, manjares más suaves y una organización más madura lo mismo de los hombres que de todos los animales.

Sería magnífico que tuviéramos un mapa orográfico y mejor aún un atlas orográfico en que se registraran e hicieran observar esos pilares de la tierra en los diversos aspectos requeridos por la historia del género humano. De muchas regiones se determina con bastante exactitud el orden y altura de las montañas; en otras se

<sup>1</sup> LEISTE, *Beschreibung des portugiesischen Amerika vom Cudena*, Brunschwig, 1780, págs. 79, 80.

hace observar la elevación de las tierras sobre el nivel del mar, la condición de los terrenos en su superficie, el declive de los ríos, las direcciones de los vientos, las desviaciones de la aguja magnética y los grados de calor y frío, y algunos de esos datos constituyen ya objeto de mapas especiales. Reuniendo exactamente y pasando al mapa varias de esas observaciones ahora dispersas en estudios y descripciones de viajes; ¡qué hermosa e instructiva geografía física de la tierra tendría a la vista el naturalista y el historiador de la humanidad! Sería la más espléndida aportación a las magníficas obras de Varenius, Lulof y Bergmann. Pero es una tarea que apenas está en sus comienzos; los Ferber, Pallas, Saussure, Soulavie, etc., recopilan para determinadas regiones rica cosecha de descubrimientos que probablemente un día permitan dar unidad y seguridad a nuestros conocimientos de la cordillera peruana (tal vez las regiones más interesantes del mundo para la historia natural de altos vuelos).

## LIBRO SEGUNDO

## I

## NUESTRA TIERRA ES UNA GRAN FRAGUA PARA LA ORGANIZACIÓN DE SERES MUY DISTINTOS

Por más que en las entrañas de la tierra todo nos parezca aún caos y ruinas porque no estamos en condiciones de abarcar la primera construcción del conjunto, sin embargo, aun en lo que se nos antoja lo más pequeño y rudimentario percibimos una existencia muy determinada, una configuración y formación según leyes eternas, que ningún capricho de los hombres modifica. Observamos esas leyes y formas, pero ignoramos sus leyes internas, y lo que en ellas designamos con algunas palabras generales, por ejemplo: relación, extensión, afinidad, gravedad, sólo ha de familiarizarnos con sus circunstancias exteriores sin que nos aproxime en lo más mínimo a la esencia interna.

Sin embargo, lo concedido a toda clase de piedra o tierra es indudablemente una ley general de todas las criaturas de nuestra tierra: esto es: forma, figura determinada, existencia propia. A ningún ente puede serle quitado, puesto que todas sus cualidades se apoyan en eso. La inmensa cadena desciende desde el Creador hasta un minúsculo grano de arena, pues también éste tiene su forma determinada, en la cual no pocas veces se aproxima a la más bella cristalización. Aun los seres más compuestos siguen en sus partes la misma ley; lo único es que siendo tantas y tan diversas las fuerzas que en ellos actúan para formar en definitiva un todo que, sin embargo, sirva con sus distintos elementos a una unidad general, tuvo que haber tránsitos, mezclas y varias formas divergentes. No bien existió el granito, núcleo de nuestra tierra, existió también la luz, que tal vez actuaba aún como fuego en los espesos vapores de nuestro caos terreno; era un aire más denso, más poderoso del que actualmente gozamos; para obrar sobre él existía un agua más mezclada, más impregnada. Los ácidos que sobre él se precipitaban, lo disolvieron transformándolo en otras clases de piedras; la enorme arena

Ley:

forma  
+ figura  
+ existencia  
propia

de nuestro cuerpo terráqueo es tal vez la ceniza solamente de este cuerpo meteorizado. El combustible del aire transformó quizá el sílex en tierra calcárea, en la cual se organizaron los primeros seres vivos del mar, los testáceos, puesto que en toda la naturaleza la materia aparece primero que la forma viva organizada. Una acción más potente y más pura del fuego y del frío se requirió para la cristalización, que no se satisface ya con la forma de vénera en que se rompe el sílex, sino que reclama ya formas angulosas geométricas. También éstas se transforman según los elementos integrantes de cada una de las criaturas, hasta acercarse finalmente a los semimetales y metales de los gérmenes vegetales. La química, cultivada con tanto ardor en los últimos tiempos, ofrece en este campo del reino subterráneo de la naturaleza una múltiple segunda creación a los dedicados a su estudio; y tal vez encierre ésta no sólo la materia sino también las leyes fundamentales y la clave de todo cuanto se formó sobre la tierra. Siempre y en todas partes vemos que la naturaleza tiene que destruir para volver a construir, tiene que separar para volver a unir. De leyes simples, lo mismo que de figuras más toscas, avanza a lo más compuesto, artístico, fino; y si tuviéramos un sentido para ver las figuras originarias y los primeros gérmenes de las cosas, tal vez percibiríamos en el punto más pequeño el progreso de toda la creación.

Sin embargo, como las consideraciones de esta índole no constituyen el objeto de la presente obra, estudiemos sólo una cosa: la preconcebida mezcolanza gracias a la cual nuestra tierra llegó a ser capaz para la organización de nuestras plantas y, por lo tanto, también de los animales y hombres. Si en ella hubiera habido esparcidos otros metales, como en la actualidad el hierro que se halla en todas partes, tanto en las aguas con las tierras, las plantas, animales y hombres; si en ella los betunes, los azufres, se hubiesen encontrado en las cantidades en que actualmente se encuentran la arena, la arcilla y por último la buena tierra fértil: ¡qué distintas habrían sido las criaturas que habrían debido vivir en ella! Criaturas en las cuales dominaría también una temperatura más intensa, a diferencia de lo que ocurre actualmente, en que el padre del mundo hizo que los elementos integrantes de nuestras plantas nutritivas fuesen sales y aceites. Para ello se preparó progresivamente la arena suelta, la arcilla compacta, la turba musgosa; hasta la ruda tierra ferruginosa y la dura roca tuvieron que acomodarse a ello. La última cede con el tiempo a la acción de la intemperie y sirve de hábitáculo a árboles secos, por lo menos al liquen seco aquella fué, entre los metales, no sólo la más sana sino también la más adaptable para la vegetación y la nutrición. El aire y el rocío, la lluvia y la nieve, las aguas y los vientos, sirvieron de abono natural a la tierra; las sustancias calcáreas potásicas que se le asociaron, fomen-

taron artificialmente su fertilidad, favorecida sobre todo por la muerte de plantas y animales. ¡Oh, madre ventajosa, cuán económico y proveedor fué tu ciclo! Toda muerte se torna nueva vida; hasta la corrupción que marchita, prepara salud y nuevas fuerzas.

Es una antigua queja la de que el hombre, en vez de cultivar el suelo de la tierra, se meta en las entrañas de la tierra y con daño de la salud y tranquilidad busque en ellas, rodeado de una atmósfera venenosa, los metales que sacian su orgullo y vanidad, su codicia y ambición. Mucho de verdad hay en eso, como lo demuestran las consecuencias que esas cosas trajeron a la superficie de la tierra, y más aún los rostros pálidos que cual encarceladas momias hurgan en esos reinos de Plutón. ¿Por qué en ellos es tan distinto el aire que nutriendo los metales mata a los animales y al hombre? ¿Por qué el Creador no cubrió la tierra de oro y diamantes en vez de lo que ocurre actualmente de que a todos los seres dió sus leyes, para enriquecerlos a todos, vivos y muertos, con tierra fértil? Sin duda alguna, porque no podemos comer oro y porque la más pequeña planta comestible no sólo es más útil para nosotros sino que también en su especie es más orgánica y más noble que la piedra más cara, llámese ésta diamante, esmeralda, amatista o zafiro. Sin embargo, tampoco en eso conviene exagerar. En los distintos períodos de la humanidad, previstos por el Creador y que él mismo pareció fomentar después de la formación de nuestra tierra, hubo el estado en que el hombre aprendió a excavar debajo suyo y a volar encima suyo. Hasta puso al alcance de sus ojos filones de metales diversos; los ríos tuvieron que desnudar el suelo de la tierra para mostrarle sus tesoros. Aun las más rudas naciones descubrieron la utilidad del cobre, y el uso del hierro, que con sus fuerzas magnéticas parece regir todos los cuerpos de la tierra, bastó casi para hacer pasar a nuestra especie de una fase de vida a otra. También el hombre tuvo que aprender a utilizar su morada, y nuestra maestra determinó con bastante restricción los límites en que podemos investigarla, imitarla, formarla y transformarla.

Sin embargo, la verdad es que ante todo estamos destinados a arrastrarnos por la superficie de nuestra tierra como gusanos, adaptándonos a ella y recorriendo en ella el curso total de nuestra breve vida. Cuán pequeño es el gran hombre en el territorio de la naturaleza, lo vemos en la débil capa de tierra fértil a que se circunscribe su reino. Unos pies más abajo, y pondrá al descubierto cosas en que nada crece y que requerirán años y décadas para que en ellas crezca mala hierba. Más hondo, a menudo encontrará otra vez, donde no esperaba, su tierra fértil, en tiempos situada en la superficie del mundo; la móvil naturaleza no la respetó en sus incasantes períodos. En las montañas se hallan véneras y caracoles; peces y animales terrestres están fosilizados en pizarras, y maderas

Adaptación  
 PENÚNIZ  
 HUMANA  
 VS.  
 NAT.  
 MÓVIL  
 NAT.  
 (INUSANTE  
 PENÚNIZ)

fossilizadas y huellas de flores se encuentran a menudo a mil quinientos pies de profundidad. No caminas por el suelo de tu tierra, misero hombre, sino sobre el techo de tu casa que sólo tras muchas inundaciones pudo llegar a ser lo que es para ti en la actualidad. Ahora crece para ti alguna hierba, algunos árboles, cuya madre te llevó por decirlo así el azar, y de los cuales vives tú como una efímera.

## II

EL REINO VEGETAL DE NUESTRA TIERRA EN RELACIÓN  
CON LA HISTORIA HUMANA \*

*Inmensa reino vegetal*  
El reino vegetal es una clase de organización superior a todas las formaciones de la tierra y tiene una extensión tan vasta que acaba por perderse en ella al igual que en diversos retoños y similitudes se aproxima al reino animal. La planta tiene un tipo de vida y una duración, tiene sexos y fecundación, nacimiento y muerte. La superficie de la tierra existió para ella antes que para los animales y hombres; por todas partes se adelanta a los dos últimos, y especies herbáceas, musgos y líquenes se instalan ya en aquellas rocas desnudas que todavía no pueden servir de hábitculo a ningún pie vivo. Basta una miaja de tierra esponjosa que pueda albergar su semilla para que ésta germine y perezca en fértil muerte, pues su cáscara servirá de placenta mejor para otros vegetales. Así se cubren de hierbas y flores las rocas; así los cenagales se convierten con el tiempo en praderas de hierbas y flores. La descompuesta creación vegetal silvestre es el invernadero incesantemente activo de la naturaleza para la organización de las criaturas y para el ulterior cultivo de la tierra.

*EL HOMBRE COMO VEGETAL*  
Salta a la vista que la vida humana, en cuanto a vegetación, comparte también el destino de las plantas. Como éstas, hombre y animal nacen de una semilla que, cual germen de un árbol futuro, requiere también una placenta. Su primera formación se desarrolla a modo de planta en el cuerpo de la madre; y aún, una vez salido de él ¿no es nuestra estructura de fibras casi análoga a la sensitiva, en sus primeros retoños y fuerzas? La duración de nuestra vida es la duración de la vida de las plantas; germinamos, crecemos, florecemos, periclitamos y fallecemos. Sin nuestra voluntad somos llamados, y a nadie se pregunta de qué sexo quiere ser, de qué padres quiere proceder, en qué terreno quiere crecer misero y opulento,

por qué azar, finalmente, de dentro o de fuera va a sucumbir. En todo eso debe el hombre seguir las leyes superiores, de las cuales no tiene mayores revelaciones que las plantas y a las cuales, casi aun contra su voluntad, obedece con sus más poderosos instintos. Mientras el hombre crece y el jugo prospera en él, ¡cuán amplio y alegre le parece el mundo! Extiende sus ramas a su alrededor y cree que llegará hasta el cielo. Así lo llama la naturaleza a la vida, hasta que él con rápidas fuerzas, con incansable actividad, adquiere todas las capacidades que esta vez la naturaleza quiso desarrollar en él en el campo o tablar en que lo colocara. Una vez que él ha realizado los fines que ella se proponía, lo abandona poco a poco. En la época de florecimiento de la primavera y de nuestra juventud ¡con cuántas riquezas está cargada la naturaleza! Se creería que con ese mundo de flores quisiera poner la simiente para una nueva creación. Al cabo de unos meses ¡cómo ha cambiado todo! La mayor parte de las flores se cayeron; prosperan unos pocos frutos secos, que maduran con los esfuerzos y el trabajo del árbol, y en seguida se marchitan las hojas. El árbol se desprende de su lacia cabellera para que vaya a unirse a los queridos hijos que lo abandonaron; se queda sin hojas; la tempestad le arranca sus ramas secas, hasta que por último se agacha totalmente al suelo y lo poco combustible que hay en él se disuelve en el alma de la naturaleza. ¿Acaso ocurre otra cosa con el hombre considerado como vegetal? ¿Qué inmensidad de esperanzas, perspectivas, afanes de acción ocupan sorda o vivamente su alma juvenil! A todo se atreve, y precisamente porque se atreve lo logra, pues la fuerte es la prometedora de la juventud. Pocos años después, todo cambió en derredor suyo, solamente porque él cambió. Realizó lo menos de cuanto se proponía realizar, y feliz si ya no pretende realizarlo en tiempo inoportuno, sino que se resigna a periclitarse. A los ojos de un ser supremo, nuestros actos en la tierra deben ser tan importantes, sin duda por lo menos tan determinados y circunscritos, como los hechos y empresas de un árbol, que desarrolla lo que pueda desarrollar, y se convierte en dueño de aquello de que es capaz; saca retoños y yemas, produce frutos y siembra árboles jóvenes; pero nunca sabe del sitio en que lo colocó la naturaleza, y no puede tomarse ni una sola de las fuerzas que no fueron puestas en él.

*LA VEGETACIÓN DE LOS ACTOS HUMANOS*  
Sobre todo, debería desalentar al hombre, a mi parecer, el hecho de que con los dulces afanes que él llama amor y en los cuales pone tanto empeño sirva casi tan ciegame como las plantas a las leyes de la naturaleza. También el cardo es bello, dicen, cuando florece, y ya sabemos que la flor es la época del amor en las plantas. El cáliz es la cama, la corola su cortina, las otras partes de la flor son sus inocentes criaturas, decorándolas con todo esplendor. El cáliz floral del amor fué hecho por ella a modo de, tálamo nup-

cial salomónico, de caliz de la gracia también para otras criaturas. ¿Por qué hizo todo eso, y también en los hombres unió al vínculo del amor los más bellos encantos que se encuentran en el cinturón de belleza de la naturaleza? Había que lograr el gran fin de ella, no el pequeño solamente del goce sensible de la criatura por ella tan bellamente decorada; ese fin es la propagación, la conservación de las generaciones. La naturaleza necesita gérmenes, un número enorme de gérmenes, porque su gran marcha persigue a un tiempo miles de fines. Por lo tanto, tenía que contar también con pérdidas, porque todo está hacinado y nada encuentra sitio para desarrollarse totalmente. Y para que en medio de ese despilfarro aparente, nunca faltara, empero, lo esencial y la primera lozanía de la fuerza de la vida con que hacer frente a todos los casos y percances en el curso de tan hacinados seres, hizo que el tiempo del amor fuese la época de la juventud y encendió sus llamas con los fuegos más sutiles, de los cuales nada sabía la infancia. La vista del adolescente se anima, su voz baja, las mejillas de la doncella toman color; dos criaturas se reclaman sin saber qué reclaman; se derriten por una unión que la naturaleza separadora les negó, y se mueven en un mar de confusión. ¡Criaturas dulcemente ilusas, gozad de nuestra época! Pero sabed que con ello no realizaréis vuestros pequeños sueños sino, gratamente obligadas, el máximo designio de la naturaleza. En el primer par de una especie, quiso plantarlas todas, generaciones sobre generaciones; en consecuencia, eligió gérmenes de los más vigorosos entre los momentos más lozanos de la vida, del agrado mutuo, y si privó a un ser vivo de algo de su existencia, quiso por lo menos que esa privación se efectuará del modo más suave posible. Asegurada la generación, hace que el individuo perezca progresivamente. Apenas pasada la época del acoplamiento, pierde el ciervo su espléndida cornamenta, los pájaros su canto y gran parte de su belleza, los peces su buen gusto y las plantas su mejor color. La mariposa se queda sin alas y pierde el aliento; sin debilitarse y solitaria, puede vivir medio año. Mientras la joven planta no tiene flores, resiste los fríos del invierno, y las que las tienen demasiado pronto, son las primeras en perecer. La musa alcanzó a menudo cien años; pero una vez que sacó flores, no hay experiencia ni arte capaces de impedir que al año siguiente comience a arruinarse el magnífico tronco. La palmera coriá crece durante 35 años hasta una altura de 70 pies, luego 30 pies más en cuatro meses; entonces florece, da fruto y perece el mismo año. Tal es la marcha de la naturaleza al desarrollar seres unos de otros; la corriente sigue y una ola desaparece propagada por otra.

En la propagación y degeneración de las plantas se conoce una semejanza susceptible de aplicación también a las criaturas superiores a ellas y que prepara para conocer los designios y leyes de la naturaleza. Cada planta requiere su clima, para lo cual no basta la calidad de la tierra y del suelo, sino también la altura de la región, la propiedad del aire, del agua y del calor. Bajo tierra, todo andaba mezclado aún, y aunque también aquí toda clase de piedra, cristal y metal derivaba su condición de la tierra en que creció, dando lugar, en consecuencia, a las variedades más peculiares, en este reino de Plutón falta mucho, sin embargo, para llegar a un compendio geográfico general y a los principios ordenadores que tenemos en el bello reino de la flora. La filosofía botánica<sup>1</sup>, que ordena las plantas según la altura y cualidad del terreno, aire, agua y calor; es, pues, una guía evidente para una filosofía análoga en la ordenación de animales y hombres.

Todas las plantas crecen en estado natural en alguna que otra parte del mundo; hasta nuestras plantas cultivadas proceden del regazo de la naturaleza libre, donde hallándose en su elemento alcanzan su máxima perfección. No otra cosa sucede con los animales y el hombre, pues toda especie humana se organiza en su región del modo que le es más natural. Toda tierra, todo tipo de montaña, toda región de aire semejante, lo mismo que un mismo grado de calor y frío, alimenta sus plantas. En las rocas de Laponia, en los Alpes y en los Pirineos, a pesar de la distancia que los separa, crecen las mismas o semejantes hierbas; América del Norte y las zonas altas de Tartaria producen los mismos hijos. En esas alturas en que el viento zarandea sin miramientos las plantas y cuyo verano es de corta duración, esas plantas son de poco desarrollo, pero en cambio producen mucha semilla, y si se trasplantan a huertos, adquieren altura y sacan hojas mayores, pero dan menos fruto. Es notoria la semejanza con los animales y hombres. Todas las plantas prefieren el aire libre; puestas en invernaderos, buscan la región de la luz aunque tengan que salir por un agujero. En un calor cerrado se alargan y trapan, pero al propio tiempo empalidecen, se vuelven estériles y luego, expuestas de repente al sol, les caen las hojas. ¿Ocurriría otra cosa con los hombres y animales sometidos a un cultivo forzoso que los hiciera volver más delicados? La diversidad de las zonas y del aire origina variedades en las plantas como en los animales

<sup>1</sup> La *Philosophia botanica* de Linneo es para muchas ciencias un modelo clásico; si dispusiéramos de una *Philosophia antropológica* de ese tipo, escrita con la misma concisión y refinada exactitud, tendríamos una guía con la cual podríamos llegar a todas las demás observaciones. El abad Soulavie expuso en su *Histoire naturelle de la France méridionale* (P. II, T. I) un proyecto de *Geografía física general* del reino vegetal y promete exponerlo también para animales y hombres.

Propagación  
degeneración  
semejanza  
con  
otras  
criaturas

FILOSOFÍA  
BOTÁNICA  
LINNEO  
FALTA UN  
FIL.  
ANTROPOL.

ORIGENES DE  
(TIERRAS)  
(AIRE)

↓  
VARIACIONES

y en los hombres: y cuanto más aquéllas ganan en cosas decorativas, forma de las hojas y número de pedúnculos, tanto más pierden en fuerza de propagación. ¿Sucedería otra cosa con los animales y hombres (aun teniendo en cuenta la mayor fuerza de su naturaleza más complicada)? Plantas que en los países cálidos crecen hasta el tamaño de un árbol, se quedan raquíticas en las regiones frías. Una planta quiere mar, otra pantanos, otra fuentes o lagos; una crece bien en la nieve, otra reclama las lluvias torrenciales de los trópicos; y todo eso caracteriza su figura, su formación. ¿No nos predispone todo eso a esperar las mismas variedades en cuanto a la estructura orgánica de la humanidad en lo que tenemos de planta?

Es especialmente agradable observar el modo peculiar con que las plantas se rigen por la estación del año y aun por la hora del día, para sólo lentamente aclimatarse a un clima extranjero. Más cerca del polo, su crecimiento es más tardío y tanto más rápida su madurez, porque el verano viene más tarde y su efecto es más tardío. Plantas que crecen en las partes australes del mundo fueron traídas a Europa, el primer año maduraron más tarde porque aguardaban el sol de su clima, y luego, los veranos siguientes, fueron madurando con rapidez progresiva porque se acostumbraron ya a las nuevas regiones. En el calor artificial del invernadero, toda planta sigue el tiempo de su país de origen, aunque haga 50 años que haya sido trasladada a Europa. Las plantas del Cabo florecían en invierno porque es la época en que es verano en su tierra. La maravilla florece de noche; es de suponer (dice Linneo) a causa de que en América, su patria, es entonces de día. Y así cada una guarda su época y hasta su hora del día, en que se abre y se cierra. "Estas cosas", dice el filósofo botánico<sup>1</sup>, "parecen indicar que para su crecimiento se requiere algo más que calor y agua"; y desde luego, también en la diversidad orgánica del género humano y en su adaptación a climas extraños, hay que tener en cuenta algo más que el calor y el frío, sobre todo cuando se habla de otro hemisferio.

Por último, si la planta se asocia al reino humano ¡qué campo de cosas notables sería ése si pudiéramos seguirlo en detalle! Se ha hecho la magnífica experiencia<sup>2</sup> de que, como nosotros, tampoco las plantas pueden vivir de aire puro, pero con la particularidad de que lo que ellas absorben, lo combustible, mata a los animales y estimula la descomposición en todos los cuerpos animales. Se ha observado que no es por medio del calor, sino de la luz, como realizan la útil operación de purificar el aire, y que absorben aun los fríos rayos de la luna. ¡Provechosos hijos de la tierra! Lo que nos destruye a nosotros, la pestilencia que exhalamos, vosotros lo atraéis; el más delicado medio tiene que unirse a vosotros, y vosotros lo devolvéis purificado. Vosotros conserváis la salud de

<sup>1</sup> Véase *Memorias de la Academia de Ciencias de Suecia*, vol. 1, págs. 6 sigs.

<sup>2</sup> *Ingenhousz, Versuche mit den Pflanzen* (Leipzig, 1780), pág. 49.

las criaturas que os destruyen, y hasta cuando morís seguís haciendo bien: hacéis la tierra más sana y la fertilizáis para nuevos seres de vuestra especie.

Si las plantas no sirvieran más que para eso ¡qué bellamente se entrelazaría su tranquila existencia con el reino de los animales y de los hombres! Ahora bien, como al mismo tiempo son el más abundante alimento de la creación animal y como especialmente en la historia de las formas de vida del género humano tuvo tanta importancia qué clase de plantas y animales encontrara cada pueblo en su región ¡cuán diversa y nueva es la relación que de ahí resulta para la historia de los reinos de la naturaleza! Los animales más pacíficos y, valga la expresión, los más humanos, viven de las plantas: en las naciones que con la menor frecuencia gozan de esta alimentación, se observó precisamente esta sana tranquilidad y alegre despreocupación. Todos los animales carnívoros son por su naturaleza más feroces: el hombre, que está entre ellos, no tiene que ser un animal carnívoro, por lo menos según la estructura de sus dientes. Una parte de las naciones de la tierra vive aún principalmente de leche y vegetales, y en tiempos anteriores fué superior el número de los que de eso vivían, y ¡qué riqueza les deparó la naturaleza en el meollo, en el jugo, en los frutos y aun en las cortezas y ramas de sus plantas terrestres, cuando a menudo un solo árbol servía de alimento para toda una familia! Es maravilloso cómo a cada región le ha sido dado lo suyo, no sólo con lo que eso concede, sino también con lo que eso atrae y se lleva. En efecto, como las plantas viven de lo combustible del aire, o sea, en parte, de los vapores nocivos para nosotros, su contraveneno se organiza también según la propiedad de cada país, y preparan para los cuerpos animales, siempre en descomposición, las medicinas apropiadas para las enfermedades de esa zona. En consecuencia, el hombre no podrá quejarse mucho de que en la naturaleza haya también plantas venenosas, pues ésas son sólo cloacas que desvían el veneno, y por ende las más ventajosas para la salud de toda la región, y en sus manos, en parte ya en las de la naturaleza, se convierten en los contravenenos más eficaces. Raras veces se extirpó totalmente una especie animal o vegetal de una región sin que pronto se hicieran muy patentes las desventajas que ello implicaba para la habitabilidad del conjunto; y acaso la naturaleza no concedió a toda especie animal, y en su parte también al hombre, sentidos y órganos bastantes para elegir las plantas que le sirven y rechazar las nocivas?

Sería forzosamente un paseo agradable por entre árboles y plantas, el seguir por las distintas zonas de nuestra tierra estas grandes leyes naturales de la utilidad y acción de los vegetales en el reino de los hombres y de los animales; pero tenemos que limitarnos a tomar en lo sucesivo alguna que otra flor en ese campo

COMBUSTION  
↓  
ATRACCION  
↓  
VENENOS  
↓  
CONTRAVENENOS

LO  
que  
debe  
inmenso y a recomendar a un verdadero aficionado y conocedor que haga una geografía botánica general para la historia de la humanidad.

## III

## EL REINO ANIMAL EN RELACIÓN CON LA HISTORIA HUMANA

Los hermanos mayores de los hombres son los animales. Antes de que éstos existieran, existían aquéllos; y también en cada uno de los países los advenedizos del género humano encontraron ya ocupada la región, por lo menos en algunos elementos; pues, prescindiendo de algunas plantas ¿de qué iba a vivir el recién llegado? Por lo tanto, tiene que ser defectuosa y simplista toda la historia del hombre que lo estudie fuera de esta relación. Bien es verdad que la tierra fué dada al hombre, pero no a él exclusiva ni principalmente; los animales le discutieron el dominio exclusivo en cada uno de sus elementos. Tuvo que domesticar a una especie, y sostener largas luchas con otra. Algunas se sustrajeron a su dominación; otras viven en continua guerra con él. En una palabra: en la medida en que cada especie dió muestras de habilidad, prudencia, valor y poder, logró tomar posesión de la tierra.

No es cosa que debamos ventilar aquí si el hombre está dotado de razón y no lo están los animales. Si éstos no la tienen, poseen algo más en su ventaja, pues no cabe duda de que la naturaleza no dejó desamparado a ninguno de sus hijos. Si dejara abandonada a una criatura ¿quién iba a hacerse cargo de ella, si toda la creación está en guerra y las fuerzas en lucha se encuentran entre sí a tan poca distancia? El hombre, hecho a imagen de Dios, es perseguido aquí por serpientes, allí por insectos, devorado aquí por tigres, allá por tiburones. Todos están en lucha contra todos, porque todos están en apuros; cada cual tiene que defender su piel y cuidar su vida.

¿Por qué lo hizo así la naturaleza? ¿por qué hacino de tal modo las criaturas? Porque quiso crear el número máximo y más variado de seres vivos en el mínimo espacio, y uno tiene que dominar a otro, de suerte que sólo mediante el equilibrio de fuerzas se llega a la paz en la creación. Toda especie cuida para sí como si fuera la única; pero a su lado hay otra que la limita, y sólo en esta relación de especies opuestas halló la creación el medio de conservar el todo. Pesó las fuerzas, contó los miembros, determinó los impulsos de

las especies entre sí y dejó por lo demás que la tierra sostuviera lo que pudiera sostener.

No me preocupa, pues, que grandes especies animales hayan sucumbido. Si sucumbió el mamut, también sucumbieron los gigantes; había otra relación entre los géneros. Tal como las cosas están en la actualidad, vemos un notorio equilibrio, no sólo en el conjunto de la tierra sino aun en cada una de las partes del mundo y países. La cultura puede reducir animales, pero difícilmente aniquilarlos, por lo menos no ha consumado esa obra en ninguna gran parte de la tierra; y en vez de los animales feroces reducidos ¿no tiene que nutrir en mayor escala animales más mansos? En la condición actual de nuestra tierra, todavía no desapareció ninguna especie, aunque no me cabe la menor duda de que habiendo sido otra esa condición, pudo haber habido también otras especies animales, y si alguna vez llegara a modificarse completamente por arte o por la naturaleza, habría también una relación distinta de los géneros vivientes.

En una palabra: el hombre apareció en una tierra habitada. Todos los elementos, pantanos y ríos, arena y aire, estaban ocupados o se fueron ocupando con criaturas, y gracias a su arte divino de la astucia y del poder tuvo que conquistarse un lugar para su dominio. La forma en que lo hizo es la historia de su cultura, en la que figuran los pueblos más rudos; la parte más interesante de la historia de la humanidad. Me limitaré a una sola observación: que los hombres, al lograr poco a poco el dominio sobre los animales, aprendieron lo más de ellos mismos. Eran destellos vivos del entendimiento divino, de los cuales el hombre, en vistas a la comida, modo de vivir, indumentaria, habilidad, arte y actividades, atrajo a sí los rayos en una esfera mayor o menor. Cuanto más lo hizo, cuanto más claramente, cuanto más inteligentes fueron los animales que encontró, cuanto más se acostumbró a ellos y en paz o en guerra vivió en confianza con ellos, tanto más ganó su formación; y la historia de su cultura resultó, por lo tanto, en gran parte, zoológica y geográfica.

En segundo lugar. Siendo tan grande en nuestra tierra la variedad de climas y países, de piedras y plantas ¿cuánto mayor no será la variedad de sus verdaderos moradores vivientes! Pero no debe limitarse a la tierra, pues también el aire, el agua y aun las partes internas de las plantas y animales vibran de vida. ¡Innumerable ejército, para el cual, tanto como para el hombre, fué hecho el mundo! ¡Animada superficie de la tierra, en la que todo, hasta donde alcanza el sol, goza, actúa y vive!

No quiero adentrarme en las tesis generales de que todo animal tiene su elemento, su clima, su habitáculo característico, ni de

o  
| el H.  
El dominio de  
los animales  
apareció ya  
de el mismo.

que unas especies se hayan difundido más, otras menos, otras casi igual que el hombre; para eso tenemos un libro muy meditado y con científica diligencia recopilado: *Geographische Geschichte des Menschen und der allgemeinen verbreiteten vierfüßigen Tiere*<sup>1</sup> de Zimmermann. Pero pondré de relieve algunas observaciones especiales que vemos confirmadas también en la historia del hombre.

1. Las mismas especies que hallamos viviendo en casi toda la tierra, tienen una forma distinta casi en cada clima. El perro es feo y pequeño en Laponia; en Siberia, su figura es mejor, pero tiene aún las orejas rígidas y su estatura no es muy grande. "En las regiones donde viven los hombres más bellos", dice Buffon, "se encuentran también los perros más hermosos y más grandes". En las regiones intertropicales pierde la voz y en estado selvático se parece al chacal. El buey de Madagascar tiene una corcova de 50 libras de peso, que en regiones más extensas disminuye poco a poco; y así, esa especie varía de color, tamaño, fuerza y valor en casi todas las regiones de la tierra. Una oveja europea llegó a tener una cola de 19 libras en el Cabo de Buena Esperanza; en Islandia saca hasta 5 cuernos; en la región de Oxford (Inglaterra) crece hasta tener el tamaño de asno, y en Turquía es atigrada. De esta suerte, sigue habiendo variedades en todos los animales. Y ¿no iba a modificarse con los climas el hombre, que por su estructura muscular y nerviosa es también en gran parte un animal? Si no ofreciera variedades constituiría un milagro a juzgar por la ley de analogía de la naturaleza.

2. Todos los animales mansos fueron en tiempos animales selváticos y, de la mayoría de ellos se han encontrado sus prototipos selváticos, especialmente en las montañas de Asia, precisamente en el sitio donde, por lo menos en nuestro hemisferio boreal, estuvo probablemente la patria de los hombres y de su cultura. A medida que nos alejamos de esa región, especialmente en los sitios de paso difícil, disminuyen las especies de animales mansos, hasta que, por último, en Nueva Guinea, Nueva Zelandia e islas del Mar del Sur, el cerdo, el perro y el gato constituyeron casi todo su reino animal.

3. América tenía en gran parte sus animales peculiares, totalmente conformes con su zona, como resultado de la formación de ésta a base de vastas depresiones inundadas y de enormes alturas. Había pocos animales terrestres grandes, y menos aún amansables o mansos; en cambio, eran tanto más numerosos los murciélagos, armadillos, ratas, ratones, el Bradipo, el perejano, ejércitos de insectos, anfibios, tortugas, etc. Fácil es comprender qué influencia había de tener eso en la historia de los hombres.

<sup>1</sup> Leipzig 1778-1783. 3 vols., con un mapamundi zoológico muy exacto y hermoso.

4. En regiones en que las fuerzas de la naturaleza actúan con suma eficacia, en que el calor del sol se asocia a vientos regulares, grandes inundaciones, formidables explosiones de materia eléctrica, en una palabra, con todo lo que en la naturaleza produce vida y se califica de vivo; en ellas existen también los animales más desarrollados, más fuertes, más grandes, más valerosos, así como la erestión vegetal de más rico aroma. África tiene manadas de elefantes, cebras, ciervos, monos, búfalos; los leones, tigres, el cocodrilo y el hipopótamo aparecen en ella con su armadura completa; los más altos árboles se elevan al cielo y están cargados de los más jugosos y útiles frutos. De todos es conocida la riqueza del Asia en los reinos animal y vegetal; su máximo esplendor se muestra en las regiones en que fluye con mayor intensidad la energía eléctrica del sol, del aire y de la tierra. Por el contrario, donde ésta actúa de modo más débil o más irregular, como en los países fríos, o donde es rechazada o retenida en el agua, en sales alcalinas, en resinas húmedas, no parece que se desarrollen nunca aquellas criaturas para cuya formación se requiere todo el juego de la electricidad. El calor pesado, mezclado con humedad, produce ejércitos de insectos y anfibios, pero no aquellas figuras maravillosas del viejo mundo llenas de ardiente fuego en todo su cuerpo. La fuerza muscular de un león, el salto y la vista de un tigre, el sagaz entendimiento de un elefante, la suavidad de la gacela, la traviesa malicia de un mono africano o asiático, no son peculiares de ningún animal del nuevo mundo. Con apuro lograron despegarse éstos del todo cálido; a uno le faltan dientes, a otro patas y garras, a un tercero la cola, y a los más tamaño, valor y rapidez. En las montañas son de tipo más animado; pero jamás llegan a parecerse a los animales del antiguo mundo, y los más revelan en su naturaleza pegajosa y escamosa la falta de corriente eléctrica.

5. Por último, fenómeno observado ya en las plantas, se dan en los animales particularidades acaso más raras: su modo de ser a menudo terco y su lenta aclimatación a un ambiente extraño, sobre todo antipódico. El oso americano, descrito por Linneo<sup>1</sup>, mantiene también en Suecia el período de día y noche que observaba en América. Dormía de medianoche a mediodía, y paseaba de mediodía a medianoche, igual que si fuera su día americano; con sus demás instintos conservaba también la medida del tiempo de su patria. Y esta observación ¿no habría de ser válida de muchas otras zonas de la tierra, de los hemisferios oriental y austral? Y si es cierta esta variación de los animales, ¿iba el género humano, sin mengua de su carácter peculiar, a sustraerse totalmente a ella?

<sup>1</sup> *Memorias de la Academia de Ciencias de Suecia*, vol. IX, pág. 300.

5 especies

1a  
forma  
clima↑  
MODIF.

HOMBRES

LEY DE

ANALOGÍA

DE LA

NATUR.

PROTOTIPO

SELVÁTICOS

(ASIA)

3a

AMÉRICA

DEFENSIONES

INUNDACIONES

ALGUNAS

NO HA Y ANIMALES

CARIACOS

MOS, INSECTOS,

ANFIBIOS, MURCIÉLAGOS

∴ → ANALOGÍA 54  
4/ LOS HOMBRES4.  
NAT. "ELECTRICIDAD"  
↓  
AMÉRICA  
PERUANAAMÉRICA  
NAT.  
INTELECTUALANIMALES  
CARIACOS  
LA USA  
COMPARTE  
DE LOS ANIMALES

## IV

## EL HOMBRE ES UNA CRIATURA MEDIA ENTRE LOS ANIMALES DE LA TIERRA

1. Cuando Linneo calculó en 230 el número de clases de mamíferos, incluyendo ya entre ellas los mamíferos acuáticos, estimó que el de las aves era 946, el de los anfibios 292, el de los peces 404, el de los insectos 3.060 y el de los gusanos 1.205; notoriamente, pues, los animales terrestres eran los menos, siguiéndoles los anfibios, los más próximos a ellos. En el aire, en el agua, en los cenagales y en la arena, aumentaban los géneros y las especies; y yo creo que en los nuevos descubrimientos el incremento guardará siempre la misma proporción. Cuando después de la muerte de Linneo, el número de especies de mamíferos fué elevado a 450, Buffon llegó a contar 2.000 aves y Forster, solamente en algunas islas del Mar del Sur, descubrió en una breve estada 109 especies nuevas, sin que descubriera ni una sola especie terrestre nueva. Si continúa esa proporción, y en lo sucesivo se descubren nuevos insectos, aves y gusanos en número mayor que especies de animales terrestres totalmente nuevas, por más que pueda haber en África, parte del mundo aún no recorrida, es muy probable que podamos aceptar la proposición siguiente: Las clases de las criaturas aumentan a medida que se apartan del hombre; cuanto más próximas a él tanto menor va siendo el número de especies de los llamados animales perfectos.

2. Ahora bien, es innegable que, a pesar de toda la diversidad de los seres vivos de la tierra, parece dominar por todas partes cierta uniformidad de estructura y como si dijéramos una forma principal, que varía hasta la máxima diversidad. Salta a la vista la estructura ósea semejante de los animales terrestres: cabeza, trouco, manos y pies son siempre de acuerdo con un prototipo, sólo que con infinitas variaciones. Más evidente lo hace aún la estructura interna de los animales, y muchas figuras toscas son muy semejantes al hombre en el interior de sus partes principales. Los anfibios ya se apartan más de esa regla principal; más aún las aves, peces, insectos y animales acuáticos, perdiéndose los últimos en la creación vegetal y mineral. Más allá no llega nuestra vista; sin embargo, esos tránsitos hacen poco improbable la suposición de que en las criaturas marinas, en las plantas y aun en los seres llamados inertes, reine tal vez una misma disposición de organización, bien que infinitamente más tosca y confusa. A la vista del ser eterno, que lo ve todo en una sola relación, tal vez la figura de la partícula de hielo, tal

como se produce, y el copo de nieve que se forma agregándose a ella, guarde siempre una proporción análoga con la formación del embrión en el cuerpo materno. Podemos, pues, aceptar la segunda ley: que cuanto más cerca están del hombre, todas las criaturas tienen tanta mayor semejanza con él en la forma principal, y que la naturaleza, en la infinita variedad en que se complace, parece haber formado todo lo vivo de nuestra tierra de acuerdo con un plasma de organización principal.

3. Se desprende, por lo tanto, que como esta forma principal tiene que variar siempre según los géneros, especies, destinaciones y elementos, un ejemplar explica a otro. Lo que en tal criatura esbozó la naturaleza como obra accesoria, lo ejecutó en otra, por decirlo así, como obra principal; lo puso a la luz, lo agrandó y dispuso que las demás partes, aun manteniéndose siempre dentro de la armonía más refinada, sirvieran a aquélla. En otros casos, esas partes sirvientes vuelven a aparecer como dominantes y, en consecuencia, todos los seres de la creación orgánica aparecen como disjecti membra poëtae. Quien quisiera estudiar a uno tiene que estudiarlo en otro; cuando tal parte aparece encubierta y descuidada, hay que fijarse en tal otra criatura donde la naturaleza la desarrolló y la puso de manifiesto. Esta proposición es igualmente aplicable a todos los fenómenos de los seres divergentes.

4. Por último, el hombre parece ser, entre los animales de la tierra, la criatura media primorosa en que, hasta donde lo permitió la singularidad de su destinación, se reúnan los más numerosos y refinados destellos de las demás figuras a él semejantes. No podía reunirlo en sí todo en la misma medida; por lo tanto, debía ser inferior a tal otra criatura en agudeza de un sentido, a tal otra en fuerza muscular, a tal otra en elasticidad de sus fibras; pero todo cuanto podía reunirse en él, en él se reunió. Con otros animales terrestres tiene de común partes, instintos, sentidos, capacidades y artes; si no las hereda, las aprende; si no le son innatas, las desarrolla. Comparándolo con las especies animales próximas, casi podríamos arriesgarnos a decir que éstas son destellos cortados de su imagen y dispersados por medio de un espejo cóncavo. Y así podríamos adoptar la cuarta proposición: que el hombre es un ser medio entre los animales, es decir, la forma elaborada en que se reúnen los rasgos de todas las especies que lo rodean, de suerte que él constituye su más primoroso compendio.

Espero que no se confunda la semejanza a que hago referencia entre el hombre y los animales, con aquellos juegos de la fantasía en que en plantas y aun en piedras se iba a buscar miembros exteriores del cuerpo humano, edificando sistemas sobre esa base. Toda persona cuerda se reirá de esos juegos, pues precisamente con la figura exterior esconde y disimula la naturaleza formativa afinidades

LA T  
 PUNTA P  
 ANI P M  
 NA A  
 LA FORMA  
 PRINCIPAL  
 UN EJEMPLAR  
 EXPLICA A  
 OTRO  
 (P) explican  
 la variación

U: Ser me  
 ^  
 • forma e la  
 • reunión l  
 rasgos de  
 especies  
 • primo u si  
 compendi

L. H. GUB  
 UNO DE  
 UNAS  
 DE LAS  
 DE PUEBLOS  
 1

internas de estructura. ¡Cuántos animales tan diferentes de nosotros por el exterior son del modo más asombroso semejantes a nosotros por el interior, en la estructura ósea, en las más nobles partes de la vida y de la sensación y aun en las funciones vitales! Recórranse los análisis de Daubenton, Perault, Pallas y otros académicos, y se verá esto bien patente. Para ayudar a la vista y memoria de los jóvenes y niños, tiene que acomodarse la historia natural a algunas distinciones de la figura exterior; la historia natural y filosófica y para adultos, procura ver la estructura interna y externa del animal, para compararlo con su modo de vivir y para encontrar el carácter y lugar de procedencia de la criatura. En las plantas, llámase natural a este método, y también en los animales tiene que llevar a él paso a paso la anatomía comparada. Con él obtiene en el hombre de modo natural una guía en sí mismo, que lo acompaña a través del gran laberinto de la creación viva, y si de algún modo puede decirse que nuestro espíritu se arriesga a seguir al entendimiento de Dios, que todo lo concibe y abarca, es precisamente de éste. En cada apartamiento de la regla, que, cual canon de Policeto, nos mostró Dios en el hombre, se nos conduce a una causa: ¿Por qué hizo tal modificación? ¿Con qué objeto dió esa otra forma? Y de esta suerte, la tierra, el aire, el agua, y hasta la más recóndita profundidad de la creación animada, se convierte para nosotros en almacén de sus ideas, de sus inventos, de acuerdo con una imagen principal del arte y de la sabiduría y con vistas a ella.

¡Qué grande y rico panorama nos ofrece esta perspectiva sobre la historia de los seres semejantes y desemejantes a nosotros! Separa los reinos de la naturaleza y las clases de las criaturas según sus elementos y las une entre sí; aun en los más remotos, el radio trazado con amplitud es visible desde las hondonadas, me hace el efecto de ver como si los animales vinieran al hombre, cual vinieron allí al primer antepasado de nuestra especie, acercándose paso a paso a su figura. El pájaro vuela por el aire; toda la diferencia de su forma con respecto a los animales terrestres, puede explicarse por su elemento; basta sólo que toque la tierra, aunque sea en forma de asquerosa especie media, para que, como en los murciélagos y vampiros, su esqueleto se asemeje al del hombre. El pez nada en el agua; sus pies y sus manos tomaron la forma de aletas y cola; tiene aún pocas articulaciones; en cuanto toca la tierra, desarrolla, como el manatí, por lo menos sus patas delanteras, la hembra saca pechos. La morsa tiene, como es sabido, cuatro patas, aunque todavía no sepa utilizar las posteriores y encoja aún como jirones de aleta los cinco dedos de esas patas; sin embargo, se arrastra despacio, como puede, para calentarse a los rayos del sol, y constituye ya un pequeño paso mas allá de la torpeza de la disforme foca. Así, desde el polvo de los gusanos, desde

las casas calcáreas de los moluscos, desde las hilazas de los insectos, todo se acerca paulatinamente a organismos más articulados, más elevados. Por los anfibios se pasa a los animales terrestres, y curre entre ellos ya el asqueroso bradipo con sus tres dedos y dos pechos anteriores constituye el más próximo análogo a nuestra figura. Ahora bien, la naturaleza juguetosa y se ejercita en derredor de los hombres en la máxima diversidad de disposiciones y organismos. Distribuyó los modos de vida y los instintos, encendió la hostilidad entre las especies, a pesar de que todas esas aparentes contradicciones parecen llevar a un fin. Por lo tanto, anatómica y fisiológicamente es cierto que a través de toda la creación animada de nuestra tierra domina algo parecido a una organización; lo único que hay es que, cuanto más lejos del hombre, cuanto más apartado de él, el elemento vital de las criaturas, la naturaleza, siempre igual a sí misma, tuvo que renunciar en sus organizaciones al modelo principal. Cuanto más se acerca a él, tanto más juntó clases y radios para unirlos en su punto central, sagrado, de la creación de la tierra. ¡Alégrate de tu condición, oh hombre, y estudiate, noble criatura media, en todo cuanto vive en derredor de tí!

organiza  
de la  
creación  
animal

## LIBRO TERCERO

### I

#### COMPARACIÓN DE LA ESTRUCTURA DE PLANTAS Y ANIMALES CON RESPECTO AL ORGANISMO DEL HOMBRE

[ A primera nota en que a nuestros ojos se distingue un animal, es la boca. Todavía la planta, si vale la expresión, ~~es boca-toda-ella~~; absorbe con las raíces, con las hojas y con los tallos; cual niño no desarrollado aún, está en el regazo y en el pecho de la madre. En cuanto la criatura se organiza como animal, aun antes de que se distinga la cabeza, puede observarse la boca. Los tentáculos del pulpo son fauces; en los gusanos, en los cuales tan pocas partes internas se distinguen, son visibles ya conductos para el alimento; es más, en muchos testáceos, la entrada a esos conductos, a modo de raíz, se halla en la parte inferior del animal. Por lo tanto, ese conducto es lo primero que la naturaleza formó en sus seres vivos, y lo conservan hasta los seres más organizados. Los insectos en estado de larva casi no son más que boca, estómago e intestinos; la figura de los peces y anfibios y, por último, hasta de las aves y animales terrestres, está configurada a este efecto en su posición horizontal. Pero a medida que se sube en la escala, se va haciendo más complicada la organización de las partes. La apertura se hace más angosta, y el estómago e intestinos ocupan un lugar más hondo; por último, en la posición erecta del hombre, también exteriormente la boca, que en los animales fué siempre la parte más saliente, retrocede bajo la más elevada organización del rostro; los animales más nobles ensanchan el pecho, y los instrumentos de la alimentación son relegados a la región inferior. El género más noble va no ha de servir exclusivamente al vientre, cuyo dominio era tan vasto y grande en todas las clases de su hermanos inferiores hasta en todas las funciones y partes del cuerpo y de la vida.

La primera ley, pues, a la que de algún modo sirve el instinto de un ser vivo, es la nutrición. Los animales la tienen en común

nutrición  
la ley  
instinto

con las plantas, pues también las partes de su estructura que absorben y elaboran alimentos, preparan jugos y por su tejido son de naturaleza vegetal. Sólo la organización más primorosa que les dió la naturaleza, la múltiple mezcla, purificación y elaboración de los jugos vitales, ella y sólo ella, transporta por clases y especies la corriente cada vez más refinada que irriga las partes más nobles, a medida que la naturaleza reducía más aquellas inferiores. Hombre orgulloso, vuelve tu mirada a la primera disposición de emergencia de tu criatura media: la traes aún contigo; eres un conducto digestivo como tus hermanos inferiores.

Lo único que hay es que la naturaleza nos ennobleció infinitamente con respecto a ellos. Los dientes, que en los insectos y otros animales tienen que ser manos para asir la presa y destrozarla, las mandíbulas que en los peces y animales de presa despliegan una fuerza prodigiosa, ¡cuán noblemente han retrocedido en los hombres, rebajando aun la fuerza que les es inherente! Los muchos estómagos de las criaturas inferiores quedaron reducidos a uno solo en él y en algunos animales terrestres que interiormente se aproximan a su figura, y su boca, por último, ha sido magnificada por el más puro don de los dioses: la elocución. Gusanos, insectos, peces, los más de los anfibios, son mudos por la boca; las mismas aves sólo con el garrate cantan; todos los animales terrestres tienen unos pocos sonidos dominantes, los indispensables para la conservación de la especie; sólo el hombre posee órganos verdaderos de lenguaje combinados con los instrumentos del gusto y de los manjares, es decir, lo más noble asociado a los signos de la más baja necesidad. Aquello que le sirve para preparar comida para el cuerpo bajo, le sirve asimismo para preparar en palabras el alimento de las ideas.

La segunda misión de las criaturas es la propagación; la destinación para eso es ya visible en la estructura de las plantas. ¿A qué sirven la raíz y el tallo, las ramas y las hojas? ¿A qué destinó la naturaleza el lugar más elevado o por lo menos más elegido? A la flor, a la corola, y ya vimos que son las partes reproductoras de las plantas. Por lo tanto, constituyen las partes más bellas de esta criatura; para su desarrollo está calculada la vida, la acción, el placer de la planta, y hasta sus únicos movimientos aparentemente voluntarios; es el llamado sueño de las plantas. Las plantas cuyo acopio de semillas está suficientemente asegurado, no duermen; una planta ya no duerme después de la fecundación. Lo único que hizo fué cerrarse maternalmente, para proteger contra la ruda intemperie las partes interiores de la flor. Y todo en ella está dispuesto

<sup>1</sup> Acerca de la fuerza de estas partes, véase HALLER, *Elementa Physiologiae*, t. VI, págs. 14 y 15.

para la nutrición y crecimiento, lo mismo que para la propagación y fecundación; no resulta apropiada para otro fin de actividad.

No es así en los animales. Los instrumentos de la propagación no les fueron colocados como corona (sólo algunas de las criaturas más inferiores tienen estas partes cerca de la cabeza), antes bien, de acuerdo asimismo con la destinación de la criatura, están subordinados a miembros más nobles. El corazón y los pulmones ocupan el pecho; la cabeza está consagrada a sentidos más delicados, y en general, según toda la estructura, el tejido de fibras con su jugosa fuerza floral está sometido al excitable resorte de los músculos y a la sensible estructura de los nervios. La economía de la vida de estas criaturas tiene que amoldarse notoriamente al espíritu de su estructura. El movimiento voluntario, la actividad eficiente, las sensaciones y los impulsos constituyen la tarea principal del animal, a medida que va elevándose su organización. En la mayor parte de las especies, el apetito sexual queda limitado a una época de poca extensión; por lo demás, viven más libres de ese impulso que muchos hombres inferiores, que gustosamente volverían al estado de las plantas. Éstos, como es natural, comparten también el destino de las plantas; en ellos se embotan todos los impulsos más nobles: la fuerza muscular, la sensitiva, la intelectual y la volitiva; vegetan como las plantas y como ellas tienen una muerte prematura.

Los animales que más cerca están de las plantas, siguen fieles, lo mismo que en la economía de la estructura, también en el fin de su disposición al mencionado principio de formación; son los zoófitos y los insectos. El pólipo no es por su estructura más que un conducto orgánico animado compuesto de pólipos más jóvenes, y el coral una casa orgánica de animales propiamente marinos; por último, el insecto, muy superior a éstos, porque vive ya en un medio más primoroso, revela tanto en su organización como en su vida estar muy próximo a la linde de aquella destinación vegetal. Su cabeza es pequeña y sin seso; ni siquiera deja espacio para algunos sentidos de mayor apremio; de ahí que los tenga en antenas que proyecta hacia adelante. Su pecho es pequeño; de ahí que le falte los pulmones y a muchos de ellos algo que tenga la menor analogía con el corazón. En cambio, el bajo cuerpo en sus anillos de tipo vegetal ¡cuán grande y amplio es! Sigue siendo la parte dominante en el animal<sup>1</sup>, así como la principal destinación de éste es la nutrición y una copiosa propagación.

En los animales de tipo más noble, la naturaleza, como dijimos ya, puso más abajo los órganos de la propagación, como si comenzara ya a sentir pudor por ellos; dió a una sola parte varias

<sup>1</sup> Muchas de esas criaturas respiran aún con él; por él, en vez del corazón, baja la arteria; les sirve incluso de taladro, etc.

funciones, aun las más distintas, y con ello ganó espacio en el pecho para las partes más nobles. Hasta los nervios, que habían de conducir a aquellas partes, hizo que surgieran lejos de la cabeza, de troncos bajos, y con sus músculos y fibras los sustrajo en gran parte a la voluntad del alma. Al modo de los vegetales se prepara en ellos el líquido de la reproducción, y también el joven fruto es alimentado aún como planta. Al modo de los vegetales, la fuerza de esas partes e impulsos es lo primero que decae, cuando todavía late el corazón, y quizá más rápidamente, y la cabeza piensa con mayor claridad. Según atinada observación de (Martinet) el crecimiento del cuerpo humano en sus partes, se opera menos en las partes superiores que en las inferiores del cuerpo; como si el hombre fuese un árbol que crece abajo en su tronco. En una palabra: por intrincada que sea la estructura de nuestro cuerpo, es evidente que las partes que sólo sirven para la nutrición y reproducción animales, aun por su organización, en modo alguno debían ni podían resultar las partes dominantes de la destinación animal, y menos aún del hombre.

¿Cuáles eligió, pues, la naturaleza, por eso? Sigamos su estructura desde dentro y desde fuera.

A través de las series de todos los seres vivos de la tierra se extiende el orden de que:

1. los animales con una cavidad y con un corazón de un solo ventrículo, como los anfibios y los peces, tengan sangre fría; de que
2. los de un solo ventrículo sin cavidad tengan sólo un líquido blanco en vez de sangre, como los gusanos e insectos; de que
3. los animales con corazón de cuatro compartimientos son criaturas de sangre caliente, como las aves y los mamíferos.

De modo semejante se observa que:

19. a aquellos animales les faltan los pulmones para la respiración y para provocar la circulación de la sangre; pero que
20. los animales con corazón de cuatro compartimientos tienen pulmones. Es increíble cuán grandes modificaciones en orden al ennoblecimiento de los seres resultan de tan simples diferencias.

Primero: La formación del corazón, aun en su forma más imperfecta, requiere una estructura orgánica de varias partes internas, a la cual no se eleva ninguna planta. Aun en insectos y gusanos se ven ya venas y otros instrumentos de especialización, y en parte hasta músculos y nervios, que en las plantas están sustituidos aún por conductos y en los litozoarios por una estructura análoga a éstos.

<sup>1</sup> MARTINET, *Katechismus der Natur*, t. I, pág. 316, donde se muestra en un grabado el crecimiento por años.

Por lo tanto, en la criatura más perfecta se estimuló una elaboración más primorosa del líquido de que vive y, en consecuencia, también del calor gracias al cual vive; y así el árbol de la vida pasa del jugo vegetal al blanco de los animales, luego a la sangre más roja y finalmente al calor más perfecto de los seres orgánicos. A medida que crece éste, tanto más vemos también que la organización interna se diversifica y multiplica, a la vez que se hace más perfecta la circulación cuyo movimiento es probablemente lo único que podía producir aquel calor interno. En la naturaleza parece regir sólo un principio de la vida: es la corriente etérea o eléctrica, elaborada en los conductos de las plantas, en las venas y músculos del animal y, por último, aun en la estructura de los nervios, de modo cada vez más refinado, para acabar encendiendo todos los maravillosos instintos y energías anímicas cuyos efectos en animales y hombres nos asombran. El crecimiento de las plantas, aunque su jugo vital sea mucho más orgánico y refinado que la energía eléctrica que se manifiesta en la naturaleza inerte, es fomentado por la electricidad. Esa corriente sigue accionando aun en los animales y en el hombre, y no sólo en las partes más groseras de su mecanismo sino en aquellas en que éstos se aproximan por vez primera al alma. Los nervios, animados de un ser cuyas leyes casi se hallan más allá de la materia, pues actúa con una especie de omnipresencia, pueden excitarse por la fuerza eléctrica del cuerpo. En una palabra: la naturaleza dió a sus hijos vivos lo que podía darles, una semejanza orgánica con su propia fuerza creadora, calor vivificador. Mediante tales o cuales órganos, la criatura saca de la inerte vida vegetal un estímulo vivo, y del conjunto de éste, refinado a través de vasos más delicados, el medio de la sensación. El resultado de los estímulos se hace impulso, el de las sensaciones idea: progreso incesante de la creación orgánica, el cual estaba en ciernes en toda criatura viva. Con su calor orgánico (no precisamente como cabe sentirlo desde fuera mediante nuestros toscos instrumentos artificiales) aumenta también la perfección de su especie y probablemente también, por consiguiente, su aptitud para un sentimiento más delicado del bienestar, en cuya corriente que todo lo recorre, se siente a sí misma la madre que todo lo calienta, todo lo anima, todo lo goza.

Segundo: Cuanto más complicada es la organización interna de la criatura encaminándose a un calor vital más primoroso, tanto más, evidentemente, se capacita para recibir y alumbrar seres vivos. Otra vez, un retoño del mismo gran árbol de la vida a través de todas las especies de criaturas<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> No cabe objetar que también alumbran seres vivos los pólipos, algunos caracoles y hasta los pulgones, pues de esta suerte cabría decir que también la

principio  
de  
vida

electricidad

A

calor  
vital

orden  
el  
moleculares

Sabido es que la mayoría de las plantas se fecundan a sí mismas, y que aun cuando los miembros del sexo estén separados, se encuentran muchas andróginas y polígamas. De un modo semejante se ha observado que en las clases inferiores de animales, fitozoarios, caracoles e insectos, o bien faltan aún las partes animales de la generación, y la criatura, como una planta, parece sólo sacar retoños, o bien hay entre ellos hermafroditas, andróginos y otras anomalías que no es éste el lugar para enumerarlas. Cuanto más complicada es la organización del animal, tanto más decididamente se separan los sexos. En este caso, la naturaleza no pudo contentarse ya con gérmenes orgánicos; la formación de un ser tan diverso y múltiple en sus partes, habría resultado mal si el azar se hubiese puesto a la tarea de jugar con formas orgánicas. Por lo tanto la madre prudente deslindó y separó los sexos. Pero tuvo que encontrar una organización en que dos criaturas se unieran en una para que en medio de ellas naciera otra tercera, impronta de ambas en el momento del más íntimo calor vital.

Recibido en éste, sólo por él puede ser formado el nuevo ser. El calor materno lo envuelve y desarrolla. Sus pulmones todavía no respiran, y su mayor glándula pectoral mama; aún en el hombre parece que falta todavía el ventrículo derecho del corazón y en vez de sangre circula por sus venas un líquido blanco; sin embargo, a medida que el calor materno aviva también su calor interior, se va formando cada vez más el corazón; la sangre adquiere color rojo y, aunque todavía no toca a los pulmones, circula más activamente. La criatura se mueve en claros latidos y por último sale a la luz completamente formada, dotada con todos los impulsos del movimiento autónomo y de la sensación, con que sólo una criatura viva de este tipo podía organizarse. En seguida, el aire, la leche, los alimentos y aun el dolor y todas las necesidades, le ofrecen ocasiones de absorber calor por múltiples medios, elaborándolo por medio de fibras, músculos y nervios para convertirlo en el ser que ningún organismo inferior podría lograr. Sigue creciendo hasta llegar a los años en que, rebosando de calor vital, aspira a propagarse y multiplicarse, comenzando entonces de nuevo el ciclo de la vida.

Así procedió la naturaleza con las criaturas que pudo poner en condiciones de procrear seres vivos, cosa que no fué posible con todas. No lo fué con los animales de sangre fría, a los cuales tuvo que ayudar el sol sirviéndoles de comadre. Él es quien ayuda a las crías a nacer: clara demostración de que en la creación todo calor orgánico se reduce a uno solo, bien que por innumerables conductos cada vez más purificado. Las mismas aves, de sangre más

planta alumbra seres vivos ya que saca yemas. Estamos hablando de animales mamíferos que procrean otros vivos.

caliente que los animales terrestres, no pudieron alumbrar seres vivos, quizá en parte a causa de su elemento, más frío, en parte a causa de su modo de vivir y de toda su destinación. La naturaleza dispuso a esas criaturas ligeras, endebles, de llevar a sus hijos hasta el momento del nacimiento, como los dispuso también del esfuerzo para amamantarlos. Pero así que, aun en una especie intermedia fea, el ave pisa la tierra, se convierte en mamífero; en cuanto el animal marino tiene bastante sangre caliente y organización para alumbrar seres vivos, se le impuso también el esfuerzo de amamantarlos.

¡Cuánto contribuyó con ello la naturaleza a la perfección de las especies! El ave volátil sólo puede poner crías, y ¡cuán hermosos impulsos de ambos sexos nacen ya de ese tipo de vida! El amor conyugal construye el nido, el amor materno lo calienta, el paterno lo abastece y ayuda a calentarlo. ¡Cómo defiende sus hijos un ave madre! ¡Qué casto es en los sexos, destinado al matrimonio, su amor conyugal! En los animales terrestres, ese vínculo tenía que hacerse más fuerte aún, si cabía tal posibilidad; de ahí que la madre recibiera en su pecho al recién nacido para alimentarlo con las partes más delicadas de su cuerpo. Sólo un cerdo toscamente organizado es capaz de devorar a sus crías; sólo los fríos anfibios dejan sus huevos en la arena o en un cenagal. Todos los mamíferos cuidan con ternura sus hijos; el amor del mono se ha hecho proverbial, y tal vez no haya especie que lo sienta menos intenso. Los mismos animales marinos tienen sentimiento, y el manatí constituye hasta un extremo fabuloso un modelo de amor conyugal y materno.

¡Tierna rectora del mundo, a tan simples vínculos orgánicos enlazas tú los más bellos instintos de tus hijos! De una cavidad de los músculos cardíacos, de unos pulmones que respiran, dependió que la criatura viviera con un calor más intenso y depurado, que pudiera alumbrar seres vivos y amamantara, y que se acostumbrara a un amor más refinado que el instinto de la reproducción, a cuidar y rodear de ternura a los hijos, y hasta en algunas especies al amor conyugal. ¡En el mayor calor de la sangre, en ese río del alma universal del mundo, encendiste la llama con que calientas también las más primorosas reacciones del corazón humano!

Para terminar tendría que tratar aún de la cabeza, como región suprema de la formación animal; pero para ello es necesario hacer previamente otras consideraciones que las relativas a sus formas y miembros exteriores.

LA poesía  
de la  
y. M.  
MAT

calor  
orgánico  
y  
procreación

## COMPARACIÓN DE LAS DIVERSAS FUERZAS ORGÁNICAS QUE ACTÚAN EN EL ANIMAL

El inmortal Haller distinguió las distintas fuerzas que se manifiestan fisiológicamente en el cuerpo animal, a saber: la elasticidad de las fibras, la excitabilidad del músculo y por último la sensación de la estructura nerviosa, con tal exactitud que en conjunto resultan no sólo irrefutables sino que además constituyen la más espléndida aplicación, aun en otros cuerpos que no sean los humanos, para la teoría fisiológica del alma.

Ahora bien, dejemos a un lado la cuestión de si acaso esos tres fenómenos, en todo caso tan diferentes, no son en el fondo una sola fuerza que se manifiesta de un modo en las fibras, de otro en el músculo y de otro en la estructura nerviosa, aunque pocas dudas puede ofrecer eso si tenemos en cuenta que en la naturaleza todo está enlazado y que en el cuerpo animado esos tres efectos se hallan tan íntima y múltiplemente unidos. La elasticidad y la excitabilidad son coindantes, como lo son fibra y músculo. Al igual que éste no es más que un agregado entremezclado de aquéllas, así también la excitabilidad no es, probablemente, más que una velocidad, de modo íntimo infinitamente aumentada, la cual en ese entrelazamiento orgánico de muchas partes se elevó del inerte sentimiento de las fibras al primer grado de la autoexcitación animal. La sensibilidad del sistema nervioso será luego la tercera clase más elevada de la misma fuerza, resultado de todas aquellas fuerzas orgánicas, pues parece que toda la circulación de la sangre y de todos los vasos a ella subordinados se necesita para irrigar el cerebro, como raíz de los nervios, con el líquido que, considerado como medio de la sensación, tanto se eleva sobre las fuerzas de los músculos y fibras.

Pero, sea como fuere, resulta infinita la sabiduría con que el Creador asoció esas fuerzas en los distintos organismos de los cuerpos animales, subordinando poco a poco los inferiores a los superiores. El tejido fundamental de todo, aun en nuestra estructura, son las fibras; en ellas florece el hombre. Los vasos linfáticos y lechosos preparan Jugo para toda la máquina. Las fuerzas musculares no se limitan a ponerla en movimiento para que actúe hacia el exterior, sino que un músculo, el corazón, es el primer motor de la sangre, de un jugo de tantos otros jugos, que no sólo calienta todo el cuerpo sino que además sube a la cabeza y desde ella, por

medio de nuevas elaboraciones, anima los nervios. Cual planta celeste se ramifican éstos desde su raíz superior; y cómo se extienden, cuán primorosos son, a qué partes se aplican, con qué grado de excitación está enlazado en tal o cual parte un músculo, qué jumo preparan los vasos de tipo vegetal, qué temperatura impera en la relación de estas partes entre sí, en qué sentidos cae, en qué modo de vivir actúa, en qué estructura, en qué figura está organizado; si la investigación exacta de esas cosas en las distintas criaturas, sobre todo en las más próximas al hombre, no ha de dar luces sobre sus instintos y carácter, sobre las relaciones de las especies entre sí, y, por último y más que nada, sobre las causas de la excelencia del hombre sobre los animales, no sabría yo de dónde cabría obtener tales luces en cosas físicas. Y afortunadamente ya en la actualidad los Camper, Wrisberg, Avoll, Sommering y tantos otros investigadores analistas van por ese camino fisiológico espiritual de la comparación de varios géneros en las fuerzas de los instrumentos de su vida orgánica.

De acuerdo con mi objetivo, parto de algunos principios fundamentales a modo de introducción a las siguientes reflexiones sobre las fuerzas orgánicas existentes en los distintos seres y finalmente en el hombre, puesto que sin ellos sería imposible ver a fondo la naturaleza humana en sus defectos y perfecciones.

1. Donde hay una acción en la naturaleza, debe haber una causa que actúe; donde en los esfuerzos o aun en las convulsiones se manifiesta un estímulo, tiene que sentirse también un estímulo por dentro. Si no se aceptan estas proposiciones, cesa toda relación de las observaciones, toda analogía de la naturaleza.

2. Nadie puede trazar un límite allí donde una acción evidente puede ser prueba de una fuerza existente y donde ya no haya de serlo. A los animales que viven con nosotros, les atribuimos sentimiento e ideas porque tenemos presentes sus hábitos cotidianos; pero no podemos excluir de eso a otros por la sola razón de que no los conozcamos de cerca y con la suficiente intimidad o porque sus obras nos parezcan demasiado ingeniosas; pues nuestra ignorancia o nuestra falta de habilidad no constituye una medida absoluta de todas las ideas y sentimientos de arte de la creación animada.

3. Por lo tanto: Donde se ejerce arte, hay sentido de arte que lo ejerce, y cuando con hechos demuestra una criatura que prevé acontecimientos de la naturaleza, ya que procura eludirlos, tiene que haber un sentido interno, un órgano, un medio de esa previsión, prescindiendo de que podamos comprenderlo o no. No por eso se alteran las fuerzas de la naturaleza.

4. Puede haber en la creación muchos medios de los cuales no

(E. Lavater)

Filiol - est  
comparación  
de  
gónovossentido  
externo/  
interno

sepamos absolutamente nada por carecer de órganos para ellos; es más, tiene que haberlos en gran cantidad, pues en casi todas las criaturas advertimos efectos que no acertamos a explicarnos a base de nuestro organismo.

5. En los millones de criaturas, cada cual con sentido e impulso especiales que le permiten gozar de su propio mundo, y realizar sus propias obras, la creación es infinitamente mayor que otro desierto que, sólo con sus cinco torpes sentidos, pueda palpar el hombre inadvertido.

6. Quien tenga algún sentimiento de la elevación y poder de la naturaleza, llena de sentido, de arte y de vida, aceptará con gratitud lo que su organización encierra, pero no por eso negará el notorio espíritu de todas sus demás obras. Toda la creación estaba destinada a ser gozada, sentida y elaborada en su integridad; en consecuencia, en todo punto nuevo tiene que haber criaturas para gozarla, órganos para sentirla, fuerzas para animarla según ese lugar. ¿Qué tienen de común entre sí el caimán y el colibrí, el cóndor y la pipa? Y todo está organizado para su elemento, todo vive y se agita en su elemento. No hay un solo punto de la creación sin goce, sin órgano, sin moradores: toda criatura tiene, pues, su mundo peculiar, un mundo nuevo.

¡La infinitud me abraza, cuando, rodeado de miles de pruebas de esa clase y penetrado de sus sentimientos, entro en tu sagrado templo, oh naturaleza! A ninguna criatura olvidaste: te le diste por completo, tan enteramente como le era posible abarcarle en su organización. Cada una de tus obras hiciste única y perfecta y sólo a sí misma igual. La elaboraste desde el interior, y cuando tuviste que dar una negativa, la compensaste cual pudiera compensarla la madre de todas las cosas.

Observemos en las diversas organizaciones algunas de estas relaciones de esas distintas fuerzas activas que tenemos en cuenta; con ello nos abriremos paso hacia el origen fisiológico del hombre.

19. La planta existe para vegetar y producir fruto: fin subordinado, así nos parece a nosotros, pero básico para cualquier otro en el conjunto de la creación. La planta lo realiza totalmente y trabaja en él tanto más incesantemente cuanto menos dividida está en otros fines. Cuando puede, existe en todo el germen y saca nuevos retoños y yemas; la rama de un árbol representa todo el árbol. Invoquemos, pues, en seguida una de las proposiciones anteriores para que nos ayude y, fundándonos en toda la analogía de la naturaleza, tenemos derecho a decir: Donde hay acción, tiene que haber fuerza; donde hay vida nueva tiene que haber un principio de la vida nueva, y en toda la criatura de tipo vegetal tie-

ne que hallarse éste en la máxima eficiencia. La teoría de los gérmenes aceptada para la explicación de la vegetación, nada explica propiamente, pues el germen es ya una formación, y cuando ésta existe, tiene que haber una fuerza orgánica que la forme. En la primera semilla de la creación no descubrió ningún realizador todos los gérmenes futuros; éstos no se nos hacen visibles hasta que la planta llegó a su peculiar plena fuerza, y en virtud de todas las experiencias no tenemos derecho a atribuirlos a otra cosa que no sea la fuerza orgánica de la planta misma que actúa en ellos con silenciosa intensidad. La naturaleza otorgó a esa criatura lo que pudo otorgarle, y compensó lo múltiple de que tuvo que privarle, con la intimidad de la única fuerza que en ella actúa. ¿De qué le habrían servido a la planta las fuerzas del movimiento animal si ella no tiene que moverse de su sitio? ¿A qué había de poder conocer otras plantas a su alrededor si ese conocimiento habría sido su tortura? En cambio, su aire, su luz, su jugo nutritivo, los absorbe y goza como vegetal; el impulso a crecer, a florecer y propagarse, los practica de modo tan fiel e incansable como ninguna otra criatura.

20. El paso de la planta a los muchos fitozoarios hasta ahora descubiertos, así lo pone de manifiesto aún más claramente. Las partes de la nutrición están ya especificadas en ellos; tienen un análogo de los sentidos y del movimiento voluntario animales; sin embargo, su más excelente fuerza orgánica sigue siendo nutrición y propagación. El pólipo no es un almacén de gérmenes que estén preformados en él tal vez para el cruel cuchillo del filósofo, sino que al igual que la planta misma era vida orgánica, también es él vida orgánica. Como ella, saca también retoños, y lo único que puede hacer el cuchillo del filósofo es avivar, estimular esas fuerzas. Así como un músculo excitado o cortado más fuerza manifiesta, así un pólipo torturado pone de manifiesto cuanto puede, para resarcirse y completarse. Saca miembros mientras lo permiten sus fuerzas y mientras el instrumento artificial no haya destruido totalmente su naturaleza. En algunas partes, en algunas direcciones, cuando las partes son demasiado pequeñas, cuando sus fuerzas se agotan demasiado, no puede más; todo lo cual no ocurriría si en todo punto estuviera dispuesto el germen preformado. Son poderosas fuerzas orgánicas lo que vemos actuar en él como en el motor de las plantas, y aun mucho más abajo en comienzos más endebles y más oscuros.

21. Los testáceos son criaturas orgánicas llenas de tanta vida como cabe que se reúna y organice en ese elemento, en esa capacidad. Tenemos que llamarlo sentimiento a falta de otro nombre; pero es sentimiento de caracol o de mar, un caos de las más oscuras fuerzas vitales, sin desarrollar como no sea en unos pocos

vs.  
teoría n  
los círne  
Es orgánica  
anterior  
al germen  
(BONNET)

miembros. Véanse los delicados cuernos, el músculo que representa el nervio óptico, la boca abierta, el inicio de corazón latiente y ¡qué maravilla! las curiosas fuerzas de reproducción. El animal suple la cabeza, la cornamenta, la mandíbula y los ojos; no sólo construye su caparazón artificial y lo pule, sino que además procrea seres vivos con la misma cáscara artificial, y muchos géneros son a la vez macho y hembra. En él hay, pues, un mundo de fuerzas orgánicas gracias a las cuales la criatura puede hacer en su fase lo que no podría ninguno de los miembros desarrollados, y en los cuales la tenaz formación viscosa actúa tanto más íntima e incansablemente.

49. El insecto, criatura tan primorosa en sus efectos, lo es igualmente en su estructura; sus fuerzas son uniformes según ella y aun según algunas de sus partes. En él todavía es muy poco el espacio que se encuentra para el cerebro y para unos pocos nervios sumamente finos; sus músculos son aún tan delicados que necesitan protegerse del exterior con fuertes cubiertas, y en su organización no hay lugar para la circulación propia de los animales terrestres mayores. Pero fijémonos en su cabeza, en sus ojos, en sus antenas, en sus patas, en su caparazón, en sus alas; obsérvese los enormes pesos que lleva un coleóptero, una mosca, una hormiga, el poder que demuestra una avispa furiosa; véanse los cinco mil músculos que enumeró Lyonet en la nemata del sauce, cuando el poderoso hombre apenas tiene cuatrocientos cincuenta; considérense, por último, las obras de artificio que emprenden con sus sentidos y miembros, y se concluirá que tienen una plenitud de fuerzas existentes en cada una de sus partes. ¿Quién puede ver el temblor de la pata arrancada a una araña o mosca sin advertir cuánta fuerza de estímulo vivo hay en ella aun separada de su cuerpo? La cabeza del animal era aún demasiado pequeña para reunir en sí todos los estímulos vitales; la rica naturaleza los repartió, pues, en todos los miembros, aun los más delicados. Sus antenas son sentidos, sus delicadas patas, músculos y brazos, todo ganglio un pequeño cerebro, y toda fibra excitable casi un corazón latiente; y así pudieron realizarse las delicadas obras de artificio para las cuales están totalmente formadas muchas de esas especies y para las cuales la naturaleza crea organismos y necesidades. ¡Qué primorosa elasticidad tiene el hilo de una telaraña, de un gusano de seda! Y el artífice lo sacó de sí mismo, prueba evidente de que él mismo es todo elasticidad y estímulo, o sea, también en sus actos y obras de artificio un verdadero artífice, una pequeña alma universal que actúa en esa organización.

50. En los animales de sangre fría es visible aun el mismo predominio del estímulo. Mucho tiempo después de haber perdido la cabeza se agita aún, y con violencia, la tortuga; la cabeza arrancada

de una culebra conserva su mordedura mortal a los tres, ocho y doce días. La convulsa mandíbula de un cocodrilo muerto pudo cercenar el dedo de un incauto, y asimismo, entre los insectos, el aguijón arrancado de una abeja tiende a picar. Véase la rana en su acomplamiento; pueden arrancársele pies y miembros antes de que suelte su objeto. Véase la torturada salamandra; puede perder manos, dedos y pies y piernas y se los procura de nuevo. Tan grandes son y tan omnisuficientes, valga la expresión, las energías vitales orgánicas de esos animales de sangre fría; y, en una palabra, cuanto más ruda es una criatura, es decir, cuanto menos el poder orgánico de sus estímulos y músculos se refina en primorosas energías nerviosas subordinándose a un cerebro mayor, tanto más se muestran en una omnipotencia orgánica difundida que conserva o suple la vida.

60. Aun de los mismos animales de sangre caliente se ha observado que en unión con los nervios su carne se mueve más indolentemente, y sus entrañas, por el contrario, muestran efectos más violentos de la excitación, cuando el animal está muerto. En la muerte, las convulsiones aumentan en la proporción en que disminuye la sensación, y un músculo que perdió ya su excitabilidad, vuelve a adquirirla si se corta en pedazos. Cuanto mayor es la riqueza nerviosa de una criatura, tanto más parece perder la tenaz energía vital que sólo con dificultades desaparece. Las energías reproductoras de algunos miembros, sobre todo de los muy complejos, como la cabeza, las manos o los pies, se pierden en las llamadas criaturas más perfectas; apenas si en ciertos años pueden éstas rehacer un diente o recomponer una fractura de hueso o una herida. Por el contrario, las sensaciones y representaciones se elevan en estas clases tan notablemente hasta que por último en el hombre se reúnen formando la razón del modo más primoroso y perfecto para un organismo terreno.

Si nos es permitido sacar algunos resultados de estas inducciones que todavía podrían llevarse a mayores detalles, diríamos lo siguiente:

19. En toda criatura viva parece completo y perfecto el ciclo de las fuerzas orgánicas, sólo que en cada una de ellas está modificado y distribuido de otro modo. En una se halla aún cerca de la vegetación, siendo por ende tan poderoso para la propagación y recomposición de sí mismo; en otros, decrecen esas fuerzas a medida que se distribuyen en miembros más artísticos, en instrumentos y sentidos más refinados.

20. Sobre las poderosas fuerzas de la vegetación comienzan a actuar los estímulos musculares vivos, muy afines a las fuerzas de la estructura animal de fibras, creciente, retrofiante y capaz de recom-

ciclo de  
las  
energías  
orgánicas

ponerse a sí misma; sólo que aparecen en una forma artificiosamente enmarañada, para un fin de la acción vital más circunscrito y determinado. Todo músculo se halla ya en juego alternativo con muchos otros; no solamente pondrá de manifiesto las fuerzas de las fibras sino las suyas de estímulo vivo en el movimiento en acción. El torpedo ya no recompone sus miembros como la lagartija, la rana o el pólipo; aun en aquellos animales que se reproducen, las partes en que se concentra la fuerza muscular no se recompone como los miembros que por decirlo así retoñan; el cangrejo puede sacar patas nuevas, pero no la cola. O sea que en las fuerzas del movimiento, artificiosamente complicadas, cesa poco a poco la esfera del organismo vegetativo, o bien se fija en una forma más artificiosa aplicándose a los fines de conjunto de la organización más compuesta.

39. Cuanto más las fuerzas musculares penetran en la esfera de los nervios, tanto más son captados también en esa organización y obligados a servir a los fines de la sensación. Cuanto más nervios y más refinados tiene, cuanto más éstos se encuentran entre sí varias veces, se robustecen artificialmente y se utilizan partes y sentidos pobres, cuanto mayor y más refinado es, por último, el lugar de reunión de todas las sensaciones, el cerebro, tanto más inteligible y refinada resulta la especie de estos organismos. Cuando, por el contrario, tenemos animales en que el estímulo domina la sensación y las fuerzas musculares la estructura nerviosa, y en que ésta se utiliza para operaciones y actividades inferiores y especialmente el primero y más enojoso de los impulsos, el hambre, tiene que ser aún el más dominante, entonces, según nuestra medida, la especie resulta en parte informe de estructura, en parte más ruda en su modo de vida.

¿Quién no se alegraría de que un analizador filosófico emprendiera la tarea de hacer una fisiología comparada de varios animales, especialmente de los más próximos al hombre, según esas fuerzas, por experiencias distintas y fijas en la relación de toda la organización de la criatura? La naturaleza nos presenta su obra, que desde fuera es figura velada, recubierto depósito de fuerzas internas. Vemos su modo de vivir; por la fisionomía de su rostro y por la proporción de sus partes adivinamos tal vez algo de lo que ocurre en su interior; pero aquí, en el interior, se nos exponen los mismos instrumentos y medidas de las fuerzas orgánicas, y cuanto más nos aproximamos al hombre, tanto mejor es el medio de comparación

<sup>1</sup> Además de otras obras conocidas, encuentro en las Obras de Alexander Monro (Edimburgo, 1781) un "Essai on comparative anatomy", que merecería ser traducido, así como los bellísimos esqueletos animales de la Osteography de Cheselden (Londres, 1783) deberían reproducirse en grabado, aunque en Alemania difícilmente podría hacerse con la exacta esplendidez del original.

Si la fisiología se entiende como "fisionomía exterior" entonces resulta que los atributos del elefante, simbólico en su mayoría,

de que disponemos. Como yo no soy anatomista, me arriesgo a seguir las percepciones de los grandes anatomistas en algunos ejemplos, para que nos sirvan de propéutica a la estructura y a la naturaleza fisiológica del hombre.

## III

## EJEMPLOS DE LA ESTRUCTURA FISIOLÓGICA DE ALGUNOS ANIMALES

El elefante<sup>1</sup>, por informe que parezca, nos proporciona fundamentos fisiológicos bastantes de su excelencia, tan próxima al hombre, frente a todos los animales vivos. Bien es verdad que su cerebro no resulta muy grande teniendo en cuenta el tamaño del animal; pero sus cavidades y toda su estructura son muy semejantes a las del hombre. "Me quedé asombrado", dice Camper, "al encontrar tamaña semejanza entre la *glandula pinealis*, los nates y testes de ese animal y los de nuestro cerebro; si en alguna parte puede haber un *sensorium commune*, es aquí donde hay que buscarlo". El cráneo es pequeño comparado con la cabeza, porque las fosas nasales se extienden bastante más arriba del cerebro, llenando de aire no sólo la cavidad frontal sino también otras cavidades<sup>2</sup>; y es que para mover la pesada mandíbula se requerían fuertes músculos y grandes superficies que la madre formadora llenó de aire para dispensar a su criatura de un peso insoportable. El cerebro no está situado encima del cerebelo y no lo oprime con su peso; la membrana que separa a ambos está vertical. Los numerosos nervios del animal se dirigen en gran parte a los sentidos más delicados y sólo la trompa recibe tantos como la totalidad de su enorme cuerpo. Los músculos que la mueven salen de la frente; carece totalmente de cartilago, y es instrumento de un sentimiento refinado, de un fino olfato y de facilísimo movimiento; en ella, pues, se reúnen varios sentidos y se controlan mutuamente. El ojo inteligente del elefante (que también en el párpado inferior, a semejanza del hombre y de ningún otro animal, posee pelos y un movimiento muscular delicado) tiene, pues, como vecinos los sentidos sensoriales más delicados, y éstos están separados del gusto, que por lo demás entusiasma al animal. Lo que en otros animales, sobre todo en los car-

<sup>1</sup> Según la descripción que de un elefante nonato hacen Buffon, Deubenton, Camper y en parte Zimmermann.

<sup>2</sup> Las cajas del tímpano y las cavidades de los *processus mamillares*, etc.

elefante  
excelencia  
próxima  
a la del  
hombre

El león es el rey de los animales más diferentes.  
 nvoros, suele ser la parte dominante del rostro, a saber: la boca, en éste queda pospuesta muy abajo y casi escondida bajo la frente prominente y la trompa levantada. Más pequeña aún es su lengua; las armas de la defensa, que lleva en la boca, se distinguen de los instrumentos destinados a la nutrición; en consecuencia, tampoco está formado para la atroz glotonería. Su estómago es sencillo y pequeño, por grandes que sean los intestinos; por consiguiente, es probable que no lo atormenta un hambre feroz como a los animales de rapiaña. Con sosiego y pulcritud busca las hierbas, y como el olfato está separado de la boca, necesita para eso más tiempo y cautela. Precisamente para la cautela lo formó la naturaleza en el beber y en toda la pesada estructura de su cuerpo, de suerte que esa cualidad lo acompaña precisamente desde el origen hasta el acoplamiento. El instinto sexual no lo exalta, pues la elefanta pasa nueve meses embarazada como el ser humano, y amamanta en sus pechos a su cría. Idénticas a las del hombre son las fases de su vida: crecimiento, florecimiento, muerte. ¡De qué nobleza dotó la naturaleza a los incisivos transformados en colmillos y cuán fino debe ser su oído para que pueda distinguir en el lenguaje humano entre las expresiones de mandato y las de los sentimientos! Sus orejas son mayores que las de cualquier otro animal, pero delgadas y extendidas en todas direcciones: se abren hacia lo alto, y toda la parte trasera de la cabeza del animal, aunque pequeña, es una caja de resonancia llena de aire. Así supo aligerar la naturaleza la pesadez de la criatura y aparejar la más vigorosa fuerza muscular con la más primorosa economía de los nervios. Rey de los animales por su sensata calma e inteligente pulcritud de los sentidos.

El león, en cambio, ¡qué rey de los animales más diferente!

Lo que la naturaleza buscó en él fué la musculatura, no la bondad ni la inteligencia. Hizo su cerebro pequeño y sus nervios tan pequeños como ni siquiera lo son en proporción los nervios de los gatos; los músculos, en cambio, gruesos y fuertes, colocándolos en los huesos en una posición tal que de ellos no puede originarse un movimiento muy variado y primoroso, pero tanto mayor fuerza. Un verdadero gran músculo que yergue el cuello, un músculo de la pata delantera que sirve para sostenerse, una articulación del pie pegada a la garra, ésta grande y curva, de suerte que nunca puede embotarse porque nunca toca el suelo: ésos fueron los dones concedidos al león. Su estómago es largo y muy doblado; su trituración, y por ende su hambre, deben ser espantosos. Su corazón es pequeño, pero delicadas y amplias sus cavidades, mucho más largas

<sup>1</sup> Especialmente según la excelente descripción de Wolff en los *Novi Commentarii Academiae Scientiarum Petropolitanae* t. XV, XVI; yo desearía que la descripción fisiológico-anatómica de muchos animales se hiciera de este modo.

y anchas que las del hombre. También los tabiques de su corazón son doblemente delgados y las arterias doblemente pequeñas, de suerte que la sangre del león corre a una velocidad cuatro veces superior a la del hombre tan pronto sale del corazón y cien veces superior en las ramificaciones de la sección quince; en cambio, el corazón del elefante late sosegado, casi como en los animales de sangre fría. También la hiel del león es grande y negruzca. Su lengua ancha se extiende redondeada hacia adelante, provista de pinchos de pulgada y media de largo en medio de la parte delantera y con sus puntas vueltas hacia atrás. De ahí lo peligroso de que lama la piel, pues en seguida hace salir sangre provocándole sed de sangre, una sed furiosa aunque sea de la sangre de su amigo y benefactor. Un león que haya probado sangre humana una vez, ya no suelta fácilmente esa presa, porque su surcado paladar ansía esa satisfacción. Además, la leona alumbra varios cachorros, que crecen lentamente; por consiguiente, tiene que alimentarlos mucho tiempo, y su instinto materno asociado a su propia hambre excitan su voracidad. Como la lengua del león lame ásperamente y su hambre ardiente es sed, resulta natural que no lo atraiga la carnaza podrida. Su regio gusto se complace estrangulando por sí mismo a la víctima y bebiéndose la sangre fresca, y a menudo toda su arrogancia de soberano resulta chasqueada. Su sueño es ligero porque su sangre es ardiente y rápida; se torna cobarde cuando está saciado porque no puede guardar provisiones que se descompongan; ni siquiera piensa en eso y en consecuencia sólo el hambre del momento lo impulsa a la valentía. La naturaleza, benévola, amortiguó sus sentidos; su rostro teme el fuego y ni siquiera tolera el brillo del sol; su olfato no llega lejos, pues tampoco por la posición de sus músculos es capaz de dar grandes saltos, no está hecho para la carrera y no le atrae la carroña. Su frente cubierta, surcada, es pequeña en comparación con la parte inferior del rostro, los músculos de animal de rapiaña y los huesos de carnívoro. Su nariz es torpe y larga, fuertes su cerviz y sus patas delanteras, imponentes su melena y los músculos de la cola; en cambio, la parte posterior del cuerpo es más débil y delicada. La naturaleza gastó sus espantosas fuerzas, y en el sexo, como en lo demás en que no lo atormenta su sed de sangre, hizo de él un animal bondadoso y noble. Así es también fisiológicamente el modo de ser y el alma de esa criatura.

Como tercer ejemplo puede tomarse el perezoso, por su prestigio el último y menos educado de los cuadrúpedos, un trozo del limo que se elevó a organismo animal. Su cabeza es pequeña y redonda, y todos sus miembros también gruesos y redondos, poco desarrollados y abultados. Su cuello es pesado, casi forma una sola pieza con la cabeza. Su pelo se encuentra con el del dorso, como si la naturaleza hubiese formado a ese animal en dos direcciones, in-

cierta sobre cuál elegiría. Por fin eligió como parte principal el vientre y parte trasera, a la cual aun en la posición, figura y todo el modo de vivir se limita a servir la cabeza. La obra maestra está en la parte trasera; el estómago y los intestinos llenan su interior; el corazón, los pulmones y el hígado están mal formados, y parece que le falta la hiel. Su sangre es tan fría que raya en la de los anfibios; de ahí que su corazón arrancado y sus entrañas sigan latiendo mucho después, y el animal, aun sin corazón, siga agitando las piernas como si estuviera aletargado. También en este caso observamos la compensación de la naturaleza en el hecho de que cuando se vió obligada a negar nervios sensibles y aun enérgicas fuerzas musculares, tanto más interiormente extendió y comunicó la viva excitación. Por consiguiente, ese magnífico animal puede parecer más desdichado de lo que es. La gusta el calor, la laxa quietud y se encuentra a gusto sumido en ambas. Cuando no tiene calor, duerme; más aún, como si también le doliera el estar echado, se cuelga con una pata en el árbol, y con la otra come y goza su vida de oruga como un saco colgado a los ardientes rayos solares. La deformidad de sus patas le aprovecha también. El blando animal ni siquiera puede apoyarse en los tenares, a causa de su rara estructura, sino sólo en la convexidad de las garras, como sobre las ruedas del coche, y en consecuencia se escurre lenta y apaciblemente. Sus cuarenta y seis costillas —no las tiene ningún otro cuadrúpedo— son la larga bóveda de su almacén de provisiones y, valga la expresión, los anillos, endurecidos en vértebras, de un voraz saco de hojas, de una oruga.

Terminemos con los ejemplos. Por ellos vemos hacia dónde hay que buscar el concepto de alma e instinto animales cuando seguimos la fisiología y la experiencia; la primera es la suma y el resultado de todas las fuerzas vivas que actúan en un organismo; el segundo, la dirección que la naturaleza dió a todas esas fuerzas por el hecho de que las colocara en tal temperamento y no en otro, de que las organizara en tal estructura y no en otra.

## IV

## DE LOS INSTINTOS DE LOS ANIMALES

Sobre los instintos de los animales tenemos un excelente libro del bienaventurado Reimarus que, al igual que el otro suyo sobre la religión natural, será siempre un monumento permanente de su

<sup>1</sup> REIMARUS, *Allgemeine Betrachtungen über die Triebe der Tiere*. Hambur-

espíritu indagador y de su profundo amor a la verdad. Tras sabias y ordenadas disquisiciones sobre las diversas clases de los instintos animales, trata de explicarlos por las ventajas de su mecanismo, de su sentido y de su sensación interior; más aún, cree, especialmente tratándose de instintos artísticos, que es preciso suponer determinadas fuerzas naturales y aptitudes naturalmente ingénitas que ya no admiten otra explicación. Yo no creo lo último, pues la composición de toda la máquina a base de tales fuerzas y no otras, de tales sentidos, nociones y sensaciones, en una palabra: la organización de la criatura misma, fué la más cierta dirección, la más perfecta determinación que la naturaleza podía imprimir a su obra.

Cuando el Creador formó la planta y la dotó de aquellas partes, de aquellas fuerzas de atracción y transformación de la luz, aire y demás entes sutiles que desde el aire y el agua llegan a ella, cuando, por último, la plantó en su elemento, en el cual toda parte manifiesta de modo natural las fuerzas que le son esenciales, me imagino que no necesitaba proveer ningún nuevo y ciego impulso para la vegetación de la criatura. Toda parte con su fuerza viva hace lo suyo, y así se hace patente en toda manifestación el resultado de fuerzas que podía revelarse en tal composición y no en otra. Todas las fuerzas que actúan en la naturaleza son vivas, cada una a su manera; en su interior tiene que haber algo que corresponda a sus efectos del exterior, como suponía también Leibniz y parece enseñarnos toda la analogía. El hecho de que no tengamos un nombre para ese estado interior de la planta o de las fuerzas que actúan aún en ella, es una deficiencia de nuestro lenguaje, pues sensación se emplea únicamente para designar el estado interior que el sistema nervioso nos concede. Cabe que haya una vaga analogía; y si no la hubiera, nada nos enseñaría un nuevo impulso, una fuerza de la vegetación atribuida al todo.

Dos impulsos de la naturaleza se hacen patentes ya en la planta: el instinto de nutrición y el de reproducción; y su resultado son obras de arte a las que difícilmente llega la acción de cualquiera de los insectos artísticos vivos: la yema y la flor. Tan pronto la naturaleza traslada la planta o la piedra al reino animal, se nos muestra más claramente lo que ocurre con los instintos de las fuerzas orgánicas. El pólipo parece que florece como una planta y es un animal; busca y consume su alimento como el animal; saca retoños, y son animales vivos; se prepara, cuando puede, la más grande obra de arte que haya ejecutado jamás criatura viviente. ¿Hay algo que supere lo artístico de la casa de un caracol? La celda de las abejas

ge. 1773. En la misma obra se inician estudios sobre las particulares clases de los instintos formativos de los animales, a las que va unido el bello y extenso tratado de J. A. H. Reimarus, sobre la naturaleza de los zoófitos.

Impulsos de la NAT. e las plantas  
↓  
nutrición y reproducción



78  
alma: suma y resultado de todas las fs. vivas que actúan en un organismo  
instinto: la dirección de esas fuerzas; por el hecho de estar organizadas en una det. estructura

79

tiene que inclinarse ante ella; el capullo de la oruga y el del gusano de seda tienen que rendirse ante el arte de la flor. ¿Y con qué elabora aquello la naturaleza? Mediante internas fuerzas orgánicas que poco distribuidas todavía en partes, yacían amontonadas, y sus giros, las más veces adaptados a la marcha del sol, formaron esa estructura regular. Partes sacadas de su interior, proporcionaron la base, como la araña saca el hilo de su parte inferior, y el aire tuvo que limitarse a agregar partes más duras o más groseras. Me imagino que esos tránsitos nos enseñan suficientemente en qué se fundan todos los instintos animales, aun los de los animales que trabajan con arte, a saber: en fuerzas orgánicas que actúan en esa medida y no en otra, en tales estructuras y no en otras. Depende de los nervios de la criatura el que esto se haga con mayor o menor sensación; pero, además de éstos, existen aún fuerzas musculares y fibras llenas de vida vegetal que crece y se restablece, dos especies de fuerzas, independientes de los nervios, que suplen suficientemente para la criatura lo que le falta de cerebro y nervios.

Y así la naturaleza misma nos conduce a los instintos artísticos, que de preferencia se suelen atribuir a algunos insectos: la causa no es otra sino que su obra de arte nos salta más a la vista y la comparamos ya con nuestras obras. Cuanto más diferenciados estén los instrumentos en una criatura y cuanto más vivos y primorosos resulten sus estímulos, tanto menos puede extrañarnos el percibir efectos que ya no pueden ser producidos por animales de estructura más grosera y de una excitabilidad más embotada, aunque por otra parte puedan tener otras ventajas. Precisamente la pequeñez de la criatura y su delicadeza llevan al arte, pues éste no puede ser otra cosa que el resultado de todas sus sensaciones, actividades y estímulos.

También en este caso son los ejemplos los que pueden decirnos lo mejor, y la fiel diligencia de autores como Swammerdam, Réaumur, Lyonet, Rösel, etc. nos han trazado del modo más bello los ejemplos a nuestros ojos. ¿Qué es el tejer de la oruga sino lo que tantas otras criaturas hacen sin arte al mudar de piel? La serpiente se desprende de su piel, el pájaro de sus plumas, muchos animales terrestres cambian su pelo; con ello se remozan y restauran sus fuerzas. La oruga se remozan también, sólo que de modo más duro, más primoroso, más artístico; se desprende de su envoltura de espinas, en la cual quedan prendidos algunos de sus pies, y en tránsitos lentos y más rápidos pasa a un estado totalmente nuevo. Para ello le dió fuerzas la primera fase de su vida en que como oruga se cuidaba sólo de su nutrición; ahora tiene que atender además a la conservación de su especie, y para configurarse para eso trabajan sus anillos y actúan sus miembros. Por consiguiente, en la organización de esa criatura, la naturaleza se limitó a seguir descomponiendo las

fases de la vida y los instintos, dejando que éstos se preparen orgánicamente en sus peculiares tránsitos, tan involuntarios para esa criatura como el cambio de piel para la serpiente.

¿Qué es el tejer de la araña sino el yo de la araña prolongado para conservar su presa? Cual el pulpo extiende sus tentáculos para agarrarla, al igual que ella obtuvo sus garras para retenerla, recibió también las papilas entre las cuales saca los hilos para cazar la presa. Recibió jugo de ése más o menos para tantos hilos como necesita para su vida, y si no está satisfecha con ellos tiene que acudir a medios desesperados o morir. Quien organizó todo su cuerpo y todas las fuerzas alojadas en él, la formó también orgánicamente para ese tejido.

No es distinto lo que dice la república de las abejas. Sus distintas categorías están formadas cada una para su fin, y están en comunidad porque ninguna categoría podría vivir sin las demás. Las obreras están organizadas para acumular miel y para construir las celdas. Cosechan aquella como todo animal busca su alimento y aun, cuando lo exige su modo de vivir, lo concentran en su depósito y lo ordenan. Construyen sus celdas como tantos otros animales se construyen sus alojamientos, cada cual a su manera. Como son asexuales, alimentan las crías de la colmena como otros alimentan sus propias crías, y matan a los zánganos como todo animal mata a otro que le roba sus provisiones y le estorba en su morada. Como todo eso no puede suceder sin sentido y sentimiento, es, sin embargo, mero sentido de abeja, sentimiento de abeja; no el mero mecanicismo que le atribuye (Buffon) ni la desarrollada razón matemático-política que otros imaginan para esas criaturas. (Su alma está encerrada en esa organización e íntimamente entrecruzada con ella.) Por consiguiente, actúa en consonancia con ella; artística y primorosamente, pero de modo angosto y en un ámbito muy reducido. La colmena es su mundo, y el Creador distribuyó su actuación triplemente mediante una triple organización.

Tampoco debemos dejarnos desorientar con la palabra destreza, cuando vemos que en muchas criaturas ese arte orgánico aparece inmediatamente después de su nacimiento. Nuestra destreza proviene de ejercicios; la suya, no. Una vez formado totalmente su organismo, también sus fuerzas están totalmente en juego. ¿Quién tiene la máxima destreza en el mundo? La piedra que cae, la flor que florece, cae o florece según su naturaleza. El cristal se cristaliza de modo más hábil y regular de lo que construye la abeja o teje la araña. En aquél no hay más que ciego instinto orgánico que no puede faltar; en éstas el instinto se halla organizado ya para el empleo de varios instrumentos y miembros, que pueden faltar. El sano y poderoso acuerdo de éstos para un fin, es lo que hace la destreza cuando la criatura está totalmente formada.

sentimiento  
de abeja  
mecanicismo  
vs  
Buffon

en la más pequeña partícula como en el conjunto, indivisible desde fuera, indestructible desde dentro.

2. La planta se diferenció en cañas y demás partes; su impulso empieza a modificar esas partes según él, a pesar de que en conjunto sigue actuando aún uniformemente. La raíz, el tronco y las ramas absorben, pero de distinto modo, por distintos conductos, distintos entes. El impulso del conjunto se modifica, pues, con ellos, mas en conjunto sigue siendo el mismo, ya que la propagación es sólo un florecer del crecimiento; los dos impulsos son inseparables en virtud de la naturaleza de la criatura.

3. En el reino animal, la naturaleza empieza a separar imperceptiblemente algunos instrumentos y en consecuencia también las fuerzas que les son inherentes; los instrumentos de la nutrición se tornan visibles; el fruto se desprende ya en el cuerpo materno, aunque siga alimentándose en él a modo de planta. Muchos pólipos surgen de un tronco; la naturaleza los puso en el mismo lugar dispensándolos aún de tener movilidad propia; también el caracol tiene aún un ancho pie con el cual se adhiere a su casa. Más indivisos y oscuros entre sí permanecen aún los sentidos de esas criaturas; su instinto actúa lenta e interiormente; el acoplamiento del caracol dura muchos días. De esta suerte, la naturaleza dispensó hasta donde pudo de diversidad esos comienzos de la organización viviente, pero, en cambio, encubrió más a fondo y unió más firmemente lo diverso en un oscuro estímulo sencillo; la vida tenaz de los caracoles es casi indestructible.

La nat. 4. A medida que fué ascendiendo observó precisamente la sabia cautela de acostumbrar sólo paulatinamente a la criatura a una pluralidad de sentidos e instintos separados. El insecto no podía ejercer de una vez todo lo que tenía que ejercer; tiene que modificar, pues, su figura y su modo de ser para poder satisfacer ora como oruga el instinto de la nutrición, ora como mariposa el de la reproducción; no era capaz para ambos en una sola figura. Una sola clase de abejas no podía llevar a cabo todo lo requerido para el goce y propagación de esa especie; en consecuencia, la naturaleza dividió, e hizo a unas obreras, a otras fecundadoras y a otras procreadoras; todo mediante una pequeña modificación del organismo, gracias a la cual las fuerzas de toda la criatura recibían otra dirección. Lo que no pudo ejecutar en un solo modelo, lo descompuso por separado en tres modelos que pertenecían a la misma especie. De esta suerte enseñó a las abejas la tarea que les incumbió distribuyéndola en tres especies, del mismo modo que enseñó a la mariposa y otros insectos su oficio en dos figuras distintas.

5. A medida que ascendía más arriba, que quería acrecentar el empleo de varios sentidos y por ende de la voluntad, tanto más

ascension (2) → disminución del instinto incontrolable y de [HERDER] la destreza exenta de errores.

Vemos, en consecuencia, que cuanto más asciende la criatura disminuye el instinto incontrolable y asimismo la destreza exenta de errores. Y es que el principio orgánico de la naturaleza, que ora denominamos formativo, ora impulsivo, ora sensible, ora artísticamente constructivo, aunque en el fondo es siempre una sola fuerza orgánica, cuanto más distribuido está en instrumentos y miembros heterogéneos, cuanto más en cada uno de ellos tiene un mundo peculiar, hallándose expuesto asimismo a obstáculos y errores propios, tanto más débil resulta el instinto y tanto más cae bajo el imperio de la voluntad y en consecuencia también del error. Las distintas sensaciones requieren ser pesadas unas con otras y sólo luego conciliadas entre sí; ¡adiós, pues, instinto arrebatador, guía infalible! El vago estímulo que en cierto ámbito, aislado de todo lo demás, encerraba en sí una especie de omnisciencia y omnipotencia, está separado ahora en ramas y ramificaciones. La criatura capaz de aprender tiene que aprender porque por naturaleza sabe menos; pero también gracias a su apartamiento, al refinamiento y distribución de sus fuerzas, obtuvo nuevos medios de eficiencia, mayor número de instrumentos y más primorosos para definir entre sí las sensaciones y elegir las mejores. Lo que pierde en intensidad de instinto, lo suple con la ampliación y la más primorosa concordancia, habiéndose capacitado para un más refinado goce de sí mismo, para un uso más libre y diverso de sus fuerzas y miembros, y todo eso, me atrevería a decir, porque su alma orgánica está descompuesta de modo más diverso y primoroso en sus instrumentos. Examinemos algunas leyes maravillosamente bellas y sabias de ese desarrollo progresivo de las criaturas tal como el Creador las acostumbró paso a paso cada vez más a una unión de varios conceptos o sentimientos, así como a un uso peculiar más libre de varios sentidos y miembros.

## V

## DESARROLLO DE LAS CRIATURAS HACIA UNA UNIÓN DE VARIOS CONCEPTOS Y PARA UN USO PECULIAR MÁS LIBRE DE SENTIDOS Y MIEMBROS

1. En la naturaleza inerte, todo se halla aún en un solo impulso, oscuro pero poderoso. Las partes avanzan conjuntamente movidas por fuerzas internas; toda criatura trata de obtener figura y se forma. En ese impulso está incluido todo aún; pero atraviesa indestructiblemente también todo el ser. Las más pequeñas partes de los cristales y sales son cristales y sales; su fuerza formativa actúa

modificab  
se la fi  
La oruga  
la mariposa  
plurales  
carga d  
multiplica  
de senti  
e  
instinto

suprimió miembros innecesarios y simplificó la estructura del interior y del exterior. Con la piel de la oruga se eliminaron pies que ya no necesitaba la mariposa; los muchos pies de los insectos, sus varios y diversos ojos, sus antenas y otras varias clases de instrumentos, se pierden al llegar a las criaturas superiores. En aquellos había poco seso en la cabeza; éste estaba dispuesto hacia abajo a lo largo de la medula, y todo ganglio era un nuevo centro de la sensación. Por consiguiente, el alma de la pequeña criatura artífice estaba extendida por todo su ser. A medida que aumentaban la voluntad y facultades intelectuales de la criatura, tanto mayor se tornaba la cabeza y tanto más provista de cerebro; las tres partes principales del cuerpo se disponen entre sí en diversas proporciones, pues en los insectos, gusanos, etc., no existía todavía tal proporción. ¡Con qué grandes y poderosas colas se arrastran aún por la tierra los anfibios! Sus pies están apartados entre sí de modo disforme. En los animales terrestres, la naturaleza eleva a la criatura; las patas se tornan más altas y se juntan más; la cola, con sus progresivas vértebras, se hace más angosta y corta; pierde las groseras fuerzas musculares del cocodrilo y se hace más flexible, más fina, hasta que en los animales más nobles queda reducida a un rabo cubierto de pelo, y por último la naturaleza, al aproximarse a la figura vertical, suprime totalmente la cola. Ha hecho subir más arriba su medula para emplearla en partes más nobles.

6. Al encontrár, pues, la artista plasmadora la proporción del animal terrestre, la mejor en que esas criaturas podían ejercer conjuntamente ciertos sentidos y fuerzas aprendiendo a unirlos en una forma de pensamientos y sensaciones, aunque según la destinación y modo de vida de cada especie modificó también su formación y a base precisamente de las partes y miembros creó para cada género su propia armonía del conjunto y, por consiguiente, también su propia alma distinta orgánicamente de todos los demás géneros, conservó empero entre todos cierta semejanza y pareció que según un solo fin principal. Este fin principal es, notoriamente, aproximarse a la forma orgánica, en la cual tiene lugar la máxima reunión de conceptos claros y el más heterogéneo y libre uso de distintos sentidos y miembros; y es precisamente eso lo que hace que los animales sean más o menos parecidos al hombre. No es un juego de capricho sino un resultado de las variadas formas para el objeto para el cual la naturaleza quiso reunirlos, a saber: para el ejercicio de los pensamientos, sentidos, fuerzas y deseos; en esta relación, no podían menos que unirse así para estos fines y no para otros. Las partes de todo animal se hallan en su fase en la más estrecha proporción entre sí, y yo creo que están agotadas todas las formas en que sólo un ser vivo podía prosperar en nuestra tierra. Al animal se concedió una marcha de cuadrúpedo, pues

todavía no podía utilizar sus patas delanteras como manos humanas; en cambio, mediante la marcha de cuadrúpedo le resultaba lo más fácil su postura, su andar, su salto y el uso de todos sus sentidos animales. Su cabeza se inclina aún hacia la tierra, pues de ésta busca el alimento. El olfato predomina en la mayor parte de ellos, porque tiene que despertar o guiar al instinto. Uno tiene más agudo el oído, otro la vista. Y de esta suerte la naturaleza, no sólo en la formación de los animales cuadrúpedos en general, sino en la de todo género en particular, eligió las proporciones de las fuerzas y sentidos que mejor podían ejercerse conjuntamente en esa organización. Según ella prolongó o acortó los miembros, robusteció o atenuó las fuerzas. Toda criatura es un numerador en el gran denominador que es la naturaleza misma, pues aun el hombre no es sino una fracción del todo, una proporción de fuerzas que había de formarse en un todo en esta organización y no en otra mediante la asistencia solidaria de muchos miembros.

7. Por consiguiente, en una organización de la tierra tan pensada en todos sus extremos, era necesariamente imposible que una fuerza estorbara a otra, un instinto a los demás, y es de infinita belleza el cuidado que la naturaleza invirtió en eso. La mayor parte de los animales tienen su clima determinado, y es precisamente en el donde más fácil les resulta su alimentación y educación. Si la naturaleza los hubiera formado indeterminadamente en zonas más soportables (en qué estado de miseria y salvajismo hubieran caído ciertas especies hasta que hubiera sobrevenido su ruina! Todavía es posible ver esto en las dúctiles especies que siguieron a la de los seres humanos en todos los países; en cada paraje se han desarrollado de otra manera, y el perro que volvió al estado salvaje se ha convertido en una fiera terrible, por esta sola circunstancia. Más le hubiera perturbado a la criatura el instinto de procreación si se le hubiera dejado de manera indeterminada, pero también la madre creadora le puso trabas. Ese instinto despierta en una época determinada en que el calor orgánico del animal alcanza su punto más alto, y como éste se logra por medio de las revoluciones físicas del crecimiento, estación del año y abundancia de alimento, y la benévola proveedora determinó también por esos factores el tiempo del embarazo, se pensó así en el adulto y en el joven. El joven viene al mundo cuando puede prosperar por su cuenta, o bien debe seguir en el huevo hasta que haya venido la estación mala, hasta que un sol más propicio le despierte; el adulto sólo seguirá su instinto mientras no le perjudique en nada. También se rigen por esto en las relaciones de ambos sexos la intensidad y duración de este instinto.

Por encima de toda ponderación está el benéfico amor maternal con que de este modo la naturaleza educa, por decirlo así, y

fin: aproximación a la forma orgánica que reúne el mayor no. de conceptos claros y el más

este mov. de aproximación es el que hace que los animales sean más o menos parecidos al hombre

acostumbra activamente a toda criatura viva para actividades, virtudes y pensamientos propios de su organización. Así la concibió de antemano poniendo esta fuerza en tal organización y no en otra, y así obligó a la criatura a ver, desear y moverse en esta organización, como ella había pensado de antemano, y en los límites de esta organización le dió necesidades, fuerzas y espacio.

*En el corazón humano no se halla virtud ni instinto que no tenga su análogo en el mundo animal, y al cual la madre creadora acostumbró orgánicamente al animal. Este debe procurar por sí mismo, debe aprender a amar a los suyos; la necesidad y las estaciones del año lo obligan a la sociedad, aunque sólo sea a viajes en común. El instinto del amor obliga a tal criatura, y la necesidad obliga a tal otra al matrimonio, imponiendo así una especie de república, un orden social. Por oscuramente que todo esto suceda y por breve que sea la duración de más de un proceso, la impresión de esto está en la naturaleza de los animales y vemos que esa impresión es poderosa, vuelve de nuevo y hasta en esa criatura es irresistible, inextinguible.*

Cuanto más oscuro se desarrolló todo, tanto mayores son sus efectos; cuantos menos son los pensamientos que los unen, cuanto menos frecuentes los apetitos, tanto más fuertes son los instintos y tanto más completos sus efectos. En todas partes hay prototipos de procedimientos humanos en los que también se ejercitan los animales, y si vemos que tienen un sistema nervioso como nosotros, un cuerpo semejante al nuestro, unas necesidades y una manera de vivir similares a las nuestras, querer tratarlos como máquinas sería un pecado contra la naturaleza como cualquier otro.

Tampoco hay que asombrarse, pues, de que cuanto más parecida al género humano sea una especie tanto más disminuya su arte mecánico, pues es notorio que esa especie se ejercita ya en un grupo de pensamientos precursores de los humanos. El castor, que es todavía una rata de agua, construye artificialmente. El zorro, la marmota y otros animales semejantes poseen sus obradores artificiales subterráneos; el perro, el caballo, el camello, el elefante, ya no necesitan este arte; tienen pensamientos semejantes a los seres humanos, y obligados por la naturaleza creadora se ejercitan en instintos semejantes a los humanos.

## VI

DIFERENCIA ORGÁNICA ENTRE LOS ANIMALES  
Y LOS SERES HUMANOS

Se hizo un elogio falso de nuestro linaje cuando se afirmó que en él se encuentran en el más alto grado la fuerza y las habilidades de todas las demás especies. El elogio es indemostrable y contradictorio en sí mismo, pues es evidente que una fuerza anularía a la otra y el ser humano no tendría deleite alguno de su manera de ser. ¿Cómo podría compadecerse que el ser humano floreciera como las flores, palpara como las arañas, construyera como las abejas, libara como las mariposas, y al mismo tiempo poseyera la fuerza muscular del león, la trompa del elefante y el arte del castor? Y en verdad ¿posee o abarca una de estas fuerzas con la intensidad que la criatura la goza y ejercita?

Por otra parte, no diré que se haya pretendido rebajarlo a la condición de animal, pero si negarle el carácter de su linaje y convertirlo en un animal degenerado, que si bien aspira a altas perfecciones, ha perdido por completo las propiedades de su especie. Pues bien, también eso está notoriamente en contra de la verdad y de la evidencia de su historia natural. Actualmente posee propiedades que ningún animal tiene y ha llevado a cabo obras que, para el bien y para el mal, sólo a él le pertenecen. Ningún animal devora a su igual por glotonería, ningún animal asesina a sangre fría a alguien de su especie por orden de un tercero. Ningún animal tiene habla como la tiene el hombre y menos aún escritura, tradición, religión, leyes voluntarias y derecho. Ningún animal, por último, tiene la cultura, el vestir, la vivienda, el arte, su manera de vivir indefinida, sus instintos desenfrenados, sus opiniones fluctuantes, con que cada individuo del linaje humano se distingue de otro. No investigamos todavía si tales cosas son provechosas o nocivas para nuestra especie; bastará decir que forman el carácter de nuestra especie. Como sea que todo animal permanece completamente fiel al modo de ser de su raza y sólo nosotros hemos escogido por diosa, no a la necesidad sino a la arbitrariedad, es el hecho de esta diferencia lo que debe investigarse, pues es innegable. La otra cuestión es saber cómo el ser humano ha llegado a ese extremo, si esta diferencia le viene de origen, o si ha sido aceptada o afectada; es una cuestión de otra clase, de carácter puramente histórico y también aquí la perfectibilidad y la corruptibilidad, en las que hasta ahora no ha sido imitado por animal alguno, deben

haber pertenecido al carácter distintivo de su especie. Dejemos a un lado toda metafísica y atengámonos a la fisiología y a la experiencia.

1. La postura del ser humano es erecta; en eso es único sobre la tierra. Pues aunque también el oso tiene pies anchos y se pone derecho cuando lucha, aunque el mono y el pigmeo a veces caminen o corran con dos pies, sólo en la especie humana es natural y constante esta manera de andar. Su pie es más firme y más ancho, tiene un dedo gordo más largo, pues el mono sólo tiene un pulgar, también su talón se ajusta al suelo. Todos sus músculos se acomodan a esta posición. Las pantorrillas están ensanchadas, la pelvis retraída, las caderas separadas, la espalda está poco encorvada, el pecho ensanchado; tiene clavícula y hombros, los dedos son de primorosa sensibilidad, la cabeza se levanta sobre los músculos del cuello como corona del edificio; el ser humano es  $\delta\nu\theta\rho\omega\pi\omicron\varsigma$ , la criatura que puede mirar a lo lejos, por encima de sí y a su alrededor.

Ahora bien, hay que conceder que esta manera de andar de los hombres no es tan esencial que cualquier otra le sea tan imposible como el volar. No sólo los niños prueban lo contrario, sino que los propios seres humanos que se han desarrollado entre animales, lo han demostrado por experiencia. Se conocen unas once o doce personas<sup>1</sup> de esta categoría, y aunque no todas ellas se hayan observado y descrito con precisión, nos ofrecen algunos ejemplos claros de que la naturaleza dúctil del ser humano no hace completamente imposible para él ni siquiera la manera de andar que le es menos adecuada. Su cabeza así como su abdomen están más adelante; el cuerpo también puede caer hacia adelante como la cabeza cuando dormita. Ningún cuerpo muerto puede permanecer de pie y sólo mediante incalculable y continua actividad es posible nuestra manera artificial de andar y estar de pie.

También es comprensible que a consecuencia de andar como animales muchos miembros del cuerpo humano modifiquen su forma y condición, como lo demuestra el ejemplo de los seres que se han vuelto salvajes. El muchacho irlandés que Tulplus describe tiene una frente plana, un cogote más elevado, una amplia garganta enclavada, una lengua gruesa que casi sale del paladar, un epigastrio muy entrado, como debe ser precisamente en los que marchan a cuatro pies. La muchacha holandesa que todavía marchaba de pie y cuya naturaleza femenina se conservaba al extremo de cubrirse con un delantal de paja, tenía una piel marrón, áspera y gruesa, y un pelo largo y espeso. La muchacha que fué detenida en

<sup>1</sup> Se encuentran en el sistema de la naturaleza de Linneo, en los apéndices de Mattini a Buffon y en otros estudios.

Songí (Champagne) tenía aspecto negroide, dedos fuertes y uñas largas, y sus pulgares eran esencialmente tan largos y fuertes que con ellos se movía de árbol a árbol como si fuera una ardilla. Su marcha rápida no era un andar, sino unos pasitos voladores y deslizantes, mientras que en sus pies casi no se podía observar movimiento alguno. El sonido de su voz era fino y débil, su grito penetrante y terrible. Tenía una agilidad y una fuerza extraordinarias y fué tan difícil des acostumarla de su antigua alimentación, carne cruda y sangrienta, pescado, hojas y raíces, que no sólo buscaba la manera de huir, sino que estuvo muy gravemente enferma y sólo pudo restablecerse chupando sangre caliente que le servía de bálsamo. Sus dientes y sus uñas cayeron cuando tuvo que acostumbrarse a nuestra comida; dolores insoportables se apoderaron de su estómago y de sus intestinos, su garganta estaba especialmente sedienta y seca. Prueba clara de cómo la dúctil naturaleza humana, aun con seres humanos nacidos y desarrollados durante cierto tiempo entre nosotros, puede en pocos años acostumbrarse a la manera más baja del vivir animal, cuando un accidente desgraciado la lleva a él.

Ahora podría describirse también el sueño feo de lo que hubiera sido la humanidad de haber sido condenada a este destino, si en el vientre de una madre cuadrúpeda se hubiera formado como leto animal; ¿qué potencias se hubieran reforzado y debilitado así; cuál sería la manera de andar de los animales humanos, su educación, su manera de vivir, su figura, etcétera? ¡Lejos de mí ese cuadro desdichado y horrendo! ¡Fca antinaturalidad del hombre natural! Ni existes en la naturaleza ni te representará así una sola pincelada de mis colores.

2. El andar de pie del ser humano es su exclusiva manera natural; más aún: es la organización para la misión de su especie y su carácter distintivo.

No se ha encontrado en la tierra un solo pueblo cuadrúpedo; los más salvajes andan de pie, aunque algunos por su cultura y su manera de vivir se acercan a los animales. Inclusive las autómatas de Diodoro así como otros miembros fabulosos de escritores antiguos y de la Edad Media andan con dos piernas, y no puedo comprender cómo la raza humana, de haber tenido como natural esta baja manera de vivir, se hubiera levantado jamás hacia otra tan forzada y artificial. ¡Cuántos esfuerzos hubo que realizar para acostumbrar de nuevo a nuestra manera de vivir y a nuestra alimentación a los seres humanos que habían vuelto a la vida salvaje! Y sólo habían vuelto al estado salvaje, sólo estuvieron unos años bajo ese régimen irracional. La muchacha esquimal tenía todavía nociones de su estado precedente, restos de su idioma e instintos hacia su patria; y, sin embargo, su razón estaba prisionera en el mundo animal; no conservaba recuerdo alguno de sus viajes y de toda su

¿cuál centro  
¿cuál corona  
de la creación?

0

manera

autómata  
de  
Diodoro

razón  
prisionera  
del  
mundo  
animal

Humano que se acercaron entre animales

situación salvaje. Los otros no sólo carecían de lenguaje, sino que en parte estaban condenados a no poder hablar nunca un idioma humano. Y si el hombre animal hubiera permanecido durante miríadas en este estado inferior, si en el vientre de la madre hubiera sido preparado ya como cuadrúpedo para otras condiciones muy distintas (habría abandonado libremente esa posición para ponerse de pie? ¿De la fuerza del animal, que eternamente le tira hacia abajo, hubiera podido llegar a convertirse en un ser humano y encontrar el lenguaje humano, antes de ser hombre?) Si el ser humano hubiera sido animal cuadrúpedo, lo hubiera sido durante millares de años; seguramente lo sería todavía y sólo un milagro de la nueva creación lo hubiera convertido en lo que es ahora, que es como lo conocen toda la historia y experiencia.

¿Por qué suponer, pues, paradojas indemostrables, completamente contradictorias, cuando la complejión del ser humano, la historia de su especie y finalmente, como me parece, toda la analogía de la organización de nuestra tierra nos conduce a otra interpretación? Ninguna criatura que conocamos se salió de los orígenes de su organización para prepararse otra contraria; pues sólo dispone de las fuerzas que se encontraban en su organización, y la naturaleza conoce bastantes caminos para retener a cualquier viviente sobre el principio que le asignara. En el ser humano todo es función de la figura que ahora tiene; por ella se aclara toda su historia, sin ella nada, y como en ella, como sublime figura divina y principal belleza artificial de la tierra, parecen convergir también todas las formas de formación animal, sin éstas, así como sin el reino del ser humano, la tierra parecería privada de sus joyas y de su corona dominadora: ¿por qué pretendemos arrojar al polvo esta corona de nuestra selección y nos obstinamos en no ver precisamente el centro del círculo en el cual parecen juntarse todos los radios? Cuando la madre creadora terminó su obra y agotó todas las formas posibles en esta tierra, se detuvo a meditar sobre sus obras y al ver que con todas ellas le faltaba a la tierra el adorno más delicado, su regente y segundo creador, entonces meditó, juntó todas las creaciones y formó con ellas su obra principal: la belleza humana. Maternalmente ofreció su mano a su última criatura artificial y dijo: "¡Levántate de la Tierra! Abandonado a ti mismo serías un animal como cualquier otro; pero por especial benevolencia y amor levántate y sé el dios de los animales". Quedemos con mirada agradecida en esta sagrada obra de arte de la bondad gracias a la cual nuestra especie se tornó linaje humano; con admiración veremos cómo en la figura erecta de la humanidad comenzó una nueva organización de fuerzas y cómo únicamente gracias a ella el hombre se tornó ser humano.

## LIBRO CUARTO

## 1

## EL SER HUMANO ESTÁ ORGANIZADO PARA LA ACTIVIDAD RACIONAL

El orangután es semejante al hombre en el interior y en el exterior. Su cerebro tiene la misma forma que el nuestro; tiene un pecho ancho, espaldas planas, un rostro similar, un cráneo semejante; el corazón, los pulmones, el hígado, el bazo, el estómago y los intestinos son como en el hombre. Tyson<sup>1</sup> ha indicado 48 partes que se parecen más a nuestra especie que a la de los monos, y las acciones que de él se cuentan, sus tonterías, sus vicios y quizás también sus enfermedades periódicas, le hacen similar al ser humano.

Naturalmente también en su interior, en las reacciones de su alma, debe existir algo semejante al ser humano, y los filósofos que quieren reducirlo a la categoría de los pequeños animales artifices, se equivocan, a mi manera de ver, en el medio de comparación. El castor construye, pero lo hace instintivamente; su máquina en conjunto está hecha para ello, pero no sirve para otra cosa; no es apto para el trato propio de los seres humanos ni puede participar en nuestros pensamientos y pasiones. El mono, por el contrario, ya no posee un instinto determinado; su capacidad de pensar se encuentra muy próxima a la razón, junto al misero margen de la imitación. Lo imita todo y en su cerebro deben también agitarse millares de combinaciones de ideas sensatas, como ningún otro animal es capaz; pues ni el sabio elefante ni el perro domesticado obran como él actúa; él quiere perfeccionarse. Pero no puede; la puerta está cerrada, pues la vinculación de las ideas extrañas con las suyas es imposible para su cerebro, y hasta podría decirse que también el tomar posesión de lo imitado. La mona que Bontins describe, poseía pudor y se cubría con la mano cuando entraba un extraño; gemía, lloraba y gritaba, revelando maneras de ser humanas. Los monos

<sup>1</sup> TYSON, *Anatomy of Pygmy compared with that of a Monkey, an ape and a man*. Londres, 1751, págs. 92-94.

que Battel describe salen en sociedad, se arman con palos y expulsan a los elefantes de su recinto; atacan a los negros y se sientan alrededor del fuego, pero no tienen el entendimiento de conservarlo. El mono de De la Brosse se sienta a la mesa, se sirve del cuchillo y del tenedor, se enoja, se entristece, tiene todos los afectos humanos. El amor de la madre por sus hijos, su educación y adaptación a sus juegos y las artes de la vida de los monos, el orden en su república y en sus excursiones, las penas que les impone por faltar a las leyes, lo mismo que su astucia graciosa y su maldad, junto con una serie de rasgos incontestables, son pruebas suficientes de que en su interior son criaturas tan semejantes a lo humano como en el exterior. Buffon malgasta la corriente de su elocuencia cuando impugna algunas veces la uniformidad del organismo de la naturaleza interior y exterior; los hechos que él mismo ha recogido, le contradicen bastante, y la uniformidad del organismo de la naturaleza interior y exterior, si se define como es debido, resulta innegable en todas las formaciones de los seres vivientes.

¿Qué les faltaba, pues, a estas criaturas semejantes al hombre, que no se convirtieron en seres humanos? ¿Sólo el habla? Con mucho esfuerzo se ha procurado educarlos, y si fueran capaces de hablar, ellos que lo imitan todo, habría sido lo primero que habrían imitado sin aguardar instrucción alguna. O reside la dificultad en sus órganos? Tampoco: aunque comprendieran el contenido del lenguaje humano, todavía no se ha dado el caso de que un mono, a pesar de que siempre gesticula, haya llegado jamás a hablar en pantomima con su amo y discurrir por movimientos humanos. Forzosamente tiene que residir en otra cosa, que cierra al desdichado la puerta de la inteligencia humana, dejándole quizá el oscuro sentimiento de estar tan cerca y no pertenecer a ella.

¿Qué pudiera ser? Sorprende que después de un examen detenido todas las diferencias parecen estar en parte del modo de andar. El mono está formado para que pueda andar de pie y en esto es más semejante al hombre que sus hermanos; pero no está formado completamente para ello y parece que esta diferencia se lo quita todo. Permitásenos seguir este aspecto y la misma naturaleza nos guiará por el camino en el cual hemos buscado el primer punto de la dignidad humana.

El orangután<sup>1</sup> tiene brazos largos, manos grandes, muslos cortos, pies grandes con dedos largos; pero el pulgar de su mano y el dedo gordo del pie son pequeños; Buffon y antes de él Tyson des-

<sup>1</sup> Véase CAMPER, *Kort Bericht wegens de Ontleding van verschiedene Orang-Outangs*, Amsterdam, 1780. Sólo conozco ese estudio a base del detallado extracto de *Göttingische gelehrte Anzeige* (apéndice 29 de septiembre de 1780), y es de esperar que junto con el tratado sobre los instrumentos del lenguaje se incluya en la colección de obras menores de ese anatomista (Leipzig, 1781).

cribían al mono como cuadrumano; y en estos pequeños miembros le falla notoriamente la base para tener categoría humana. La parte posterior de su cuerpo es flaca, su rodilla más ancha que la del hombre y no tan baja; los músculos que mueven la rodilla penetran más profundamente en los muslos, por lo cual no puede permanecer completamente derecho, sino siempre con las rodillas dobladas como si aprendiera a ponerse de pie. La cabeza del hueso del muslo cae de su articulación sin traba, los huesos de la pelvis están como en los animales cuadrúpedos, las últimas vértebras cervicales tienen apófisis muy puntiagudas, que dificultan que la cabeza se retuerza para atrás; por lo tanto, no ha sido formado para estar derecho y son espantosas las consecuencias que de ahí resultan. Su cuello es corto y la clavícula es larga, lo que hace parecer que la cabeza se esconde entre los hombros<sup>1</sup>. Esta tiene una parte anterior mayor, mandíbulas prominentes, nariz achatada, los ojos muy juntos, el globo ocular se empequeñece hasta el punto de no verse blanco en la córnea. La boca, por el contrario, es grande, el vientre grueso, el pecho largo, la espalda como quebradiza; las orejas sobresalen como ocurre en los animales, las órbitas están cerca una de la otra, la articulación de la cabeza no se encuentra en el centro del área como sucede con los hombres, sino hacia atrás como ocurre con los animales; el maxilar superior, por el contrario, se inclina hacia adelante, y el hueso intermediario incrustado propio del mono (*os intermaxillare*) es la última parte de la cara humana<sup>2</sup>, pues por esta estructura de la cabeza con la parte inferior prominente y la superior echada hacia atrás, por su misma posición sobre el cuello, por todo el trazado de la columna vertebral, el mono se quedó en animal, por más que pueda parecerse al ser humano.

Para prepararnos a esta conclusión, permitásenos pensar en ciertos rostros humanos que aunque sólo muy remotamente parecen lindar con el animal. ¿Qué hace animales a los seres? ¿Qué les da ese aspecto de infamante grosería? La mandíbula prominente, la cabeza hacia atrás, en resumen: la más remota semejanza con la organización del cuadrúpedo. Tan pronto como cambia el centro de gravedad en que se apoya el cráneo humano en su noble convexidad, aparece la cabeza pegada a la espalda, se adelanta la dentadura, la nariz se ensancha chata y animalmente, se van juntando las órbitas, la frente va hacia atrás y adquiere por ambos lados la depresión fatal del cráneo del mono. La cabeza termina en punta por arriba

<sup>1</sup> Véase en Tyson la representación de esta triste figura de frente y por detrás.

<sup>2</sup> Puede verse una representación de este hueso en BLUMENBACH, *De generis humani varietate nativa*, lám. I, fig. 2; sin embargo, parece que no todos los monos poseen en el mismo grado el "*os intermaxillare*", pues en su Informe anatómico, Tyson hace observar claramente que no lo halló.

y por atrás, la cavidad del cráneo tiene menos extensión, y todo ello porque parece alterada la dirección de la forma, la libre y hermosa formación de la cabeza que permite el andar de pie a los seres humanos. Modificando la posición de este punto, toda la formación se torna bella y noble. La frente se adelanta para dar paso a los pensamientos, y el cráneo se arquea con noble y tranquila dignidad, la ancha nariz animal se contrae y adquiere una forma más elevada y fina, la boca hundida puede cubrirse de una manera hermosa y de esta manera se forman los labios de los seres humanos, de los que carece el mono más inteligente. La barba se encoge hacia abajo, permitiendo así que se forme un bello óvalo de arriba abajo; siguen suavemente las mejillas y los ojos brillan bajo la frente prominente como desde un sagrado templo del pensamiento. Y ¿a qué se debe todo esto? A la formación de la cabeza para la figura erecta, a la organización interior y exterior de la misma para un centro de gravedad perpendicular<sup>1</sup>. Quien dude de ello, sólo tiene que contemplar los cráneos del hombre y del mono, y no le quedará la menor sombra de duda.

Toda forma exterior de la naturaleza es reflejo de su interior; y así nos presentamos, gran madre, ante la más sagrada de tus criaturas terrenales, el laboratorio de la inteligencia humana.

Muchos se han preocupado en comparar el tamaño del cerebro humano con la masa cerebral de otras criaturas animales, estudiando la proporción entre el peso del animal y el del cerebro. Por tres motivos no pueden dar resultados claros estos pesos y estas cifras.

1º Porque un miembro de la comparación, la masa del cuerpo, es demasiado indefinido y no guarda ninguna proporción clara con el otro miembro más fino, que es el mismo cerebro. ¡Cuán heterogéneas son las cosas que pesan en un cuerpo! Y ¡qué distintas pueden ser las proporciones que la naturaleza estableció entre ellas! Supo aligerar con aire el enorme cuerpo del elefante, lo mismo que su pesada cabeza, y a pesar de su cerebro no demasiado grande, es el animal más sabio. ¿Qué es lo que pesa más en el cuerpo de los animales? Los huesos, y con ellos no tiene relación directa el cerebro.

2º Es indiscutible que mucho depende del uso que el cuerpo haga del cerebro y hacia dónde y para qué funciones de la vida irradian los nervios. Por consiguiente, comparando el cerebro y el sistema nervioso se obtendría una proporción más ajustada, pero

<sup>1</sup> No he podido leer aún el tratado de DAUBENTON *Sur les différences de la situation du grand trou occipital dans l'homme et dans les animaux* en las *Mém. de L'Acad. de Paris* 1764, que he encontrado citado por Blumenbach; tampoco sé hacia dónde va su pensamiento ni hasta dónde llega. Mi opinión se basa en los cráneos humanos y animales existentes.

no más pura; porque el peso de ambos no señala ni la finura de los nervios, ni la mira de sus caminos.

3º En definitiva, todo dependería, pues, de la elaboración más fina, de las proporciones en la situación de las partes y, al parecer, sobre todo del punto de reunión amplio y libre para combinar las impresiones y los sentimientos de todos los nervios con la máxima fuerza, con la verdad más afilada, y finalmente también con el juego más libre de la diversidad, para aunarse enérgicamente con esa desconocida unidad divina que nosotros denominamos pensamiento, de la cual nada nos dice el tamaño del cerebro.

Sin embargo, estos experimentos de cálculo<sup>1</sup> son valiosos y aunque no digan la última palabra, resultan muy instructivos y preparativos; me permitiré citar algunos que prueban también en este caso la creciente uniformidad del movimiento de la naturaleza.

1. En los animales menores, en los cuales son imperfectos todavía la circulación de la sangre y el calor orgánico, también se encuentran un cerebro menor y menos nervios. Como ya hemos observado, la naturaleza les compensó con un atractivo intrínseco o delicadamente distribuido, lo que tuvo que negarles como sensibilidad, pues seguramente el organismo elaborador de estas criaturas no podía producir ni soportar un cerebro mayor.

2. En los animales de sangre caliente, la masa cerebral aumenta también en proporción al desarrollo de su organización artificial; pero aquí hay que tomar en consideración otras circunstancias, que en particular parecen determinar las relaciones entre los nervios y la fuerza muscular. En las fieras, el cerebro es más pequeño; en ellas domina la fuerza muscular y los nervios son en gran parte servidores del mismo y de sus sentimientos animales. En los calmosos animales herbívoros el cerebro es mayor, aunque en ellos también parece usarse en gran parte en los nervios de la frente. Los pájaros tienen mucho cerebro, pues en su elemento más frío deben tener sangre más caliente. La circulación de la sangre también está concentrada en su cuerpo más pequeño en la mayoría de los casos y así ocurre que en el simpático gorrion el cerebro ocupa toda su cabeza y representa 1/5 del peso de su cuerpo.

3. En las criaturas jóvenes el cerebro es mayor que en las desarrolladas; seguramente porque es más líquido y tierno, y en consecuencia ocupa un espacio mayor, por lo cual tampoco da un peso más elevado. En él se encuentra todavía la reserva de esa tierna humedad para todas las funciones de la vida y los efectos interiores me-

<sup>1</sup> Haller ha reunido gran cantidad en su gran fisiología; sería de desear que el profesor Wrisberg comunicara sus copiosas experiencias, a las que se refiere en las anotaciones de la pequeña fisiología de Haller, pues pronto se verá que el peso específico del cerebro que él ha investigado, constituye un criterio más ajustado que los cálculos anteriores.

diante los cuales formará sus aptitudes la criatura durante su juventud, gastando en ello, pues, muchas energías. Con los años se tornará más seco y más blando, pues el crecimiento está completo y el hombre como el animal no se encuentran en situación de recibir impresiones tan ligeras, tan graciosas y tan pasajeras. En resumen, el tamaño del cerebro en una criatura es una condición esencial, pero no la única, ni la primera, para su mayor habilidad e inteligencia. Entre todos los animales, tiene el ser humano, como ya sabían los antiguos, relativamente el mayor cerebro, aunque en eso no le cede el mono, y hasta el caballo es aventajado por el asno en este punto.

También debe añadirse otra cosa que favorece fisiológicamente la más primorosa capacidad de pensar de la criatura, y ¿qué otra cosa podría ser según la escala graduada que la naturaleza nos ha colocado ante los ojos, sino la estructura del cerebro mismo, la elaboración integral de sus partes y jugos, y finalmente la hermosa situación y proporción del mismo para recibir las sensaciones espirituales y las ideas en medio del calor vital más propicio? Permítanos abrir su libro, las hojas más finas que haya escrito: las tablillas mismas del cerebro; como el fin que busca su organización es la sensibilidad, el bienestar y la felicidad de la criatura, su cabeza debe ser el más seguro de sus archivos, donde encontraremos sus pensamientos.

1. En las criaturas en que el cerebro está en sus comienzos aparece todavía muy sencillo; es como un capullo o un par de capullos de medula espinal que brotan, para distribuir nervios a los sentidos más necesarios. En los peces y en los pájaros, que según la observación de Willis, tienen en conjunto una estructura cerebral similar, el número de elevaciones llega hasta cinco y algunos más; se separan claramente entre sí. Por último, en los animales de sangre caliente se diferencia también el cerebro grande del cerebelo; los lóbulos del primero se ensanchan de acuerdo con la organización de la criatura y las distintas partes se adaptan en relación con el fin. La naturaleza, como hizo en toda la formación de las especies, también en lo que es su suma y finalidad: el cerebro, hizo un solo tipo principal, que se encuentra en los gusanos e insectos más vulgares, que en todos los tipos se modifica en algo de acuerdo con la distinta organización exterior de la criatura, y cambiándolo, aumentándolo y mejorándolo termina en el ser humano como obra perfecta. Con el cerebelo llega a su fin antes que con el cerebro, pues por su origen aquél está más cerca de la medula espinal y es más afín a ella, de ahí que sea más uniforme en varias especies en que la forma del cerebro todavía varía mucho. Tampoco puede sorprender esto teniendo en cuenta que del cerebelo salen nervios tan importantes

para la organización animal, de suerte que la naturaleza en la formación de las más nobles potencias del pensar necesitó pasar desde la espalda hacia las partes delanteras.

2. En el cerebro se hace patente de varias maneras una mayor elaboración de sus lóbulos en las partes nobles. No sólo son sus surcos más artificiales y más profundos, y el ser humano los tiene más numerosos y más diversos que cualquier otra criatura; no sólo la membrana del cerebro humano es la parte más delicada y fina de sus miembros, que se reduce a 1/25 por desecación: sino que también el tesoro que esta corteza cubre y entreteje, la medula del cerebro, en los animales más nobles y principalmente en las distintas partes del ser humano es precisamente y comparativamente mayor que en todas las demás criaturas. En el ser humano el cerebro prevalece en mucho sobre el cerebelo, y el mayor peso del mismo indica su sustancia interior y su mayor elaboración.

3. Todos los experimentos realizados hasta ahora, que ha reunido Haller, el más sabio de los fisiólogos de todas las naciones, indican que no es posible buscar materialmente y aisladamente en las distintas partes materiales del cerebro el trabajo indivisible de la formación de las ideas; opino yo que si no existieran todos estos experimentos se habría sacado también la misma conclusión a base de la índole de la formación de las ideas. ¿A qué se debe que la fuerza de nuestro pensamiento se denomine según sus distintas relaciones a veces imaginación y memoria, y a veces ingenio y comprensión? ¿que sepáremos de la pura voluntad los instintos de los apetitos y finalmente distingamos entre las fuerzas de la sensación y las del movimiento? La mínima reflexión más exacta indica que no se puede establecer una separación local entre estas habilidades, como si en tal región del cerebro se encontrara la comprensión, en tal otra la memoria y la imaginación, y en la de más allá los afectos y demás fuerzas sensibles; pues el pensamiento de nuestra alma es indivisible y cada uno de estos efectos es fruto de nuestro pensamiento. Sería casi absurdo querer analizar relaciones abstractas como si fueran cuerpo, al igual que Medea que al arrojar los miembros de su hermano pensaba hacer lo mismo con su alma. Si en la inteligencia más burda se nos escapa el material de la sensación, tan distinto del juego del nervio (aunque éste existiera), cuánto menos sensible habrá de resultarnos la combinación espiritual de todos los sentidos y sentimientos, pues nosotros mismos no sólo no la vemos ni la oímos, sino que tampoco podemos excitar arbitrariamente las varias partes del cerebro, como si se tratara de tocar un clavicordio. Ni se me ocurre pensar que pueda esperarse tal cosa.

4. Más extraña me es aún esa esperanza cuando examino la estructura del cerebro y de sus nervios. ¡Cuán distinto es aquí el compartimiento de la naturaleza de como nuestra psicología abs-

tracta se imagina los sentidos y fuerzas del alma! ¿Quién partiendo de la metafísica adivinará que los nervios del sentido puedan formarse y separarse y unirse? Y, sin embargo, son éstos los únicos lugares del cerebro cuyas funciones orgánicas conocemos, porque a la vista tenemos su efecto. Por lo tanto, no podemos hacer otra cosa que considerar este sagrado laboratorio de ideas que es el interior del cerebro, donde los sentidos se acercan unos a otros, como la matriz en la que de manera invisible e indivisible se forman los frutos del pensamiento. Si ella está buena y lozana, no sólo concede al fruto el calor vital y espiritual sino también el lugar espacioso, el paraje conveniente donde las sensaciones de los sentidos y de todo el cuerpo pueden ser captados por la fuerza orgánica invisible que aquí lo entreteje todo, y —permítaseme hablar en sentido metafórico— puede reunirlos en el punto luminoso que se llama reflexión superior, entonces cuando vienen a sumarse las circunstancias exteriores de la enseñanza y del despertar de las ideas, la criatura finamente organizada será capaz de razón. Si no es así, si le faltan al cerebro partes esenciales o jugos primorosos, si los sentidos toscos ocupan el lugar, o, finalmente, si aquél se encuentra en una situación desplazada y apretada, ¿cual será la consecuencia sino que no se efectuará aquella irradiación primorosa de las ideas, que la criatura se convertirá en esclava de los sentidos?

5. La formación de los distintos cerebros animales parece demostrar esto de manera evidente, y hasta por ella, comparándola con la organización exterior y manera de vivir de los animales, puede uno darse cuenta de por qué la naturaleza, que en todo busca un solo tipo, no pudo lograrlo siempre y ora de un modo, ora de otro, necesita cambiar. El sentido principal de muchas criaturas es el olfato: para ellos es el más necesario para conservar y guiar su instinto. Sólo hay que fijarse en que así como en el rostro de los animales sobresale la nariz, así también en su cerebro sobresalen los nervios del olfato, como si sólo para ellos se hubiera hecho la parte delantera de la cabeza. Anchos, huecos y medulares salen de él como si fueran una prolongación de cámaras cerebrales; en varias especies las cavidades de la frente son muy profundas, tal vez con el fin de reforzar el sentido del olfato y así —permítaseme la expresión— gran parte del alma animal es olfativa. Siguen los nervios de la vista, que después del olfato es el sentido más necesario para la criatura; llegan hasta la región central del cerebro, como si tuvieran que servir un sentido más fino. Los demás nervios que no voy a enumerar, siguen en la medida en que la organización interior y exterior exige una conexión de las partes; así, por ejemplo, los nervios y los músculos de la parte trasera de la cabeza protegen y animan la boca, el maxilar, etc. Podríamos decir, pues, que terminan de manera igual la faz y hacen de la estructura exterior todo

un conjunto, así como la interna lo era también según la proporción de las fuerzas interiores; y esto no sucede sólo con la cara sino también con todo el cuerpo. Es muy agradable observar y comparar las varias proporciones de las distintas formas y estudiar los pesos interiores que la naturaleza reserva para cada criatura. Compensó lo que no dió; donde tuvo que confundir, confundió de manera sabia, es decir, de acuerdo con la organización exterior de la criatura y toda su manera de vivir. Pero tiene presente siempre su tipo y se aparta con desagrado de él, puesto que el objetivo principal de acuerdo con el cual quería formar todos los organismos terrenales era lograr sensibilidad y conocimiento análogos. En los pájaros, en los peces y en los distintos animales terrestres esto puede verse en una analogía continua.

6. Y así llegamos a la preferencia del ser humano en la formación de su cerebro. ¿De qué depende? Notoriamente de su perfecta organización de conjunto, y en último término de su posición erecta. Todo cerebro animal está formado según la estructura de su cuerpo, o mejor dicho: ésta está formada según aquél, pues la naturaleza obra desde el interior. Las fuerzas orgánicas de la criatura fueron mezcladas y ordenadas de acuerdo con su andar, las proporciones entre las partes y el hábito a que destinan a la criatura. Y así fué el cerebro grande o pequeño, ancho o estrecho, pesado o ligero, complicado o simple, según fueran sus fuerzas y las proporciones en que actuaran. Por ello fueron también fuertes o débiles, dominantes o serviles, los sentidos de las criaturas. Las cavidades y músculos de las partes delantera y trasera de la cabeza se formaron después de haber gravitado la linfa, en una palabra: siguiendo el ángulo de la principal dirección orgánica. De las numerosas muestras que al respecto cabe citar de especies y géneros, menciono sólo dos o tres. ¿Qué forma la diferencia orgánica de nuestra cabeza con la del mono? El ángulo de su dirección principal. El mono posee todas las partes del cerebro que tiene el hombre; pero de acuerdo con la forma de su cráneo las tiene relegadas hacia atrás, y las tiene así porque su cabeza está formada desde otro ángulo y el mono no fué hecho para andar erecto. De ahí que en seguida todas las fuerzas orgánicas obraran de otro modo: la cabeza no está tan alta, ni es tan achá, ni tan larga como la nuestra; los sentidos bajos destacan en la parte inferior de la cara, y resultó un rostro animal, como su cerebro retirado hacia atrás nunca será sino cerebro animal, aunque posea todas las partes del cerebro humano; las tiene en otra posición, en otras proporciones. Los anatomistas parisienses encontraron que sus monos tenían las partes delanteras semejantes a las humanas, pero todas las interiores, comenzando por el cerebelo, inferiores en

LA ESTU  
CONFOR  
esto te  
según a  
cerebro  
La natu  
lesde. e  
inrenc

1 BLUMENBACH, *De varietat. nativ. gen. hum.*, pág. 32.

Fisiología:  
fisiología interior

[HERDER] ¿podemos conocer el interior

proporción; la glándula pineal era cónica, su vértice se dirigía hacia la parte trasera de su cabeza, etc., en notoria proporción de este ángulo de la dirección principal con su andar, su figura y su vida. El mono que (Blumenbach) disecó era todavía más animal, seguramente porque pertenecía a una clase inferior; de ahí que su cerebelo fuera mayor y hubiera otras diferencias defectuosas de las regiones más importantes. En el orangután no ocurre así, porque su cabeza está menos hacia atrás, su cerebro menos comprimido; sin embargo, está bastante comprimido si se le compara con el cerebro humano arqueado hacia lo alto, con una curva redonda y libre que es la única cámara bella para la formación de ideas racionales. ¿Por qué el caballo no tiene la *rete mirabile* como otros animales? Porque su cabeza está erguida, y la arteria carótida se eleva ya, hasta cierto punto de modo semejante a la del hombre, sin esos agotamientos que se observan en animales de cabeza caída. De ahí que fuera también un animal más noble, rápido y valiente, de mucho calor, de poco sueño; en cambio, en los animales cuya cabeza bajaba, la naturaleza tuvo que tomar otras precauciones en la construcción del cerebro, hasta el punto de separar sus partes principales con tabiques óseos. En consecuencia, todo dependía de la dirección según la cual y hacia la cual la naturaleza formó la cabeza del organismo atendiendo a todo el cuerpo. Prescindiré de citar muchos ejemplos animado del deseo de que los investigadores anatomistas tengan en cuenta, especialmente en el caso de animales semejantes al hombre, esta relación intrínseca de las partes con el todo según su posición recíproca y la dirección de la cabeza en su organismo; aquí está, creo yo, la diferencia de un organismo con respecto a tal o cual instinto, de que actúe como alma animal o humana, puesto que toda criatura es en todas sus partes un todo viviente que actúa conjuntamente.

7. Hasta el ángulo de la bella estampa humana o su deformidad parece que puede determinarse a base de esta ley simple y universal de la estructura de la cabeza con vistas a la marcha erecta, puesto que así como esta forma de la cabeza, este ensanchamiento del cerebro en sus vastos y bellos hemisferios y por ende la estructura interior para la razón y la libertad sólo eran posibles en una figura erecta, como lo revelan las relaciones y gravitación de estas partes mismas, la proporción de su calor y la índole de su circulación de la sangre, así también de esta proporción intrínseca sólo podía salir la bella figura humana. ¿Por qué la forma griega de la parte superior de la cabeza sobresale de modo tan agradable? Porque abarca el máximo espacio para un cerebro libre, y hasta revela hermosas y sanas cavidades cerebrales, o sea un templo de ideas humanas de juvenil belleza y pureza. En cambio, la parte posterior de la cabeza es pequeña, puesto que no se quiere

fs. orgánicas - nervro - en lo interior se halla la razón de lo exterior empujan

o sólo (su efecto) IDEAS PARA UNA FILOSOFÍA DE LA HISTORIA DE LA HUMANIDAD (F. R. 152)

que prepondera el cerebro animal. Así ocurre con las demás partes del rostro; ostentan como órganos sensibles la más bella proporción de las potencias sensibles del cerebro, y todo lo que se aparte de ella es animal. Estoy seguro de que un día tendremos una ciencia tan bella sobre la concordanza de estas partes como difícilmente podría darnos por sí sola la fisonomía que únicamente procede por conjeturas. En lo interior se halla la razón de lo exterior porque todo sale de dentro en virtud de fuerzas orgánicas y toda criatura es una forma tan completa de la naturaleza como si ésta no hubiese creado nada más.

Mira, pues, hacia el cielo, ¡oh hombre! y alégrate estremecido de tu inmenso privilegio que el Creador del mundo asoció a un principio tan sencillo: tu figura erecta. Si anduvieras agachado como un animal, si tu cabeza estuviera formada para la boca y la nariz en la dirección impuesta precisamente por el tragar, ¿qué sería de tu fuerza espiritual, imagen de la divinidad, invisiblemente depositada en ti? Hasta los desgraciados que volvieron a caer en la vida animal, la perdieron; así como se deformó la cabeza, degeneraron también sus potencias interiores; los sentidos más toscos inclinaron a la criatura hacia la tierra. Ahora bien, gracias a la disposición de tus miembros para la marcha erecta, obtuvo la cabeza su bella posición y dirección; en consecuencia, el cerebro, delicada y etérea planta celestial, conquistó espacio completo para ensancharse y extender lateralmente sus ramas. Grávida de ideas se arqueó la frente, los órganos animales retrocedieron, resultó una estructura humana. Cuanto más se levantó el cráneo, tanto más bajó el oído juntándose más amistosamente a la vista, y ambos sentidos lograron acceso más íntimo al sagrado recinto de la formación de ideas. El cerebelo, floración que brota del dorso y de las fuerzas vitales sensibles, y que en los animales era más dominante, se puso con el resto del cerebro en más armónicas relaciones de subordinación. Los rayos de los cuerpos estriados, de maravillosa belleza, se tornan más acentuados y primorosos en el hombre, indicio de la luz infinitamente más bella que se concentra y difunde en esta región central. De esta suerte se formó —permítaseme la imagen— la flor que sólo brotaba en la médula prolongada, pero luego se desarrolló llena de fuerza etérea en una planta que sólo podía prosperar sobre ese árbol que aspiraba a elevarse.

Es más aún: Toda la proporción de las fuerzas orgánicas de un animal no es favorable todavía para la razón. En su estructura predominan las fuerzas musculares y los estímulos vitales sensibles que según la finalidad de la criatura están distribuidos idóneamente en todo organismo y forman el instinto dominante de cualquier especie. Con la figura erecta del hombre se elevó un árbol cuyas fuerzas están tan proporcionadas que han de dar los jugos más primo-

rosos y abundantes al cerebro, que es su flor y corona. Con cada latido, más de la sexta parte de la sangre del cuerpo humano sube a la cabeza solamente; su corriente principal sube verticalmente, se tuerce con suavidad y se distribuye paulatinamente, de suerte que aun las más lejanas partes de la cabeza reciben de aquella y de sus hermanas alimento y calor. La naturaleza puso en juego todo su arte para robustecer sus vasos, atenuar y refinar su poder, detenerla mucho tiempo en el cerebro y, una vez terminada su tarea, retirarla suavemente de la cabeza. Provenía de ramas que, situadas cerca del corazón, actuaban aún con toda la fuerza del primer movimiento, y desde el primer comienzo de la vida, todo el poder del joven corazón trabaja en estas partes, las más sensibles y nobles. Los miembros exteriores no se han formado todavía, con el objeto de que primero se preparen del modo más primoroso solamente la cabeza y las partes interiores. Con admiración se observa, no sólo su desmedido predominio, sino también su primorosa estructura. en los distintos sentidos del feto, como si la gran artista hubiese querido crearlo solamente para el cerebro y las fuerzas del movimiento interior, hasta que paulatinamente atiende también a los demás miembros como instrumentos y expresión del interior. Por consiguiente, ya en la entraña materna se forma el hombre para la posición erecta y para todo lo que depende de ella. No es llevado en un cuerpo animal colgante; se le deparó un lugar de formación más estudiado que se apoya sobre su base. Allí está instalado el pequeño durmiente y la sangre penetra hasta su cabeza hasta que ésta baja por su propio peso. En una palabra: el hombre es lo que se pretende que sea (y a ello cooperan todas las partes): un árbol que quiere subir, coronado con la más bella de todas las coronas: una primorosa formación de ideas.

## II

MIRADA RESTROSPECTIVA DESDE LA ORGANIZACIÓN DE LA CABEZA HUMANA HACIA LAS CRIATURAS INFERIORES QUE SE LE APROXIMAN POR SU FORMACIÓN

Si nuestro camino ha sido acertado hasta ahora, como la naturaleza obra siempre de modo uniforme, también en las criaturas inferiores debe reinar la misma analogía en la relación de su cabeza con la estructura general de sus miembros, y, en efecto, domina de la manera más patente. De la misma manera que la planta trabaja en la obra de arte de la flor, corona de la criatura, así toda la estructura de los miembros de las criaturas vivientes trabaja pa-

ra nutrir la cabeza como su corona. Se diría que la naturaleza aplica sucesivamente todo el organismo de cada una de sus criaturas para preparar siempre un cerebro cada vez más primoroso, con el fin de concentrar en la criatura un más libre centro de sensaciones y pensamientos. Cuanto más sube en esa serie, tanto más perfecciona su obra, haciendo todo lo posible para no molestar la cabeza de la criatura y sin entorpecer el funcionamiento de la vida sensible. Observemos algunos miembros de esta cadena ascendente de sensaciones orgánicas tanto en su forma exterior como en la dirección de su cabeza.

1. En los animales en los cuales la cabeza está todavía horizontal al cuerpo, en donde menos elaborado se encuentra el cerebro, la naturaleza extendió profundamente las sensaciones e instintos de esos animales por todo su cuerpo. Gusanos y zoófitos, insectos, peces, anfibios, son de ese tipo. En los miembros inferiores de la cadena orgánica todavía no se puede ver una cabeza, en otros se presenta como un ojo. Es pequeña en los insectos; en los peces, la cabeza y el cuerpo forman una unidad, y en los anfibios conserva todavía en gran parte su posición horizontal con todo el cuerpo que se arrastra. Cuanto más se suelta y se levanta, tanto más la criatura se despierta de su estupidez animal; tanto más retrocede también su boca y ya no se ve toda la fuerza proyectada hacia adelante del cuerpo horizontal. Compárese con organizaciones más primorosas, el tiburón que es todo fauces y dentadura, o el voraz y reptil rocodrilo, y a través de numerosos ejemplos se llega a la conclusión de que, cuanto más la cabeza y el cuerpo de un animal tienen una línea horizontal seguida, tanto menos lugar hay en ellos para un cerebro más elevado, y por consiguiente el objetivo de su obra será una mandíbula saliente y rígida.

2. Cuanto más perfecto sea un animal, tanto más se levantará como si dijéramos de la tierra; sus patas se tornan más altas: las vértebras de su cuerpo se articulan de acuerdo con la organización de su estructura, y de acuerdo con el conjunto se obtiene la posición y dirección de la cabeza. Comparemos también a este respecto los animales de presa: el erizo, el glotón ártico y otras especies más bajas con los animales más nobles. En aquéllos, las patas son más cortas, la cabeza se hunde entre las espaldas, la boca se abre grande y hacia adelante; en éstos, la cabeza y el andar son más ligeros, el cuello más articulado, la boca más corta; naturalmente, el cerebro obtiene así un espacio superior más amplio. Se puede también admitir la segunda conclusión: que cuando más elevado está el cuerpo, cuanto más sobresale y está suelta del esqueleto la cabeza, tanto más primorosa será la estructura de la criatura. Esta conclusión debe entenderse empero, como la anterior, no con respecto a

tiburón  
cabeza  
cuerpo  
horizontal

los distintos miembros, sino según la proporción total de la estructura del animal.

3. Cuanto más en la cabeza elevada disminuya o retroceda la parte inferior del rostro, tanto más noble será su dirección y tanto más inteligente su semblante.

Compárese el lobo con el perro, el gato con el león, el rinoceronte con el elefante, el corcel con el hipopótamo. Por el contrario, cuanto más anchas, toscas y salientes son las partes inferiores de la cara, tanto menos expresión tienen la cabeza, el cráneo y la parte superior de la cara. Aquí no sólo hay diferencia entre varias especies de animales, sino también en una sola clase según el clima. Fijémonos en el oso blanco del norte y en el oso de las tierras cálidas, o en los distintos tipos de perros, ciervos, corzos; en resumen, cuanto menos sea en cierto modo la quijada del animal, y mayor su cabeza, más razonable será su formación. Para hacer más clara esta idea, trácese una línea desde la última vértebra cervical del esqueleto del animal, hasta el punto más alto del cráneo, otra hasta el hueso más avanzado de la frente y otra hasta el punto más saliente del maxilar superior, y en los distintos ángulos se verán múltiples diferencias según las especies y clases, y al mismo tiempo se advertirá que originariamente todo esto procede o sirve más o menos al andar horizontal.

Me encuentro aquí con las bellas proporciones que Camper ha dado sobre la formación de los monos y de los hombres, y entre los últimos sobre las de las distintas creaciones nacionales<sup>1</sup>: traza una línea recta desde los conductos de los oídos hasta la base de la nariz, y otra desde el hueso más saliente de la frente hasta la parte más saliente del maxilar superior. Cree haber encontrado en ese ángulo, no sólo la diferencia entre los animales y considera que la naturaleza se sirvió de este ángulo para expresar todas las variedades de los animales, y, por decirlo así, para subir gradualmente hasta donde llega la belleza máxima del más bello ser humano. Los pájaros tienen los ángulos más pequeños y estos ángulos van aumentando a medida que el animal se acerca a la figura humana. Las cabezas de los monos ascienden de 42 grados hasta 50; la última es semejante al hombre. Los negros y los calucos tienen 70 grados, los europeos 80, y los griegos alcanzan el ideal de la belleza con ángulos de 90 hasta 100 grados. Lo que rebasara estas líneas sería una monstruosidad; también es lo más elevado a que los antiguos llevaron la belleza de sus cabezas. Por asombrosa que sea esta observación, me satisface que pueda reducirse, como yo creo, a su base física, a saber: a la relación de la criatura con la posición y formación ho-

<sup>1</sup> CAMPER: *Ohres menores*, t. I, pág. 15 y sig. Desearía que se publicara completo el estudio y también los dos grabados.

rizontal y perpendicular de la cabeza, de las cuales depende en definitiva la feliz ubicación del cerebro, así como la belleza y proporción de todas las partes del rostro. Si se quieren completar las proporciones de Camper y al mismo tiempo ampliar su base, en lugar de la oreja debe tomarse como punto la última vértebra cervical y trazar la línea desde ella hasta el punto extremo del occipucio, hasta la parte más elevada del cráneo, hasta la parte más avanzada de la frente y hasta los huesos más salientes de la barba; así se hará patente no sólo la variedad de estructura de la cabeza misma, sino también su fundamento: todo depende de la forma y dirección de estas partes para el andar horizontal y perpendicular, y por ende para todo el hábito de la criatura, y por consiguiente, en virtud de un sencillo principio de formación puede reducirse a unidad la mayor diversidad.

¡Ojalá hubiera en nuestros días un segundo Galeno que remozara el libro del antiguo sobre las partes del cuerpo humano, especialmente con el objeto de hacer patente que la perfección de nuestra figura reside según todas las proporciones y funciones en la marcha erecta! Que en comparación paulatina con los animales más cercanos a nosotros siguiera al ser humano desde el primer momento en que se nos hace visible en sus funciones animales y espirituales, en la más bella proporción de todas las partes entre sí, y, por último, como el árbol que se desarrolla hasta su corona: el cerebro, mostrando mediante comparaciones que sólo aquí podía desarrollarse éste! La figura erecta es la más bella y la más natural de todas las que crecen en la tierra. Así como el árbol crece hacia arriba, así debería esperarse también que toda noble criatura tuviera este crecimiento y esta posición, y no que se arrastrara como un esqueleto alargado apoyado sobre cuatro pies. Pero en aquellos tiempos primitivos de abatimiento, el animal tuvo que elaborar aún sus fuerzas animales y aprender a ejercitar sus sentidos e instintos, antes de poder llegar como nosotros a la posición más libre y más perfecta. Poco a poco se aproxima a ella: el gusano que se arrastra levanta su cabeza del polvo todo cuanto puede y los anfibios salen agachados a la orilla. Con el cuello muy en alto se levanta el orgulloso ciervo y así lo hace también el noble corcel, mientras los animales domesticados reprimen ya sus instintos; su alma se alimenta de ideas rudimentarias que sin duda no puede comprender todavía, pero las acepta con fe y a ellas se acostumbra casi ciegamente. A una señal de la naturaleza que trabaja incesantemente en su reino orgánico invisible, se levanta el cuerpo agachado de modo animal, el árbol de su espalda crece más recto y con más delicada floración; el pecho se ha arqueado, las caderas cerrado, el cuello levantado, los sentidos se han ordenado mejor e irradian conjuntamente hacia la conciencia más clara y hasta, por último, hacia una

idea divina. Y todo ello porque, tal vez, cuando se hubieron ejercido a la saciedad todas las fuerzas orgánicas la creación ordenó: ¡Criatura, levántate de la tierra!

## III

## EL SER HUMANO ESTÁ ORGANIZADO PARA SENTIDOS MÁS PRIMOROSOS, PARA EL ARTE Y EL LENGUAJE

Quando el hombre vivía cerca del suelo, todos sus sentidos tenían pequeña extensión, y los bajos dominaban a los más nobles, como lo prueba el ejemplo de los hombres que volvieron al estado de salvajismo. El olfato y el sabor eran para ellos sus guías principales, como en los animales. Al levantarse sobre la tierra y las hierbas, ya no domina el olfato, sino la vista, que tiene un mundo más amplio y desde la niñez se ejercita en la más delicada geometría de sus líneas y colores. Cuando las orejas se fueron corriendo hacia la parte baja del cráneo, a medida que éste aumentaba de volumen, estuvieron más cerca del depósito interior de las ideas, mientras que en los animales al acecho están arriba y en muchos tienen una forma exterior puntiaguda.

Con la marcha erecta se convirtió el ser humano en una obra de arte, pues ella, que es el arte primero y más difícil que el hombre aprende, le servirá de iniciación para aprenderlos todos convirtiéndose como si dijéramos en arte viviente. ¡Mirad el animal! En parte tiene dedos como el hombre pero se hallan en un casco, en una garra o bien encerrados en otra estructura estropeados por un calor sofocante. Con su estructura para la marcha erecta obtuvo el ser humano unas manos libres y artísticas, instrumentos idóneos para las manipulaciones más delicadas y para buscar constantemente ideas nuevas y claras. Por lo tanto, Helvetius tiene razón cuando afirma que las manos fueron para el hombre medio auxiliar poderoso para su razón, pues ¿no lo fué ya la trompa para el elefante? Más aún, este delicado sentido de las manos se extiende por todo el cuerpo y hubo mutilados que a menudo realizaron con los dedos de los pies cosas que no podían hacerse con las manos. El pequeño pulgar y el dedo grande del pie, que aun por la estructura de sus músculos están formados de manera especial, a pesar de que casi nos parecen miembros despreciables, son nuestros principales auxiliares para estar de pie, nadar, asir, y para todas las operaciones del alma que trabaja con arte.

Con frecuencia se ha dicho que el hombre fué creado indefenso

y que uno de los caracteres distintivos de su especie es su total impotencia. No es así, pues posee armas para defenderse como todas las demás criaturas. Ya el mono sabe manejar el garrote y se defiende con arena y piedras, trepa y se salva de las serpientes, sus peores enemigos, arranca los techos de las casas y puede ascinar al hombre. La muchacha salvaje de Songi pegó a su hermana con la porra en la cabeza y trepando y corriendo suplía la fuerza de que carecía. En consecuencia, aun en los seres en estado salvaje no se encuentra su organización sin defensa; y educado y cultivado, ¿qué animal tiene en el instrumento de muchos brazos de su arte, lo que él posee en su brazo, en su mano, en la agilidad de su cuerpo y en todas sus facultades? El arte es la defensa más fuerte y él todo es arte, arma perfectamente organizada. Sólo para el ataque le faltan garras y dientes, pues fué creado para que fuera pacífico y bondadoso, y su estructura no lo hace idóneo para devorar otros hombres.

¿Qué profundidades de sentimiento artístico se encuentran escondidas en cada sentido del hombre, que se descubrieron ocasionalmente, las más veces sólo en caso de apuro, miseria, enfermedad, falta de algún otro sentido, defecto congénito o por azar, lo cual nos permite sospechar qué cantidad de sentidos ocultos están en nosotros y no se ven en este mundo! Si algunos ciegos pueden desarrollar el tacto, el oído, la facultad de calcular y la memoria hasta un grado tan elevado que parece fabuloso para el hombre de sentidos ordinarios, es posible que mundos desconocidos de diversidad y primor descansen en nuestros sentidos sin que nosotros los desarrollemos en nuestra máquina tan organizada. ¡La vista, el oído! A qué primores ha llegado el hombre con ellos y no cabe duda de que seguirá desarrollándolos en una fase más elevada, pues, como Berkeley dice, la luz es un lenguaje de Dios que nuestro sentido más fino sólo puede deletrear indefinidamente en millares de figuras y colores. La armonía que el oído humano percibe y que el arte sólo desarrolla, es el más delicado arte de medir que el alma ejerce oscuramente por medio del sentido; así como con el ojo en el que se refleja el rayo de luz, demuestra ser la geometría más primorosa. Infinito sería nuestro asombro si en nuestra existencia pudiéramos ver con claridad un paso más allá todo cuanto en nuestra tan organizada máquina divina ejercemos oscuramente con sentidos y fuerzas, y parece que el animal, en la medida de su organización, se preparaba para eso.

Mas todos estos instrumentos de arte, el cerebro, los sentidos y las manos hubieran resultado ineficaces aun en la figura erecta, si el Creador no nos hubiera dado un resorte que los pone todos en movimiento: fué el divino don del habla. Sólo mediante el habla se despertó la razón dormida, o mucho mejor dicho: la mera po-

tencialidad que de por sí habría permanecido eternamente muerta, se convierte, gracias al lenguaje, en viviente fuerza y acción. Sólo mediante el habla se unifican vista y oído y aun la sensación de todos los sentidos, y gracias a ella se aunan en el pensamiento creador, al cual se limita a obedecer el mecanismo artístico de las manos y otros miembros. El ejemplo del sordomudo de nacimiento prueba cómo el hombre aun conviviendo con otros hombres difícilmente llega a las ideas de la razón sin hablar, y en qué estado de salvajismo animal permanecen todos sus instintos. Imita lo que ven sus ojos, sea bueno o malo; y lo imita peor que el mono, porque le falta el criterio interior del discernimiento, así como la simpatía con su especie. Tenemos ejemplos<sup>1</sup> de cómo un sordomudo de nacimiento asesinó a su hermano porque vio matar un cerdo y sólo para imitar tal acto hurgaba con fría alegría en los intestinos de la víctima: terrible prueba de cuán poco puede, por sí sola, la loda razón humana y el sentimiento de nuestra especie. En consecuencia los instrumentos del lenguaje pueden y deben considerarse como el timón de nuestra razón, y el habla como chispas celestiales que encienden la llama de nuestros sentidos y pensamientos.

En los animales vemos conatos de lenguaje, y la naturaleza trabaja también aquí de abajo hacia arriba, para llevar a su fin este arte en el hombre. Para instrumento de respiración se emplea todo el pecho con sus huesos, ligamentos y músculos, el diafragma y aun partes del abdomen, cuello, garganta y brazo; para este gran trabajo construyó la naturaleza toda la columna vertebral con sus ligamentos y costillas, músculos y venas; dió a las partes del pecho la firmeza que les corresponde; y elevándose cada vez más desde la criatura inferior, formó un pulmón más perfecto y vías respiratorias. El animal recién nacido busca ansioso en sí mismo el primer aliento, y se precipita hacia él como si no pudiera aguardarlo. Es asombroso el número de partes que se han hecho para esta tarea, pues casi todas las partes del cuerpo necesitan aire para su desarrollo eficaz.

Sin embargo, a pesar de que todos ansien este vivo aliento divino, no todas las criaturas tienen voz y lenguaje, que en definitiva se produce mediante pequeños instrumentos: la cabeza de la tráquea, algunos cartilagos y músculos, y, por último, mediante el sencillo miembro de la lengua. En la forma más sencilla aparece esta múltiple artifice de todos los pensamientos y palabras divinas, y con un poco de aire a través de una rendija estrecha, no sólo pone en movimiento el gran mundo de las ideas del hombre, sino que además transmitió todo lo que los hombres hicieron sobre la tierra. Infinitamente bello es observar la marcha sucesiva que la natura-

<sup>1</sup> En la *Defensa de la fe cristiana* de Sack recuerdo haber encontrado un caso así; otros semejantes recuerdo en otros escritos.

leza siguió desde los mudos peces, gusanos e insectos hasta llegar al sonido y a la voz. El pájaro se alegra con su cantar como si fuera lo más artístico y a la vez el máximo privilegio que el Creador le dió; el animal que tiene voz, se vale de ella tan pronto siente deseos y quiere expresar un sentimiento interior de alegría o pena. Gesticula poco; y sólo hablan por signos los animales a quienes relativamente se les negó la voz viva. Algunos hay que ya tienen lengua y pueden repetir palabras humanas, aunque sin comprender su sentido; la organización externa, especialmente bajo la enseñanza de los hombres, se adelanta por decirlo así a la facultad interior. Sin embargo, aquí se cierra la puerta, y el mono semejante al hombre se ve privado casi expresa y brutalmente del habla a causa de peculiares sacos laterales que la naturaleza colocó junto a su tráquea<sup>1</sup>.

¿Por qué lo hizo así el padre del habla humana? ¿Por qué a la criatura que todo lo imita no se le ha permitido imitar precisamente este carácter distintivo de la humanidad, y se le prohíbe inexorablemente llegar a ello por obstáculos peculiares? Vayamos a manicomios y oigamos sus habladurías, escuchemos los discursos de varios anormales y personas muy tontas, y nos explicaremos en seguida la causa. ¡Cuánto daño nos hacen sus palabras y la profanación del habla humana! ¡Qué mayor profanación sería en boca de monos antojadizos, groseros y animales, que pudieran imitar —como no tengo la menor duda— palabras humanas con razón humana a medias! ¡Espantosa mezcla de sonidos humanos y pensamientos simios! No, el divino hablar no debía rebajarse a tanto, y el mono quedó mudo, más mudo que otros animales, pues hasta la rana y la lagartija tienen sus propios sonidos.

Pero la naturaleza formó al hombre para el lenguaje; para ello está erguido y su levantado pecho instalado junto a una columna erecta. Los seres humanos que se criaron entre animales, no sólo perdieron el habla misma, sino en parte también la facultad de hablar, prueba clara de que su garganta se deformó y de que sólo en la marcha erecta es posible la verdadera habla humana. Pues si bien varios animales poseen órganos de fonación semejante al hombre, ni siquiera con su imitación logró ninguno de ellos la corriente elocutiva continua que sale de nuestro pecho sublime, libre, humano, y de nuestra boca estrecha y artísticamente cerrada. Por el contrario, el hombre no sólo puede imitar todos los sonidos y los tonos de los animales, siendo como Montbodo dijo, el Mock-bird (pájaro burlón) entre las criaturas de la tierra, sino que además un dios le enseñó también el arte de traducir ideas en sonidos; de

<sup>1</sup> CAMPER, "Tratado sobre los instrumentos de hablar del mono", *Philosophische Monatshefte* 1779, vol. I.

presentar figuras por medio de sonidos y dominar la tierra mediante la palabra que sale de la boca. Por lo tanto, en el habla empieza su razón y su cultura, pues sólo por ella se domina a sí mismo y ejerce la meditación y arbitrio de que es capaz en virtud de su organización. Puede que haya criaturas superiores —y debe haberlas— cuya razón se despierte por los ojos, porque un carácter visto les basta para formar sus ideas y fijarlas de manera bien clara; el hombre en la tierra es todavía un alumno del oído, mediante el cual aprendió a comprender poco a poco el lenguaje de la luz. La diferencia de las cosas debe penetrar primero en su alma con la ayuda de otro, para que luego aprenda a comunicar su pensamiento, primero con aspiraciones y silbidos y luego con sonidos y cantos. Es expresivo el nombre con que los orientales califican a los animales de mudos de la tierra; sólo con la organización para el habla recibió el ser humano el aliento de la divinidad, la semilla para la razón y eterno perfeccionamiento, un eco de aquella voz creadora para dominar la tierra, en resumen: el divino arte de las ideas, la madre de todas las artes.

## IV

#### POR SUS INSTINTOS EL HOMBRE ESTÁ ORGANIZADO PARA LA LIBERTAD

Se suele repetir que el hombre no tiene instintos y que esta falta de instinto constituye el carácter de su especie; en realidad tiene todos los instintos que posea cualquier animal terrestre de los que le rodean, sólo que los ha suavizado todos de acuerdo con su organización para que estén en más bellas proporciones.

El niño en el vientre de la madre parece que debe recorrer todos los estados por los que puede pasar toda criatura terrenal. Nada en agua; está con la boca abierta; su maxilar es grande, antes de que sea cubierto por los labios, que sólo se formarán más tarde; no bien llega al mundo anhela el aire y lo primero que hace es mamar sin que nadie se lo enseñe. Todo lo que es digestión y alimentación, hambre y sed sigue el proceso instintivamente o a través de impulsos todavía más oscuros. Las fuerzas musculares y generativas tienden pues a desarrollarse, y basta que un ser humano enloquezca a causa de pasión o enfermedad, para que se vean en él todos los instintos animales. La miseria y el miedo desarrollan también en los seres, y aun en naciones enteras que viven bestialmente, las habilidades, sentidos y fuerzas de los animales.

Por consiguiente, en el hombre los instintos no se suprimen, antes bien se colocan bajo el dominio de los nervios y de los sentidos más finos. Sin ellos, la criatura, que en gran parte todavía es un animal, no podría vivir.

Y ¿cómo son dominados? ¿Cómo logra la naturaleza colocarlos bajo el dominio de los nervios? Examinemos su marcha desde la niñez y nos mostrará en un aspecto completamente diferente, lo que con frecuencia se ha lamentado tan insensatamente como debilidad humana.

El niño humano viene a este mundo más débil que ningún otro animal, seguramente porque está formado para una proporción que no podía acabar de formarse en el vientre de su madre. El animal cuadrúpedo adquiere en el vientre de su madre la forma cuadrúpeda y, aunque al comienzo también tenga una cabeza tan desproporcionada como el ser humano, conquista en definitiva su proporción, o, en el caso de animales de muchos nervios, que nacen débiles, adquiere su fuerza proporcionada en el transcurso de algunas semanas o días. Sólo el ser humano permanece débil durante mucho tiempo; pues la formación de sus miembros fué ideada —permítaseme la expresión— para la cabeza que, en proporciones excesivamente grandes, fué lo que se formó totalmente en el vientre de la madre y en consecuencia lo primero que viene al mundo. Los otros miembros que para su desarrollo precisan aliento, aire y movimiento de este mundo, distan mucho de llegar a crecer como ella, a pesar de que durante todos los años de la niñez y de la juventud aumentan en relación con su cabeza, mas no ésta con respecto a ellos. El débil niño está también impedido, si se quiere, de usar sus potencias superiores y la naturaleza las forma sin descanso y antes que nada. Antes de que el niño aprenda a andar, aprende a ver, a oír, a agarrar y a practicar la delicadísima mecánica y medición de estos sentidos. Los ejercita tan instintivamente como los animales, sólo que de una manera más delicada. No con destreza y arte congénitos, puesto que todas las habilidades artificiales de los animales son consecuencia de estímulos más toscos; y si éstas dominaran en la niñez, el ser humano seguiría siendo animal, y entonces, como ya lo sabe todo antes de aprenderlo, nada humano aprendería. Por lo tanto, la razón debería serle innata como instinto, lo cual se ve en seguida que es una contradicción; o bien debería, como ocurre ahora, venir débil al mundo para aprender la razón.

La aprende desde la niñez y, como para su andar artificial, se le educa también para la libertad y el hablar humano por medio del arte. Se coloca al lactante junto al pecho de la madre, sobre su corazón; el fruto de su vientre se pone bajo la protección de sus brazos. Sus sentidos más finos, la vista y el oído, se despiertan primero y son guiados a través de figuras y sonidos. Será una suerte

para él si son felizmente guiados. Poco a poco se desarrolla su rostro y se fija en la mirada de las personas que se mueven a su alrededor, como su oído se fija en su lenguaje, y con su ayuda aprende a distinguir los primeros conceptos. Y así aprende poco a poco a mover su mano; sólo entonces tienden sus miembros a ejercitarse por su cuenta. Primero fué un aprendiz de los dos sentidos más delicados; luego el instinto artificial al cual debe ser iniciado, es la razón, la humanidad, la manera de vivir humana, que ningún animal posee ni aprende. También los animales domésticos adoptan algo de los hombres, pero de modo puramente animal y sin que por ello se transformen en seres humanos.

De esto se desprende qué es la razón humana: nombre que en obras modernas se usa con tanta frecuencia como si fuera un automatismo innato y como tal no diera sino interpretaciones erróneas. Teórica y prácticamente la razón es si no algo que se llega a saber, una aprendida proporción y dirección de las ideas y fuerzas, para la cual el ser humano ha sido formado de acuerdo con su organización y manera de vivir. No conocemos la razón de los ángeles, como tampoco podemos hacernos cargo del estado interior de una criatura inferior; la razón del hombre es humana. Desde la niñez compara ideas e impresiones de sus sentidos sobre todo de los más finos, de acuerdo con la finura y la verdad con que éstos se las proporcionan, según la cantidad en que las recibe y según la interior capacidad de rapidez con que aprendió a unirlas. La unidad que se formó con todo ello en su pensamiento, y los varios enlaces de estos pensamientos e impresiones al juzgar lo que es verdadero y falso, bueno y malo, feliz y desgraciado, esto es su razón, la obra progresiva de la formación de la vida humana. No es innata en él sino que la ha adquirido, y según fueran las impresiones que recibió, los modelos y la interior fuerza y energía con que unió estas diversas impresiones en la proporción de lo más profundo de su ser, así también su razón será como su cuerpo, rica o pobre, enferma o sana, salvaje o bien educada. Si la naturaleza nos engañara con impresiones de los sentidos, tendríamos que acatarla y dejarnos engañar; por más hombres que hubiera, fueran cuales fueran sus sentidos, todos ellos se engañarían igualmente. Si nos engañan los hombres y no tenemos fuerza u órgano para comprender el engaño y reunir las impresiones en mejores proporciones, nuestra razón quedará lisiada y con frecuencia lisiada para toda la vida. Precisamente porque el hombre necesita aprender todo, porque es su instinto y misión aprenderlo todo como su marcha erecta, sólo enseñándose aprende a andar y a menudo sólo por los errores llega a la verdad, en lo que le aventaja el animal con su andar en cuatro patas, pues lo guía la proporción de sus sentidos e instintos más fuertemente expresada. El ser humano tiene la regia ventaja de mi-

rar lejos a su alrededor con la cabeza erguida, y por ende también de ver muchas cosas oscuras y erróneamente y hasta de olvidar con frecuencia sus propios pasos y de recordar sólo gracias a sus tropezos sobre qué bases estrechas descansa todo el edificio de toda su cabeza y corazón, de sus conceptos y juicios; con todo, por haberse destinado a la alta misión de razonar, es y sigue siendo lo que ninguna otra criatura terrenal: un hijo de los dioses, un rey de la tierra.

Para percatarnos de lo elevado de este destino consideramos qué hay en los grandes dones de la razón y la libertad, y cuánto, por decirlo así, arriesgó la naturaleza cuando los confió al hombre, un ser terrenal tan débil, tan diversamente complicado. El animal es tan sólo un esclavo agachado, aunque algunos levanten la cabeza con nobleza o por lo menos con su cuello estirado anhelan la libertad. Su alma que todavía no está madura para la razón, debe servir a instintos apremiantes y prepararse primero de lejos en este servicio para el uso propio de los sentidos e inclinaciones. El hombre es el primer liberto de la creación; está derecho. De él pende la balanza del bien o del mal, de lo falso y de lo verdadero; puede investigar, debe elegir. De la misma manera que la naturaleza le dió dos manos libres como instrumentos y una amplia vista para guiar sus pasos, el hombre tiene asimismo el poder, no sólo de establecer los pesos, sino también —permítaseme la expresión— de ser él mismo un peso en la balanza. Puede dar apariencia a la mayor de las equivocaciones y convertirse en impostor voluntario; puede con el tiempo llegar a amar las cadenas que van contra su naturaleza, y coronarlas con flores de toda clase. Lo mismo que sucede con la razón falaz, sucede también con la libertad encadenada y mal empleada; en la mayoría, es la proporción de fuerzas e instintos tal como la fijó la comodidad o la costumbre. Pocas veces mira el hombre por encima de ellas, y con frecuencia cuando lo dominan instintos bajos o lo atan odiosas costumbres, puede ser peor que un animal.

Pero sigue siendo un rey en virtud de su libertad, aun en el caso de que abuse de ella, pues puede escoger aunque escoja lo peor; puede disponer de sí mismo aunque por decisión propia se decida por lo más bajo. Naturalmente, ante aquel que todo lo ve, que depositó en él todas sus fuerzas, tan limitada es su razón como su libertad; bendita limitación, porque quien creó las fuentes tenía que conocer todo desbordamiento de las mismas, para preverlo y encauzarlo con el objeto de que el arroyo más impetuoso no se le escapara de las manos; pero eso en nada altera la cosa en sí ni en la naturaleza humana. El hombre es y sigue siendo en sí una criatura libre, aunque la bondad absoluta lo proteja también en sus locuras y las encauce para el mejor bien de él y de todos. De la

misma manera que un proyectil mecánico no puede escaparse de la atmósfera, pero también cuando cae, obra según una única y misma ley de la naturaleza, así el hombre en el error y en la verdad, cuando cae y se levanta, sigue siendo hombre, y aunque niño débil, es, con todo, libre de nacimiento; si no es racional todavía, su razón puede mejorar; si aún no está formado para la humanidad, puede llegar a estarlo. El canibal de Nueva Zelandia y Fenelón, el desdichado Yamán y Newton son criaturas de la misma especie.

Ahora bien, parece ciertamente que en nuestra tierra toda su posible diversidad deba realizarse también en el empleo de este don; y se verá una escala de seres humanos que de los límites del animal alcanza hasta el genio más puro de la forma humana. Esto no debe maravillarnos teniendo en cuenta la gran gradación de animales que hay debajo de nosotros y qué largo camino tuvo que seguir la naturaleza para preparar en nosotros la organización de esta pequeña flor de la razón y la libertad, que poco a poco se desarrolla. Parece que en nuestra tierra todo debe estar de acuerdo con sus probabilidades, y sólo podemos aclararnos bastante el orden y la sabiduría de esta profusión, cuando, dando otro paso, abarquemos la finalidad que se persigue con la diversidad que se observa en este gran jardín de la naturaleza. En él vemos prevalecer las más veces sólo leyes de necesidad; pues se pretendía que toda la tierra fuera habitada hasta en sus parajes más lejanos y salvajes, y sólo aquel que la extendió tan lejos, sabe por qué admitió también en este mundo a yamanes y neozelandeses. Quien más puede despreciar el género humano no podrá negar empero que en medio de tanta maleza prosperaron también entre los hijos de la tierra la razón y la libertad, estas nobles plantas que bajo la luz del sol celestial dieron también bellos frutos. Sería casi increíble, si la historia no nos lo dijera, a qué alturas se elevó el entendimiento humano y no sólo imitando a la divinidad creadora y conservadora, sino procurando también remedar su orden. En el caos del ser, que le muestran los sentidos, buscó y encontró unidad e inteligencia, leyes de orden y belleza. Las fuerzas más escondidas, que él no conoce desde el interior, las estudió en su marcha exterior y siguiendo el movimiento, el número, la medida, la vida y hasta la existencia, con sólo ver su acción en el cielo y sobre la tierra. Todos estos intentos en este sentido hasta cuando erró o sólo pudo soñar, son pruebas de su majestad, de una fuerza y grandeza semejantes a Dios. El ser que todo lo creó depositó realmente en nuestra débil organización un rayo de su luz, una impronta de sus fuerzas más genuinas y por bajo que el hombre esté, puede decirse a sí mismo: "Tengo algo de común con Dios: poseo aptitudes que debe poseer también el Ser supremo, a quien conozco en sus obras, puesto que las ha revelado a mi alrededor". Evidentemente fué esta semejanza con

el mismo la suma de toda la creación del mundo. En este miradero el hombre no podía levantar la vista más arriba; pero no dejó de hacerlo hasta esta semejanza llevando la serie de sus organizaciones hasta el punto más alto. De ahí que también la marcha hacia éste fuera tan uniforme a pesar de todas las diferencias de forma.

Del mismo modo la libertad dió también nobles frutos en la formación del hombre, luciendo su gloria tanto en lo que desprecia como en lo que emprende. El hecho de que renunciara al impulso inconstante de los ciegos instintos y se anudara libremente al vínculo del matrimonio, de una sociable amistad, protección y fidelidad en vida y muerte, de que renunciara a su propia voluntad y permitiera que las leyes lo dominaran, es decir el ensayo siempre imperfecto de gobierno del hombre por el hombre, protegiéndolo con su propia sangre y vida, de que nobles hombres se consagraran a la patria y no sólo en un momento agitado de su vida, sino, lo que es mucho más noble, considerando incansablemente que todos los esfuerzos de su vida durante días y noches, por espacio de años y en el curso de toda la vida, nada eran para regalar el bienestar y la tranquilidad, por lo menos en su opinión, a una multitud ciega y desagradecida, y de que, por último, sabios inspirados por Dios y llevados de noble afán por la verdad, la libertad y por la felicidad de nuestra especie, aceptaran voluntariamente ultrajes y persecuciones, pobreza y miseria, fieles a la idea de haber creado o facilitado a sus hermanos el bien más noble de que ellos eran capaces; si todo esto no son grandes virtudes humanas y aspiraciones poderosísimas de la autodeterminación que existe en nosotros, yo no sé que haya otras. Bien es verdad que siempre fueron pocos quienes se adelantaron al gran montón y como médicos le impusieron saludablemente lo que por sí solo aquél no sabía aún elegir; pero estos pocos fueron la flor del género humano, inmortales y libres hijos de los dioses sobre la tierra y cada uno de ellos vale por millones.

## V

EL ORGANISMO DEL HOMBRE ES DE SALUD SUMAMENTE DELICADA, PERO AL MISMO TIEMPO DE ENORME RESISTENCIA, Y, POR LO TANTO, CAPACITADO PARA SU EXPANSIÓN POR TODA LA TIERRA

Con la marcha erecta obtuvo el hombre una delicadeza, calor y vigor que no estaban al alcance de ningún animal. En estado de salvajismo estaba cubierto en gran parte de pelo, especialmente en

la espalda, y Plinio el Antiguo se queja vivamente a la naturaleza de que privara al hombre de esta protección. La naturaleza bienhechora dió al hombre un envoltorio más hermoso: su piel delicada y, sin embargo, tan dura, que le permite resistir a las inclemencias de cada estación y a los cambios de todo clima ayudado por algún arte que es una segunda naturaleza para esta criatura.

Y a este arte había de conducirlo, no sólo la escueta necesidad, sino algo más humano y bello: el santo pudor. Digan lo que quieran algunos filósofos, éste es natural en el hombre, y hasta se encuentra ya una vaga analogía con él en algunas especies animales, puesto que también la mona se cubre y el elefante busca para su acoplamiento oscuros bosques solitarios. No conocemos en la tierra casi ninguna nación tan bestial<sup>1</sup> que no le guste cubrirse a partir de los años en que se despiertan los instintos, sobre todo las mujeres; particularmente porque la delicadeza sensible de esas partes y otras circunstancias reclaman que estén cubiertas. Por consiguiente, antes de que el hombre tratara de proteger sus miembros exteriores contra el furor de los elementos y la picadura de los insectos mediante vestidos o ungüentos, una especie de economía sensible del instinto más rápido y necesario lo condujo a cubrirse. Entre todos los animales nobles, la hembra es buscada y no se ofrece, con lo cual cumple sin saberlo propósitos de la naturaleza, y entre los hombres es la mujer más delicada la prudente guardiana también del sagrado pudor que pronto tenía que desarrollarse en la figura erecta.

O sea que el hombre obtuvo indumentaria y, no bien tuvo este arte y algún otro, estuvo en condiciones de soportar todo clima de la tierra y de tomar posesión de todas sus regiones. Pocos son los animales —casi exclusivamente el perro— que hayan podido seguirle a todas partes, y eso ¡con qué alteración de su forma, con qué degeneración de su innato temperamento! El hombre es el único que se ha modificado muy poco, y absolutamente nada en las partes esenciales. Asombra ver cuán total y uniformemente se conservó su naturaleza fijándonos en las modificaciones que han experimentado sus hermanos los animales errantes. Su naturaleza está tan determinadamente organizada, tan perfectamente organizada, que el hombre se encuentra en un nivel elevadísimo, y sólo es posible hallar en él unas pocas variedades que ni siquiera pueden calificarse de anomalías.

¿Y a qué se debe esto? Una vez más: a su figura erecta, y a nada

<sup>1</sup> Sólo conozco dos naciones totalmente desnudas, pero que también viven en animal salvajismo: los yamanes del extremo meridional de Sudamérica, de hecho de otras naciones, y un pueblo salvaje que vive en Aracán y Pegó y que sigue siendo para mí un enigma en esas regiones, aunque lo encuentro confitado en uno de los viajes más recientes (MACKENZIE: *Travels*, t. I, pág. 341).

más. Si anduviéramos a cuatro patas como el oso y el mono, no tendríamos la menor duda de que también las especies humanas (si se nos permite emplear una expresión tan poco noble) tendrían un habitáculo limitado y no lo abandonarían nunca. El hombre-oso amaría su patria fría y el hombre-mono su patria cálida, del mismo modo, como veremos, que cuanto más bestial es una nación, tanto más sujeta está a su región y clima con los vínculos del cuerpo y del alma.

Quando la naturaleza elevó al hombre, lo elevó para que dominara en la tierra. Su figura erecta le dió a la vez que una estructura más primorosamente organizada una circulación sanguínea más artificial, una mezcla más diversa de los jugos vitales, o sea también aquella temperatura más intrínseca, más fija, del calor vital, que es lo que le permitió, únicamente a él, ser morador de Siberia y África. Sólo gracias a su estructura erecta, más artificial, orgánica, estuvo en condiciones de soportar calor y frío como no puede hacerlo a la vez ninguna otra criatura de la tierra y, a pesar de todo, sin modificarse en lo más mínimo.

Ahora bien, con esta complexión delicada, y todo lo que le es inherente, es natural que se abriera la puerta a una serie de enfermedades que no conoce el animal, y que Moskato enumera muy elocuentemente<sup>1</sup>. La sangre que efectúa su circulación en una máquina erecta, el corazón apretado en una posición inclinada, los intestinos que llevan a cabo su tarea en posición vertical: sea como fuere, estas partes están expuestas en nosotros a más peligros de descomposición que en un cuerpo animal. Especialmente, parece que el sexo femenino tuvo que pagar más cara que nosotros su mayor delicadeza. Sin embargo, también en esto la bondad de la naturaleza suplió y mitigó con creces esas deficiencias, puesto que nuestra salud, nuestro bienestar, todas las sensaciones y estímulos de nuestro ser son más espirituales y primorosos. No hay ningún animal que goce un solo instante de la salud y dicha humanas, ni que guste una sola gota del torrente de néctar que le debe el hombre: más aún, considerándolo de modo puramente corporal, las enfermedades del animal, aun siendo menos numerosas, resultan en cambio más constantes y tenaces. Su tejido celular, la túnica de sus nervios, sus arterias, huesos y cerebros son aún más fuertes que los nuestros; de ahí también que todos los animales terrestres que rodean al hombre (con la única excepción quizá del elefante, cuyas fases de la vida son más parecidas a las nuestras) vivan menos tiempo que nosotros y mueran antes de muerte natural, es decir, por el endurecimiento de la vejez. En consecuencia, la naturaleza

<sup>1</sup> *Vom körperlichen wesentlichen Unterschiede der Thiere und Menschen*, Göttingen, 1771.

lo destinó para la vida más larga y más llena de satisfacciones concebible para un organismo terrenal. Nada sabe valerse de modo más diverso y fácil que la heterogénea naturaleza humana, y se necesitaron todos los excesos de la locura y de los vicios, de que, naturalmente, es incapaz el animal, para debilitar y estropear nuestra máquina en la medida en que en algunos casos la vemos debilitada y estropeada. Con su bondad, la naturaleza proporcionó a cada clima las hierbas convenientes para sus enfermedades, y sólo la confusión de todos los climas pudo convertir a Europa en el semillero de males que no encuentra en sí ningún pueblo que viva de acuerdo con la naturaleza. Sin embargo, aun para esos males que nos hemos buscado nosotros mismos, nos dió un bien que nos proporcionamos nosotros mismos: el médico, que cuando obedece a la naturaleza, la ayuda, y si no puede o no sabe obedecerla, por lo menos entierra científicamente a los enfermos.

Y qué cuidado maternal y sabiduría de la economía divina determinó también las fases de la vida y la duración de nuestra especie! Todas las criaturas terrenales vivientes que tienen que llegar pronto a su perfección, se desarrollan también pronto; pronto llegan a su madurez y a la meta de su vida. El hombre, plantado erecto como árbol del cielo, crece lentamente. Como el elefante, es el que más tiempo permanece en el seno materno; los años de su juventud duran mucho, incomparablemente más que los de cualquier animal. La naturaleza, pues, alargó cuanto pudo la época feliz de aprender, de crecer, de vivir alegremente y de gozar de la vida del modo más inocente. No pocos animales quedan formados en pocos años, días, y los hay que ya en el momento de nacer; pero también son más imperfectos y mueren más pronto. El hombre es el que necesita más tiempo para aprender porque es también el que más debe aprender, pues todo depende en él de la destreza, razón y arte que adquiriera por sí mismo. Aunque luego su vida se acorte por el innumerable ejército de azares y peligros, por lo menos gozó de su larga juventud exenta de preocupaciones, pues a la par de su cuerpo y espíritu fué creciendo también el mundo que le rodea, con su panorama cada vez más amplio que se eleva lentamente, se ensanchó también el ámbito de sus esperanzas, y su noble corazón juvenil aprendió a latir cada vez con más fuerza en rápida curiosidad, en impaciente exaltación, por todo lo grande, bueno y bello. En un hombre sano no excitado, el florecimiento del instinto sexual se desarrolla más tarde que en cualquier animal, puesto que tiene que vivir largo tiempo y no puede derrochar demasiado prematuramente el más noble jugo de sus fuerzas psíquicas y corporales. El insecto, que pronto sirve al amor, muere también pronto; todas las especies animales monógamas viven más tiempo que las que viven sin matrimonio. El lujurioso gallo muere pronto; la fiel paloma

silvestre puede vivir 50 años. Para el favorito de la naturaleza en este mundo se dispuso también el matrimonio, y se le destina a vivir en sí mismo los primeros años más lozanos de su vida como cubierto capullo de inocencia. Siguen luego largos años de fuerzas viriles y jocundísimas en que madura su razón, que en el hombre, a la par de las fuerzas generadoras, llega a una avanzada edad desconocida para los animales, hasta que por fin viene la suave muerte y con el polvo caduco redime también al cautivo espíritu de un enlace igualmente ajeno a ambos. La naturaleza, pues, invirtió en la endeble cabaña del cuerpo humano todo el arte que un ser de la tierra pueda concebir, y hasta en aquello que acorta y debilita la vida, compensó por lo menos el placer más breve haciéndolo más sensible y las fuerzas agotadoras haciéndolas sentir más intensamente.

## VI

EL HOMBRE ESTÁ FORMADO PARA LA HUMANIDAD  
Y PARA LA RELIGIÓN

Mi deseo es reunir en la palabra humanidad todo cuanto hasta ahora he dicho sobre la noble formación del hombre para la razón y la libertad, para más primorosos sentidos e instintos, para una salud más delicada y robusta, para la ocupación y dominio de la tierra, puesto que el hombre no tiene para su destinación otra palabra más noble sino que él es la criatura en la cual vive reflejada la imagen del Creador de la tierra, tal como aquí pueda hacerse visible. Para desarrollar sus más nobles deberes, nos basta dibujar su figura.

1. Todos los instintos de un ser viviente pueden reducirse a la conservación de sí mismo y a una participación en otros seres o a una comunicación con ellos; la estructura orgánica del hombre, cuando a ella se suma una superior dirección, ordena esas inclinaciones del modo más selecto. Así como la línea recta es la más sólida, así también el hombre, para protegerse a sí mismo, tiene en el exterior la mínima extensión, en el interior la más diversa fuerza de rapidez. Se yergue sobre la base mínima, y por consiguiente puede cubrir del modo más fácil sus miembros; su centro de gravedad cae entre las caderas más flexibles y fuertes que posea una criatura terrenal, y donde ningún animal revela la ágil fuerza del hombre. Su pecho de bronce, más reducido, y los instrumentos de los brazos precisamente en esta posición, le conceden desde arriba el más vasto ámbito de

meta de  
la estructura  
del h.  
la humanidad

defensa para guardar su corazón y proteger sus partes vitales más nobles desde la cabeza hasta las rodillas. No es fábula que hubo hombres que lucharon con leones y los subyugaron; el africano hasta puede con más de uno si combina la cautela, la astucia y la fuerza. Sin embargo, lo cierto es que la complexión del hombre lo encamina de preferencia a la defensa, no al ataque; para éste necesita apelar al arte, mas en aquélla es la criatura más vigorosa de la tierra. En consecuencia, su misma figura le enseña a ser pacífico, que es el primer atributo de la humanidad, no el instinto sangui-nario y destructor.

2. Entre los instintos que lo impulsan hacia otros seres, el más poderoso es el sexual; también en el hombre está subordinado a su estructura para la humanidad. Lo que en el cuadrúpedo, aun en el tímido elefante, es acoplamiento, es en él beso y abrazo a causa de su estructura. Ningún animal tiene labios como los del hombre, cuya delicada parte superior es lo último que del rostro se forma en el fruto del seno materno, como si fuera la última señal del dedo del amor para que estos labios se cierren de modo bello e inteligente. De ningún animal puede decirse la púdica expresión del lenguaje antiguo: conoce a su mujer. La fábula antigua dice que ambos sexos fueron antaño andróginos como las flores, pero divididos: con esta y otras profundas fantasías poéticas quiso decir veladamente en forma de fábula la preeminencia del amor humano ante los animales. Asimismo, el hecho de que el instinto humano no esté absolutamente sometido, como en éstos, a una época del año (bien que todavía no se hayan hecho observaciones concienzudas sobre las revoluciones que a este respecto se operan en el cuerpo humano), revela notoriamente que no se quiso supeditar a la necesidad, sino que dependiera del atractivo amoroso, de la razón, dejándosele confiado a una moderación voluntaria como todo lo que el hombre tiene en sí mismo y a su alrededor. También el amor tenía que ser humano en el hombre, y en este sentido determinó la naturaleza, además de la figura del hombre, el posterior desarrollo, la duración y la proporción del instinto en ambos sexos; y hasta lo colocó bajo la ley de un vínculo voluntario de comunidad y del comercio amistoso de dos seres que se sienten unidos en uno para toda la vida.

3. Como a excepción del amor recíproco todos los demás afectos tiernos se contentan con la simpatía, la naturaleza hizo que el hombre fuera el ser más dotado de sentimientos de simpatía entre todos los vivientes, porque, por decirlo así, lo formó a base de todo y lo organizó en tales relaciones con todo reino de la creación de suerte que pudiera sentir simpatía por él. La estructura de sus fibras es tan elásticamente primorosa y delicada y su sistema nervioso está tan ramificado en todas las partes de su ser vibrante que, como análogo de la divinidad cuyo sentimiento se extiende a todo, casi puede

colocarse en el lugar de toda criatura y sentir por ella la cantidad de simpatía que ésta necesita, y todo él puede soportarlo sin sufrir trastorno, y hasta con peligro de sufrirlo. Hasta por un árbol se interesa nuestra máquina siendo ella misma un árbol que retoña y crece, y hay hombres que no toleran físicamente que se derribe o mute a un árbol que se encuentre en la verdeante lozania de su juventud. Tampoco el hombre delicado se siente indiferente a las contorsiones de un gusano aplastado, y cuanto más perfecto sea el animal y más próximo esté a nosotros por su organización, tanto mayor será la simpatía que nos inspire su sufrimiento. Se necesitaron nervios duros para abrir una criatura viviente y examinar sus convulsiones; sólo el insaciable afán de gloria y saber pudo acallar paulatinamente esta simpatía orgánica. Hay mujeres más delicadas que no pueden soportar siquiera la disección de un cadáver: les duele todo miembro que con violencia se destruye a su vista, especialmente cuanto más delicadas y nobles son las partes. Un intestino hurgado provoca horror y repugnancia; un corazón cortado, un pulmón seccionado, un cerebro destruido, nos producen la sensación de que el cuchillo corta y pincha al mismo tiempo nuestros miembros correlativos. Nos identificamos con el cadáver de un ser querido en su tumba; sentimos el foso frío que él ya no siente, y nos invade estremecimiento con sólo tocar sus huesos. Tan grande es el sentimiento de simpatía que la madre universal inculcó en nuestros miembros, ella que todo lo sacó de sí con todo se identifica con la más íntima simpatía. Su vibrante sistema de fibras, su estructura nerviosa simpatizante, no necesitan el llamamiento de la razón; se le adelantan y aun a menudo se le oponen poderosa y tenazmente. El trato con dementes que nos inspiren simpatía, provoca la demencia, tanto más cuanto más la tema el hombre.

Es curioso que el oído contribuya mucho más que la vista a despertar y vigorizar este sentimiento de simpatía. El quejido de un animal, el grito proferido por su cuerpo doliente, atrae a todos sus semejantes que, según se ha observado a menudo, rodean compungidos al que se queja y desearían ayudarlo. También en los hombres el cuadro del dolor provoca más bien horror y espanto que compasión; mas tan pronto sentimos la voz del que sufre, perdemos la serenidad y nos precipitamos hacia él, como si una punzada nos atravesara el alma. ¿Será porque el sonido convierte en ser viviente el cuadro que se ofrece a la vista, reanimando todos los recuerdos de sentimientos propios y ajenos y concentrándolos en un punto? ¿O bien hay además, como creo yo, una causa orgánica más honda? Límitémonos a decir que la experiencia es cierta y revela en el hombre el fondo de su mayor simpatía a través de la voz y del lenguaje. Menos nos conmueve aquello que no puede suspirar porque sea una criatura sin pulmones, imperfecta, organizado de modo menos

Simpatía  
-cuerpo  
organizado  
por los  
vigorosos

Simpatía /  
razón

parecido a nosotros. Algunos sordos y mudos de nacimiento ofrecieron ejemplos espantosos de falta de simpatía hacia hombres y animales, y en los pueblos salvajes observaremos aún muestras suficientes al respecto. Y, sin embargo, aun en ellos no puede negarse la ley de la naturaleza. Los padres que, obligados por la miseria y el hambre, sacrificaron sus hijos a la muerte, se los consagraron en las entrañas maternas antes de haber visto sus ojos, antes de haber oído su voz, y más de una infanticida confesó que nada la impresionó tanto ni se le quedó tanto en la memoria como el primer sonido quejumbroso, la voz llorosa, del hijo.

4. Hermosa es la cadena en que la madre que todo lo siente unió los sentimientos de simpatía de todos los hijos, elevándolos progresivamente en sus distintos miembros. Cuando la criatura es todavía torpe y ruda, capaz apenas de proveer para sí, tampoco se le confió el cuidado de sus hijos. Los pájaros incuban y crían con amor maternal a sus pichones; en cambio, el obtuso avestruz entrega sus huevos a la arena. "Olvida —dice aquel viejo libro que trata de él— que una pata puede aplastarlos o un animal salvaje destruirlos, pues Dios le privó de sabiduría y no lo dotó de entendimiento". Mediante la misma causa orgánica en virtud de la cual recibe más cerebro la criatura, recibe también más calor, alumbrando hijos vivientes o los incuba, amamanta y recibe amor maternal. La criatura que nace viviente es, por decirlo así, un ovillo de nervios del ser materno; el niño amamantado es un retoño de la planta-madre que lo alimenta como a una parte de sí. Sobre esta hondísima simpatía se edifican en la economía del animal todos los delicados instintos para los cuales la naturaleza podía ennoblecer a esa especie.

En el género humano, el amor maternal de tipo superior es un vástago de la humanidad en su formación erecta. A la vista de la madre, el lactante yace en su regazo y bebe el alimento más delicado y primoroso; es un modo bestial, y hasta contrario al cuerpo, la costumbre de algunos pueblos que, obligados por la necesidad, amamantan a sus hijos llevándolos en la espalda. El peor monstruo se ablanda con el amor maternal y doméstico, pues hasta una leona es amable con sus cachorros. En la casa paterna surgió la primera sociedad, unida por los vínculos de la sangre, la confianza y el amor. O sea que también para vencer el salvajismo del hombre y acostumbrarlo al trato doméstico, era necesario que la infancia de nuestra especie durara largos años; la naturaleza impuso esa unión de tiernos vínculos para impedir que los hijos se dispersaran y olvidaran como los animales que se desarrollan pronto. Entonces el padre pasó a ser el educador de su hijo, como la madre había sido su nodriza, anudándose de esta suerte un nuevo miembro de la humanidad. Aquí existía, en efecto, la razón de una sociedad humana necesaria, sin la cual no podía prosperar ningún hombre ni

haber una pluralidad de hombres. Por consiguiente, el hombre nació para la sociedad; se lo dice la simpatía de sus padres, se lo dicen los años de su larga infancia.

5. Mas como la mera simpatía del hombre no podía extenderse a todo, sino que en él, como ser limitado y de múltiple organización, sólo podía ser una guía oscura, a menudo poco vigorosa, en todo lo que estaba lejos de él, la madre de certera guía ordenó de acuerdo con un derrotero inequívoco sus múltiples ramas sutilmente entrelazadas: la regla de la justicia y de la verdad. Se hizo sincero el hombre, y así como en su figura todo sirve a la cabeza, así como sus dos ojos no ven sino una sola cosa, así como sus dos oídos perciben un solo sonido, así como la naturaleza enlazó en todas partes en todo el revestimiento exterior la simetría con la unidad colocando a la unidad en el centro de fuerte que lo dual apunte sólo a ésta, así también en el interior pasó a ser norma del hombre la gran ley de la equidad y del equilibrio: Lo que no quieras que otros te hagan, no se lo hagas tampoco; lo que quieras que otros te hagan hazlo también tú. Esta regla irrefragable se halla inscripta aun en el pecho del monstruo, puesto que cuando devora a otros, sólo puede esperar que otros lo devoren a él. Es la regla de lo verdadero y lo falso, del *idem e idem*, fundada en la estructura de todos sus sentidos, y hasta diría que en la misma figura erecta del hombre. Si viéramos de lado, o así cayera la luz, no tendríamos concepto de ninguna línea recta. Si nuestra organización careciera de unidad y nuestros pensamientos de reflexión, también en nuestros actos nos perderíamos en líneas irregulares y la vida humana no tendría razón ni finalidad. La ley de la equidad y verdad hace compañeros y hermanos leales, y hasta convierte a los enemigos en amigos a medida que gana terreno. A quien aprieto contra mi pecho, también a mí me aprieta contra el suyo; aquél para quien sacrifico la vida, la sacrifica también por mí. Por lo tanto, todo derecho humano, entre pueblos y aun entre animales, se fundó a base de la homogeneidad de sentimientos, de la unidad de fines en distintos hombres, de uniforme lealtad en una asociación, pues también los animales que viven en sociedad acatan la ley de la equidad, y los hombres que con astucia o violencia se apartan de ella, son las criaturas más inhumanas, aunque sean reyes y monarcas del mundo. Sin estricta equidad y verdad no hay razón ni humanidad concebibles.

6. La figura bella y erecta del hombre lo formó para la decencia, pues ésta es la bella sirviente y amiga de la verdad y equidad. La decencia del cuerpo consiste en que éste esté como debe, como Dios lo hizo; la verdadera belleza no es más que la forma agradable de la interior perfección y salud. Pensemos en la imagen divina del hombre desfigurada por negligencia por un arte falso; la hermosa cabellera arrancada o transformada en una maraña, la

Justicia  
y  
Verdad

Ley de la  
equidad y  
el equilibrio

(NOV)

decencia

nariz y las orejas atravesadas y obligadas a colgar, el cuello y las demás partes del cuerpo estropeados por sí mismos o por la indumentaria; piénsese todo esto y ¿quién considerará, aunque la moda más obstinada fuera la dueña, que sigamos encontrando aquí la decencia del cuerpo humano derecho y bello? No es distinto lo que ocurre con costumbres y conductas, con usos, artes y con el lenguaje humano. A través de todas estas piezas pasa una sola humanidad que pocos pueblos de la tierra encontraron y centenares de ellos desfiguraron con su barbarie y falsas artes. Investigar esta humanidad es la genuina filosofía humana que aquel sabio hizo bajar del cielo y que se revela en el trato lo mismo que en la política, la ciencia y todas las artes.

Por último, la religión es la más elevada humanidad del hombre, y nadie se extrañe de que la incluya aquí. Si el don más excelente del hombre es el entendimiento, a éste le incumbe escudriñar la conexión entre causa y efecto y adivinarlo allí donde no la perciba. Así lo hace el entendimiento humano en todas las cosas, ocupaciones y artes, pues aun en aquello en que se limita a seguir una habilidad adquirida, un entendimiento anterior tuvo que determinar la conexión entre causa y efecto introduciendo así ese arte. Ahora bien, en las obras de la naturaleza no vemos propiamente causa alguna en lo más interno, ni a nosotros mismos nos conocemos ni sabemos cómo influye en nosotros cualquier cosa. O sea que también en todos los efectos exteriores a nosotros todo es mero sueño, conjetura y nombre; sin embargo, sueño verdadero no bien de modo frecuente y constante vemos que una clase de efectos se enlaza con una clase de causas. Esto es la marcha de la filosofía, y la primera y última filosofía fué siempre religión. Hasta los pueblos más salvajes se ejercitaron en ella, pues no hay ningún pueblo de la tierra que no la tenga, como tampoco se los ha encontrado sin capacidad racional y figura humana, sin lenguaje y matrimonio, sin ciertas costumbres y usos humanos. Cuando no veían a autores visibles, creían en autores invisibles, y, en consecuencia, a pesar de todo seguían investigando, por oscuras que fueran, las causas de las cosas. Naturalmente, se atenían más a los datos que a las esencias de la naturaleza; más a su lado horrendo y pasajero que al satisfactorio y duradero; además, raras veces llegaron a ordenar todas las causas bajo una sola. Mas también ese primer ensayo era religión, y nada significa decir que las más veces fué el temor lo que inventó sus dioses. El temor en sí nada inventa; lo único que hace es despertar al entendimiento para que conjeture y presienta lo verdadero o lo falso. Por lo tanto, no bien el hombre aprendió a usar su entendimiento al más leve incentivo, es decir, tan pronto consideró el mundo de otro modo que un animal, tuvo que suponer poderosos seres invisibles que lo ayudan o dañan. Trató de ganarse o conservar

su amistad, y de esta suerte la religión, verdadera o falsa, acertada o errónea, fué la primera muestra de los hombres, que con sus consejos los consoló de su existencia tan oscura, peligrosa e intrincada.

No; tú ¡oh eterna fuente de toda la vida, de todas las esencias y formas, tú no dejaste de revelarte a tus criaturas! El agachado animal siente oscuramente tu poder y bondad al ejercer fuerzas e inclinaciones de acuerdo con su organización; para él es el hombre la divinidad visible de la tierra. Mas al hombre lo elevaste a que él mismo, sin saberlo ni quererlo, escrutara las causas de las cosas, adivinara sus conexiones y, por lo tanto, te hallara a tí, ¡oh gran conexión de todas las cosas, esencia de las esencias! Él no descubre lo interior de tu naturaleza porque no ve desde dentro ninguna fuerza de una cosa: más aún, cuando quiso configurarte, se equivocó y tenía que equivocarse, pues tú eres sin forma a pesar de que seas la primera causa única de todas las formas. Y, sin embargo, aun todo falso resplandor tuyo es luz, y todo altar engañoso que te erigió, es no sólo un monumento inequívoco de tu existencia, sino también del poder del hombre para conocerte y adorarte. Por consiguiente, la religión, considerada ya como ejercicio del entendimiento, es la más elevada humanidad, la más sublime floración del alma humana.

Pero es más que eso: es ejercicio del corazón humano y el más puro encauzamiento de sus facultades y potencias. Si el hombre fué creado para la libertad y no tiene en la tierra otra ley que la que él mismo se impone, tiene que convertirse en la criatura más salvaje si no conoce pronto la ley de Dios en la naturaleza y como hijo no aspira a llegar a la perfección del padre. Los animales son siervos natos en la gran mansión de la economía terrenal; el temor servil ante las leyes y castigos es también la nota más segura del hombre animal. El verdadero hombre es libre y obedece por bondad y amor, pues todas las leyes de la naturaleza son buenas cuando las comprende, y cuando no las comprende se acostumbra a obedecerlas con simplicidad infantil. Aunque no sigas a gusto —decían los sabios—, tienes que seguir; no por eso se altera a causa de tí la regla de la naturaleza; pero cuanto más conozcas su perfección, bondad y belleza tanto más esta forma viviente te formará a imagen de la divinidad en tu vida terrena. Por consiguiente, la verdadera religión es una adoración infantil de Dios, un remedo de lo más elevado y bello que hay en la imagen humana, y, con ello, la más íntima satisfacción, la más eficaz bondad y amor al prójimo.

Y así se echa de ver también que en todas las religiones de la tierra se haya tenido que afirmar una semejanza mayor o menor del hombre con Dios, ya sea elevando el hombre a Dios, ya sea reduciendo a figura humana al padre del mundo. No conocemos una figura más elevada que la nuestra, y para que algo conmueva y haga

humano al hombre, se requiere que se conciba y sienta como humano. Así, una nación sensual ennobleció a la figura humana hasta la belleza divina; otras, de pensamiento más espiritual, pusieron las perfecciones del invisible en símbolos adecuados para el ojo humano. Aun en los casos en que la divinidad quiso revelárcenos, habló y actuó entre nosotros humanamente, de acuerdo con la modalidad de cada época. Nada ennobleció tanto a nuestra figura y naturaleza como la religión, y eso fué pura y exclusivamente porque la condujo a su más pura destinación.

El hecho de que con la religión se asociara también la esperanza y la fe en la inmortalidad y de que fuera ella quien las estableciera entre los hombres, es algo que está asimismo en la naturaleza de las cosas, algo casi inseparable del concepto de Dios y de la humanidad. ¿Cómo? ¿somos hijos del Eterno, a quien en este mundo debemos aprender a conocer y amar imitándolo, a cuyo conocimiento todo nos incita, a cuya imitación nos obligan el amor y el dolor, y, sin embargo, lo conocemos tan oscuramente, lo imitamos tan débil y puerilmente, y hasta vemos las razones por que en este organismo no podemos conocer e imitar de otro modo? ¿Y no habría de ser posible otro organismo para nosotros, no habría de haber realmente una continuación para nuestra mejor y más cierta disposición? En efecto, precisamente éstas nuestras fuerzas más nobles son tan poco para este mundo y aspiran a salir de él, porque aquí todo sirve a las necesidades más apremiantes. Y, sin embargo, con nuestra parte más noble nos sentimos constantemente en lucha con esas necesidades; precisamente lo que parece ser el fin del organismo humano, encuentra en la tierra su lugar de nacimiento, mas en modo alguno el lugar en que pueda consumarse. Entonces ¿habría que suponer que la divinidad rompió el hilo y con todos sus preparativos para la estructura humana no logró en definitiva más que una criatura inmadura a quien se engaña con toda su destinación? En la tierra todo es fragmentario, y ¿deberá serlo por los siglos de los siglos de suerte que el género humano se quede en mero rebaño de sombras que se pone en movimiento con sueños? La religión enlazó aquí todos los defectos y esperanzas de nuestra especie en la fe y tejió para la humanidad inmortal corona.

## VII

EL HOMBRE ESTÁ FORMADO PARA LA ESPERANZA  
EN LA INMORTALIDAD

No se espere que demos aquí una demostración metafísica de la inmortalidad del alma fundándonos en su naturaleza simple, en su espiritualismo, etc. La física no conoce esa naturaleza simple, antes bien podría levantar dudas contra ella considerando que sólo conocemos a nuestra alma en un organismo complicado y gracias a efectos que parecen surgir de una diversidad de estímulos y sensaciones. La idea más general es sólo resultado de innumerables percepciones particulares, y la regente de nuestro cuerpo actúa sobre el innumerable ejército de fuerzas subordinadas como si localmente estuviera también presente en todas ellas.

Tampoco puede servirnos aquí de guía la llamada filosofía de los gérmenes de Bonnet, puesto que en parte no está demostrada la intención del paso a una nueva existencia, y en parte no le corresponde. Nadie descubrió en nuestro cerebro un cerebro espiritual, germen de una nueva existencia, y tampoco es visible en su estructura la menor analogía al respecto. El cerebro del difunto no queda, y si el capullo de nuestra inmortalidad no tuviera otras fuerzas, se quedaría seco en el polvo. En efecto, a mi juicio esa filosofía nada tiene que ver con esto, puesto que lo que ahora nos interesa no es la procedencia de una criatura de jóvenes criaturas de su especie, sino de la promoción de la criatura agonizante a una nueva existencia; por el contrario, si fuera exclusivamente verdadera aunque sólo fuera en la generación terrena y toda esperanza se fundara en ella, dudas insubstanciales se opondrían a esta esperanza. Si está determinado eternamente que la flor sea sólo flor, el animal sólo animal, y todo estaba mecánicamente en gérmenes preformados desde el comienzo de la creación ¡adiós esperanza mágica de una existencia suprema! Estábamos preformados en eterno germen para la existencia presente, no para otra superior; lo que brote de nosotros, son los gérmenes preformados de nuestros hijos, y si el árbol muere toda la filosofía de los gérmenes muere con él.

Por consiguiente, si en esta cuestión importante no queremos engañarnos con palabras melosas, es preciso que empecemos de más hondo y de más lejos y nos fijemos en toda la analogía de la natu-

V.G. 711.  
bn-102  
gérmen

raleza. No vemos el reino interior de sus fuerzas; por lo tanto, es tan vano como innecesario pedirle revelaciones internas esenciales de cualquier estado que sea. Mas a nuestra vista están los efectos y formas de sus fuerzas; por consiguiente, podemos compararlos y acaso juntar esperanzas a base de la marcha de la naturaleza en este mundo, de toda la semejanza que en éste reina.

evolución?  
ascensión

## LIBRO QUINTO

## I

## EN LA CREACIÓN DE NUESTRA TIERRA IMPERA UNA SERIE DE ASCENDENTES FORMAS Y FUERZAS

1. DESDE la piedra al cristal, desde el cristal a los metales, desde éstos a la creación de los vegetales, desde los vegetales al animal, desde éste al hombre, vimos cómo la forma de organización asciende, y con ella también las fuerzas e impulsos de la criatura se diversifican, hasta que por último se reúnen todos en la figura del hombre hasta donde ésta puede abarcarlos. La serie se detuvo en el hombre; no conocemos a ninguna criatura que esté por encima de él, que esté organizada de modo más diverso y artístico; parece que él es lo más elevado para lo cual pudiera formarse un organismo terreno.

2. A través de estas series de seres observábamos hasta donde lo permitía la destinación particular de cada criatura, una semejanza dominante de la forma principal que, variando de modo incalculable, se aproximaba cada vez más a la figura humana. En la profundidad informada, en el reino de las plantas y zoófitos, no podía reconocerse aún; con el organismo de seres más perfectos se tornaba más clara, el número de especies se reducía, desaparecía hasta unirse finalmente en el hombre.

3. Así como las figuras, veíamos que a él se aproximaban también las fuerzas e impulsos. Desde la nutrición y propagación de los vegetales, el instinto ascendía a la obra artística de los insectos, a la tutela doméstica y maternal de los pájaros y animales terrestres y, por último, aun a ideas semejantes a las humanas y a actividades originales adquiridas por el mismo ser, hasta que al fin se une todo en la capacidad racional, libertad y humanidad del hombre.

4. En toda criatura, la duración de su vida se atemperó también a los fines de la naturaleza que tenía que realizar. La planta se marcha pronto; el árbol llega lentamente a su total desarrollo. El insecto, que trajo al mundo su destreza artística y se reproducía pronto y copiosamente, se va pronto de este mundo; a los animales que crecían más lentamente, que alumbran de una vez menor nú-

mero de crías o que están destinados a llevar una vida de economía casi racional, se les concedió también una vida más larga, y la más larga, en comparación con las demás, al hombre. Sin embargo, al proceder así, la naturaleza, no sólo pensó en cada una de las criaturas, sino también en la conservación de toda la especie y de las otras especies superiores a ésta. En consecuencia, los reinos inferiores no sólo estaban más poblados, sino que además su vida duraba más cuando lo permitía el fin de la criatura. El mar, inagotable fuente de vida, es el que durante más tiempo conserva sus moradores, dotados de tenaz vitalidad, y los anfibios, medio seres acuáticos, son los más próximos a ellos por lo que respecta a la duración de su vida. Los moradores del aire, menos pesados por el alimento terrestre que endurece poco a poco a los animales de tierra, viven en conjunto más que éstos; así, pues, el aire y el agua parecen ser el gran depósito de los vivientes que luego la tierra destruye y consume en más rápidos tránsitos.

5. Cuanto más organizada está una criatura, tanto más su organismo se compone de los reinos inferiores. Esta diversificación empieza debajo de la superficie terrestre y va en aumento en plantas, animales, hasta llegar a la estructura más diversificada: el hombre. Su sangre y sus elementos de tantos nombres son un compendio del mundo: cal y tierra, sal y ácidos, aceite y agua, fuerzas de vegetación, estímulos, sensaciones, están en él orgánicamente unidos y entretidos entre sí.

Entonces, o bien debemos considerar estas cosas como juegos de la naturaleza (y la inteligente naturaleza nunca juega sin sentido), o bien nos veremos llevados a suponer también un reino de fuerzas invisibles que se halla precisamente en la misma exacta conexión y estricta sucesión como las que percibimos en las formaciones exteriores. Cuanto más conocemos la naturaleza, tanto más observamos las fuerzas inherentes, aun en las criaturas más ínfimas, musgos, hongos, etc. En un animal que se reproduce casi inagotablemente, en el músculo que se mueve diversa y vivamente por estímulo propio, son innegables, y así está todo lleno de una omnipotencia que obra orgánicamente. No sabemos dónde ésta empieza ni dónde termina, puesto que donde hay efecto en la creación hay fuerza, donde la vida se manifiesta es que hay vida interior. Por lo tanto, en todo caso no sólo existe una conexión, sino también una serie ascendente de fuerzas en el reino invisible de la creación, puesto que las vemos actuar en su reino invisible, en las formas organizadas.

Más aún, esta conexión invisible debe ser infinitamente más íntima, continua y progresiva de lo que la serie de formas exteriores muestra a nuestro torpe sentido. En efecto ¿qué es un organismo sino una masa de un número infinito de fuerzas concentradas cuya mayor parte, precisamente a causa de la conexión, están limitadas

por otras fuerzas, reprimidas o por lo menos escondidas a nuestros ojos de suerte que sólo en la oscura forma de la nube vemos las distintas gotas de agua, y no, pues, los distintos seres mismos, sino sólo la estructura que obligada por las necesidades del conjunto tuvo que organizarse así y no de otro modo? La verdadera escala de las criaturas ¿qué otro reino debe ofrecer a la vista del omnisciente, cuán distinto de aquél de que hablan los hombres! Ordenamos formas que no acertamos a ver en su integridad, y las clasificamos, como niños, fijándonos en miembros particulares u otros indicios. El supremo administrador ve y mantiene la cadena de todas las fuerzas apretadas entre sí.

¿Qué tiene que ver esto con la inmortalidad del alma? Todo, y no sólo para la inmortalidad de nuestra alma, sino para la perduración de todas las fuerzas que actúan y viven en la creación del mundo. Ninguna fuerza puede perecer, pues ¿qué significaría que una fuerza pereciera? La naturaleza no nos ofrece ningún ejemplo en ese sentido; más aún: en nuestra alma ni siquiera tenemos un concepto. Si es contradicción que algo sea nada o en nada se convierta, más lo es aún que un algo viviente y activo, en que está presente el propio Creador, en que se revela inmanentemente su fuerza divina, se convierta en nada. El instrumento puede destruirse por circunstancias exteriores; mas así como en éste no puede aniquilarse o destruirse un solo átomo, tampoco puede aniquilarse o destruirse la fuerza invisible que actúa en ese átomo. Y como en todos los organismos observamos que sus fuerzas activas están tan sabiamente elegidas, tan artísticamente ordenadas, tan exactamente calculadas con vistas a su duración común y al desarrollo total de la fuerza principal, sería absurdo creer de la naturaleza que en el instante en que crea una combinación suya, es decir, un estado exterior, no sólo se aparte repentinamente de la sabiduría y cuidado, que son lo único que la hacen divina, sino que además los vuelva contra sí misma, para emplear toda su omnipotencia (pues no se necesita menos para eso) en la destrucción de una sola parte de su viviente conexión, en la cual ella vive eterna y activamente. Lo que el que todo lo anima llamó a la vida, vive; lo que actúa, actúa en su eterna conexión.

Como éste no es el lugar indicado para analizar más estos principios, limitémonos a mostrarlos en ejemplos. La flor que terminó su floración, se deshace; es decir, ese instrumento ya no es idóneo para que en él siga actuando la fuerza vegetativa; el árbol, cansado de dar fruto, muere; la máquina se tornó caduca y lo compuesto se descompone. Pero de ahí no se sigue en modo alguno que con esa descomposición haya perecido la fuerza que animó esas partes, las hizo vegetar y propagarse tan poderosamente, ella que dominaba en ese organismo sobre miles de fuerzas que había atraído. En todo átomo de la máquina deshecha subsiste su fuerza interior; cuánto más

la integridad  
de las  
formas

las fuerzas  
no parecen

organismo  
-det-  
(100)

no tiene que subsistir la de otros más poderosos que en esa formación gobernaba a todas aquéllas para un fin único y en sus estrechos límites actuaba con propiedades omnipotentes.

¿Y había de darse esa contradicción de ideas en la más pura y activa de todas las fuerzas que conocemos en la tierra: en el alma humana? Ella que tanto ascendió por encima de todas las potencias de organismos inferiores hasta el extremo de que no sólo gobierna como reina miles de fuerzas orgánicas de nuestros cuerpos con una especie de omnipresencia y omnipotencia, sino que además (maravilla de las maravillas) puede mirar en sí misma y dominarse. Nada aventaja en este mundo a la finura, rapidez y eficacia de un pensamiento humano; nada a la energía, pureza y ardor de una voluntad humana. Con todo lo que el hombre piensa, remeda a la divinidad; ordenadora; con todo lo que quiere y hace, a la creadora, por irracional que sea su pensar, su querer. La semejanza está en la cosa misma, se funda en la esencia de su alma. La fuerza que puede conocer a Dios, amarlo e imitarlo, y que hasta, de acuerdo con la esencia de su razón, tiene que conocerlo e imitarlo aun contra su voluntad como si dijéramos, pues aun en los errores y defectos sólo pecó por engaño y debilidad; ella, la poderosísima regente de la tierra ¿iba a perecer porque se modifique un estado exterior de la composición y se aparten de ella algunos de sus pequeños vasallos? ¿Habría dejado de ser artista la artista porque se le cayera de la mano el instrumento? ¿Dónde quedaría aquí toda la coherencia de los pensamientos?

## II

**NO HAY FUERZA DE LA NATURALEZA SIN ÓRGANO; PERO EL ÓRGANO NO ES NUNCA LA FUERZA MISMA QUE ACTÚA POR MEDIO DE EL.**

Priestley y otros objetaron a los espiritualistas que en toda la naturaleza no se conoce un espíritu puro y que estamos muy lejos de comprender aún el estado interior de la materia para negar que ésta tenga pensamiento u otras fuerzas espirituales; creo que ambas objeciones son acertadas. No conocemos a ningún espíritu que actúe sin materia y fuera de toda materia, y vemos en ésta tantas fuerzas afines al espíritu que una total oposición y contradicción de estos dos entes, espíritu y materia, en todo caso muy distintos, me parece, si no contradictoria en sí, por lo menos no demostrada. ¿Cómo podrían actuar conjuntamente y con íntima armonía dos entes que totalmente heterogéneos, fueran esencialmente opuestos? ¿Y cómo

podemos afirmar que lo sean si no conocemos interiormente el espíritu ni la materia?

Quando vemos actuar a una fuerza, ésta actúa en todo caso en un órgano y en él armónicamente: sin él no resulta visible, por lo menos para nuestros sentidos; en cambio, con él existe en seguida, y si hemos de creer a la universal analogía de la naturaleza, ella misma se lo formó. Ningún ojo vió gérmenes preformados que estuvieran dispuestos desde la creación; lo que observamos desde el primer instante de la génesis de una criatura, son fuerzas orgánicas en acción. Cuando un ser particular las tiene en sí, se reproduce por sí solo; si los sexos están separados, cada uno de ellos tiene que cooperar a la organización de la descendencia y eso de diferente modo de acuerdo con la diversidad de la estructura. Las criaturas de la naturaleza vegetal, cuyas fuerzas actúan aún uniformemente, pero tanto más íntimamente, necesitan sólo un leve soplo de contacto para animar lo que ellas mismas generaron; también en animales en que el estímulo viviente y una vida tenaz impera por todos sus miembros, siendo pues todo en ellos fuerza de producción y reproducción, a menudo el fruto sólo necesita ser animado fuera del seno materno. Cuanto más se diversifican las criaturas tanto más incognoscible resulta lo que en ellas se llama el germen; es materia orgánica a la cual vienen a añadirse fuerzas vivientes que son las que le darán la forma de la futura criatura. ¿Qué efectos tienen que producirse en el huevo de un pájaro antes de que el fruto adquiera forma y ésta se perfeccione! La fuerza orgánica tiene que destruir al ordenar; junta partes y las separa; es más: parece como si varias fuerzas rivalizaran y quisieran formar primero un engendro hasta que llegan a su equilibrio y la criatura se convierte en lo que debe ser según su especie. Fijándonos en estas transformaciones, en estos efectos vivientes lo mismo en el huevo del pájaro que en las entrañas del animal vivíparo, me parece que es impropio hablar de gérmenes que se limitaran a desarrollarse o de una epigénesis en virtud de la cual los miembros se añadieran desde fuera. La formación (génesis) es una acción de fuerzas internas a las cuales la naturaleza preparó una masa que ellas se forman, en la cual se tornan visibles. Es la experiencia de la naturaleza; lo confirman los periodos de la formación en las distintas especies de una diversidad y plenitud de fuerzas vitales más o menos orgánica; sólo a base de esto cabe explicar las deformaciones de las criaturas por enfermedad, azar o por la mezcla de especies distintas, y este camino es el único que, por decirlo así, nos impone la vigorosa y plétorica naturaleza en todas sus obras a través de una progresiva analogía.

Se me interpretaría indebidamente si se me atribuyera la opinión de que —como algunos se expresaron— nuestra alma racional se haya formado su cuerpo en la entraña materna y por cierto mediante la

o  
↑  
una fr.  
acción  
un órgano  
sin embargo  
la es.  
creó el  
órgano  
  
vs.  
gérmenes  
preformados

alma

razón. Ya vimos cuán tarde empieza a formarse en nosotros la razón, y que si bien venimos al mundo con capacidad para ella, somos incapaces de poseerla o adquirirla con nuestras solas fuerzas. ¿Y cómo sería posible semejante formación aun para la razón más madura del hombre, si no la comprendemos en ninguna parte del interior o del exterior, y aun la mayor parte de las funciones vitales se opera en nosotros independientemente de la conciencia y de la voluntad del alma? Lo que formó nuestro cuerpo no fué la razón, sino los dedos de la divinidad, fuerzas orgánicas. El eterno las había hecho avanzar tanto en la gran marcha de la naturaleza que ahora, reunidas por su mano, encontraron su campo de creación en un pequeño mundo de materia orgánica que él puso aparte y hasta escondió para que en él se formara el joven ser. Armónicamente se combinaron con su hechura, en la cual, mientras dura, actúan armónicamente, hasta que, gastada ésta, el Creador las releva de su servicio y les prepara otro campo de acción.

Por consiguiente, si vamos a seguir la marcha de la naturaleza, es notorio:

1º Que aun unidos del modo más íntimo, órgano y fuerza no son una sola cosa. La materia de nuestro cuerpo existía, pero informe y sin vida, antes de que las fuerzas orgánicas la formaran y animaran.

2º Toda fuerza actúa en armonía con su órgano, puesto que sólo se lo formó para revelar su esencia; asimiló las partes que el todopoderoso le aportó y que, por decirlo así, le asignó como envoltura.

3º Cuando la envoltura desaparece, subsiste la fuerza que existía ya antes de esa envoltura, aunque en un estado inferior y asimismo orgánicamente. Del mismo modo que fué posible que de su estado anterior pasara a éste, lo es también que al desprenderse de esta envoltura pase a un nuevo estado. Quien la trajo aquí, y por cierto que mucho más imperfectamente, ya proveerá el medio.

¿Y la naturaleza, siempre igual a sí misma, no iba a darnos ya una indicación sobre el medio en que actúan todas las fuerzas de la creación? En los más hondos abismos del devenir, donde vemos la vida en ciernes, percibiremos el elemento inescrutado y tan activo al cual denominamos con los imperfectos nombres de luz, éter, calor vital, y que quizá sea el sensorio del Creador de todo con que él todo lo anima, a todo da calor. Vertida en miles y millones de organismos, este celestial torrente de fuego se purifica cada vez más; tal vez mediante su vehículo actúan en este mundo todas las fuerzas, y el milagro de la creación terrenal: la generación, es inseparable de él. Acaso también la estructura de nuestro cuerpo fué creada precisamente para que nosotros mismos, según nuestras partes más groseras, atrájeramos hacia nosotros más de esa corriente eléctrica y más pu-

diéramos elaborar en nosotros; y en las fuerzas más primorosas no hay la burda materia eléctrica, sino algo elaborado por nuestro propio organismo, de primor infinito y, no obstante, análogo a ella: el instrumento de nuestra sensación corporal y espiritual. O bien la acción de nuestra alma no tiene nada de análogo en este mundo, y entonces no puede comprenderse cómo actúe en el cuerpo ni cómo otros objetos puedan influir en ella, o bien es ese celestial espíritu luminoso e ígneo invisible que corre por todo lo viviente y une todas las fuerzas de la naturaleza. En el organismo humano alcanzó la finura a que podía llegar en una estructura terrenal: mediante ella el alma actuó casi omnipotente en sus órganos, irradiando en sí misma con una conciencia que estimula lo más íntimo de sí misma. Mediante ella, el espíritu se llenó de noble ardor y gracias a la libre autodeterminación supo, por decirlo así, colocarse fuera del cuerpo, y hasta fuera del mundo, y dirigirlo. Por lo tanto, adquirió poder sobre él, y cuando suena su hora, cuando se disuelve su máquina exterior, ¿qué más natural que, de acuerdo con las leyes internas, de acción eterna, de la naturaleza, atraiga a sí lo que se convirtió en su modo de ser y con él se unió íntimamente? Pasa a su medio y éste lo atrae, o, mejor dicho: ¡tú nos atraes y diriges, fuerza divina formadora, difundida por doquiera, tú, alma y madre de todos los seres vivientes! ¡Tú nos guías y formas conduciéndonos suavemente a nuestra nueva destinación!

Y de esta suerte se hace patente, creo yo, la nulidad de las conclusiones con que los materialistas creen haber aniquilado nuestra inmortalidad. Supongamos que no conozcamos nuestra alma como espíritu puro; tampoco pretendemos llegar a conocerla como tal. Supongamos que sólo actúe como fuerza orgánica; tampoco puede actuar de otro modo, y hasta añadiré: sólo en este estado aprendió a pensar con un cerebro humano, a sentir con nervios humanos y a adquirir así alguna razón y humanidad. Supongamos, por último, que originariamente sea idéntica a todas las fuerzas de la materia, del estímulo, del movimiento, de la vida y sólo en una fase superior actúe en un organismo desarrollado de modo más primoroso: ¿acaso se ha visto jamás que pereciera una sola fuerza del movimiento y del estímulo? ¿Y se pretende que esas fuerzas inferiores con sus órganos son una sola cosa? Aquel que condujo a mi cuerpo innumerable cantidad de ellas asignando a cada una su hechura, quien colocó a mi alma por encima de ellas y le asignó sus obradores, dotándola con los nervios de cuerdas mediante las cuales dirige todas esas fuerzas, ¿no tendrá en el gran engranaje de la naturaleza un medio al cual pueda conducirla? ¿Y no tiene que hacerlo así, él que precisamente de modo tan milagroso la condujo notoriamente a una formación más elevada, a esta morada orgánica?

vs. lo material

Herder / materialistas / misma / semejante / nada se / destruye / inmaterialidad / filosofía orgánica / materialistas: / a partir / más material

razón  
no es  
la fs.  
o  
la  
de  
material

vs.  
vs.  
vs.

## III

TODO EL ENGRANAJE DE FUERZAS Y FORMAS NO ES  
RETROCESO NI ESTANCAMIENTO, SINO PROGRESO

La cosa parece clara de por sí, pues no se comprende cómo una fuerza viviente de la naturaleza pueda paralizarse o retroceder sin que un gran poder hostil la reduzca y rechace. Actuó como órgano del poder divino, como idea hecha activa de su plan de creación eternamente duradero, y así tenían que aumentar sus fuerzas al actuar. Aun todas las desviaciones tienen que conducirla de nuevo al camino recto; puesto que la bondad suprema tiene medios suficientes para encaminar de nuevo a la meta la bola que retrocede, dándole nuevo impulso antes de que caiga. Mas dejemos a un lado la metafísica y fijémonos en las analogías de la naturaleza.

Nada en ella está quieto; todo avanza o tiende a avanzar. Si pudiéramos recorrer con la mirada el primer período de la creación, cómo un reino de la naturaleza se edificó sobre otro ¡qué progresión de fuerzas ansiosas de ir adelante no se haría patente en todo desarrollo! ¿Por qué nosotros y todos los animales tenemos cal en nuestros huesos? Porque la cal era uno de los últimos tránsitos de las formaciones terrestres más burdas que en virtud de su configuración interna podía servir ya para la estructura ósea de un organismo viviente. Y así ocurre con todos los demás elementos integrantes de nuestro cuerpo.

Cuando se cerraron las puertas de la creación, los organismos ya elegidos existían como caminos y puertas determinados en que en lo sucesivo las fuerzas inferiores habrían de moverse y seguir desarrollándose en los límites de la naturaleza. Ya no se generaron nuevas formas; pero se modificaron y transformaron por obra de las mismas fuerzas inferiores, y lo que se llama organismo no es propiamente sino una guía que las conduce a una formación más elevada.

La primera criatura que aparece a la luz y bajo los rayos del sol se muestra como una reina del reino subterráneo, es la planta. ¿Cuáles son sus elementos integrantes? Sal, aceite, hierro, azufre y todo lo demás que en materia de fuerzas más primordiales pudo purificar ascensionalmente en ella lo subterráneo. ¿Cómo llegó a estas partes? Por la fuerza orgánica interior mediante la cual, y con el auxilio de los elementos, procura apropiárselas. ¿Y qué hace con ellas? Se las atraca, las elabora en su ser y las purifica más. Por consiguiente, plantas venenosas y sanas no son sino guías de las partes

más groseras a las más primordiales; toda la obra de arte de la planta estriba en hacer subir lo bajo a lo más elevado.

Por encima de la planta, de cuyos jugos se nutre, está el animal. Sólo el elefante es una tumba de millones de hierbas ¡pero es una tumba viviente y activa que las animaliza convirtiéndolas en partes de sí mismo! Las fuerzas inferiores pasan a formas de vida más primordiales. Así ocurre con todos los animales carnívoros: la naturaleza hizo rápidamente el tránsito como si temiera más que nada una muerte lenta. Por eso la abrevió y aceleró los caminos de transformación a formas de vida superiores. Entre todos los animales, la criatura de órganos más delicados: el hombre, es el máximo asesino. Puede transformar en naturaleza suya casi todo cuanto se halla debajo de él en materia de organismos vivientes, con tal de que no sean demasiado inferiores.

¿Por qué el Creador eligió esa organización de sus reinos vivientes en apariencia tan destructora? ¿Eran potencias hostiles que participaban en la obra y convertían una especie en botín de otra? ¿O fué sólo impotencia del Creador, que no sabía otro modo de conservar a sus hijos? Alejad la envoltura exterior y desaparece la muerte de la creación; toda destrucción es un paso a la vida más elevada, y el sabio padre hizo este tránsito todo lo temprana, rápida y diversamente como podía permitirlo la conservación de las especies y el goce de la criatura, destinada a disfrutar de su envoltura y desarrollarla todo lo posible. Mediante miles de muertes violentas previno la extinción lenta y fomentó el germen de la fuerza floreciente para llegar a órganos superiores. ¿Qué es el crecimiento de una criatura sino el constante esfuerzo de la misma para asociar a su naturaleza varias fuerzas orgánicas? Para eso están organizadas las fases de su vida, y tan pronto deja de poder atender a esa tarea, tiene que periclitarse y morir. La naturaleza despide a la máquina que ya no considera capaz de realizar su finalidad de sana asimilación y gozosa elaboración.

¿En qué se funda el arte del médico como servidor de la naturaleza y para prestar auxilio a las fuerzas de nuestro organismo que trabajan de mil maneras? Reemplaza las fuerzas perdidas, robustece las debilitadas, atenúa las prepotentes y las somete. ¿Cómo lo logra? Yendo a buscarlas y asimilándolas, ya sean de la misma clase u opuestas, en los reinos inferiores.

No es diferente lo que nos dice la generación de todos los seres vivientes, puesto que por profundo que sea su misterio, es notorio que las fuerzas orgánicas de la criatura florecen para la máxima eficacia y ahora aspiran a nuevas formaciones. Como todo organismo tiene la facultad de asimilarse fuerzas inferiores, la tiene también, una vez fortificado con éstas, de proseguir su formación en la floración de la vida y de dar al mundo en su lugar la reproducción de sí mismo con todas las fuerzas que en él actúan.

destrucción  
evolución  
↓  
no hay  
muerte  
la crea

Así procede la marcha gradual de la elaboración a través de la naturaleza inferior, e ziba a estancarse o a retroceder en la más noble y poderosa? Lo que el animal necesita para su nutrición son sólo fuerzas de índole vegetal para que vivifiquen partes de índole vegetal; el jugo de los músculos y nervios ya no sirve para la nutrición de cualquier ser de la tierra. Aun la sangre satisface solamente a algunas fieras, y en aquellas naciones que por pasión o necesidad se han visto obligadas a consumirla, se han observado también declinaciones animales cuando cruelmente se decidieron a nutrirse de seres vivientes. Por consiguiente, el reino de los pensamientos y estímulos —como lo requiere también su naturaleza— no ofrece aquí progreso ni tránsito visibles, y la cultura de las naciones convirtió en una de las primeras leyes del sentimiento humano el no desear como alimento a ningún animal que viva aún en su sangre. Evidentemente, todas estas fuerzas son de tipo espiritual; de ahí que quizá se hubiera podido prescindir de muchas hipótesis sobre el jugo nervioso como si fuera un vehículo tangible de las sensaciones. El jugo nervioso, cuando existe, mantiene sanos los nervios y el cerebro, de suerte que sin él serían sólo cuerdas y vasos inaprovechables; su utilidad es, pues, corporal, y la acción del alma, según sus sensaciones y fuerzas, es siempre espiritual, cualesquiera que sean los órganos que empleen.

¿Y a dónde se dirigen, pues, esas fuerzas espirituales que se sustraen a toda la inteligencia de los hombres? La naturaleza con su sabiduría corrió aquí un velo, y a nosotros, que no tenemos sentidos para eso, no nos permitió contemplar el reino espiritual de sus transformaciones y tránsitos; probablemente, la contemplación de eso no se compadecería con nuestra existencia en la tierra y con todas las impresiones sensibles a las cuales estamos sometidos todavía. Así, pues, sólo nos expuso tránsitos de los reinos inferiores y sólo formas ascendentes hacia los superiores, pero reservándose para sí sus miles de caminos invisibles por los cuales se efectúa el paso, y así el reino de los nonatos pasó a ser la gran *vλu* o el Hades al cual no llega ningún ojo humano. Bien es verdad que parece oponerse a esta decadencia la forma determinada a la cual permanece fiel toda especie y en la cual no se altera ni siquiera el menor hueso; pero la razón de eso es también visible, puesto que toda criatura sólo puede y debe ser organizada por criaturas de su especie. La sólida madre de tanta riqueza de órdenes determinó, pues, exactamente los caminos por los cuales había de llegar a eficacia visible una fuerza orgánica, ya fuera dominante, ya servidora, y de esta suerte nada puede sustraerse a sus formas una vez trazadas. En el reino humano, por ejemplo, reina la máxima diversidad de inclinaciones y propensiones, que a menudo nos asombran pareciéndonos milagrosas o contrarias a la naturaleza, pero no las comprendemos. Y como éstas tampoco podrían carecer de fundamento orgánico, si nos es permitido arriesgar

una conjetura sobre esa oscuridad de los obradores de la creación, podríamos decir, que el género humano es la gran confluencia de fuerzas orgánicas inferiores que le correspondían para la formación de la humanidad.

que el género humano

Pero ¿y luego? El hombre ostentó aquí la imagen de la divinidad y gozó de las organizaciones más primorosas que podía darle la tierra; ¿tendrá que volver atrás y convertirse de nuevo en tronco, planta, elefante? ¿O bien se detuvo en él la rueda de la creación y no se dispone de otra de que echar mano? Lo último resulta inconcebible, ya que en el reino de la suprema bondad y sabiduría todo está unido, y una fuerza actúa en otra en eterna conexión. Demos una mirada retrospectiva y veamos cómo detrás de nosotros todo parece madurar para llegar a la hechura humana, y en el hombre, de aquello que él está destinado a ser y para lo cual fué deliberadamente formado, tampoco se encuentra más que el primer capullo y preparación; por lo tanto, toda la conexión, toda la intención de la naturaleza tendría que ser un sueño, o bien también él adelanta (cualesquiera que sean los caminos y marchas), adelanta cada vez más. Veamos cómo toda la disposición de la naturaleza humana apunta a este resultado.

## IV

## EL REINO DE LA ORGANIZACIÓN HUMANA ES UN SISTEMA DE FUERZAS ESPIRITUALES

La duda más egregia que se suele hacer contra la inmortalidad de las fuerzas orgánicas, se ha tomado de los instrumentos mediante los cuales actúan; y yo puedo sostener que precisamente la iluminación de esa duda nos enciende la máxima luz, no sólo de esperanza, sino también de confianza en que proseguirá eternamente su acción. Ninguna flor florece gracias al polvo externo que constituye el tosco elemento integrante de su estructura; mucho menos se reproduce gracias a él un animal que siempre crece; y menos aún una fuerza íntima de tantas fuerzas unidas con ella, como es nuestra alma, puede pensar mediante los elementos en que se disuelve un cerebro. Hasta la fisiología nos convence de esto. La imagen externa que se pinta en el ojo, no llega a nuestro cerebro; el sonido que choca con nuestro oído, no llega mecánicamente como tal a nuestra alma. No hay ningún nervio tan extendido que vibre hasta un punto de unión; en algunos animales ni siquiera los nervios de los dos ojos, y en ninguna criatura los de todos los sentidos, se juntan de modo que un punto visible los una. Menos puede decirse esto de los nervios de todo el cuer-

po, a pesar de que el alma se sienta presente en el menor de sus miembros y actúe en él. Por lo tanto, es una idea fisiológica muy endeble el imaginar que el cerebro piense por sí mismo o que el jugo nervioso sienta por sí mismo, antes bien, en virtud de todas las experiencias, son leyes psicológicas propias las que rigen las operaciones del alma y de acuerdo con las cuales combina ésta sus conceptos. El hecho de que eso ocurra todas las veces de acuerdo con su órgano y en armonía con él, de que cuando el instrumento no sirve, nada pueda hacer tampoco la artista, etc., todo esto no ofrece la menor duda, pero tampoco afecta para nada al concepto de la cosa. Lo que interesa aquí es el modo como actúa el alma, la esencia de sus conceptos. Y entonces:

1. Es innegable que el pensamiento, y aun la primera percepción con que el alma se representa un objeto exterior, es algo totalmente diferente de lo que el sentido le proporciona. Lo denominamos imagen pero no es la imagen, es decir, el punto luminoso que se pinta en el ojo y que ni siquiera llega al cerebro; la imagen del alma es un ente espiritual, creado por ella misma a instigación de los sentidos. Del caos de las cosas que la rodean provoca una figura en la cual se fija con atención, y así mediante un poder interior crea de lo mucho un uno que le pertenece exclusivamente. Y puede restablecerlo de nuevo aun cuando ya no esté ahí; el sueño y la poesía pueden combinarlo también de acuerdo con leyes totalmente diferentes de aquéllas con que lo expone el sentido, y así lo hacen realmente. Los delirios de los enfermos, que tan a menudo se citan como testigos de la materialidad del alma, son precisamente testigos de su inmaterialidad. Escóchese al demente y obsérvese la marcha que sigue su alma. Parte de la idea que lo conmovió tan a fondo y que, por lo tanto, estropeó su instrumento y perturbó la conexión con otras sensaciones. A ella lo refiere entonces todo, porque es la dominante y él no puede desprenderse de ella; para ella se crea él su propio mundo, una propia conexión de pensamientos, y cada uno de sus extravíos en la combinación de ideas es espiritual en la máxima medida. No combina según la situación de los compartimientos del cerebro, ni siquiera tal como se le aparecen las sensaciones, sino en la medida en que otras ideas sean afines a su idea, buscando solamente el modo de obligar a aquéllas a pasar a ésta. El mismo camino siguen todas las asociaciones de nuestras ideas; pertenecen a un camino que a base de la energía propia y a menudo con peregrina idiosincrasia provoca recuerdos y une ideas según interno amor o aversión, no ajustándose a una mecánica exterior. Descartaría que hombres sinceros observaran el proceso de su corazón y que observadores sagaces, en particular médicos, dieran a conocer las peculiaridades que observaran en sus pacientes, y estoy convencido de que arrojarían puras pruebas de efectos de un ente, ciertamente orgánico.

pero autónomo, que actúa con sujeción a leyes de la combinación espiritual.

2. Lo mismo demuestran la formación artificial de nuestras ideas desde la infancia y la marcha lenta con que el alma no sólo tardamente adquiere conciencia de sí misma, sino que también con esfuerzo aprende a usar sus sentidos. Más de un psicólogo observó los expedientes mediante los cuales un niño adquiere concepto del color, la figura, la magnitud, la distancia, y mediante los cuales aprende a ver. El sentido corporal nada aprende, pues la imagen se pinta en el ojo desde el primer día, como se pintará el día último de la vida; pero el alma mediante el sentido aprende a medir, comparar, sentir espiritualmente. A eso le ayuda el oído, y no cabe la menor duda de que el lenguaje es un medio de formación de ideas espiritual no corporal. Sólo un loco puede confundir el sonido y la palabra, y la misma diferencia que hay entre ambos, hay también entre cuerpo y alma, entre órgano y fuerza. La palabra hace pensar en la idea y nos la pasa de otro espíritu al nuestro: pero no es la idea misma, como tampoco el órgano material es pensamiento. Así como el cuerpo aumenta con los alimentos, así aumenta nuestro espíritu con las ideas y hasta observamos en él las leyes de asimilación, crecimiento y reproducción, aunque no de modo corporal, sino de un modo que le es peculiar. También él puede tomar alimento en exceso hasta el punto que no pueda apropiárselo y asimilarlo; también él tiene una simetría de sus fuerzas espirituales y toda desviación de ella es enfermedad, ya sea debilidad o fiebre, es decir, locura; por último, también él conduce este negocio de su vida interior con una fuerza genial en la cual, como en la vida terrena, se manifiestan el amor y el odio, la aversión contra lo heterogéneo a él y la inclinación hacia lo que es de su naturaleza. En una palabra: se forma en nosotros (hablando sin exaltación) un hombre espiritual interior que es de su propia naturaleza y utiliza al cuerpo solamente como instrumento; más aún: que en virtud de su propia naturaleza actúa aun en los peores trastornos de los órganos. Cuanto más el alma se separa de su cuerpo por enfermedad o por estados violentos de las pasiones, viéndose obligada, por decirlo así, a moverse por su propio mundo de ideas, tanto más curiosos son los fenómenos que de su propio poder y energía observamos en la creación o combinación de ideas. Por desesperación vaga ahora en los escenarios de su vida anterior, y como no puede renunciar a su naturaleza y a su tarea de formar ideas, se prepara ahora una nueva bárbara creación.

3. La conciencia más clara, ese gran privilegio del alma humana, se le fué incorporando a ésta paulatinamente de modo espiritual y gracias a la humanidad. Un niño tiene aún poca conciencia, a pesar de que su alma se ejerza incesantemente para llegar a tenerla y por cerciorarse de sí mismo mediante todos sus sentidos. Todo su afán

g o  
11  
alma  
melia -  
La image  
de los  
sentidos  
y su  
utiliza  
raciones  
a la  
son lo  
(Cuerpo)  
organ  
palabr  
Calmo  
fuerza  
alma:  
hombre  
espiritu  
interior  
que  
utiliza  
cuerpo

2 cosas  
imagen

verjan  
interior

(11)

conciencia  
de sí

de conceptos tiene por finalidad recordar, por decirlo así, el mundo de Dios y alegrarse de su existencia con energía humana. El animal vaga aún en oscuro sueño; su conciencia se halla difundida en tantos estímulos del cuerpo y poderosamente recubierta por ellos, que no era posible para su organismo el claro despertar a un ejercicio progresivo del pensamiento. También el hombre se percata de su estado sensible sólo mediante sus sentidos, y no bien éstos sufren, no es de extrañar que una idea dominante lo arranque aun de su propio reconocimiento y represente consigo mismo un drama trágico o jocoso. Pero aun ese arrebató a un país de ideas vivas, muestra una energía interior en la cual se pone de manifiesto la fuerza de su conciencia, de su autodeterminación, a menudo por los caminos más extraviados. Nada concede al hombre un sentimiento tan peculiar de su existencia como el conocimiento, el conocimiento de una verdad conquistada por nosotros mismos, que es de nuestra naturaleza interior, y en el cual a menudo desaparece para nosotros toda visibilidad. El hombre se olvida a sí mismo; pierde la medida del tiempo y de sus fuerzas sensibles cuando lo llama un pensamiento superior y se lanza en pos de él. Los más espantosos tormentos del cuerpo pudieron ser reprimidos por una sola idea viviente que en aquellos momentos dominara en el alma. Hombres dominados por un afecto, sobre todo por el más vivo y puro de todos: el amor a Dios, despreciaron la vida y la muerte y en ese abismo de todas las ideas se sintieron como en el cielo. La tarea más ordinaria nos resulta pesada cuando sólo la hace el cuerpo; pero el amor nos torna fácil el asunto más difícil, nos proporciona alas para el esfuerzo más penoso y más lejano. Para él desaparecen espacios y tiempos; siempre está en su punto, en el propio país de las ideas. Esta naturaleza del espíritu se manifiesta aún en los pueblos más salvajes; no importa por qué luchen: luchan bajo el imperio de las ideas. Aun el canibal llevado de su sed de venganza y audacia, aspira a gozar de un espíritu, bien que de modo atroz.

4. Todos los estados, enfermedades y propiedades del órgano no pueden, pues, desencaminarnos a considerar como primitiva la fuerza que en ellos actúa. La memoria, por ejemplo, es diferente según la distinta organización de los hombres; en unos se forma y mantiene por imágenes, en otros por signos de abstracción, palabras y hasta números. En la juventud, cuando el cerebro está blando, es viva; en la vejez, cuando el cerebro se ha endurecido, se torna indolente y se aferra a antiguas ideas. Lo mismo ocurre con las demás fuerzas del alma; todo lo cual no puede ser de otro modo si una fuerza actúa orgánicamente. Sin embargo, obsérvense también aquí las leyes de la conservación y remozamiento de las ideas; todas ellas son espirituales, no corporales. Hubo hombres que perdieron la memoria de ciertos años, y hasta de ciertas partes

de la oración, nombres, sustantivos y aun algunas letras y signos; pero conservaron la memoria de los años anteriores, el recuerdo de otras partes de la oración y el libre uso de las mismas; el alma quedó encadenada a ese único miembro porque el órgano sufría. Si el engranaje de sus ideas espirituales hubiese sido material, el alma, de acuerdo con esos fenómenos, hubiera debido vagar por el cerebro y anotarse ciertos años, sustantivos y nombres; o bien, si las ideas se endurecen con el cerebro, tendrían que endurecerse todas, y sin embargo, los ancianos conservan aún muy vivamente los recuerdos de la juventud. En una época en que, en consonancia con su órgano, el alma no puede combinar rápidamente las ideas o pensarlas a fondo con ligereza, se atiene con tan mayor firmeza al patrimonio adquirido en sus mejores años, del cual dispone como de su propiedad. Inmediatamente antes de la muerte y en todos los estados en que se siente menos encadenada al cuerpo, ese recuerdo se despierta con toda la vivacidad de la alegría juvenil, y la felicidad de los ancianos y la alegría del moribundo se fundan en gran parte en eso. Desde que se empieza a vivir, parece que nuestra alma no tiene sino una tarea: adquirir figura interior, forma de humanidad, y sentirse sana y alegre en ella como el cuerpo en la suya. En esa tarea trabaja tan incansablemente y con tal simpatía de todas sus fuerzas como pueda trabajar por su salud el cuerpo que, cuando sufre una parte, lo siente en seguida totalmente y pone en juego todos los jugos como puede para subsanar la falla y curar la herida. Del mismo modo trabaja el alma en su salud siempre caduca y a menudo falsa, ora con buenos medios, ora con medios engañosos, para tranquilizarse y seguir actuando. Es maravilloso el arte que a este efecto pone en juego, e inmensa la reserva de medios auxiliares y curativos que sabe procurarse. El día que se estudie la semiótica del alma como la del cuerpo, se descubrirá en todas sus enfermedades su naturaleza espiritual, tan peculiar que las conclusiones de los materialistas se desharán cual la niebla ante el sol. Más aún, para quien esté convencido de esta vida interior de su yo, todos los estados exteriores en que el cuerpo se transforma incessantemente como toda materia, resultarán con el tiempo meros tránsitos que no afectan a su esencia; ése pasa de este mundo a otro tan imperceptiblemente como pasa del día a la noche o de una edad de la vida a otra.

El Creador nos concede todos los días una experiencia propia de lo poco que hay en nuestra máquina que sea inseparable de nosotros e inseparable entre sí. Es el hermano de la muerte: el sueño babilónico. Con el dedo de su suave contacto separa las operaciones más importantes de nuestra vida; nervios y músculos descansan, cesan las impresiones sensoriales; y, no obstante, el alma sigue pensando en su propia tierra. No está más separada del cuerpo de lo

que lo estaba en la vigilia, como lo demuestran las sensaciones que a menudo se mezclan con el sueño, y, sin embargo, aun en el sueño más profundo sigue actuando según sus propias leyes, sin que nos acordemos de lo que entonces soñamos a menos que nos convenza de ello un repentino despertar. Ha habido muchas personas que observaron que en sueños tranquilos hasta seguían imperturbablemente la misma serie de ideas, distinta de la del estado de vigilia, moviéndose siempre en un solo mundo las más veces de juvenil animación y más hermoso. Las sensaciones del sueño son en nosotros más vivas, sus afectos más ardientes, las combinaciones de ideas y posibilidades resultan en él más fáciles, nuestra mirada es más serena, la luz cuyo esplendor nos rodea, más bella. Cuando nuestro sueño es sano, nuestra marcha se torna a menudo vuelo, nuestra figura es más alta, nuestra resolución más vigorosa, nuestra actividad más libre. Y aunque todo esto dependa del cuerpo porque cualquier estado de nuestra alma, aun el más insignificante, tiene que estar necesariamente en armonía con él mientras sus fuerzas actúen tan íntimamente incorporadas a él, toda experiencia, sin duda singular, del dormir y soñar, que nos causaría el máximo asombro si no estuviéramos acostumbrados a ella, nos enseña que ciertos órganos pueden separarse de nuestra máquina, y la fuerza suprema actúa a base de meros recuerdos de modo más ideal, más vivo, más libre. Como todas las causas que nos producen el sueño y todos sus síntomas corporales son una analogía de la muerte, no sólo por una manera de hablar, sino fisiológica y realmente, ¿por qué no habrían de serlo también sus síntomas espirituales? Y así, cuando por enfermedad o cansancio nos sobrevenga el sueño de la muerte, nos queda la esperanza de que, al igual que el sueño, sólo enfriará la fiebre de la vida, modificará suavemente el movimiento demasiado uniforme y continuado por largo tiempo, curará más de una herida incurable en esta vida y preparará el alma para un alegre despertar, para el goce de una nueva aurora de juventud. Y así como en el sueño nuestras ideas vuelven a la juventud, así como en él, libertados sólo a medias de algunos órganos, pero concentrados en nosotros mismos, nos sentimos más libres y más activos, así también, reparador sueño de la muerte, volverás a darnos halagadoramente la juventud de nuestra vida, los momentos más bellos y poderosos de nuestra existencia hasta que despertemos en su imagen, o mejor dicho: en la imagen más hermosa de una juventud celestial.

Cuerpo = máquina

SU

### NUESTRA HUMANIDAD ES SÓLO EJERCICIO PRELIMINAR, CAPULLO DE UNA FLOR FUTURA

Vimos que la finalidad de nuestra existencia actual se endereza a la formación de la humanidad, y todas las bajas necesidades de la tierra se limitan a servirla y aun a ella han de conducir. Nuestra capacidad racional debe formarse para la razón, nuestros sentidos más primorosos para el arte, nuestros instintos para la auténtica libertad y belleza, nuestras fuerzas motoras para el amor al prójimo; o bien nada sabemos de nuestra destinación, y la diosa nos engañó con todos sus dispositivos de interior y exterior (blasfemia que ni siquiera tiene sentido), o bien podemos estar tan seguros de esta finalidad como de Dios y de nuestra existencia.

¿Y cuán raras veces se alcanza en este mundo esta finalidad eterna, esta finalidad sin fin? Hay pueblos enteros que tienen la razón prisionera de la animalidad, y buscan la verdad por los caminos más equivocados y con el descuido y la perversidad corrompen la belleza y la sinceridad para las cuales nos creó Dios. Son pocos los hombres para quienes la humanidad semejante a Dios en el sentido puro y amplio de la palabra constituya el verdadero culto de la vida; los más sólo tarde empiezan a pensar en eso, y aun en los mejores los bajos instintos rebajan a la condición de animal al hombre sublime. ¿Quién puede decir entre los mortales que alcance o haya alcanzado la imagen pura de la humanidad que en él se esconde?

Por consiguiente, o bien el Creador se equivocó con la meta que nos propuso y con la organización que tan artísticamente combinó para lograrla, o esa meta está más allá de nuestra existencia y la tierra es sólo lugar de ejercicio, morada de preparación. Evidentemente, en ella tuvieron que asociarse aún muchas cosas bajas con lo más sublime, y el hombre en conjunto sólo se elevó un pequeño pedacito por encima del animal. Más aún, entre los hombres mismos tenía que darse la máxima diversidad, puesto que todo es tan heterogéneo en la tierra y en muchas regiones y situaciones nuestra especie se halla muy agachada bajo el yugo del clima y de la miseria. Por lo tanto, el proyecto de la Providencia formadora debió abarcar con una mirada todas esas fases, esas zonas, esas degeneraciones y saber conducir al hombre más allá en todas ellas, del mismo modo que paulatinamente conduce a un nivel más elevado las fuerzas interiores sin que ellas se percaten. Es curioso y, no

obstante, innegable que entre todos los moradores de la tierra sea el género humano el que más lejos se queda de la meta de su destinación. Todo animal alcanza lo que tiene que alcanzar con su organización; el hombre es el único que no lo alcanza, precisamente porque su meta está tan alta, tan lejos, tan infinita, y él empezó en nuestra tierra tan bajo, tan tarde, con tantos obstáculos exteriores e interiores. Para el animal, el don maternal de la naturaleza: su instinto, es guía segura; en la mansión del padre supremo sigue siendo un siervo y tiene que obedecer. El hombre está ya en ella con la condición de hijo y, salvo algunos instintos necesarios, se ve obligado a aprender primero todo cuanto corresponde a la razón y a la humanidad. Lo aprende, pues, imperfectamente porque con la simiente del entendimiento y de la virtud hereda también prejuicios y malas costumbres y en su marcha hacia la verdad y libertad del alma se halla agobiado de cadenas que provienen de los comienzos de su especie. Las huellas dejadas por hombres divinos que lo precedieron o lo rodean, se confundieron y juntaron con tantas otras por las que pasaron bandidos y animales; por desgracia éstos fueron a menudo más eficaces que aquellos pocos hombres elegidos, grandes y buenos. En consecuencia, habría que acusar a la Providencia (y así lo hicieron muchos) porque dejó al hombre tan contiguo al animal y, a pesar de que no tenía que ser animal, le negara el grado de luz, firmeza y seguridad que en vez del instinto sirviera a su razón; o bien este comienzo tan mezquino es precisamente testigo de su infinito progreso: Es que el hombre tiene que conquistar por sí mismo mediante el ejercicio este grado de luz y seguridad, para que bajo la guía de su padre se convierta en noble pretendiente por su propio esfuerzo, como así será. Así también el semejante al hombre será hombre: también el capullo enrigidecido y agotado por el frío y el ardor del sol adquirirá su verdadera figura, su entera y genuina belleza.

Y así podemos sospechar también fácilmente lo único que de nuestra humanidad puede pesar a aquel mundo: es precisamente esta humanidad semejante a Dios, el capullo cerrado de la verdadera figura de la humanidad. Todo lo mísero de esta tierra es sólo para ella; dejamos para las piedras la cal de nuestros huesos y devolvemos a los elementos lo suyo. Todos los impulsos sensibles, en los cuales servimos como los animales a la economía terrena, cumplieron su tarea; en el hombre tenían que ocasionar sentimientos y esfuerzos más nobles, y con ello se cumple su tarea. La necesidad de alimento había de incitarlo al trabajo, a la sociedad, a la obediencia a las leyes y organización, y colocarlo bajo un yugo saludable, indispensable en la tierra. El instinto de los sexos había de plantar aun en el pecho del monstruo, la sociabilidad, el amor paternal, conyugal, filial y hacerle agradables los pesados y peno-

ses esfuerzos requeridos para su especie porque en efecto los hace por los suyos, por su carne y sangre. Esa es la intención que tuvo la naturaleza en todas las necesidades de la tierra: cada una de ellas tenía que ser el manto maternal que envolviera uno de los gérmenes de humanidad. ¡Felizmente si nace! Bajo los rayos de un sol más bello se tornará flor. La belleza, la verdad y el amor fueron los objetivos hacia los cuales aspira el hombre en cada uno de sus esfuerzos, aunque él mismo no tenga conciencia de ello y a menudo por caminos tan equivocados; el laberinto se desenredará, desaparecerán las mágicas figuras seductoras, y cada cual verá, de cerca o de lejos, no sólo el punto central al cual conduce su camino, sino que tú misma, maternal Providencia, bajo la figura del genio y del amigo que necesita, lo conducirás a él con la indulgencia de tu suave mano<sup>1</sup>.

En consecuencia, el buen Creador nos escondió la figura de ese mundo para no atarantar a nuestro cerebro ni hacerle concebir una errónea predilección por él. Sin embargo, si examinamos la marcha de la naturaleza en las especies que nos son inferiores y observamos cómo la formadora aleja paso a paso lo innoble y atenúa la necesidad y cómo, en cambio, cultiva lo espiritual, hace más primoroso lo primoroso y anima más bellamente lo bello, podemos confiar con seguridad que su invisible mano de artista hará florecer sin duda nuestros capullos de humanidad en esa existencia en una figura que sea propiamente la verdadera figura divina del hombre y que ninguna mente terrena sería capaz de imaginar en su sublimidad y belleza. Por consiguiente, en vano sería que fantaseáramos, aunque yo estoy convencido de que todos los estados de la creación concuerdan del modo más exacto, y también de que la fuerza orgánica de nuestra alma pone en sus ejercicios más puros y espirituales el fundamento de su figura venidera. O bien, por lo menos, de que, aun sin saberlo ella misma, teje la tela que durante tanto tiempo le servirá de vestidura, hasta que los rayos de un sol más bello despierten sus más profundas fuerzas que ella misma ignora, sería osadía que intentáramos trazar al Creador las leyes de la formación en un mundo cuyo funcionamiento conocemos aún tan poco. Bástenos que todas las transformaciones que observamos en los reinos inferiores de la naturaleza sean perfeccionamientos, y que, por lo tanto, nos insinúen el aspecto de un mundo que por causas superiores seríamos incapaces de mirar. La flor se ofrece a nuestra mirada primero como retoño seminal, luego como germen; el germen se torna capullo y sólo entonces se abre la flor que em-

<sup>1</sup> ¿Por qué caminos se hará esto; qué filosofía de la tierra podría dar certidumbre sobre este punto? Siguiendo nuestra obra hallaremos los sistemas de los pueblos de la metempsicosis y otras purificaciones y expondremos su origen y finalidad. Mas todavía no ha llegado el momento en nuestra exposición.

pieza a recorrer las fases de su vida en esta economía de la tierra. Efectos finales y transformaciones semejantes existen en varias criaturas, entre las cuales la mariposa ha pasado a la categoría de símbolo. Mirad cómo se arrastra la oruga cediendo a un tosco instinto de saciar su hambre; llega su hora y un cansancio de muerte se apodera de ella; se torna rígida, se enrosca en sí misma, tiene ya en sí la trama de su sudario como también en parte los órganos de su nueva existencia. Entonces trabajan sus anillos y se ponen en tensión las fuerzas orgánicas internas. La transformación se opera lentamente al principio y parece destrucción; diez patas quedan en la piel desprendida, y la nueva criatura tiene aún miembros informes. Poco a poco se forman éstos y adquieren su aspecto normal; pero la criatura no despierta hasta que existe totalmente; entonces se lanza a la luz y se opera rápidamente el último desarrollo. En pocos minutos, las tiernas alas aumentan cinco veces el tamaño que tenían debajo del sudario; están dotadas de fuerza elástica y de todo el esplendor de los rayos que pueda haber bajo este sol, numerosas y grandes para llevar la criatura como en alas del céfiro. Toda su estructura se ha modificado; en vez de las toscas hojas para las cuales estaba formada antes, goza ahora del rocío de néctar de la áurea corola de las flores; en vez del grosero instinto de alimentarse sirve ahora a otro más primoroso: el amor. ¿Quién sospecharía en la figura de oruga a la futura mariposa? ¿quién reconocería que ambas son la misma criatura si no nos lo enseñara la experiencia? Y ambas existencias no son sino fases de la vida de un mismo ser y en la misma tierra donde el ciclo orgánico empieza de nuevo como antes; ¡qué hermosas metamorfosis deben descansar en el seno de la naturaleza en las cuales será más vasto su ciclo orgánico, y las fases de la vida que ella desarrolla abarquen más de un mundo! ¡Espera, pues, oh hombre, y no profetices! ¡Se te mantiene escondido el premio por el cual luchas! ¡Despréndete de lo que no es humano, aspira a la verdad, bondad y belleza semejante a Dios; si así lo haces, no puedes dejar de alcanzar la meta!

Y así nos muestra la naturaleza también en estas analogías de criaturas en formación, es decir, en tránsito, por qué entretejió el letargo mortal en su reino de figuras. Este letargo es el anonadamiento benéfico que envuelve a un ser cuyas fuerzas orgánicas aspiran a nuevo desarrollo. La criatura misma con su conciencia mayor o menor no es lo bastante fuerte para abarcar o regir su lucha; por lo tanto, se aletarga para despertar solamente cuando esté totalmente desarrollada. En consecuencia, el sueño de la muerte es también benévola atención paternal, un opio saludable bajo cuyo efecto concentra la naturaleza sus fuerzas y cura al enfermo aletargado.

## VI

EL ESTADO ACTUAL DE LOS HOMBRES ES  
PROBABLEMENTE EL MIEMBRO DE ENLACE ENTRE  
DOS MUNDOS

Todo está enlazado en la naturaleza; un estado tiende a otro y lo prepara. Por lo tanto, si el hombre cerró la cadena de la organización terrenal siendo su miembro último y más elevado, precisamente por eso él empieza también la cadena de una especie de criaturas superiores, de la cual él es el miembro más bajo; de ahí que probablemente sea el anillo intermedio entre dos sistemas de la creación enlazados. En la tierra ya no puede pasar a otra organización, de lo contrario tendría que retroceder dando vueltas en un círculo; no puede detenerse porque ninguna fuerza viva descansa en el reino de la bondad más activa; por lo tanto, tiene que haber ante él una fase que esté tan contigua a él y, no obstante, por encima de él, del mismo modo que él, adornado con las más nobles excelencias, linda con el animal. Esta perspectiva, basada en todas las leyes de la naturaleza, es la única que nos da la clave de la milagrosa aparición del hombre y por ende la única filosofía de la historia humana. En efecto:

19. Ahora se aclara la peregrina contradicción en que se muestra el hombre. Como animal, sirve a la tierra y siente apego a ella por ser su morada; como hombre, tiene en sí la simiente de la inmortalidad que requiere ser plantada en otro huerto. Como animal, puede satisfacer sus necesidades, y los hombres que con ellas se contentan, se encuentran muy bien en este mundo. Mas tan pronto el hombre sigue a una inclinación superior, por todas partes ve lo imperfecto y fragmentario; lo más noble nunca termina en la tierra, lo más puro raras veces adquirió consistencia y duración; para las fuerzas de nuestro espíritu y corazón, este escenario nunca será sino una morada de ejercicio y prueba. Lo demuestra hasta la sociedad la historia de nuestro linaje con sus ensayos, destinos, empresas y revoluciones. Aquí y allá apareció un sabio, uno bueno, y sembró ideas, consejos y hazañas en la marca de los tiempos; algunas olas se movieron en derredor de él, mas la corriente las arrastró y borró sus huellas; la joya de sus nobles propósitos se fué a fondo. Los locos pudieron más que los consejos de los sabios, y pródigos heredaron los tesoros del espíritu que sus padres habían reunido. Así como la vida del hombre no está calculada en este mundo para una eternidad, tampoco la tierra redonda, con su in-

clave de la  
a posición  
del hombre

hombre  
animal  
hombre  
humano

frase:  
morada de  
ejercicio y  
prueba

cesante movimiento, es un taller de obras de arte permanentes, un jardín de plantas eternas, un palacio destinado a servir de mansión eterna. Venimos y nos vamos, cada instante trae a la tierra a miles y se lleva de ella a otros miles; es una mansión de peregrinos, estrella errante a la cual llegan aves de paso que rápidamente se alejan de ella. El animal vive toda su vida, y aunque en virtud de fines superiores no la viva toda según los años, siempre alcanza su intrínseca finalidad, sus habilidades existen y el animal es lo que debe ser. Sólo el hombre está en contradicción consigo mismo y con la tierra, puesto que la criatura más desarrollada entre todos los organismos es al mismo tiempo la menos desarrollada por lo que afecta a su propia disposición nueva, aunque se vaya del mundo hastiado de la vida. La causa es notoriamente que su estado, el último para esta tierra, es al mismo tiempo el primero para otra existencia, con respecto al cual parece un niño en sus primeros ejercicios. Representa, pues, dos mundos a la vez, y en eso estriba la duplicidad aparente de su ser.

29 En seguida se hace patente qué parte será la preponderante en este mundo. La mayor parte del hombre es animal; para la condición humana sólo trajo al mundo la capacidad, que tiene que desarrollarse en él con pena y diligencia. ¡Qué pocos son aquéllos en que se desarrolla como es debido! y aun en los mejores ¡cuán primorosa y delicada es la flor divina que en ellos se levanta! Durante toda la vida dominará el animal en el hombre, y los más se acomodan a que los domine. Incesantemente el animal tiende a rebajarlo, mientras el espíritu pretende elevarlo y el corazón llevarlo a un sector más amplio, y como para una criatura sensual el presente es siempre más vivo que lo lejano, y lo visible influye en ella más poderosamente que lo invisible, fácil es juzgar de qué lado se inclinará la balanza. ¡Cuán pocas son las alegrías puras, cuán poco el conocimiento y virtud puros de que es capaz el hombre! Y aunque lo fuera, ¡cuán poco acostumbrado está a ellas! Los más nobles vínculos de este mundo son entorpecidos por bajos instintos, así como la travesía de la vida lo es por vientos contrarios, y el Creador, severo en su misericordia, mezcló ambos trastornos para que uno aplacara al otro y para educar los retoños de inmortalidad que hay en nosotros más por vientos ásperos que por suaves céfiros. El hombre que ha sufrido muchas pruebas aprendió mucho; el indolente y ocioso no sabe qué hay en él, y menos aún sabe por gozoso sentimiento propio aquello que puede hacer y de qué es capaz. La vida es, pues, una lucha, y la flor de la condición humana pura, inmortal, una corona difícil de conquistar. Los corredores tienen la meta al final; los que luchan por la virtud recibirán la corona en la muerte.

30 Por lo tanto, si hay criaturas superiores que nos contem-

plen, acaso nos consideren como nosotros a las especies intermedias con que la naturaleza pasa de un elemento a otro. El avestruz agita pesadamente sus alas sólo para correr, no para el vuelo: su cuerpo pesado lo atrae al suelo. Sin embargo, también para él proveyó, como para toda criatura intermedia, la madre organizadora; también ellos son perfectos en sí y sólo a nuestros ojos nos parecen deformes. Así ocurre también con la naturaleza humana en este mundo: lo que tiene de informe sorprende gravemente a un espíritu de la tierra; mas un espíritu superior que mire a lo interior y vea ya varios miembros de la cadena hechos uno para otro, tal vez pueda compadecernos, pero no despreciarnos. Ve por qué los hombres tienen que pasar por tantos estados del mundo, jóvenes y viejos, insensatos y sabios, como ancianos que vuelven a ser niños por segunda vez, o aun como nonatos. La omnipotente bondad abarca con la mirada la locura y las deformaciones, todas las fases de la cultura, todos los extravíos de la humanidad, y en sus tesoros tiene un bálsamo suficiente para curar heridas que sólo la muerte podría aliviar. Como es probable que el estado futuro surja del actual del mismo modo que el nuestro del estado de los organismos inferiores, no cabe la menor duda de que su tarea está enlazada con nuestra existencia actual mucho más íntimamente de lo que pensamos. El jardín superior florece solamente mediante plantas que germinaron en este mundo y sacaron sus primeros brotes a través de una envoltura tosca. Y si, como hemos visto, la sociabilidad, la amistad y la participación activa son casi la finalidad principal a que propende la condición humana en toda su historia de la humanidad, es preciso que esta bellísima floración de la vida humana llegue allí a la reconfortante figura, a la umbrosa altura, a la que nuestro corazón en vano aspira en todas las vinculaciones de la tierra. De ahí que nuestros hermanos de la fase superior nos amen ciertamente más y con mayor pureza de lo que nosotros podamos buscarlos y amarlos, pues ellos abarcan más claramente con la mirada nuestro estado; el instante del tiempo pasó para ellos, todas las desarmonías se desvanecieron, y acaso ellos eduquen invisiblemente en nosotros a partícipes, a hermanos de su tarea. Sólo un paso más y el agobiado espíritu puede respirar más libremente, el lastimado corazón sanará; ellos ven cómo se acercan los pasos y ayudan poderosamente al que resbala.

49 En consecuencia, tampoco puedo imaginarme que, siendo nosotros una especie intermedia de dos clases y en cierto modo partícipes de ambas, el estado futuro sea tan lejano del actual y tan totalmente inabordable para él como quisiera creer el animal que hay en el hombre; por el contrario, en la historia de nuestro linaje muchos pasos y éxitos resultan inabarcables sin una intervención superior. Así, por ejemplo, me parece inexplicable que el hom-

como el  
a un punto

LA PRESENCIA PRESENTE  
NOS MUESTRAN MUESTRAS

[HERDER]

bre encontrara por sí solo la senda de la cultura y sin una guía superior inventara el lenguaje y la primera ciencia, tanto más inexplicable si se supone que el hombre pasó por un largo período de bestialidad. Ciertamente que una administración divina rigió al hombre desde su aparición y lo condujo del modo más fácil por su carrera. Pero cuanto más se ejercitaron las fuerzas humanas, tanto menos necesitaron en parte ese auxilio superior, pero tanto menos capaces fueron de recibirlo, a pesar de que también en posteriores épocas los máximos efectos que se obtuvieron en la tierra surgieron mediante circunstancias inexplicables o concomitantes a ellas. Hasta las enfermedades fueron a menudo instrumentos para eso; en efecto, cuando el órgano sale de su proporción con otro, resultando pues inaprovechable para el sector ordinario de la vida terrena, parece natural que la incansable fuerza interior se vuelva hacia otros lados del universo y quizá reciba impresiones que no pudiera recibir un organismo no trastornado y que quizá tampoco las necesitara. Pero sea como fuere, lo cierto es que hay un velo benefactor que separa este mundo del otro, y no deja de tener su causa el hecho de que todo esté tan quieto y silencioso alrededor de la tumba de un muerto. El hombre ordinario permanece alejado en el curso de su vida de impresiones, una sola de las cuales bastaría para trastornar todo el ámbito de sus ideas y hacérselo inaprovechable para este mundo. El hombre creado para la libertad no había de ser un simio imitador de seres superiores, sino que aun en aquello en que se le guía, obre con la feliz ilusión de que es él mismo quien obra. Para su tranquilidad y para el noble orgullo en que se apoya su destinación, se le sustrajo la visión de seres más nobles, pues probablemente nos despreciaríamos si los conociéramos. Por lo tanto, el hombre no debe penetrar con la mirada en su estado futuro, sino entregarse a la creencia de que ese estado existe.

59 Lo cierto es que en cada una de sus fuerzas hay una infinitud que en este mundo no puede desarrollarse porque se ve impedida por otras fuerzas, sentidos e instintos del animal, y, por decirlo así, se halla limitada a la situación que le crea la vida terrenal. Algunos ejemplos de la memoria, de la imaginación y hasta del vaticinio y presentimiento descubrieron cosas de maravilla del tesoro escondido que existe en las almas humanas; más aún, ni siquiera los sentidos quedan excluidos de eso. El hecho de que las más veces fueran enfermedades y defectos mutuos los que pusieron al descubierto estos tesoros, no afecta en nada a la naturaleza de la cosa, pues precisamente se requería esa desproporción para dar su libertad al peso único y hacer patente su poder. Lo que dice Leibniz de que el alma es un espejo del universo, encierra tal vez una verdad más profunda de lo que suele entenderse de esa afir-

[IDEAS PARA UNA FILOSOFÍA DE LA HISTORIA DE LA HUMANIDAD]

mación, puesto que también las fuerzas del universo parecen contentarse en ella, que sólo necesita un organismo o serie de organismos para poder ponerlas en actividad y ejercicio. El ser que es todo bondad, no le negará este organismo, sino que la encamina como a un niño para prepararla paulatinamente a gozar de la plenitud del creciente goce haciéndole creer que es ella misma la que adquirió sus fuerzas y sentidos. Ya en sus actuales cadenas, espacio y tiempo son para ella palabras vacías; miden y designan situaciones del cuerpo, mas no de la capacidad interna del alma, que cuando actúa con su cabal jocundia interna está más allá del espacio y del tiempo. No te preocupes, pues, del lugar y hora de tu existencia futura; el sol que ilumina tu día, te mide tu morada y tu tarea terrenal, y mientras tanto te oscurece todas las estrellas del cielo. No bien se pone, el mundo aparece en su mayor figura; la noche sagrada en la que antaño estuviste envuelto y en la que volverás a estarlo un día, cubre de sombras tu tierra y en cambio te abre en el cielo los libros brillantes de la inmortalidad. Allí hay mansiones, mundos y espacios.

"Y brillan en plena juventud a pesar de haber transcurrido milenios; el cambio de los tiempos nunca les roba la luz de sus mejillas. Mas aquí, bajo nuestra mirada, periclitita, parece y desaparece todo: sobre el esplendor de la tierra, la dicha de la tierra, se cierne una época de ruina."

Ella habrá dejado de existir y tú seguirás existiendo aún y en otras moradas y organismos gozarás de Dios y de su creación. En ella gozaste de muchas cosas buenas. En ella llegaste al organismo, en el cual aprendiste a contemplar a tu alrededor y más allá de ti como hijo del cielo. Trata pues de abandonarla complacido y bendicela como el prado en que jugaste como hijo de la inmortalidad, y como escuela donde se te educó con penas y alegrías para la edad viril. Ya no tienes derecho a ella, ya no tiene ella derecho a ti; coronado con el gorro de la libertad y ceñido con el cinto del cielo, toma de nuevo tu bastón de caminante.

Así, pues, como la flor surgió, y en forma erecta cerró el reino de la creación subterránea, aún inanimada, para gozar de la primera vida en el terreno del sol, así se yergue el hombre de nuevo por encima de todos los agachados a la tierra. Con la mirada en alto y las manos levantadas está derecho cual hijo de la casa aguardando la llamada de su padre.

## SEGUNDA PARTE

El presente libro es el resultado de un trabajo de investigación que se ha desarrollado durante un período de tiempo considerable. El autor desea agradecer a las personas que han colaborado en esta obra, especialmente a los señores don Juan María de los Ríos y don Juan de los Ríos, quienes han prestado su valioso apoyo y colaboración. También desea agradecer a los señores don Juan de los Ríos y don Juan de los Ríos, quienes han prestado su valioso apoyo y colaboración. También desea agradecer a los señores don Juan de los Ríos y don Juan de los Ríos, quienes han prestado su valioso apoyo y colaboración.

### CONTENIDO DE LA PRIMERA PARTE

- 1. Introducción
- 2. El problema de la investigación
- 3. Metodología de la investigación
- 4. Resultados de la investigación
- 5. Conclusiones

## LIBRO SEXTO

HASTA ahora hemos estudiado la tierra como morada del género humano en general y hemos tratado luego de observar qué sitio ocupa el hombre en la serie de los seres vivientes. Examinemos ahora, después de haber fijado las ideas sobre su naturaleza en general, los distintos fenómenos en que se muestra en este escenario redondo.

Pero ¿quién va a guiarnos por este laberinto?, ¿qué huellas seguras podemos seguir? Por lo menos, que no nos engañe la indumentaria aparatosa de una omnisciencia presuntuosa que encubra los defectos necesariamente inherentes al historiador de la humanidad y mucho más aún al filósofo de esta historia, pues sólo el genio de la humanidad es capaz de abarcar toda su historia. Empeñamos con las diferencias de organización de los pueblos, si no por otra razón, porque ya en los tratados de historia natural se observan esas diferencias.

### I

#### ORGANIZACIÓN DE LOS PUEBLOS EN LA PROXIMIDAD DEL POLO NORTE

Ningún navegante logró aún posarse en el eje de nuestra tierra<sup>1</sup>; quizás desde el polo norte se podría ver más concretamente cuál es la construcción del conjunto. Sin embargo, hemos llegado

<sup>1</sup> Son conocidas las esperanzas de nuestro compatriota Samuel Engels a este respecto y uno de los más recientes que se han arriesgado hacia el norte: Pagés, parece que ha reducido una vez más los límites de lo que hasta ahora se creía imposible.

ya mucho más allá de la tierra habitable y hemos descrito regiones que yo calificaría de trono glacial y desnudo de la naturaleza. Aquí se han visto las maravillas de nuestra creación terrenal que ningún morador del ecuador creería, esas enormes masas de témpanos de hielo, esas soberbias luces del norte, prodigiosas ilusiones de la vista por el aire y, junto con el frío más intenso de la superficie, a menudo el calor de las entrañas de la tierra<sup>1</sup>. En resquebrajadas rocas abruptas parece emerger el granito avanzando mucho más allá de lo que puede en el polo sur, así como en general la mayor parte habitada de la tierra se encuentra en el hemisferio septentrional. Y como el mar fué la primera morada de los seres vivientes, el mar septentrional con su gran multitud de moradores puede considerarse todavía en la actualidad como la generadora de la vida y sus costas como la linde en la cual empieza la organización de las criaturas de la tierra en forma de musgos, insectos y gusanos. Aves marinas saludan la tierra que todavía nutre pocos volátiles propios; animales marinos se arrastran hacia la costa para calentarse a los rayos raros del sol terrestre. En medio del más animado tumulto de las aguas se hace patente por decirlo así el límite de la creación viviente de la tierra.

¿Y cómo se conservó en este límite el organismo del hombre? Todo cuanto pudo hacer en él el frío, fué comprimir algo su cuerpo y restringir como si dijéramos la circulación de la sangre. El groenlandés tiene las más veces una estatura inferior a cinco pies, y sus hermanos los esquimales ostentan una estatura cada vez más baja a medida que viven más hacia el norte<sup>2</sup>. Pero como la energía vital actúa de dentro a fuera, suplió con una consistencia más caliente y resistente lo que no podía darle en punto a altura. Su cabeza resultó grande en proporción con el cuerpo, el rostro ancho y achatado, porque la naturaleza que sólo hace la belleza en la moderación y término medio entre dos extremos, no podía redondear aquí aún un rostro oval suave y en particular el ornamento de la faz, y, permitáseme la expresión, no podía hacer prominente el brazo de la balanza: la nariz. Como las mejillas ocupaban la mayor amplitud del rostro, la boca resultó pequeña y redonda; los cabellos que daron erizados porque para formarlos suaves y sedosos faltaba un jugo delicado que subiera hacia la cabeza; la mirada quedó apagada. En semejante estructura se formaron fuertes hombros y miembros anchos, y el cuerpo con sangre y carne abundantes: sólo las manos y los pies resultaron pequeños y delicados, como si fueran los retoños y partes extremas de la formación. Así como la forma exterior, así se comporta también desde el interior la excitabilidad

<sup>1</sup> PHIPPS REIEN, *Granz Geschichte von Grönland*, etc.

<sup>2</sup> CRANZ, ELLIS, EGIDE, ROGER CURTIS, *Nachricht von der Küste Labrador*, u. f.

y economía de los jugos. La sangre circula más indolentemente y el corazón late más lánguido; de ahí que aquí sea más débil el instinto sexual, cuyos estímulos crecen en porporciones tan enormes a medida que aumenta el calor en otros países. Se despierta tarde. Los solteros viven castamente, y las mujeres casi tienen que ser obligadas a contraer un matrimonio tan pesado. Tienen pocos hijos y comparan a los perros los europeos lujuriosos que procrean tan prolificamente; en su matrimonio, como en toda su manera de vivir, impera una serena castidad, una tenaz represión de las pasiones. Insensibles a esas excitaciones con que un clima más cálido forma también espíritus de vida más frívolos, viven y mueren tranquilos y pacíficos, con indiferente satisfacción y actuando solamente por necesidad. El padre educa a su hijo a su lado imbuyéndole esa indiferencia serena en que ellos cifran la virtud y felicidad de la vida, y la madre amamanta a su hijo durante mucho tiempo y con todo el hondo y tenaz amor del animal madre. Lo que la naturaleza les negó en punto a excitabilidad y elasticidad de las fibras, les dió en punto a vigor resistente y duradero, y los revistió de esa grasa calorífera, de esa abundancia de sangre, que hace que aun su aliento resulte asfixiantemente cálido en recintos cerrados.

Me parece que a nadie puede ocultársele que aquí actúa la mano pareja de la creadora organizadora, que en todas sus obras sigue procedimientos uniformes. Si la estatura humana se desarrolla poco, mucho más puede decirse así de la vegetación de esas regiones: crecen pocos árboles y pequeños, musgos y arbustos se arrastran por el suelo. Si hasta la vara de medir, con alma de hierro, se encoge con la helada ¿cómo no se encogerá la fibra humana a pesar de la vida orgánica que le es inherente? Mas ésta sólo puede ser retenida y por decirlo así encerrada en un ámbito de formación más reducido; una analogía más del efecto que notamos en todos los organismos. Los miembros extremos de los animales marinos y demás criaturas de la zona fría son pequeños y delicados; la naturaleza lo mantiene todo en la medida de lo posible en la región del calor interior; las aves están provistas allí de espesas plumas y los animales de una grasa que los envuelve, exactamente igual que al hombre con su envoltura sanguínea y calorífera. También por lo que a lo exterior se refiere, y precisamente en virtud del mismo y único principio de todos los organismos de la tierra, la naturaleza tuvo que negarles lo que no servía para esa compleción. Las especies acababan con su cuerpo tan expuesto de por sí a la corrupción interna, como a tantos mató ya el aguardiente que se les enseñó a consumir; o sea que el clima se los negó, y, en cambio, les obligó a que en su mísera residencia y con su gran amor al reposo que estimula su estructura interna, se dediquen exteriormente a actividades y ejercicios corporales en que se fundan todas sus leyes

e instituciones. Las pocas hierbas que aquí crecen son depurativas y apropiadas, pues, para sus necesidades; el aire exterior está desfogado en alto grado<sup>1</sup>, de suerte que aun en los cuerpos difuntos se opone a la descomposición y fomenta la larga vida. El frío seco no tolera animales venenosos, y contra los insectos molestos los protege, su insensibilidad, el humo y el largo invierno. Así indemniza la naturaleza y actúa armónicamente en todo cuanto hace.

Después de haber descrito esa primera nación, no será necesario que nos detengamos con tanto detalle en las que se le asemejan. Los esquimales de América son hermanos de los groenlandeses tanto por sus costumbres y lenguaje como por su figura. Como esos desdichados extranjeros, de barba poblada, se ven relegados hacia las latitudes superiores por los americanos imberbes, se ven obligados en su mayor parte a llevar una existencia huidiza y penosa; más aún, a menudo ¡oh duro destino! tienen que alimentarse con su propia sangre, reclusos como están en sus cuevas en invierno<sup>2</sup>. Aquí y en algunos otros lugares de la tierra, la dura necesidad se sienta en su trono más elevado, de suerte que el hombre se ve obligado a adoptar casi el modo de vivir del oso. Y, sin embargo, en todas partes siguió siendo hombre, puesto que su condición humana es visible en esos pueblos, examinándolos detenidamente, aunque ofrezcan rasgos en apariencia sumamente inhumanos. La naturaleza quiso probar qué durísimas condiciones era capaz de resistir nuestra especie, y ésta salió airoso de la prueba.

Los lapones habitan ya una zona relativamente más benigna, y son también un pueblo menos duro<sup>3</sup>. La estatura de la figura humana aumenta; disminuye la redondeada chatez del rostro, las mejillas se hundan, los ojos se tornan de un gris oscuro; los cabellos negros hirsutos adquieren un color castaño amarillento; a la par de su formación exterior se abre también la organización interna del hombre cual capullo que se desarrolla bañado por los rayos de un sol más benigno<sup>4</sup>. El lapón montaraz hace pastar ya sus renos, práctica que no conocían aún los groenlandeses ni los esquimales; le proporcionan alimento y vestido, casa y techo, comodidad y placeres; cuando el groenlandés tenía que buscar eso las más veces en el mar, al margen de la tierra. En consecuencia, el hombre adquiere

<sup>1</sup> WILSON, *Beobachtungen über den Einfluss des Klima auf Pflanzen und Thiere*, Leipzig 1781; GRANT, *Histor. von Groenland*, parte II, pág. 275.

<sup>2</sup> ROGER CURTIS, *Nachricht von Labrador*, en FORSTER y SPRENGEL, *Beiträge zur Völkerkunde*, parte I, págs. 105 ss.

<sup>3</sup> Como se sabe, Sainovich encontró que el lapón se parece al lenguaje húngaro. Véase SAINOVICH, *Demonstratio, idioma Ungaror, et lappon. idem esse*, Havniae 1770.

<sup>4</sup> Véase sobre los lapones HÖCHSTRÖM, LEEM, KLINGSTEDT, GEORGI, *Beschreibung der Nationen des russischen Reichs*, etc.

ya un animal terrestre como amigo y servidor, que le da ocasión de aprender artes y un modo de vivir doméstico. Acostumbra sus pies a la marcha, sus brazos a un modo de viajar artificial, su sentimiento al amor a la posesión y a una propiedad más estable, como asimismo lo mantiene en el amor a la libertad y acostumbra a su oído a esa tímida cautela que observamos en varios pueblos que viven en ese estado. Asustadizo como su animal, el lapón aguza el oído y procura moverse con el menor ruido posible; le gusta su manera de vivir, y cuando vuelve a lucir el sol, mira hacia las montañas, como hacia ellas mira su reno; con él habla y con él se entiende; procura por él como por sus riquezas y por la servidumbre doméstica. Es decir, con ese primer animal terrestre domesticable que la naturaleza pudo dar a esas regiones, dió también al hombre una escalera de mano para subir a un modo de vivir más humano.

Sobre los pueblos del mar Ártico del vasto Imperio Ruso tenemos, además de tantos viajes modernos, universalmente conocidos, que los describen, una colección de cuadros cuya contemplación dice más de lo que mi descripción podría decir<sup>1</sup>. Por mezclados y relegados que vivan varios de esos pueblos, vemos que aun los de más distinta procedencia se hallan oprimidos por el yugo de una formación nórdica y remachados, por decirlo así, a una cadena del polo norte. El samoyedo tiene el rostro redondo, ancho, achatado, el pelo hirsuto, negro, la estatura baja, sanguínea, de la formación nórdica; sólo sus labios son más salientes, la nariz más abierta y ancha, la barba disminuye, y mirando hacia una zona de enorme extensión hacia el este veremos que disminuye cada vez más. Podríamos decir, pues, que el samoyedo es algo así como el negro de los países nórdicos, y la gran excitabilidad de sus nervios, la precoz nubilidad de las samoyedas a la edad de once o doce años<sup>2</sup>, y aun —si es verdadera la noticia— el círculo negro alrededor de sus pechos, junto con otras circunstancias, lo hace más semejante aún al negro, aunque viva en regiones frías. Pero, a pesar de su naturaleza delicada y ardiente, que probablemente se trajo como carácter racial y que ni siquiera el clima logró reprimir, en conjunto sigue siendo un nórdico por el conjunto de su formación. Los tunguses<sup>3</sup>, que viven más hacia el sur, se parecen ya al tronco mongólico, aunque se apartan de él por el lenguaje y la raza, como el samoyedo y ostiaco se apartan de los lapones y groenlandeses; su cuerpo

<sup>1</sup> GEORGI, *Beschreibung der Nationen des russischen Reichs*, San Petersburgo 1776.

<sup>2</sup> KLINGSTEDT, *Mémoires sur les Samojedes et sur les Lappons*.

<sup>3</sup> Sobre todas esas naciones, véase GEORGI, *op. cit.*, los *Viajes* de Pallas y de Gmelin Senior, etc. De los viajes de Pallas y de las observaciones de Georgi se han sacado las *Merkwürdigkeiten ver verschiednen Völker*, editadas en Frankfurt y Leipzig 1773-1777.

es de mayor estatura y más esbelto, sus ojos pequeños a la manera mongólica, los labios finos, el pelo más suave, aunque el rostro conserva su cuño chato nórdico. Lo mismo ocurre con los yakutos y yukagueros que parecen derivar hacia la formación tártara, como aquéllos hacia la mongólica, y hasta con los mismos tártaros. A orillas de los mares Negro y Caspio, en las vertientes del Cáucaso y de los Urales, o sea en parte en las zonas más templadas del mundo, la formación de los tártaros se aproxima a una mayor belleza. Su figura se torna esbelta y cenceña; la cabeza se aparta de la tosca chatura y se inclina a una forma ovalada más bella; el color adquiere lozanía; la nariz se adelanta, regular y seca; el ojo se torna más vivo, el pelo castaño oscuro, el paso más animado, el semblante de agradable modestia y tímido. Por consiguiente, cuanto más nos aproximamos a las regiones donde aumenta la abundancia de seres vivientes de la naturaleza, también el organismo humano resulta más bello y proporcionado. Cuanto más se sube hacia el norte o se penetra más hacia el interior de las estepas kalmukas, tanto más se achatan los rasgos del rostro y se tornan más salvajes a la manera de los nórdicos o kalmukos. De todos modos, mucho depende también de la manera de vivir del pueblo, de la condición de su suelo, de su procedencia y de la mezcla con otros pueblos. Los tártaros montaraces conservan sus rasgos más puros que los que viven en las estepas y llanuras; los pueblos que están en las proximidades de las aldeas y ciudades, se suavizan y también mezclan más costumbres y rasgos. Cuanto menos obligado se vea un pueblo a cambiar de habitáculo, cuanto más fiel tenga que permanecer a su modo de vivir sencillo y rudo, tanto más conservará también su formación. Por lo tanto, como en esa gran meseta de la Tartaria en declive hacia el mar se han producido tantos choques y revoluciones que han mezclado más a los pueblos en ella residentes de lo que podían separarlos las montañas, desiertos y ríos, también se observarán mayor número de excepciones de la regla, y luego las excepciones confirman la regla, puesto que todo se distribuye en la cultura nórdica, tártara y mongólica.

## II

ORGANIZACIÓN DE LOS PUEBLOS DE LAS TIERRAS  
ALTAS ASIÁTICAS

Como existen muchas posibilidades de que el género humano tuviera su primera morada en esas tierras altas, se siente la inclinación a buscar también en ellas la especie humana más bella; pero ¿cuánto nos engaña esa expectación! La formación de los kalmukos y mongoles es conocida; además de estatura mediana, tienen por lo menos restos del rostro achatado, barba rala y tez morena del clima nórdico; pero se distinguen por las órbitas dispuestas en ángulo oblicuo con respecto a la nariz y con un relleno que termina en superficie llana, por cejas estrechas, negras, poco arqueadas, por una nariz pequeña, chata, demasiado ancha comparada con la frente, por tener orejas grandes y gachas, muslos y piernas combas y la dentadura blanca y fuerte<sup>1</sup>, que, junto con toda la formación del rostro, parecen caracterizar a una especie humana de rapiña. ¿De dónde viene esa formación? Las rodillas y piernas dobladas tienen su primera razón de ser en el modo de vivir del pueblo. Desde la infancia se arrastran sobre sus piernas o las tienen colgadas montando a caballo; se pasan la vida sentados o montando, y la única posición que da a la pierna humana su bella forma recta: la marcha, les es casi desconocida salvo para dar unos pocos pasos sin importancia. ¿No era de esperar que a su formación pasaran otros varios rasgos de su modo de vivir? Las orejas gachas como de animal, siempre al acecho y escuchando, los ojos pequeños y penetrantes que perciben a la máxima distancia el menor humo o polvareda, los dientes blancos que se destacan, como de roedores de huesos, el cuello fuerte sobre el cual se apoya la cabeza hacia atrás, ¿no son todos esos rasgos testimonios de la persistencia de ademanes y caracteres adquiridos a base de su modo de vivir? Añádase, como dice Pallas, que sus hijos tienen hasta los diez años un rostro deforme, hinchado y de aspecto escoquímico, hasta que con el crecimiento adquieren mejor figura; observemos que en grandes extensiones de sus regiones no llueve y se carece

<sup>1</sup> PALLAS, *Sammlungen über die mongolischen Völkerschaften*, t. I, págs. 98, 171, etc.; GROMA, *Beschreibung der Nationen des russischen Reichs*, t. IV, San Petersburgo 1780; SCHNITSCHKA, *Nachricht von den afukischen Kalmuken* en MÜLLER, *Sammlung zur russischen Geschichte*, vol. IV, sección 4; el extracto de Schläger, de *Memorabilibus Russico-Asiaticis* en la *Sammlung* de Müller, volumen VII, sec. 1, etc.

de agua pura, y que desde la infancia casi desconocen el baño; pensemos en los lagos, suelos y pantanos salitrosos de su habitáculo, cuyo sabor potásico les gusta encontrar en las comidas y hasta en el torrente de té que injieren a diario en detrimento de su digestión; añadamos que en las alturas en que viven, el aire es más tenue, los vientos secos, las emanaciones potásicas, el largo invierno con la nieve a la vista y con el humo de sus cabañas y toda una serie aún de circunstancias menos importantes: ¿no ha de ser probable que ya hace milenios, cuando quizá algunas de esas causas influyeran mucho más intensamente aún, originaran una formación que acabara convirtiéndose en naturaleza hereditaria? Nada restaura tanto a nuestro cuerpo, dándole por decirlo así mayor desarrollo y vigor, como el bañarse y lavarse con agua, sobre todo en combinación con la marcha, la carrera, la lucha y otros ejercicios corporales. Nada debilita más al cuerpo que la bebida caliente que ellos absorben sin medida y que, por añadidura, sazonan ellos con sales potásicas astringentes. De ahí, como hizo observar ya Pallas, la figura enclecle, afeminada, de los mongoles y buratos, hasta el extremo de que cinco y seis de ellos no logran hacer con todas sus fuerzas lo que puede hacer un ruso; de ahí su cuerpo de particular ligereza con el cual, por decirlo así, no hacen más que estar suspendidos y volar sobre sus pequeños caballos; de ahí también, por último, la cacocquimosis que pudo transmitirse a sus hijos. Hasta hay algunas tribus tártaras colindantes que nacen con rasgos de formación mongólica, pero los modifican al crecer; de ahí probablemente que deba haber algunas causas climáticas que, más o menos bajo los efectos del modo de vivir, se incorporan a la estructura corporal del pueblo y se convierten en hereditarios. Se dice que de la mezcla de rusos o tártaros con los mongoles nacen hermosos hijos, y asimismo que entre ellos, sólo que a la manera mongólica, hay tipos muy delicados y proporcionados<sup>1</sup>. Por lo tanto, también aquí la naturaleza permaneció fiel a su organización; pueblos nómadas bajo ese cielo, en esa zona de la tierra y con ese modo de vivir, tenían que convertirse en esos ligeros buitres de rapiña.

Y los rasgos de su formación se extienden en un radio muy amplio, pues ¿a dónde no volarían esas aves de rapiña? En más de una ocasión, su vuelo triunfal se extendió por toda una parte del mundo. En consecuencia, en varios países de Asia se establecieron mongoles cuyos rasgos se ennoblecieron con los de otros pueblos. En efecto, antes que esas inundaciones bélicas hubo aquellas antiquísimas emigraciones desde esas elevadísimas regiones de la tierra temperamentamente habitadas hacia otros países contiguos. Quizá se

<sup>1</sup> PALLAS, "Sammlungen zur Geschichte der mongalischen Völkerschaften. Viajes, t. I, pág. 304, II, etc.

deba pues a eso el hecho de que ostente rasgos de formación mongólica la zona oriental del mundo hasta los kamtchadales, por arriba, así como más allá del Tibet a lo largo de la península hasta más allá del Ganges. Demos un vistazo a esa zona de la tierra que nos ofrece varias curiosidades.

La mayor parte de las artificiosidades que se observan en el cuerpo de los chinos, revelan rasgos mongólicos. En esos pueblos observamos pies y orejas deformes; probablemente, con la cooperación de una cultura errónea, una desproporción semejante dió lugar a ese antinatural abarrojamiento de los pies, a esas horrosas desfiguraciones de las orejas, corrientes en muchos pueblos de esa zona de la tierra. Les daba vergüenza su conformación y quisieron modificarla, pero eligieron partes que, prestándose a ser modificadas, acabaron heredándose como la más disforme belleza. Los chinos, hasta donde lo permite la gran diversidad de sus provincias y de su modo de vivir, ostentan todavía rasgos de la conformación oriental, con la sola diferencia de que donde más intensa se manifiesta ésta es en las tierras altas mongólicas. El rostro ancho, los pequeños ojos negros, la nariz chata, la barba rala sólo se aclimataron en otro país adoptando una forma más suave, más redondeada, y del mismo modo que el gusto chino parece consecuencia de órganos mal ordenados, así también su forma de gobierno y sabiduría trae consigo el despotismo y la tosquedad. Los japoneses, pueblo de cultura china, aunque probablemente de procedencia mongólica<sup>1</sup>, son casi en su totalidad de mala formación, cabeza gruesa, ojos pequeños, nariz chata, mejillas aplastadas, casi sin barba y las más veces patizambos; su régimen político esta lleno de violenta coacción, que sólo se adapta perfectamente a su país. Una tercera clase de despotismo impera en el Tibet, cuyo culto religioso se extiende a gran distancia hacia las estepas bárbaras.

La conformación oriental<sup>2</sup> se extiende con las cordilleras a la península más allá del Ganges, a donde con las montañas se contiguaron también probablemente los pueblos. El reino de Assam, colindante con la Tartaria, se caracteriza, si hemos de dar crédito a los relatos de los viajeros<sup>3</sup>, especialmente en la parte septentrional, por sus frecuentes bocios y nariz chata. El desproporcionado adorno en las orejas alargadas, la alimentación grosera y la des-

<sup>1</sup> *Allgemeine Sammlung der Reisen*, t. II, pág. 595, Charlevoix. Para los chinos véase OTTO TONKE, *Reise nach Suiate und China*, pág. 68, *Allgemeine Reisen* t. VI, pág. 130.

<sup>2</sup> Las noticias más antiguas presentan a los tibetanos como deformes. Véase *Allgemeine Reisen* vol. VII, pág. 382. Según otras más modernas (PALLAS, *Nordische Beiträge*, vol. IV, pág. 280), eso se ha atenuado, parece que al amparo de la situación de esa zona. Probablemente son un tránsito brusco a la conformación indostánica.

<sup>3</sup> Véase TAVERNIER, *Allgemeine Reisen*, vol. X, pág. 557.

nudez son caracteres de la barbarie de un pueblo rudo en una zona tan templada de la tierra. Los arracanes, con sus narices de ancha apertura, frente aplastada, ojos pequeños y orejas que ellos se hacen bajar hasta los hombros, ostentan precisamente esa deformación de la zona oriental de la tierra<sup>1</sup>. Los birmanos de Ava y Pegú detestan la barba hasta el pelo más insignificante, como la detestan también los tibetanos y otras naciones de las zonas altas; no quieren que una naturaleza más pródiga los aparte de su tipo tartárico imberbe. Lo propio ocurre, aunque con las diferencias propias de climas y países, hasta las islas<sup>2</sup>.

Hacia el norte no varía eso hasta los coriacos y kamtchadales en la linde del mundo oriental. Parece que el lenguaje de los últimos tiene aún alguna semejanza con el chino-mongólico, a pesar de que en tiempos antiguos debieron estar separados de esos pueblos, puesto que todavía ignoraban el uso del hierro; su conformación no reniega aún de la zona del mundo en que viven<sup>3</sup>. Su pelo es negro, su rostro ancho y plano, la nariz y los ojos muy hundidos; y el carácter de su espíritu, aparente anomalía en ese clima frío e inhospitalario, veremos que con todo se adapta perfectamente a él. Los coriacos, los tchutchis, los curiles y otros pueblos isleños orientales son por último<sup>4</sup>; a mi parecer, tránsitos paulatinos de la forma mongólica a la americana; y cuando conozcamos los confines del noroeste de esa parte del mundo, en gran parte desconocidos aún, la zona interior de Yeso y el gran trecho que se extiende hasta más allá de Nueva México, para nosotros todavía tan vacío como el interior del África, me imagino que a consecuencia del último viaje de Cook<sup>5</sup> veremos cómo se confunden matices bastante acentuados.

Ésa es la gran extensión que tiene la conformación oriental, en parte deformada y por todas partes más o menos imberbe, y no procede de un solo pueblo, como lo demuestra la variedad de lenguas y costumbres de esas naciones. ¿Cuál sería pues su causa? Por ejemplo ¿qué fué lo que armó a pueblos tan diferentes a luchar contra la barba o a desfigurarse las orejas o a taladrarse la nariz y los labios? Conjeturo que el fundamento debió ser una deformidad originaria, que a su vez se valió de un arte bárbaro y acabó convirtiéndose en antigua costumbre ancestral. La degeneración

<sup>1</sup> OUVINGTON, *Allg. Reisen*, vol. X, pág. 67.

<sup>2</sup> Véase MARSDEN, *Beschreibung von Sumatra*, pág. 62, *Allg. Reisen*, t. II, pág. 487, etc.

<sup>3</sup> STELLER, *Allg. Reisen*, t. XX, pág. 289.

<sup>4</sup> GEORGI, *Beschreibung der Nationen des russischen Reichs*, t. III.

<sup>5</sup> ELLIS, *Nachricht von der Cookschen dritten Reise*, pág. 114, *Tagebuch der Entdeckungsreise*, trad. de Forster, pág. 231; cfr. las noticias más antiguas de las islas entre Asia y América. Véase *Neue Nachricht von den neuentdeckten Inseln*, Hamburgo y Leipzig 1776, los relatos de PALLAS *Nordische Beiträge*, las *Sammlungen* de Müller, los *Beiträge zur Völker- und Länderkunde*, etc.

de los animales, antes de afectar a la figura, se muestra en el pelo y en las orejas, luego sigue bajando a las piernas, del mismo modo que lo primero que se modifica en el rostro es su contorno, el perfil. Cuando se investigue más la genealogía de los pueblos, el modo de ser de esas remotas zonas y países y sobre todo las divergencias de la fisiología interna de los pueblos, haremos también averiguaciones más concretas sobre este punto. ¿Y no habría de ser Pallas, tan buen conocedor de las ciencias y naciones, quien nos diera al respecto un *spicilegium anthropologicum*?

## III

ORGANIZACIÓN DE LA ZONA TERRESTRE DONDE VIVEN  
PUEBLOS DE BELLA CONFIGURACIÓN

En el centro de la falda de la sierra más elevada se halla el reino de Cachemira, escondido cual Paraíso del mundo. Hermosas y fértiles colinas están encerradas entre montañas cada vez más altas, las últimas de las cuales, cubiertas de nieves perpetuas, se elevan entre nubes. Corren aquí hermosos arroyos y ríos; decoran el terreno exuberantes plantas y frutos; islotes y jardines emergen del verde agradable; todo está cubierto de pastos; las fieras y animales venenosos están desterrados de ese paraíso. Como dice Bernier, esas montañas podrían denominarse las montañas inocentes donde nacen la leche y la miel, y la especie humana que allí mora, no es menos valiosa que la naturaleza. Los cachemirenses pasan por ser los hindúes más inteligentes e ingeniosos, igualmente hábiles para la poesía como para la ciencia, para los oficios como para las artes, siendo los hombres de más bellas proporciones y sus mujeres a menudo modelos de belleza<sup>1</sup>.

¡Qué feliz podría haber sido el Indostán si no se hubiesen congregado bandas humanas para devastar el jardín de la naturaleza y torturar con la superstición y la opresión a la más inocente de las figuras humanas! Los hindúes son el tronco humano más bondadoso del mundo. No les gusta ofender a ningún ser viviente; cosechan lo que trae vida, y se alimentan con los manjares más inocentes, leche, arroz, frutos de los árboles, hierbas sanas que les ofrece su madre patria. "Su figura", dice un viajero moderno<sup>2</sup>, "es

<sup>1</sup> BERNIER, *Allgemeine Reisen*, t. II, págs. 116 y 117.

<sup>2</sup> MURKINSON, *Travels*, vol. I, pág. 321.

recta, esbelta y hermosa, sus miembros bellamente proporcionados, sus dedos largos y de delicado tacto, su rostro franco y agradable; los rasgos de éste son en el sexo femenino las más delicadas líneas de belleza y en el masculino de un alma bondadosamente viril. Sus andares y todo el porte del cuerpo son sumamente graciosos y atractivos". Las piernas y muslos, que en todos los países del noreste eran endeble o encogidos como los de los monos, se prolongan aquí y ostentan una belleza humana incipiente. Hasta la configuración mongólica que se ha mezclado con esta especie, se convirtió en dignidad y amabilidad. Y así como la figura del cuerpo es también la figura originaria de su espíritu, aun si se la considera sin la presión de la superstición o de la servidumbre, su modo de vivir, moderación y serenidad caracterizan su trabajo y su goce, su moral y su mitología, sus artes y hasta la tolerancia con que soportan el yugo más extremado. Felices ovejas ¿por qué no podríais pastar sin estorbos ni preocupaciones en vuestra dehesa de la naturaleza?

Los persas antiguos eran un pueblo feo de las montañas, como puede verse aún en lo que de ellos queda: los gauros<sup>1</sup>. Mas como difícilmente habrá en el Asia una región expuesta a tantas invasiones como Persia, situada precisamente en la falda de pueblos de bella formación, se mezcló aquí un tipo humano que en los persas más nobles combina la dignidad con la belleza. Aquí está Circasia, la madre de la belleza; del otro lado del Mar Caspio viven tribus tártaras que en su lindo clima han adquirido ya una bella figura y a menudo se expandieron hacia el sur. A mano derecha está la India, y tanto de ella como de Circasia jóvenes compradas embellecieron la estirpe persa. Su mentalidad se adaptó con el tiempo a ese lugar de ennoblecimiento de la estirpe humana, puesto que ese entendimiento fácil y penetrante, esa fecunda y animada imaginación de los persas junto con su modo de ser dúctil y cortés, su propensión a la vanidad, al lujo y a la alegría, y hasta al amor romántico, son quizá las cualidades más indicadas para el equilibrio de las inclinaciones y rasgos. En vez de aquellos bárbaros adornos con que naciones informes trataron de esconder la deformidad de su cuerpo aunque sólo lograron aumentarla, aquí aparecieron costumbres más bellas que hacían resaltar la hermosa figura del cuerpo. El mongol, que carecía de agua, tenía que vivir sucio; el muelle hindú se baña; el voluptuoso persa se unge. El mongol vivía pegado a sus talones o montado a caballo; el suave hindú descansaba; el romántico persa distribuye su tiempo en diversiones y

<sup>1</sup> CHARBON, *Voyages en Perse*, vol. III, cap. III. En LE BRUN (BRUYNS) *Voyages en Perse*, t. I, cap. 42, n. 86-88 figuran persas que cabe comparar con los negros que vienen a continuación n. 90 y 90, los rusos samoyedos cap. 2, n. 7 y 8, los feroces negros del sur n. 197 y 1 los benyanes n. 109.

juegos. Se pinta las cejas, y se viste con una indumentaria que haga resaltar su altura. Hermosa figura, suave equilibrio de las inclinaciones y fuerza del alma, ¿por qué no pudiste transmitirte a todo el globo terrestre?

Ya hicimos observar que algunas tribus tártaras figuran originariamente entre los pueblos más bellos de la tierra y sólo en los países septentrionales o en las estepas se tornan salvajes; a ambas orillas del Mar Caspio se encuentra este tipo humano más bello. Las urbecas son descritas como mujeres altas, bien formadas y agradables<sup>1</sup>; van a la batalla al lado de su marido; sus ojos, dice la descripción, son grandes, negros y vivaces, el pelo negro y sedoso; el tipo masculino es gallardo y tiene una especie de delicada dignidad. Análogos elogios se hacen de los bukharos, y la belleza de las circasianas, los sedosos hilos de sus cejas, sus ardientes ojos negros, la frente lisa, la boca pequeña, la barbilla redonda, son ampliamente conocidos y ensalzados<sup>2</sup>. Se diría que en estas regiones está centrado el filo de la balanza del tipo humano, habiendo extendido sus plátanos a oriente y occidente, hacia la India y Grecia. Afortunadamente para nosotros, Europa no estaba tan lejos de ese punto central de las bellas formas, y muchos de los pueblos que habitan esta parte del mundo, ocuparon o atravesaron lentamente las regiones situadas entre los mares Negro y Caspio. Por lo menos no somos antipodas de la región de la belleza.

Todos los pueblos que se congregaron en esta región de bellos tipos humanos y permanecieron algún tiempo en ella, suavizaron sus rasgos. Los turcos, originariamente gente fea, adquirieron una figura más gallarda, puesto que como dominadores de vastas regiones sacaban provecho de toda vecindad de bellas estirpes; probablemente contribuyeron también a eso los preceptos del Corán que les ordenaban lavarse, ser puros y moderados y, en cambio, les permitían voluptuoso descanso y amor. Los hebreos, cuyos antepasados provenían asimismo de las mesetas asiáticas y que durante largo tiempo llevaron una vida nómada, dirigiéndose tan pronto hacia el árido Egipto como hacia el desierto arábigo, si bien en su propio angosto suelo, bajo el opresor yugo de la Ley, jamás pudieron elevarse a un ideal que fomentara una actividad más libre y variados deleites de la vida, aún ahora, en su vasta dispersión y en su largo y profundo abatimiento, siguen ostentando la marca de su tipo asiático. Algo de eso conservaron también los duros árabes, pues aunque su península fué formada como país de libertad más que de belleza, y ni el desierto ni la vida nómada pueden ser las mejores cuidadoras de la bella figura, ese pueblo duro e intrépido,

<sup>1</sup> *Allgemeine Reisen*, t. VII, págs. 316 y 318.

<sup>2</sup> Véase algunas líneas en LE BRUN *Voyages au Levant*, t. I, cap. X, n. 34-37.

que, según veremos en lo sucesivo, extendió su vasta influencia a tres partes del mundo, es al mismo tiempo un pueblo de cuerpo bien formado<sup>1</sup>.

Por último, en las costas del Mar Mediterráneo<sup>2</sup>, la figura humana halló un lugar donde pudo maridarse con el espíritu y hacerse visible con todos los encantos de la belleza terrena y celestial, no sólo a los ojos, sino también al alma: es la triple Grecia de Asia y de las Islas, la Grecia propiamente dicha y la de las lejanas costas de los países de Occidente. Tibios vientos del oeste abanicaban a la planta que de las alturas del Asia se había ido traspantando paulatinamente hacia esa zona, y le insuflaban vida; los tiempos y las circunstancias contribuyeron a hacer subir su savia y a darle la corona que todavía asombra a cualquiera que gozosamente contempla aquellos ideales del arte y sabiduría de Grecia. Aquí se concibieron y crearon figuras como no podría trazar ningún enamorado de la belleza circasiana, ningún artista de India o Cachemira. La figura humana entró en el Olimpo y se revistió de belleza divina.

No voy a extraviarme penetrando más al interior de Europa. Es tan multiforme y entreverada y mediante su arte y su cultura ha alterado de tantos modos la naturaleza, que no me atrevo a decir nada universal sobre sus hermosas naciones, mezcladas unas con otras. Antes bien, daremos una mirada retrospectiva desde la última orilla de la zona terrestre que hemos atravesado y, después de una o dos observaciones, pasaremos al África negra.

Primero: Llama la atención a todo el mundo que la zona de los pueblos de cuerpo bien formado sea una zona intermedia de la tierra que, como la belleza misma, se halla entre dos extremos. No tiene el frío agobiador de los samoyedos ni los áridos vientos salinos de los mongoles; y, por otra parte desconoce tanto los calores abrasadores de los desiertos de arena africanos, como las humedades y cambios violentos del clima americano. No se halla en la cumbre de la altura terrestre ni en la vertiente hacia el polo; antes bien la protegen, por una parte, las altas murallas de las sierras tártaras y mongólicas, mientras por otra el viento del mar la refresca. Sus estaciones alternan regularmente, y además sin la violencia que domina en el ecuador, y, como ya había observado Hipócrates que una suave regularidad de las estaciones ejerce también gran influencia sobre el equilibrio de las inclinaciones, no la ostenta menos

<sup>1</sup> Véanse estampas de ellos en NITSCHE, t. II: LE BRUN, *Voyages au Levant*, n. 90 y 91.

<sup>2</sup> Véanse las ilustraciones de LE BRUN, *Voyages au Levant*, cap. 7, n. 17-20, en CHOUSSER, *Gouffier, Voyage pittoresque*, etc. Los monumentos de los antiguos griegos aparecen en todas estas ilustraciones.

en el espejo y moldeado de nuestra alma. Los bandidos turcomanos, que hacen sus correrías por las montañas o por el desierto, siguen siendo un pueblo feo aun en el clima más hermoso; si se establecieran sosedadamente y distribuyeran su vida entre un goce más suave y una actitud que los sumiera con otras naciones más cultas, con el tiempo se les quedaría algo tanto de sus costumbres como de los rasgos de su cultura. La belleza del mundo sólo fué creada para su goce apacible; sólo en medio de éste se comunica al hombre y se encarna en él.

Segundo: Fué ventajoso para el género humano que en esas regiones de bella figura no sólo se iniciara la cultura sino que desde ellas empezara a ejercer el influjo más benéfico sobre otras naciones. Si la divinidad no pudo hacer de toda nuestra tierra la sede de la belleza, por lo menos permitió que el género humano subiera por la puerta de la belleza y que los pueblos sólo visitaran otras regiones después de llevar mucho tiempo con sus rasgos bien consolidados. Fué también el mismo principio de la naturaleza el que precisamente al mismo tiempo hizo que las naciones de bella figura ejercieran el más benéfico influjo sobre las demás; les concedió la alegría, la elasticidad de espíritu, propia tanto de la forma de su cuerpo como de ese influjo benéfico en otras naciones. Los tunguses y esquimales están incesantemente sentados en sus cuevas y no se preocuparon de pueblos lejanos con amor ni con compasión. El negro no inventó nada para los europeos; no se le ocurrió nunca llevar la felicidad a Europa ni hacerle la guerra. De las regiones de pueblos de bella figura hemos tomado lo mucho o poco que poseemos de religión, arte, ciencia y toda la forma de nuestra cultura y humanidad. En esta zona se ha inventado, ideado y por lo menos ejecutado en ensayos infantiles todo cuanto podía embellecer y educar a la humanidad. La historia de la cultura lo pondrá de relieve irrefutablemente, y se me antoja que toda nuestra experiencia lo demuestra. Si nosotros los europeos del norte seríamos todavía bárbaros si un soplo propicio del destino no nos hubiese traído por lo menos flotes del espíritu de esos pueblos para que, injertando la bella rama en los troncos salvajes, nos ennoblecieramos con el tiempo.

## IV

## EL ORGANISMO DE LOS PUEBLOS AFRICANOS

Al pasar al país de los negros, tenemos que desprendernos equitativamente de nuestros orgullosos prejuicios y contemplar el organismo de su zona como si fuera el único del mundo. Exacta-

mente con el mismo derecho con que nosotros consideramos al negro como hijo maldito de Cam y como imagen del diablo, él puede declarar que sus raptos blancos son albinos y satanases blancos que sólo por debilidad de la naturaleza han degenerado como cerca del polo pierden color muchos animales. "Yo" —podría decir él— "yo, el negro, soy el hombre natural. Me ha impregnado del modo más fuerte la fuente de la vida, el sol, y en mí y en todo lo que me rodea ha influido del modo más intenso y profundo. ¡Mirad mi tierra llena de oro y frutos, mis árboles que se elevan hasta el cielo, mis animales vigorosos! Todos los elementos que me rodean rebosan de vida, y yo pasé a ser el punto central de este efecto vital". Así podría hablar el negro, y nosotros vamos a entrar con modestia en el reino que le es peculiar.

Ya al atravesar el istmo nos encontramos con una nación rara: los egipcios. Altos, robustos, de cuerpo adiposo (la gordura con que quieré favorecerlos el Nilo), y además de ruda complexión ósea y tez moreno-amarillenta; sin embargo son sanos y fecundos, viven mucho tiempo y son moderados. Ahora indolentes, fueron en otros tiempos laboriosos y diligentes; es evidente que un pueblo con esos huesos y esa formación era indicado para que se desarrollaran todas las alabadas artes e instituciones de los antiguos egipcios<sup>1</sup>. Una nación más delicada, difícilmente habría servido para eso.

Los moradores de Nubia y de las zonas interiores del África, que viven en zonas más altas, todavía nos son poco conocidos; sin embargo, si hemos de creer los relatos provisionales de Bruce<sup>2</sup>, en toda esa región alta no viven familias negras, que él asigna sólo a las costas orientales y occidentales de esa parte del mundo que califica de las regiones más bajas y más feas. Hasta debajo del ecuador —dice— hay sólo hombres blancos o moreno-amarillentos en esa región alta muy moderada y lluviosa. Por curioso que sea este hecho, para explicar el origen del negro de los negros, nos muestra también, lo cual casi nos interesa más, que la forma de las facciones de esas regiones se aproxima paulatinamente al tipo negro. Sabemos que los abisinios son de origen árabe, y que ambos reinos estuvieron unidos a menudo y por mucho tiempo; sin embargo, a juzgar por sus retratos en Ludolf y otros autores<sup>3</sup>, ¡qué rasgos faciales más duros aparecen aquí comparados con la figura árabe y otras asiáticas! Se aproxi-

<sup>1</sup> Véanse su arte antiguo, sus momias y los dibujos de los sarcófagos de sus momias.

<sup>2</sup> BUFFON, *Suppléments à l'histoire naturelle*, t. IV, p. 495. Lobo dice por lo menos que aun los negros que hay allí no son feos ni tontos, sino inteligentes, delicados y de buen gusto. (*Relation historique d'Abyssinie*, p. 85). Como todos los relatos de esas regiones son antiguos e inciertos, sería de desear que se publicara la edición de sus viajes, si es que llegó hasta Abisinia.

<sup>3</sup> LUDOLF, *Hist. Aethiop.*, passim.

ma a la forma de los negros, aunque todavía remotamente; y las grandes variaciones topográficas de altas montañas y deliciosos valles, los cambios de clima con tempestades de viento, calor, frío y buen tiempo, junto con toda una serie de otras causas, parecen explicar esos rasgos tan compuestos. En una parte del mundo diferente tenía que criarse también otra figura humana, cuya característica parece ser mucha energía vital sensible, gran duración, pero también un paso hacia lo más extremo de la formación, que en todo caso es animal. La cultura y forma de gobierno de los abisinios es, en consonancia tanto con la índole de su tierra como de su figura, una ruda mezcla de cristianismo y paganismo, de libre despreocupación y bárbaro despotismo.

En el otro lado de África, los bereberes nos son casi tan poco conocidos como las egipcios para poder juzgarlos. Su residencia en los montes del Atlas y su modo de vivir duro y alegre, les dió la figura desarrollada, ligera y ágil que los distingue también de los árabes<sup>1</sup>. Por lo tanto, no son aún un pueblo de cultura negra, porque no lo son los moros, pues estos últimos son estirpes árabes mezcladas con otros pueblos. "Hermoso pueblo" —dice un observador moderno—<sup>2</sup> "de finos rasgos faciales, rostros largos y redondeados, ojos hermosos, grandes y ardientes, nariz alargada y no ancha o chata, de bello pelo negro, que cae un poco ondulado", o sea, también, una formación asiática en plena África.

Desde los ríos Gambia y Senegal empiezan propiamente los pueblos negros, aunque también con transiciones paulatinas<sup>3</sup>. Los *ya-loues* o *yulufs* no tienen todavía la nariz chata y los labios gruesos como el negro común; ellos, lo mismo que los *fulis*, más pequeños y ágiles, que según algunos relatos viven divirtiéndose, bailando y en el orden más feliz, son todavía, con la bella disposición de sus miembros, su pelo liso, poco crespo, y sus rostros alargados y abiertos, imágenes de belleza comparados con aquellos mandingoes y otros pueblos negros que viven más abajo. Más allá del Senegal empiezan, pues, los labios gruesos y las narices chatas de la figura negra, que se extienden mucho más abajo con variedades todavía no contadas de pequeños pueblos por Guinea, Loango, Congo y Angola. En Congo y Angola, por ejemplo, el color negro se torna de accituna; el pelo ensortijado adquiere un matiz rojizo, las pupilas son verdes, la caída de los labios es menos pronunciada y la estatura más baja. En la costa opuesta de Zanguebar se encuentra de nuevo ese mismo color accituna, sólo que con estaturas más altas y una complexión más

<sup>1</sup> Hör, *Nachrichten von Marokko*, p. 141, cf. p. 132 s.

<sup>2</sup> Schott, da noticias sobre el estado del Senegal en *Beitr. z. Völker- und Länderkunde*, t. I, p. 47.

<sup>3</sup> SENOTT, *Noticias del Senegal*, t. 3-5.

regular. Por último, los hotentotes y los cafres son retrocesos de los negros hacia otra formación. La nariz de los primeros empieza a perder algo de la aplastada chatura, los labios algo de su hinchado grosor y el pelo es algo intermedio entre la lana de los negros y el cabello de los demás pueblos; su color es moreno-amarillento, su complexión como la de la mayoría de los europeos, sólo que tienen las manos y los pies más pequeños<sup>1</sup>. Si sólo conociéramos los numerosos pueblos que subiendo desde sus áridas regiones de lo más interior del África hasta Abisinia, y en los cuales, según muchos indicios, a medida que nos acercamos a los límites aumentan la fecundidad del país, la belleza, la fuerza, la cultura y el arte, podríamos completar los matices del cuadro de pueblos de esa gran parte del mundo y quizás no encontraríamos un solo vacío.

Pero ¡qué escasas son las noticias seguras que tenemos de esa zona de la tierra! Apenas conocemos las costas del país, y aun a menudo éstas no más allá del alcance de un cañón europeo. De los europeos modernos ninguno recorrió el interior del África, como tan a menudo hicieron las caravanas árabes<sup>2</sup>, lo que sabemos de él son leyendas contadas oralmente por los negros o noticias bastante antiguas de algunos aventureros afortunados o desdichados<sup>3</sup>. Además, aun en las naciones que ya pudimos conocer, parece que el ojo de los europeos fué demasiado tínicamente despreocupado para tomarse la molestia de investigar las diferencias de cultura nacional entre los miserios esclavos negros. Lo consideran como ganado y en la compra sólo se fijan en los dientes. Un misionero husita<sup>4</sup>, nos ha dado de otra parte del mundo minuciosas distinciones de pueblos de negros, mejor que muchos exploradores que recorrieron las costas de África. Sería una suerte para la ciencia de la naturaleza y del hombre que un grupo de hombres con el espíritu de Forster, la paciencia de Sparrmann y los conocimientos de ambos recorriera esas tierras inexploradas. Las noticias que se dan de los yagas y ancicos antropófagos, son sin duda exageradas si se hacen extensivas a todos los pueblos del interior de África. Los yagas parecen ser una nación de bandidos aliados, algo así como un pueblo artificial que forma una especie de amalgama y desecho de varios pueblos de filibusteros que fueron echados a la tierra firme y acabaron viviendo con costumbres rudas y crueles<sup>5</sup>. Los ancicos son pueblos montañeses, tal vez los mongoles

<sup>1</sup> SPARMANN, *Reisen*, p. 172.

<sup>2</sup> SCHOTT, *Noticias del Senegal*, p. 49, 50.

<sup>3</sup> Zimmermann hace una descripción de las partes conocidas y desconocidas, estudio de mucho saber y juicio, en la *Geogr. Gesch. des Menschen*, p. 104 s.

<sup>4</sup> OLDENDORF, *Missiongeschichte auf St. Thomas*, p. 270, etc.

<sup>5</sup> PROYART, *Geschichte von Loango, Kakongo*, etc. Leipzig 1770. Esa traducción alemana contiene un apéndice muy erudito con una colección de noticias sobre los yagas.

y calmuco de esta región; pero ¡cuántas naciones felices y tranquilas vivirán quizás en la falda de los Montes de la Luna! Europa no merece ver su felicidad, porque ha cometido y sigue cometiendo pecados imperdonables en esa parte del mundo. Los árabes, con su comercio tranquilo, recorren el país y han formado colonias que se extienden muy lejos a su alrededor.

Pero me olvidaba de que tenía que hablar de la cultura de los negros como una de las organizaciones de la humanidad. ¡Qué bueno sería que la ciencia natural hubiera dedicado a todas las variedades de nuestra estirpe tanta atención como a ésta! Voy a consignar algunos resultados de sus observaciones.

1. El color negro de los negros no es más asombroso en su especie que el blanco, moreno, amarillo o rojizo de otras naciones. No son negras la sangre, el cerebro ni el semen de los negros. Sino que lo es la retina situada debajo de la epidermis, que todos tenemos, y que también en nosotros es de color más o menos fuerte, por lo menos en algunas partes y en varias circunstancias. Camper<sup>1</sup> lo ha demostrado y, según él, todos tenemos los elementos para llegar a ser negros. Hasta en los trios sámoiedos se ha observado una franja alrededor de los pechos de las mujeres; si en su país no se desarrolló más ese germen negro fué a causa del clima.

2. Por lo tanto, lo único que importa es la causa que aquí permitió que se desarrollara, y la analogía revela en seguida una vez más que el aire y el sol deben haber influido en gran parte. En efecto: ¿qué es lo que nos hace morenos? ¿Qué es lo que distingue en casi todo el país a los dos tipos? ¿A qué se debe que los portugueses que han vivido durante siglos en África hayan adquirido un color tan parecido al de los negros? ¿Cuál es el factor que diferencia tan marcadamente entre sí a las tribus de la misma África? Respondemos que este factor no es otro que el clima en el sentido más amplio de la palabra, como también el sistema de vida y el régimen alimenticio. Las tribus más negras habitan precisamente las regiones donde los vientos orientales inundan de calor el Continente; inversamente, donde el calor va disminuyendo o es refrescado por vientos marítimos, el color negro palidece tomando un matiz amarillento. Los pueblos blancos o blancuzcos viven en las alturas de clima frío, mientras que en los valles cerrados el sol estimula el derrame del aceite que debajo de la epidermis produce un reflejo negro. Ahora bien, si tenemos en cuenta que esos negros habitan su Continente hace miles de años habiéndose adaptado al mismo con toda su manera de vivir; si consideramos además, que ciertos factores cuya influencia es menor hoy en día, la tuvieron en gran medida en épocas pasadas, cuando todos los elementos actuaban todavía con su impetu pri-

<sup>1</sup> Vase CAMPER, *Kleine Schriften*, t. 2, p. 24, etc.

Clima:  
factor de  
diferencia

mitivo; y sí, finalmente, pensamos que en tantos milenios ha pasado también toda la rueda de contingencias que tarde o temprano desarrolla todo cuanto puede desarrollarse en la tierra, ya no puede sorprendernos una menudencia como la de que la piel de algunas naciones sea de color. Variantes mucho mayores que ésta ha producido la naturaleza con su influjo causal continuo y secreto.

3. ¿Y cómo operan estas pequeñas mutaciones? Me parece que la cosa lo muestra por sí sola: un aceite ha coloreado esta retícula. El sudor del negro y, a menudo, del mismo europeo que habita esas regiones, toma el color amarillo; la piel de los negros es como terciopelo grueso y suave, no tan tirante ni tan seca como la piel del blanco. Por lo tanto, el calor del sol ha refinado en su interior un aceite que trató de salir al exterior lo más que pudo, ablandando la piel y coloreando la retícula situada debajo de la epidermis. La mayor parte de las enfermedades de esta región son de tipo biliar. Léanse al respecto sus descripciones<sup>1</sup>, y el color amarillo o negro dejará de parecerse extraño desde el punto de vista fisiológico y patológico.

4. El cabello lanudo de los negros se explica de la misma manera. Puesto que los cabellos viven únicamente de los finos humores de la piel y hasta se producen en ocasiones y en contra de su naturaleza, en un medio grasoso, se tuercen según la cantidad disponible de savia nutritiva, y mueren donde ésta falta del todo. A causa de la organización más tosca de los animales, su pelo se transforma en crizado y cerdoso en los países en que el organismo es afectado por sufrimientos e imposibilidad de elaborar la savia necesaria. La organización más refinada del hombre, destinada a adaptarse a todos los climas, pudo, inversamente, transformar el cabello en lana, gracias al excedente del mencionado aceite que humedece la piel.

5. Pero la evolución propia y característica de los miembros del cuerpo humano tiene un significado aún más profundo, el cual, según creo, se explica también en el caso del organismo de los africanos. Muchas demostraciones de orden físico nos enseñan que los labios, los senos y los órganos genitales guardan una proporción exacta entre sí. Ahora bien: la naturaleza, al tener que privar a esos pueblos de dones más nobles, se vio obligada, conforme a su simple principio evolutivo artístico-creador, a dotarlos en una medida correspondientemente mayor de goces sensuales, lo cual había de aparecer en la parte fisiológica. [La ciencia fisionómica interpreta también en el hombre blanco los labios gruesos como signo de sensualidad, y a la vez que una delgada raya de labios finos como señal de un gusto fríamente refinado, por no citar aquí otras experiencias. ¿Qué tiene, pues, de particular que tales características se encuentren

<sup>1</sup> SCHOTT, Observations on the Synochus atrabiliosa. Extracto en Götting. Magaz. 3, 6, pág. 729, etc.

en aquellas naciones entre cuyas principales felicidades figura el impulso sensual? El niño negro nace blanco; lo primero que se colorea son la piel alrededor de las uñas, las tetillas y los órganos genitales. Según el plan evolutivo de cada caso, se encuentra el mismo consenso entre los miembros entre otros pueblos.

Para el negro, cien hijos son poca cosa, y cierto negro hubo que se quejaba con lágrimas de que los suyos no pasaran de setenta.

6. Con semejante organización rica en aceites con miras al placer sensual, tuvieron que modificarse a la fuerza el perfil y la estructura toda del cuerpo. Al proyectarse la boca hacia adelante, la nariz se hace chata y menuda, la frente se torna huidiza y la cara adquiere una remota semejanza con el cráneo simiesco. A esto responde, a su vez, la posición del cuello, la transición al occipital, la estructura elástica del cuerpo; hasta su nariz y su piel están hechas para el goce animal y sensual.

Así como en esa parte del mundo, patria del calor solar, crecen los árboles más altos y más ricos en savia, pululan los rebaños de los animales más grandes, vivaces y fuertes, y juegan las multitudes inmensas de los monos, de manera que el aire y los ríos, el mar y la arena rebosan de vida y fertilidad, así también la naturaleza humana al organizar su parte animal no pudo menos que seguir el principio simple y universal de las fuerzas evolutivas. Si bajo este sol abrasador no cabía conceder una espiritualidad más refinada a una criatura apasionada y de pecho ardiente, esta privación le fué recompensada con una conformación física que ni permitía aquellos sentimientos elevados. Tengamos, pues, compasión del negro si a causa del organismo propio de su clima, no le cupieron en suerte dones más nobles, mas no le despreciemos, y rindámosle plegues a la madre naturaleza que, aun privando a sus hijos de un bien, sabe compensarlos con otro. Libre de preocupaciones transcurre su vida en una tierra que le brinda su alimento con espléndida liberalidad. Su cuerpo esbelto atraviesa las aguas como si hubiese sido creado para vivir en el mar; trepa y corre con placer y agilidad; sano y fuerte, ligero y vivaz, soporta gracias a su constitución diversa todos los accidentes y enfermedades propios del clima bajo el cual sucumben tantos europeos. ¿Quié le aprovecharía atormentarse por goces superiores para los cuales no ha sido hecho? La materia prima existía también en él: mas la naturaleza, con un movimiento de su mano, formó de ella lo que más necesitaba para la felicidad en su tierra natal. No debía tratar el África si quería renunciar a crear a los africanos.

Compasión  
al negro

## ORGANIZACIÓN DE LOS HOMBRES EN LAS ISLAS DEL TRÓPICO

Nada es más difícil que caracterizar en términos generales los países esparcidos en el regazo del océano. Pues están alejados el uno del otro y en la mayoría de los casos han sido habitados por advenedizos de distinta procedencia que llegaron de regiones más o menos lejanas y los habitaron más tarde o temprano, formando cada cual un cuadro tan variado y multicolor como el que ofrece a la vista su representación geográfica en el mapa. A pesar de todo, ni aquí se pueden disimular los rasgos fundamentales.

1. En las más de las islas asiáticas existe una especie de negros que parece corresponder a los habitantes más antiguos del país<sup>1</sup>.

Según la diversidad de la región que ocupan, son de color más o menos oscuro con pelo crespo y lanudo; aquí y allá aparecen también los labios gruesos, la nariz aplastada, los dientes blancos y, lo que llama la atención, junto con estas formaciones reaparece el temperamento del negro. Hasta la fuerza sana y primitiva, la falta de flexibilidad, la locuacidad sensual que hallamos entre los negros del Continente, también se muestran aquí entre los negrillos de las islas, sólo que en proporción a su clima y modo de vivir. Muchos de esos pueblos se hallan todavía en el grado inferior de su civilización porque fueron desplazados hacia las montañas por inmigrantes posteriores, que ahora habitan las costas y llanuras, por lo que poseemos poca información segura y fidedigna de aquéllos.

¿De dónde proviene esta semejanza en la formación del negro en islas tan lejanas? Ciertamente no de que los africanos hubiesen mandado en tiempos primitivos a colonizar estos parajes, sino porque la naturaleza actúa uniformemente en todas partes. También aquí tenemos el clima más caluroso, refrescado tan sólo por las brisas del mar (por qué, pues, no habría de haber también negrillos en las islas, como hay negros en tierra firme? Tanto más cuanto que son los habitantes primitivos de las islas quienes llevan más profundamente impreso el sello de la modalidad creadora de la naturaleza en estas regiones. A ellos pertenecen también los igolotos de las

<sup>1</sup> SPENCER: *Historia de las Filipinas*; FORSTER, *Noticias de Borneo y otras islas*, en: *Contribuciones a la etnología y geografía*, t. 2, p. 57, 257, y ss. Véase generales, t. II, p. 305; *Viajes de Le Gentil* en la Colección de Ebeling, t. 4, p. 76.

Filipinas y tribus semejantes en la mayoría de las otras islas; también los salvajes en la parte occidental de Nueva Holanda a quienes Dampier describe como una de las tribus más miserables de la humanidad, pertenecen a estos grupos, si bien es el más primitivo de todos, en uno de los parajes más áridos de la tierra.

2. En tiempos posteriores llegaron a estas islas otros pueblos que, en consecuencia, mostraron una conformación menos llamativa. Pertenecen a ellos, según Forster, los badchúes en Borneo, los alfurenses en algunas de las Molucas, los subadenses en Magindano, los habitantes de las Islas Ladrones (Marianas), las Carolinas y las situadas más al sur del Océano Pacífico. Se afirma que se distinguen por una notable semejanza en los idiomas, color, conformación y costumbres; su cabello es largo y liso, y por viajes recientes se ha sabido cuánta es la belleza seductora del cuerpo humano que ha llegado a gran perfeccionamiento en la isla de Tahití y otras cercanas. Con todo, es una hermosura totalmente sensual, y la nariz un tanto achatada de las mujeres de Tahití parece indicar un último toque del clima modelador.

3. Más tarde aún llegaron a muchas de estas islas los malayos, árabes, chinos, japoneses, etc., todos los cuales conservan los rasgos de sus respectivas razas. En una palabra, se puede considerar este grupo de islas como punto de reunión donde las más diversas formas se dieron cita, evolucionando cada cual de muy diversa manera según el carácter que les era propio, el país que habían habitado, la época y estilo de vida que allí habían practicado, de manera que la más notable diversidad puede encontrarse en una vecindad inmediata. Los neo-holandeses descritos por Dampier, y los habitantes de la isla Mallicollo parecen ser de la formación más primitiva, a partir de la cual se elevan gradualmente los habitantes de las Nuevas Hébridas, de Nueva Caledonia, Nueva Zelandia y otras. El Ulises de estos parajes, Reinhold Forster<sup>1</sup>, nos ha descrito tan sabia e inteligentemente los grupos y sub-grupos de la especie humana allí mismo, que desearíamos contar con semejantes contribuciones a la geografía filosófico-física también acerca de otras regiones de la tierra en calidad de fundamento para una Historia Antropológica.

Dirijo mi atención ahora al último Continente que al mismo tiempo es el más difícil de tratar.

<sup>1</sup> FORSTER, *Bemerkungen auf seiner Reise um de Welt*, Berl. 1785. Cap. 6.

## VI

## EL ORGANISMO DE LOS AMERICANOS

Sabido es que América ostenta todos los climas, y no sólo el calor y el frío en los grados más extremos, sino también los cambios más repentinos y bruscos de temperatura, pues allí se juntan las alturas más elevadas y escarpadas con las más amplias y llanas praderas. También se sabe que esta alargada parte del mundo, con su gran bahía, cuenta con una cadena de montañas que va de sur a norte, por lo que tanto su clima como sus productos vivos tienen escasa semejanza con los del Viejo Mundo. Todo ello reclama nuestra atención sobre el grupo humano allí existente, por cuanto representa el nacimiento de un hemisferio opuesto.

Por otra parte, la misma situación de América implica que esta inmensa parte de la tierra, tan distanciada del resto del mundo, no sea accesible desde muchos otros sitios para ser poblada. De África, de Europa y del sur de Asia la separan amplios mares y vientos. Sólo hay un paso que queda cercano al mundo antiguo por su parte noroeste. La esperanza que anteriormente se abrigaba de encontrar una gran variedad de formas, va, pues, disminuyendo, ya que, si los primeros habitantes que al mismo tiempo son los más numerosos, proceden todos de una misma región y acaso se mezclaron en pequeña escala con otros advenedizos más recientes, que bajaron poco a poco por el Continente hasta ocuparlo, finalmente, en toda su extensión, claro está que a pesar de toda la diversidad de climas la conformación y el carácter de los habitantes han de mostrar una uniformidad que sólo permite algunas que otras excepciones. Y esto es cabalmente lo que dicen tantas noticias del norte y sur de América, las que, sin perjuicio de la gran diversidad de latitudes y pueblos, que con frecuencia trataron de separarse con medios violentos, afirman de la conformación de este grupo humano un sello de uniformidad como no se encuentra en el mismo país de los negros. El estudio del organismo del americano constituye, pues, en cierto sentido, una tarea más homogénea que no la conformación de cualquiera otra región del mundo donde se operaron mayores mezclas, y el punto de partida para la solución del problema no puede tomarse sino en el mismo paso probable por donde los hombres pasaron al Continente americano.

Las naciones en las que tocó Cook en América<sup>1</sup>, presentaban un

<sup>1</sup> W. ELLIS, *Noticias del tercer viaje de Cook*, p. 114 ss.

tipo humano de altura mediana, hasta los seis pies. Su color era rojo cobrizo, la forma de la cara cuadrada con los pómulos bastante salientes y escasa barba. El cabello es largo y negro, la constitución de los miembros fuerte y solamente los pies deformes.

Quien tenga presentes a los habitantes del Asia oriental e islas cercanas, podrá observar rasgo por rasgo la lenta transformación. No quiero circunscribir esta última a una nación determinada, porque es probable que varias, también de distintas razas, hayan emigrado a América. Pero que hayan sido únicamente pueblos orientales, lo prueban su conformación somática, sus mismas deformidades, y más que nada, sus atavios y arbitrariedad de costumbres. Una vez que conozcamos toda la costa noroeste de América, de la que hoy por hoy sólo nos son conocidos unos cuantos puertos de desembarco, y tengamos de los mismos moradores un retrato tan fiel como el que Cook nos dejó de un cacique en Alaska, muchas cuestiones quedarán aclaradas. Se sabrá, entonces si más abajo, a lo largo de la extensa costa penetraron también japoneses y chinos, y qué hay que pensar de la leyenda que afirma la existencia de una nación civilizada y barbuda en el lado oeste del Continente. Ciertamente serían los españoles quienes, partiendo desde México, estarían más próximos para dedicarse a tan importante exploración si compartieran el glorioso espíritu científico de exploración y conquista que distingue a las dos primeras potencias marítimas: los ingleses y franceses. Así y todo, espero que al menos el viaje de Laxmann por la costa del norte y los esfuerzos de los ingleses desde el Canadá nos enseñen muchas cosas nuevas y buenas.

Es notable que tantas noticias afirmen el hecho de que los pueblos más occidentales de América del Norte son al mismo tiempo los más civilizados. Los assiniboinas a causa de su estatura, fuerza y agilidad, así como los cristinows por su vivacidad comunicativa, se han hecho célebres.<sup>2</sup> Con todo, a todos estos pueblos, como en general a los habitantes de las sabanas, los conocemos solamente por la leyenda. Con los indios sioux empiezas noticias más ciertas. Carver<sup>2</sup> nos los dio a conocer y también a los chimakuanes y los winnebagos. Por Adair conocemos a los cherokees, los chikasaws y los miwokeres; Rogers, Colden y Timberlake nos describen a los llamados cinco pueblos, a los que conocieron acompañando a los misioneros franceses hacia el norte. Habida cuenta de todas las diferencias que hay entre los relatos respectivos ¿quién no se ha quedado con la impresión de que hay aquí una conformación predominante y un carácter principal uniforme que consisten en la fuerza, sana y contenido, un amor a la libertad y valor en la guerra orgulloso y bár-

<sup>1</sup> *Allgem. Reisen*, t. 16, p. 646.

<sup>2</sup> *ERLINGS, Samml. v. Reisebesch.*, t. I, Hamb. 1780.

Orientales  
nace  
de los  
americanos

baro, un modo de vivir, régimen familiar, educación, gobierno, comercio y costumbres en tiempos de paz como en la guerra; con sus vicios y virtudes; un carácter único y bien determinado en el conjunto de los pueblos de la tierra?

¿Y cómo llegó a formarse este carácter? Opino que también aquí su lento tránsito desde el Asia así como la estructura de este nuevo mundo nos pueden dar buena parte de la explicación. Habían llegado como pueblos primitivos y duros, formados entre tormentas y altas montañas; al encontrarse ahora de golpe frente a la costa de este país grande, libre y más bello, ¿no tuvo acaso que adaptarse su carácter al nuevo ambiente? Entre estos grandes lagos y ríos, en los bosques y praderas, fuerza es que se desarrollaran pueblos distintos de los que habitaban las escarpadas y frías laderas que lindaban con el mar. Tal como se dividían lagos, sierras y ríos, así también los pueblos: tribu contra tribu se trabaron en guerras salvajes, lo que explica que hasta los pueblos de temperamento indiferente posean el rasgo característico del odio contra el enemigo rival. Así, pues, se iban transformando en tribus de carácter guerrero incorporándose en un todo a la nueva patria que creían haber recibido de manos del "Gran Espíritu". Practican la religión chamana de los asiáticos del norte, pero a la manera americana. El aire sano, el verdor de sus praderas y bosques, el agua refrescante de sus ríos y lagos los entusiasmó con el aliento de la libertad y de la posesión de estas tierras. Pensemos qué puñado de míseros rusos logró dominar a todos los pueblos siberianos hasta Kamchatka; estos bárbaros, en cambio, de más recia contextura, cedieron terreno, mas nunca se dejaron reducir a la servidumbre.

El mismo origen tiene la curiosa afición que demuestran por el embellecimiento artificial de su cuerpo. Todos los pueblos de América extirpan la barba; deben, pues, ser originarios de regiones que producían poca barba, no queriendo abandonar las costumbres de sus antepasados. Es en la parte oriental del Asia donde se encuentra la falta de barba. Estando, pues, en un clima que suministraría savia más abundante para su crecimiento, seguían aborreciendo la barba, arrancándola desde la juventud. Los pueblos del norte asiático tenían la cabeza redonda, mientras que, más al este, adquiría forma cuadrada. Nada más natural, pues, que, no queriendo apartarse de la forma de sus mayores, modelaran también su cara. Es probable que temieran el óvalo suave como una forma demasiado afeeminada, y, por lo tanto, permanecieron fieles al oprimido rostro bélico de sus antepasados recurriendo a artificios violentos. Los descendientes de los cabezas de bola nórdicos formaron la cara redonda según la conformación del norte superior; otros le dieron forma cuadrada y oprimieron la cabeza entre los hombros, no fuera que el nuevo clima modificara su altura o configuración. Ninguna otra región del mundo

tiene muestras de tales embellecimientos violentos, si no es el Asia oriental, y, como vimos, probablemente con la misma intención de mantener el renombre de la tribu en tierras lejanas; el mismo espíritu decorativo parece, pues, haber emigrado con ellos.

Por último, lo que menos puede extrañarnos es el color rojo cobrizo de los americanos, ya que el color de sus tribus evolucionaba aun en la misma Asia oriental hacia el marrón rojizo y es probable que el aire de otro Continente, los ungüentos y otros factores hayan contribuido a subir este color. Tan poco extraño me parece que los negros sean negros y los americanos cobrizos, siendo razas tan diferentes que durante tantos milenios habitaron distintas zonas, que antes me admiraría que sobre nuestro globo todos fueran de color marrón o blanco como la nieve. ¿Acaso no observamos en el organismo más primitivo de los animales que según las diversas regiones que habiten llegan a modificarse hasta partes integrantes del organismo? ¿y qué reviste mayor importancia: una variante de los miembros del cuerpo en toda su proporción y posición, o un tejido reticular debajo de la piel más o menos intensamente coloreado?

Acompañemos, pues, al cabo de esta introducción, a los pueblos de América en su migración hacia el sur del Continente, y veamos cómo en medio de las mezclas diversificantes y múltiples, no se pierde en ningún momento la uniformidad de su carácter original.

A los americanos del extremo norte nos los describen como de baja estatura y cuerpo fornido; la parte meridional del país es habitada por las tribus más altas y hermosas, a los que van en zaga, por lo que a fortaleza y ánimo se refiere, los que viven en la parte inferior y llana de Florida. "Llama la atención —dice George Forster!—, que a pesar de todas las divergencias características de los americanos, a los que vemos retratados en la obra de Cook, predomine un carácter general, común a todos, en los rostros, el que me parecía conocido y al cual, según recordaba, había visto en la Patagonia".

Poco es lo que sabemos de Nueva México. Los españoles encontraron a los habitantes de este país decorosamente vestidos, aplicados, limpios, sus tierras bien aradas y sus ciudades construídas de piedra. ¡Pobres pueblos! ¿en qué vinisteis a parar ahora, si no os pusisteis a salvo en las montañas como los bravos gentes? Los apalaches demostraron ser una nación brava y veloz en el ataque, contra los cuales los españoles nada pudieron; ¡y con qué admiración habla

de los chactas, adaises y tegals!

México ofrece ahora un triste recuerdo de lo que era bajo sus

<sup>1</sup> Gotting. Magazin, 1783, s. 929.

<sup>2</sup> "Los bravos gentes" está en castellano en el original (N. del T.).

<sup>3</sup> Pécis, Voyage autour du monde, par. 1783, 18, 26, 40, 52, 54, etc.

reyes. Apenas la décima parte de sus moradores ha sobrevivido. ¡Y cómo se ha modificado su carácter por la más injusta de las opresiones! No creo que en toda la tierra pueda haber un odio más profundamente arraigado que el de los americanos oprimidos contra sus opresores, los españoles. Aunque Páge<sup>1</sup> elogia la benignidad un tanto mayor<sup>2</sup> que demuestran ahora los españoles para con los oprimidos, no puede disimular, en otros lugares de su obra, la tristeza de estos últimos y el salvajismo con que son perseguidos los pueblos todavía libres. A los mexicanos se los describe como de subido color aceituna, de figura bella y agradable; sus ojos son grandes y vivaces, brillantes; sus sentidos despiertos, sus piernas ágiles; sólo su alma quedó aplastada por la servidumbre.

En el centro de América, donde todo languidece a causa del calor húmedo y los europeos llevan una vida por demás desgraciada, no se ha rendido, sin embargo, la naturaleza adaptable del americano. Waffel<sup>3</sup>, el cual cautivo y fugitivo de los piratas vivió por un tiempo entre los salvajes de "Terra firma", describe la buena acogida que le brindaron, así como su figura y modo de vivir, de la siguiente manera:

"La altura de los hombres era de cinco a seis pies, sus huesos robustos, el tórax voluminoso y bien proporcionado; ningún lisiado ni deformado se hallaba entre ellos; son ágiles, vivaces y excelentes corredores. Sus ojos son de un vivo gris, su cara redonda, labios delgados, boca pequeña y la barbilla bien formada. El cabello es largo y negro; gusta peinarse a menudo. Los dientes son blancos y bien colocados; se adornan y pintan como la mayor parte de los indios." Es ésta la gente que nos han querido presentar como un fruto contrahecho e inmaduro de la humanidad, con un sistema nervioso destruido? Y son éstos precisamente los que habitan en la parte más enervante del istmo.

Fermin, explorador fidedigno, nos describe a los indios de Surinam como hombres bien formados y tan limpios en sí mismos que no hay quien les gane en este punto entre los pueblos de la tierra. "Apenas se han levantado por la mañana, toman su baño, y sus mujeres se untan con aceite ya para la conservación del cutis, ya para defenderse de las picaduras de los mosquitos. Son de color canela rojizo, pero nacen tan blancos como nosotros. No hay entre ellos un solo cojo o contrahecho. Sus largos cabellos de negro azabache se vuelven canosos tan sólo a la edad más avanzada. Tienen ojos negros, una cara de rasgos muy marcados y poca o ninguna barba, a cuyos primeros brotes se adelantan arrancándola. Su hermosa y

<sup>1</sup> Storia antica del Messico: Extracto en Götting. gelehrten Anzeigen, 1781.

<sup>2</sup> Pá. 88 y ss.

<sup>3</sup> Allgem. Reisen, t. 15, p. 263 y ss.

<sup>4</sup> FERMIN, Beschreib. von Surinam, t. I, p. 39, 41.

blanca dentadura permanece sana hasta la edad más provechosa; también sus mujeres, al parecer tan delicadas, son también de salud muy resistente."

Léase también la descripción de Bancroft<sup>1</sup> sobre los valientes caribes, los lánguidos "worowes", los formales "accawewes", los sociales "arrowanks", etc., y, creo, se tendrá que abandonar de una vez por todas los prejuicios acerca de la figura enclenque y el carácter indigno de estos indios, aun en los parajes más calurosos del mundo.

Si seguimos hacia el sur para meternos entre las incontables tribus del Brasil, ¡qué multitud de idiomas, razas y caracteres nos salen al paso!, los cuales, con todo, han sido descritos con bastante homogeneidad por antiguos y recientes viajeros<sup>2</sup>.

"Su cabello" —nos dice Lery— "jamás encanece, siempre están vivaces y de buen humor, como el perenne verdor de sus campiñas". Los valientes tapinambos, con tal de sustraerse al yugo de los portugueses, buscaron refugio en las junglas inexploradas e impenetrables, lo mismo que varias tribus guerreras. Otros, a quienes supieron atraerse las misiones del Paraguay, llegaron a hacerse como niños, a causa de su carácter dócil; mas esto se debió al sello impreso a estos organismos, y ni a ellos, ni a sus vecinos más inquietos puede tildarse, con este pretexto, de ser la hez de la humanidad.<sup>3</sup>

Mas ya nos vamos acercando al trono de la naturaleza y de la peor de las tiranías, el Perú tan rico en plata como en crueldades. Aquí la opresión de los pobres indios llega al colmo, y sus opresores son los curas, y otros europeos que viviendo entre mujeres se alemñaron. Todas las energías de esos tiernos hijos de la naturaleza, tan dichosos cuando vivieron bajo el dominio de los Incas, están ahora concentradas en la única capacidad de sufrir y aguantar con odio reprimido. "A primera vista", —dice Pinto, gobernador del Brasil— "el sudamericano parece manso e inofensivo; pero observándolo bien, se descubre en su rostro algo salvaje, receloso, tristón y mal-humorado". Pero, ¿acaso no se explicaría todo esto por el destino que les toca padecer a estos pueblos? Mansos y sin malicia eran cuando llegasteis a ellos, teniendo vosotros el deber moral de cultivar lo que hubiese de salvaje en estas criaturas de buen natural. Ahora ya, ¿qué otra cosa cabe esperar sino que, desconfiados y con el ánimo ensombrecido, alimenten en sus corazones la hostilidad más profunda e inborrable? Es como el gusano que enroscándose nos parece feo, porque le aplastamos con el pie. El esclavo negro en el Perú goza de

<sup>1</sup> Bancroft, Naturgesch. von Guiana, t. 3.

<sup>2</sup> Acuña, Gumilla, Lery, Marggraf, Condamine y otros.

<sup>3</sup> DONNETTSMON, Historia de los Achipoues, Viena 1783; véase descripciones de otros varios pueblos en P. GUMILLA, Orinoco ilustrado, etc.

<sup>4</sup> ROBERTSON, Gesch. von Amerika, v. I, p. 537.

fueros señoriales en comparación con el pobre oprimido al que pertenece la tierra por derecho.

Sin embargo, no se les ha podido quitar todo por doquier, pues, por fortuna, quedan todavía las cordilleras y desiertos de Chile, reducido de libertad para tantos pueblos valientes. Están, por ejemplo, los no sometidos malóches, los puelches y araucanos y los tehuelches de la Patagonia como también el gran pueblo más al sur que mide seis pies de altura y es grande y esforzado. "Su figura no es desagradable: tienen cara redonda, un tanto achatada, ojos vivaces, dientes blancos y cabellera larga y negra". "Vi a algunos" —dice Commensur<sup>1</sup>— "con un bigote no muy denso, pero largo; su piel es de color cobre, como en la mayoría de los americanos. Vagan por las amplias praderas de la América del Sur, con sus mujeres y niños, siempre a caballo, siguiendo la trayectoria de los animales que les sirven de caza". Falkner y Vidaure<sup>2</sup> son quienes mejor nos han informado sobre ellos. Más abajo de estos pueblos ya no queda nada, excepto el helado confín de la tierra, la Tierra del Fuego con sus habitantes, tal vez el grupo más primitivo del género humano<sup>3</sup>. De baja estatura, feos y despidiendo insufrible olor se alimentan de mejillones, visten pieles de foca, y padecen las inclemencias del frío durante todo el año en medio del más espantoso invierno, pues, si bien tienen a su disposición bosques en abundancia, carecen de viviendas abrigadas y del calor del fuego. Por fortuna, la naturaleza, madre previsora, hizo que aquí, camino del polo sur, la tierra firme hallase su límite, no fuera que en regiones más australes aún, una miserable caricatura de la humanidad pasara su vida en el letargo del congelamiento que es la muerte de los sentidos.

Con esto hemos obtenido algunos rasgos característicos de los pueblos de América; ahora bien: ¿qué se sigue de todo ello para nuestro cometido?

En primer lugar, que casi nunca debería hablarse en general de las naciones que habitan un Continente que se extiende a través de todas las zonas. El que diga que América es calurosa, de clima sano, húmedo, de topografía llana, de suelo fértil, tiene razón; mas otro que afirme lo contrario, no tiene menos razón, a saber, para otras estaciones del año y otros lugares. Lo mismo sucede con los pueblos: son hombres de todo un hemisferio que abarca todas las zonas. En el extremo norte y sur hay enanos, cerca de ellos gigantes;

<sup>1</sup> *Journal encyclop.* 1772. Testimonios comparativos véanse ZIMMERMANN, *Geschichte der Menschheit*, t. I, p. 59; y ROBERTSON, *Geschichte v. Amerika*, t. I, p. 540.

<sup>2</sup> FALENER, *Beschreib. von Patagonien*, Gotha 1775; VIDAURE, *Gesch. des Königreiches Chile en ERELING*, *Samml. von Reisen.*, t. 4, p. 108.

<sup>3</sup> FORSTER, *Reisen*, t. 2, p. 392; Cavendish, Bougainville y otros.

la parte meridional es habitada por pueblos medianos de conformación física más o menos bella, mansos y aguerridos, perezosos y diligentes, de los más diversos estilos de vida y dotados de todos los caracteres.

Segundo: Nada impide que esta raza humana tan ramificada con todas sus derivaciones proceda, sin embargo, de una sola raíz y que de, en consecuencia, frutos uniformes. Y es esto lo que quiere expresarse al hablar de una conformación del rostro y figura dominante en los americanos.

Ulloa observa, especialmente en la zona central, la frente baja poblada de pelo, ojos pequeños, orejas grandes, nariz delgada e inclinada sobre el labio superior, rostro ancho, muslos bien proporcionados, pies pequeños, cuerpo rechoncho, rasgos todos éstos que se extienden más allá de México. Pinto agrega que la nariz es un tanto achatada, la cara redonda, los ojos negros o marrón castaño, pequeños pero agudos, y que las orejas están a gran distancia de la cara<sup>1</sup>, lo que también se puede notar en descripciones de pueblos muy remotos. Esta fisonomía general que varía en finura según las zonas y pueblos, me parece ser un rasgo familiar, reconocible aun también dentro de la diversidad y que revela cierto origen homogéneo. Si hubieran sido pueblos de todas las partes del mundo y de épocas distintas los que llegaron a América, se mezclasen o no entre sí, la variedad de grupos humanos hubiera tenido que ser mucho mayor de lo que es. En todo el Continente no se encuentran cabellos rubios ni ojos azules. Los "resúos" ojizcos de Chile y los acansas de Florida desaparecieron en la Edad Moderna.

Tercero: Si de acuerdo con estos trazos se quiere señalar cierto carácter medio de los americanos, no parece que pueda ser otro que su bondad de corazón y su inocencia candorosa, que se demuestra también por sus antiguas tradiciones, sus habilidades y las pocas artes que practican, pero más que nada, por su comportamiento inicial frente a los europeos. Oriundos de un país bárbaro y sin ninguna ayuda por parte del mundo civilizado, avanzaron con sus propias fuerzas hasta donde pudieron llegar, ofreciendo también con sus comienzos rudimentarios de una cultura un cuadro por demás instructivo de la humanidad.

<sup>1</sup> ROBERTSON, *Gesch. von Amerika*, t. I, p. 539.

## VII

## CONCLUSIÓN

Ojalá me fuera dado transformar mediante una varita mágica todas las descripciones verbales y, como tales, poco precisas, en retratos y pinturas, para dotar a los hombres de una galería de dibujos y figuras que representen a sus hermanos hombres sobre el haz de la tierra. ¡Pero cuán lejos nos hallamos aún de la realización de esta aparición antropológica! Por siglos enteros se han surcado mares y tierras al amparo del pabellón, de la espada, de la cruz, de corales o barriles de aguardiente; mas nadie parece haber pensado en el pacífico lápiz del dibujante, ni se le ocurrió a ninguno de los que formaron en las filas del inmenso ejército de viajeros que con palabra no se dibujan figuras, y mucho menos, los sutiles matices de la figura más diversificada y diferenciada que es el hombre<sup>1</sup>. Por mucho tiempo se vagó en pos de lo maravilloso cultivando la literatura de viajes; luego, cuando se ofrecían dibujos, se trató de retocarlos con fines estéticos, sin pensar en que ningún zoólogo auténtico se atrevería a hacer retoques cuando pinta a un animal desconocido. ¿Acaso sólo la naturaleza humana no merecía esta fidelidad de interpretación que se suele aplicar a animales y plantas? Mas, siendo así que en los últimos tiempos el noble espíritu de observación se ha despertado también a favor de nuestra especie humana, y se han realizado retratos de algunas naciones, aunque pocas, con los que no pueden competir los de tiempos pasados, como de Bry, Bruyn, por no hablar de los hechos por misioneros<sup>2</sup>, sería una obra meritoria que alguien, capaz de hacerlo, coleccionara los dispersos retratos de las variedades de nuestra especie, colocando con ello la piedra funda-

<sup>1</sup> Quien desee relatos sobre determinados rasgos aislados, los hallará en la *Historia Natural de Buffon*, tomo 6, y el docto escrito de BLEMENRACH: *De varietate generis humani*.

<sup>2</sup> No es que yo no aprecie los esfuerzos de estos hombres; pero los retratos de Bruyn (le Brun) me parecen harto franceses, y poco auténticos los cuadros de Bry, que luego pasaron en malas reproducciones a casi todos los libros posteriores. Según el testimonio de Forster, también Hodges idealizó los cuadros de Tahití. En cambio, sería de desear que construyendo sobre los comienzos que ya tenemos, el mismo arte exacto y en cierto modo histórico-natural de representación gráfica de los grupos humanos de todo el mundo, se perpetuase. Estimo que Niebuhr, Parkinson, Cook, Höt, Georgi, Marion y otros pueden contarse entre los iniciadores; el último viaje de Cook, a juzgar por la fama que precede sus cuadros, parece ser el comienzo de un período superior, al que desearé que continúe en otras partes del mundo y se le dé una publicidad de alcance más general.

mental de una antropología fisionómica. Dificilmente podría emplearse el arte con miras más filosóficas, siendo la digna coronación de esta obra un mapamundi antropológico, tal como Zimmermann lo intentó en la zoología, y en el cual no debería atenderse nada más que a las diversificaciones humanas, pero éstas en todos sus aspectos y modalidades de manifestación.

## LIBRO SÉPTIMO

El cuadro hasta ahora esbozado de las diversas naciones no quiere ser otra cosa que el telón de fondo sobre el cual destacamos algunas partes con las observaciones respectivas, así como los grupos designados no pretenden ser más que lo que eran los "templa" de los augures en el cielo, a saber, sectores supuestos para facilitar la orientación de nuestra mirada, instrumental auxiliar para ayudar nuestra memoria. Veamos ahora lo que nos brindan con miras a la antropología filosófica.

### I

POR DIVERSAS QUE SEAN LAS FORMAS EN QUE LA ESPECIE HUMANA APARECE EN LA TIERRA, EN TODAS PARTES ES UNA MISMA ESPECIE

Si en la naturaleza no hay dos hojas iguales en un árbol, menos lo son dos rostros humanos y dos formas de organización humana. ¡De qué variedad es capaz la obra de arte de nuestra estructura! Sus partes fijas se disuelven en fibras tan finas y enlazadas de manera tan múltiple que ningún ojo es capaz de seguir su curso, pues deben su cohesión a un aglutinante cuya delicada fórmula de mezcla se sustrae a todos los cálculos. Y esto que estas partes son todavía lo menos que tenemos, nada más que el ánfora, la envoltura, el soporte de multitud de savias y humores bulliciosos y animadores que laten en nosotros en cantidad muy superior a la de aquéllos, otorgándonos los goces vitales. "Ningún hombre". —dice Haller— "es completamente similar a otro en su estructura interna"; se distingue por el curso que siguen sus haces nerviosos y arterias, formando tantos millones de casos distintos que apenas es posible hallar en medio de tanta diversidad de partes delicadas cuanto tengan en común". Ahora bien: si semejante variedad se presenta ya al ojo del anatomista y disector, ¡cuánto mayor no debe ser la que informa los dinamismos invisibles de un organismo tan artificioso!

<sup>1</sup> Vorrede zu Buffons allgem. Nat. Gesch., t. 3.

De suerte que, al fin de cuentas, todo hombre acaba por constituir su propio mundo, semejante, sí, en su manifestación externa, pero estrictamente individual en su interior e irreductible a la medida de otro individuo.

Ningún hombre, por lo demás, es una substancia independiente, sino que se encuentra en constante intercomunicación con todos los elementos de la naturaleza. Vive del soplo del aire lo mismo que de las más diversas criaturas de la tierra, de alimentos y bebidas; emplea el fuego lo mismo que absorbe la luz e inficiona el ambiente; en el sueño como en la vigilia, en reposo como en movimiento, contribuye a la transformación del universo; ¿cómo, pues, no habría de ser modificado por él? Demasiado poco se dice del hombre al compararlo con la esponja empapada de agua, o con la yesca penetrada por la brasa; él mismo es una armonía infinita, un mundo viviente, sobre el cual actúan las armonías de todas las fuerzas dinámicas que le rodean.

El círculo completo de la vida humana es toda una transformación cuyos símbolos son las diversas edades del hombre; todo el género humano, pues, se halla en continua metamorfosis. Unas flores se marchitan y caen al suelo; otras brotan y florecen; el gigantesco árbol realiza en sus múltiples ramas todas las estaciones del año a la vez.

Si suponemos el cálculo de pérdida de substancia por evaporación, según el cual un hombre al llegar a los ochenta años ha renovado todo su cuerpo veinticuatro veces<sup>1</sup>, ¿quién se anima a seguir la transformación de la materia y sus formas a lo largo de todo el reinado del hombre sobre la tierra y con todas las causas modificantes, siendo así que no hay un punto sobre nuestro globo terráqueo tan multiforme, ni una ola en la corriente del tiempo, que sean todo iguales entre sí?

Los habitantes de Alemania fueron, hace pocos siglos, hombres cuyo desarrollo correspondía al de los habitantes de la Patagonia, y hoy ya no lo son; de la misma manera, los habitantes de climas futuros no se asemejarán a nosotros. Si nos remontamos ahora a aquellas épocas en las que toda la vida sobre la tierra parece haber sido tan diferente de la que hoy conocemos; la época, por ejemplo, en que vivían elefantes en la Siberia y América del Norte, y cuando existían los animales gigantes cuyos esqueletos se encuentran ahora en el río Ohio, etc., podemos afirmar que, si en aquel entonces habitaban hombres en estas regiones, deben haber sido muy diferentes de los que ahora viven allí. Así, pues, la historia de la humanidad se convierte, al fin y al cabo, en un teatro de transfor-

<sup>1</sup> Según Bernoulli, en *Haller, Physiol.* t. VIII, 1, 30, donde se encuentran multitud de observaciones sobre los cambios en la vida humana.

maciones cuya visión completa posee solamente Aquel que inspira todas estas formas y se complace en su variedad. Él edifica y destruye, retoca las figuras y las modifica cambiando el mundo que las rodea. El peregrino sobre la tierra, el hombre de vida efímera, no puede hacer más que admirar los prodigios de este gran Espíritu en una parte ínfima de su extensión, gozar de la propia figura que le ha sido otorgada en el conjunto de sus congéneres, hacer un acto de adoración y desaparecer luego con ésta su figura. "También yo he visitado Arcadia!" es el epitafio de todos los mortales en medio de la continua transformación y renacimiento de la creación.

Mas siendo así que la razón humana insiste siempre en hallar la unidad en medio de la multiplicidad y que el intelecto divino, su modelo, supo conciliar en todas partes la infinita variedad con la uniformidad, nos es lícito volver del inmenso reino de las transformaciones a la más simple de las afirmaciones: Los hombres en toda la tierra constituyen una sola especie.

Centas fábulas de la Antigüedad sobre monstruos humanos y deformados han desaparecido a la luz de la investigación histórica! Y donde todavía quedan reliquias de tales leyendas, estoy seguro de que la luz clara de ulteriores investigaciones acabará por convertirlas en una verdad más bella. Ya se conoce ahora al orangután y se sabe que no le corresponde alma humana ni lengua racional; una información más cuidadosa acerca del orang-utub u orang-ghu en Borneo, Sumatra e Islas Nicobar acabará también con el hombre selvático dotado de cola<sup>1</sup>.

Las noticias sobre los hombres con los pies invertidos de Malaca; la noción, probablemente raquítica, de los enanos de Madagascar; los varones con vestidos de mujer de Florida, etc., requieren la misma revisión que ya han merecido los albinos, los dondos, los patagónicos y los taparrabos de las mujeres hotentotes<sup>2</sup>.

Los hombres que consiguen exterminar aparentes defectos de la creación, mentira del acervo de nuestros conocimientos y deshon-

<sup>1</sup> Todavía Marsden lo tiene en cuenta en su descripción de Sumatra; pero se basa solamente en leyendas. Monbeddo en su obra sobre el origen y evolución del lenguaje, ha juntado toda la tradición a su alcance, (t. I, p. 219, etc.). El profesor Blumenbach en *De varietate generis humani*, ha demostrado cuáles son las fuentes a que se remontan los retratos del hombre selvático dotado de cola.

<sup>2</sup> Numerat todavía hace mención de los hombres de Malaca (*Voyages aux Indes*, t. II, p. 105); pero también él se basa sólo en leyendas. La información sobre los enanos de Madagascar ha sido reiterada por Flacourt y luego por Commerson, siendo, empero, desechada por exploradores posteriores. Sobre los hermofroditas de Florida véase HEINE, *Tratado crítico en Comment. societatis. Reg. Goetting.* per ann. 1778, p. 99. Sobre hotentotes véase SPARMANN, *Reisen*, p. 177.

Epitafio  
de los  
mortales

una sola  
especie

Teatro de transformaciones ii

ra de nuestra naturaleza, están en la verdad y vienen a ser lo que los héroes en las fábulas mitológicas del mundo antiguo: matan los monstruos sobre la tierra.

También la aproximación genética del hombre al mono no quisiera yo que se lleve tan lejos que tratando de construir una evolución escalonada de todas las cosas, se desconozca la verdadera gradación y los intervalos de la escala, sin los cuales ésta no puede existir. ¿Qué explicación, por ejemplo, nos brindaría el sátiro raquíptico para la figura del camachadal, el petiso silvano para la altura del groenlandés, o el pongo acerca del patagónico, siendo así que todas estas conformaciones se derivan de la misma naturaleza humana, aun en la hipótesis de que no existieran monos en este mundo? Y quienes tratan de ir más allá todavía, pretendiendo explicar ciertas deformaciones de la raza humana con su origen genético en los simios, creo que se aventuran a una hipótesis tan improbable como deshonrosa. La mayor parte de estas aparentes semejanzas con los monos hacen su aparición en regiones donde nunca han existido los monos, como, por ejemplo, el cráneo huido de los calmuco y mancoleses, las orejas gachas de los pevas y amicuans, las manos estrechas de algunos salvajes de las Carolinas, etc. Tan poco simiescos son estos rasgos que, superado el engaño inicial de una observación superficial, se descubre que el calmuco y el negro siguen siendo hombres en el pleno sentido de la palabra, también en lo que toca a la formación de su cráneo, y que el malicolese hasta demuestra poseer facultades que muchas otras naciones no tienen. A la verdad, hombre y simio nunca han constituido una misma especie, y yo quisiera ver extinguidas, por fin, las últimas reliquias de la leyenda que los hace convivir en algún lugar de la tierra en fecunda unión generadora. La naturaleza ha dotado a cada especie de su propia heredad<sup>1</sup>.

Al mono lo ha subdividido en tantas clases y familias y propagada cada una de ellas cuanto pudo; tú, empero, oh hombre, rinde honores a tu linaje: ni el pongo ni el longimano es tu hermano, pero sí lo son el americano y el negro. No los oprimirás, pues, no los asesinarás, ni has de robarles su propiedad, porque hombres son lo mismo que tú. Con el mono, en cambio, no te es lícito fraternizar.

Por último, desearía que no se lleven más allá de los justos límites las subdivisiones que un celo por la sistematización científica, de suyo laudable, ha querido atribuir al género humano. Así, por ejemplo, algunos se han atrevido a suponer cuatro o cinco divi-

<sup>1</sup> En los extractos del diario de un reciente explorador que viajó por el Asia (Leipz. 1784), p. 256, se afirma todavía la comunidad de vida con los monos, pero sólo a base de leyendas.

siones que denominan Razas, originalmente hechas por regiones o por el color de la piel. Yo no veo una razón suficiente para semejante denominación. La palabra Raza induce a pensar en una diversidad de origen que aquí no corresponde, o, por lo menos, comprende a las razas más distintas en cada una de esas diferentes regiones o colores. Todo grupo étnico homogéneo es ya un pueblo, tiene su cultura nacional lo mismo que su idioma, aunque la zona donde habita le imprime unas veces un carácter propio, otras sólo una ligera modalidad peculiar, sin que ni lo uno ni lo otro basten para destruir la conformación original y típica de una nación. Esta evolución se puede seguir hasta en las familias y sus transiciones son tan imperceptibles como variables. En una palabra: no hay en la tierra cuatro o cinco razas, ni variedades exclusivas. Un color pasa a otro en transición imperceptible; toda formación particular está en la línea del carácter genético, y mirando las cosas en conjunto, todo viene a ser una infinita escala de matices de una sola pintura que abarca todos los lugares y tiempos de la tierra. Como tal, no forma objeto de la historia natural sistemática ni de la historia físico-geográfica de la humanidad.

## II

## ESTA ÚNICA ESPECIE HUMANA SE HA AGLIMATADO EN TODOS LOS LUGARES DE LA TIERRA

Contemplemos a esas langostas de la tierra, los calmuco y mongoles: no cuadran a ninguna otra región del mundo sino a sus estepas y montañas. Montando su pequeño caballo, el hombre de baja estatura y poco peso, recorre inmensos desiertos y territorios; sabe reanimar la cabalgadura que está a punto de sucumbir, y cuando amenaza morir de sed le da fuerzas con una sangría abriendo una vena en el cuello del animal. Buena parte de estos parajes no conocen la lluvia y sólo los refresca el rocío, y una fertilidad inagotable de la tierra que se reviste de siempre renovado verdor. Por amplias extensiones no se encuentra un árbol ni una fuente de agua dulce. Estas tribus salvajes y gobernadas por una férrea disciplina recorren aquellos campos de pastoreo apacentando sus rebaños. El compañero que comparte su forma de vida, el caballo, conoce la voz del amo, viviendo, como éste, una existencia pacífica. El ocioso calmuco está sentado allí con embrutecida indiferencia y contempla su cielo siempre azul, atento sólo a los ruidos que le llegan a través de las infinitas extensiones del desierto. En cualquier otra

zona, los mongoles han evolucionado y se han diferenciado; pero mientras permanecen en sus tierras son y siguen siendo lo que por milenios han sido, y nada cambiará su existencia mientras su región no sea modificada por obra de la naturaleza o del hombre<sup>1</sup>.

El árabe con su noble caballo y su camello paciente y resistente, pertenece al desierto<sup>2</sup>.

Como el mongol en sus estepas y altas mesetas, así recorre el más esbelto beduino su amplio desierto afro-asiático, nómada también él de su territorio exclusivo, con el cual están en consonancia su manera sencilla de vestir, su modo de vida, sus costumbres y su carácter, y su misma tienda que conserva el aspecto que sus antepasados le imprimieron hace miles de años. Amante de la libertad, desprecia las riquezas y los placeres. Siempre listos para las rápidas corridas en sus caballos que cuidan como a sí mismos, y no menos pronto para la guerra. Su figura es delgada y nervuda, su color marrón, sus huesos fuertes. Infatigables y sufridos para las molestias, unidos por el desierto que es su patria, se dan uno por todos y todos por uno, fieles a su palabra, hospitalarios y nobles, audaces y emprendedores. Su vida llena de peligros los ha habituado a la prudencia y al recelo; el desierto solitario ha desarrollado su tendencia vengativa, pero también el entusiasmo, el culto de la amistad y el orgullo indomable. Dondequiera que aparezca un árabe, sea en el Éufrates o en el Nilo, en el Líbano o en el Senegal, hasta Zanzibar y el Océano Índico, siempre se muestra con su peculiar carácter árabe, a no ser que un clima extraño lo haya modificado paulatinamente.

El californiano que vive en los confines del mundo, perdura en sus tierras estériles, con su estilo de vida parco y frugal y las inclemencias de un clima siempre variable. No se queja del calor ni del frío, se salva del hambre, aunque a duras penas y es feliz sobre su terruño. "Sólo Dios sabe —dice cierto misionero— cuántas miles de millas ha recorrido un californiano que llega a los ochenta años durante su vida errante, hasta que encuentra su último reposo en el sepulcro. Muchos de ellos cambian de morada como cien veces al año, de manera que apenas duermen tres veces seguidas en el mismo lugar y paraje. Se dejan caer donde los sorprende la noche, sin preocuparse de las alimañas ni de la suciedad del sue-

<sup>1</sup> Para determinadas regiones, véase Pallas y otros antes nombrados. Acerca de la vida y costumbres de una tribu de calmuco junto al río Irk, la autobiografía de su cautiverio de G. Opitz sería un cuadro muy pintoresco si no fuera adornada de tantas observaciones del autor que le confieren carácter novelesco.

<sup>2</sup> Además de numerosos viajes antiguos a la Arabia, véase *Voyages*, de Pagés, t. II, p. 62-87.

<sup>3</sup> *Noticias de California*, Mannheim, 1773, varios pasajes.

Juan Jacobo BAEGERT  
1796,  
Noticias de la Península Americana  
de California; Mannheim, 1772

lo. Su piel marrón negruzca les sirve de abrigo. Arco y flecha hacen de utensilios domésticos, una piedra sustituye al cuchillo, un hueso o palo puntiagudo sirve para desenterrar las raíces; una coraza de tortuga hace de cuna para los niños, una tripa o vejiga de recipiente de agua, y, si la suerte les fué propicia, tienen una bolsa tejida de hilo de áloe a manera de red de pescador donde meter sus provisiones y andrajos. Comen raíces y diversas semillas así como heno seco, todo lo cual recogen con dificultad y lo vuelven a sacar de sus propias deyecciones cuando apremia el hambre. Todo lo que sea carne o se le parezca, incluso murciélagos, orugas y gusanos tiene categoría de festín, y hasta las hojas de algunos arbustos, maderas y brotes, cueros, correas y huesos tiernos no se excluyen de la dieta cuando la necesidad los obliga. Y a pesar de todo, estos miserables gozan de buena salud; llegan a una edad avanzada y son de fuerte constitución, de suerte que es milagro que alguno entre ellos llegue a encanecer, y esto muy al filo de la vida. Siempre están de buen humor; risas y bromas están a la orden del día entre ellos; su figura es esbelta, su cuerpo ágil y veloz; con dos dedos del pie saben levantar piedras y otros objetos del suelo y se mantienen erguidos a la perfección hasta muy viejos; sus hijos se ponen de pie y aprenden a caminar antes de cumplir un año. Cansados de parlotear se acuestan y duermen hasta que los despierta el hambre o el apetito; apenas despiertos, vuelven a charlar y bromear; y de esta manera continúan por todos sus caminos hasta que, por fin, el californiano agotado espera la muerte tranquilo e indiferente. Los que viven en Europa —prosigue el misionero—, pueden envidiarles su felicidad a los californianos, mas no pueden hallarla aquí, si no vienen armados de la más completa indiferencia de poseer mucho o poco en este mundo y de someterse a la voluntad de Dios en todas las contingencias".

Podría yo seguir ofreciendo cuadros climáticos de varias naciones de distintas regiones del mundo, desde los camchadales hasta los habitantes de Tierra del Fuego; mas para qué tales ensayos abreviados, habiendo suministrado datos climáticos cada menudo raso de las descripciones que debemos a todos aquellos viajeros que supieron ver con veracidad y con ojos humanos. En la India, gran centro de los pueblos mercantes, se distinguen el árabe y el chino, el turco y el persa, el cristiano y el judío, el malayo y el negro, el japonés como el gentío, porque cada cual lleva consigo, también hasta las costas más lejanas, el carácter de su región y de su estilo de vida. La antigua tradición, hablando en lenguaje figurado, dice que Adán fué formado del polvo de las cuatro partes del mundo y que le inspiraban los espíritus y las fuerzas de toda la faz de la tierra. Dondequiera que sus descendientes hayan emigrado en el transcurso de los milenios para radicarse allí cual ár-

boles, echaron sus raíces y dieron hojas y flores conforme al clima respectivo. Permítasenos sacar de aquí algunas conclusiones que al parecer explican algunos hechos notables de la historia antropológica, que de lo contrario causarían asombro.

En primer lugar resulta claro por qué todos los pueblos adaptados al suelo que habitan, le sean tan fieles y no acierten a separarse de él. La estructura de su cuerpo y estilo de vida, sus alegrías y quehaceres a los que se habituaron desde su infancia, todo el ámbito de intereses de su psicología es condicionado por el clima. Privándolos de su tierra, se les ha quitado todo absolutamente. Cranz<sup>1</sup>, narra la triste suerte de los seis groenlandeses "a los que se condujo por vez primera a Dinamarca, notándose que a pesar de todos los cuidados y una abundante provisión de bacalao y aceite de ballena que se les prodigaba, dirigían a menudo sus miradas entristecidas con lamentos y suspiros hacia el norte, la patria tejana, para finalmente darse a la fuga en sus caiaks. Un fuerte viento los arrojó a la costa de Schonen, y conducidos de vuelta a Copenhague, dos de ellos murieron de pesar y nostalgia. De los restantes, dos volvieron a huir, pudiéndose capturar sólo a uno de ellos. Este, cada vez que veía un niño pequeño abrazándose al cuello de su madre, prorrumplía en amargo llanto (de donde se coligió que debería tener mujer e hijos; no hubo forma de entenderse con ellos ni prepararlos para el bautismo). Los últimos dos de este grupo permanecieron durante unos diez o doce años en Dinamarca y fueron aprovechados para la pesca de perlas en Coldingue; pero durante el invierno se les sobrecargó de trabajo en tal forma que uno murió, mientras que el otro, haciendo otra tentativa de huir, fué alcanzado cuando ya se encontraba a treinta o cuarenta millas de la costa, muriendo luego también él de tristeza".

Todos los testigos juntos del sentimiento humano pueden expresar la tristeza desesperada con que un esclavo negro, comprado o raptado, deja la costa de su patria para no volver a verla jamás. Römer dice<sup>2</sup> que "hay que emplear una estrecha vigilancia para que los esclavos no se apoderen de un cuchillo, tanto en el fuerte como en el barco. Durante la travesía a las Indias occidentales hay bastante que hacer para mantenerlos de buen humor. Por eso hay provisión de arpas europeas, como también de tambores y flautas a cuyo son se les hace bailar, asegurándoles que son llevados a un hermoso país donde tendrán mujeres en abundancia y buena comida y cosas por el estilo. A pesar de esto, no faltan lamentables ejemplos de navegantes a quienes asaltaron y asesinaron, dejando lue-

<sup>1</sup> *Gesch. von Grönland*, p. 355.

<sup>2</sup> *Römer, Nachrichten von der Küste Guinea*, p. 279.

go el barco a la deriva en dirección a la costa. Y cuántos ejemplos mucho más tristes aún se han visto de suicidios por desesperación de estos infelices secuestrados. Cuenta Sparrmann<sup>3</sup> por boca de un propietario de tales esclavos, que de noche suelen caer en una especie de delirio que los impulsa a asesinar a alguien, cuando no a sí mismos. "porque el recuerdo cargado de nostalgia de la dolorosa pérdida de su patria y su libertad se despierta con singular furor durante la noche, cuando el ruido del día no los distrae".

¿Y qué derecho os asistía, hombres deshumanizados, de acercaros siquiera al país de estos infelices, y mucho menos, de arrebatárselo, y a ellos a su tierra, mediante el robo, la astucia y la crueldad? Hace milenios les pertenece este Continente lo mismo que ellos a él; sus mayores habían pagado por él un precio elevado por demás: su figura y color de negro. Moldeándolos a su imagen e imprimiéndoles su propio sello, el sol africano los había adoptado como hijos suyos; este hecho os acusa de ladrones de hombres y saltadores, a dondequiera los conduzcáis en vuestros barcos de negretos.

Segundo. Crueles son, pues, las guerras que sostienen los salvajes por su tierra y por los hijos de la misma, arrebatados, injuriados y atormentados, que son sus hermanos. De ahí proviene, por ejemplo, el odio reprimido de los americanos contra los europeos, aunque éstos los traten de un modo siquiera pasable, pues, imborrable vive en ellos el sentimiento: ¡Vosotros nada tenéis que ver aquí: este país es nuestro! De ahí la *niai* llamada traición de los denominados salvajes, aunque parezcan aplacados por la cortesía de los europeos. No bien se despertó su innato patriotismo, estalló el incendio, disimulado hasta entonces a duras penas debajo de las cenizas; las llamas devoraron cruelmente cuanto hallaron a su paso y muchas veces no descansaron hasta que los dientes de los nativos se hincaran en la carne de los extranjeros. A nosotros nos parece esto horrendo y lo es sin lugar a dudas; mas fueron los europeos quienes primero los obligaron a hechos tan monstruosos. ¿Por qué vinieron a sus playas? ¿Por qué se comportaron en sus países como déspotas exigentes, violentos y prepotentes? Por miles de años aquellas tierras habían significado el universo para sus habitantes; las habían heredado de sus antepasados junto con la costumbre cruel de exterminar de la manera más despiadada todo cuanto quisiera arrebatarse su país o sacarlos a ellos fuera de sus dominios. Así, pues, extranjero era para ellos sinónimo de enemigo; ellos son como la muscipula que, con sus raíces hundidas en el suelo, agarra

<sup>3</sup> Viajes de Sparrman, p. 73; el explorador filántropo tiene diseminadas en su obra muchas tristes noticias sobre el trato y la caza de los esclavos; pgs. 195, 612 y siguientes.

todo insecto que se aproxima. El derecho de comerse a huéspedes no invitados o molestos, es una prerrogativa de su país, privilegio de cíclope como cualquiera de los que se estilan en Europa.

Finalmente llamo la atención sobre aquellas escenas jubilosas, cuando un hijo de la naturaleza que le había sido arrebatado, vuelve a contemplar las costas de su patria viéndose restituído al seno de su tierra natal.

Cuando el noble sacerdote Job-Ben-Salomon<sup>1</sup> volvió al África, lo recibió cada uno de sus connacionales con fervor fraternal como "al segundo hombre del país que logró regresar de la esclavitud". ¡Y qué nostalgia no había sentido, qué poco pudieron llenar su corazón todas las amistades y demostraciones honoríficas que, por otra parte, agradecía como hombre instruido y bien pensado! No descansó hasta conocer con certeza el barco que había de llevarlo de vuelta. Y no hay que pensar que esta nostalgia sea condicionada por la clase social ni las comodidades que ofrece el país de origen. El potentote Koree se desprendió de su coraza metálica y todos sus privilegios europeos con tal de volver a la dura vida de los suyos<sup>2</sup>.

Casi de todas las regiones de la tierra existen pruebas de esta clase, y los países más áridos y desabridos son los que revelan una ligazón más fuerte con los nativos. Son precisamente las molestias y dificultades superadas las que, moldeando cuerpo y alma desde la infancia, inculcan en los nativos un amor tan acendrado a su tierra natal, determinado por las condiciones climáticas. Los habitantes de las llanuras fértiles y superpobladas ya sienten en menor grado, mientras los de una capital europea han perdido ya tales sentimientos.

Mas ya es tiempo de que analicemos más a fondo esta palabra clima; y siendo así que algunos estudiosos de la filosofía de la historia de la humanidad han construido sobre ella la mayor parte de su edificio, mientras otros han negado su influencia casi totalmente, nosotros nos limitaremos a circunscribir los problemas existentes.

*[Faint, illegible text]*

<sup>1</sup> Allgemeine Reisen, t. 3, p. 127 y siguientes.

<sup>2</sup> Allgem. Reisen., t. 5, p. 145; otros ejemplos en Rousseau en las anotaciones al Discours sur l'inégalité parmi les hommes.

## III

## ¿QUÉ ES CLIMA? ¿Y QUÉ INFLUJO EJERCE SOBRE LA FORMACIÓN DEL CUERPO Y DEL ALMA DEL HOMBRE?

Los dos puntos más fijos de nuestro globo son los polos, sin los cuales no hubieran sido posibles las revoluciones del globo terrestre alrededor de su eje, ni se hubiera podido formar como esfera. Ahora bien: si conociéramos la génesis de los polos, y las leyes y causalidad que ejerce el magnetismo de la tierra sobre los diversos cuerpos ¿no habríamos hallado el esquema básico conforme al cual, luego, la naturaleza combinó con múltiples variantes otras fuerzas superiores para la formación de los seres? Mas siendo así que, no obstante numerosos y meritorios experimentos, sabemos bien poco al respecto<sup>1</sup>, andamos también a oscuras respecto al fundamento de todos los climas según la zona terrestre y su respectiva distancia de los polos. Acaso algún día el imán llegue a ser para nosotros en el campo de las fuerzas físicas lo que vino a ser inesperadamente para la orientación en mares y tierras.

Las revoluciones de nuestro globo alrededor de su eje y del sol, brindan elementos para aproximarnos a una definición del clima; mas también aquí la aplicación de leyes generalmente reconocidas como ciertas resulta difícil y engañosa. Las zonas que establecieron los antiguos no se han visto confirmadas por la exploración reciente de nuevos Continentes, habiendo sido deducidas a base del desconocimiento de éstos en su misma concepción física. Sucede otro tanto con el calor y el frío calculados a base de la cantidad de rayos solares y el ángulo de su incidencia. Como teorema matemático, sus efectos han sido determinados con precisión, mas el mismo matemático lo consideraría un abuso de las reglas por él establecidas si el filósofo de la historia dedujera sobre esta base conclusiones absolutas<sup>2</sup>.

Unas veces tenemos la proximidad del mar, otras determinada clase de vientos, aquí una depresión o elevación de la tierra, allá la vecindad de macizos montañosos, y más allá lluvias y evaporaciones de humedad que dan a la ley general una nueva aplicación local de manera que a menudo los lugares menos distantes experimenten los contrastes climáticos más acentuados. Además, nuevos

<sup>1</sup> Véase BRUGMANN: Ueber den Magnetismus: Satz, 24-31.

<sup>2</sup> KÄSTNER: "Erläuterungen der Halleyschen Methode die Wärme zu bestimmen", Hamb. Magazin, p. 429, etc.

experimentos enseñan que cada ser viviente tiene su propia modalidad de absorber e irradiar el calor y que cuanto más organizado sea el organismo de un ser y mayor la vitalidad activa que manifieste, mayor es también su potencialidad relativa de producir calor y frío.

Las antiguas tesis de que el hombre no puede vivir en un clima cuya temperatura supera la de su propia sangre, han sido refutadas por la experiencia. Los nuevos sistemas, en cambio, acerca del origen y causalidad del calor animal, están muy lejos de haber llegado a la perfección para pensar siquiera en una climatología de la estructura corpórea del hombre, ni mucho menos de sus fuerzas anímicas y su ejercicio, sujeto, además, a libre albedrío. Cualquiera sabe que el calor dilata las fibras, afloja su tensión, licúa los humores y fomenta la evaporación, por lo que con el tiempo da a las partes tersas una consistencia menos firme y esponjosa, etc. La ley en general permanece cierta<sup>1</sup>, y más de un fenómeno fisiológico se ha logrado ya explicar por ella y su contrario, el frío<sup>2</sup>, pero por lo que toca a conclusiones universales que se quisiera deducir de uno de estos principios o sólo de parte del mismo, como son el aflojamiento o la evaporación, aplicándolos a pueblos y regiones enteras y hasta a las funciones más delicadas del espíritu humano y de las más contingentes instituciones de la sociedad, hay que advertir que tales conclusiones serán tanto más arriesgadas cuanto más aguda y sistemática sea la inteligencia que las elabore.

A cada paso se las ve refutadas por ejemplos históricos y hasta por razones de orden fisiológico, porque siempre resulta excesivo el número de factores en parte opuestos, que ejercen su influjo. Hasta al gran Montesquieu se le ha reprochado por haber basado la tendencia climatológica de sus leyes sobre un engañoso experimento con una lengua de carneño. Verdad es que somos arcilla moldeable en manos del clima, cuyas manos empero saben moldear de manera tan variada que tal vez sólo un gran genio del género humano sería capaz de resolver la proporción de todas estas fuerzas en una ecuación.

No es sólo el calor y el frío lo que influye sobre nosotros desde el aire, el cual, según recientes investigaciones, es un gran arsenal de otras energías que entran en combinación con nuestro organismo, para bien y para mal. En él ejerce su influjo el ígneo torrente de la electricidad, este elemento poderoso y en su acción sobre

<sup>1</sup> GAUBEUS, *Pathologie*, cap. V, X, etc., una lógica de todas las patologías.

<sup>2</sup> Montesquieu, Castillon, Falconier, sin hablar de multitud de obras pobres. *Esprit des nations, Physique de l'histoire*, etc.

la vida animal todavía desconocido; pues así como ignoramos las leyes internas que gobiernan su naturaleza, así desconocemos cómo el cuerpo humano lo recibe y asimila. Vivimos del aliento del aire, mas sigue siendo un misterio el bálsamo que nos da como alimento vital. Si añadimos a esto las diversas y casi innumerables circunstancias locales que lo afectan en sus componentes según las exhalaciones de los cuerpos que rodea; si recordamos los ejemplos de cuántas veces una semilla invisible y maligna, que el médico explicaba como miasma, originó los más raros y espantosos fenómenos durante milenios; si pensamos en el misterioso veneno que nos ha traído las viruelas, la peste y las enfermedades venéreas, afecciones que durante ciertas épocas suelen desaparecer, y recordamos cuán poco sabemos de la consistencia y efectos de los vientos en nuestras tierras, por no hablar del hermatán, samiel y siroco, y el viento del norte del desierto tártaro, nos damos cuenta de que se pueda llegar a una climatología fisiológico-patológica, por no mencionar una psicológica que abarcaría la totalidad de las fuerzas intelectivas y emotivas. Mas también en este campo cada tentativa hecha con agudeza de ingenio tendrá su premio, y la posteridad deberá conceder a nuestra época hermosos laureles<sup>1</sup>.

Finalmente, la situación alta o baja de un territorio, su naturaleza y sus productos, los alimentos y bebidas que el hombre consume, el régimen de vida que adopta, el trabajo que ejecuta, los vestidos que usa, hasta la posición que prefiere habitualmente para sentarse, las diversiones y artes que practica junto con multitud de otras circunstancias que tienen importancia por las diversas combinaciones que presentan en la vida, todo esto forma parte del clima y su influjo modificante. ¿Cuál es la inteligencia humana capaz de sistematizar este caos de causas y efectos hasta obtener una imagen del mundo en la que se haga justicia a cada cosa y cada región, sin pecar ni por exceso ni por defecto? Lo mejor es que, a la manera de Hipócrates<sup>2</sup> con su simplicidad tan aguda, se estudien determinadas regiones bajo el aspecto climático, para luego deducir poco a poco conclusiones generales. Naturalistas y médicos deben proceder aquí como practicantes del mundo físico, alumnos de la naturaleza y maestros del filósofo, a quienes debemos ya más de una contribución sobre ciertas zonas para una climatología general y su acción sobre el hombre, que tienen su mérito también para generaciones venideras. Pero como las investigaciones especializadas

<sup>1</sup> GMELIN, *Über die neuen Entdeckungen in der Lehre von der Luft*, Berlin, 1784.

<sup>2</sup> HIPÓCRATES, *De aëre, locis et aquis*, en especial la segunda parte. Para mí es el autor principal sobre el clima.

Climatología  
fisiológico-  
patológica

noación  
ampliada  
de  
clima

no caben dentro del margen de la presente obra, nos cesaremos a algunas indicaciones de carácter general.

1. Siendo nuestra tierra un globo y los Continentes macizos montañosos que emergen de las aguas, se fomenta por múltiples causas un conjunto de factores climáticos que forman parte de la existencia de los seres vivos. No sólo la sucesión de día y noche y el desfile de las estaciones del año modifican periódicamente el clima de cada zona, sino que el antagonismo de los elementos, el influjo contrario de mar y tierra, la situación de montañas y llanuras, los vientos periódicos resultantes de las revoluciones del globo terrestre, la variación de las estaciones y de la duración de día y noche y otras causas de menor cuantía, mantienen este equilibrio salubre de los elementos sin el cual todo se hundiría en el letargo y la descomposición. Nos rodea una atmósfera, vivimos en un mar de electricidad; pero ambos, y probablemente la corriente magnética con ellos, se hallan en perpetuo movimiento. El mar se evapora; los montes atraen las lluvias y reparten las aguas caídas en forma de torrentes que bajan por ambos lados de las alturas. Los vientos se turnan, y de esta manera los años y series de años cumplen la medida de sus días climáticos. Así también se equilibran y sostienen mutuamente las diversas zonas y estaciones. Todo en nuestro globo se halla comunicado. Si la tierra fuera aplanada o tuviera la forma angulosa que imaginan los chinos, podría abrigar en sus confines aquellos monstruos climáticos de los que están bien ajenos su estructura regular y su movimiento, cuyo impulso se propaga a todas las cosas. Las Horas bailan alrededor del trono de Júpiter y lo que nace debajo de sus pies, si bien es una perfección limitada porque se basa en la unión de elementos heterogéneos, éstos se compenetrán en tan íntima cohesión, cual amor conyugal, que siempre nace una criatura de la naturaleza de rasgos regulares y belleza sensibles.

2. Los territorios habitables de nuestra tierra están concentrados en regiones donde los más de los seres vivos existen en las condiciones más favorables para ellos. Esta situación de los Continentes influye sobre el clima de todos ellos. ¿Por qué comienza el clima frío en el hemisferio sur tan cerca de la línea ecuatorial? El naturalista responde: Porque allí existen pocas masas territoriales, por lo cual los vientos fríos y los témpanos del polo sur suben muy arriba. Vemos, pues, cuál sería nuestra suerte si toda la tierra firme de nuestro globo estuviera repartida en islotes. Ahora, en cambio, tres Continentes intercomunicados conservan mutuamente el calor; el cuarto, distante de ellos, es más frío por la misma razón, y en los mares del sur a poco de traspasarse el ecuador, se inicia junto con la escasez de tierras la deformación y degeneración. Menos especies de animales terrestres superiores ha-

bían de habitar allí; el hemisferio sur estaba destinado a ser una inmensa reserva de agua para el globo terrestre, para que el hemisferio norte gozara de un clima más favorable. También desde el punto de vista geográfico y climatológico el género humano está destinado a formar un pueblo que conviva en buena vecindad y que goce del intercambio no sólo de pestes, enfermedades y vicios climáticos, sino también del abrigo del clima y otros beneficios.

3. Por la vecindad de las tierras con las montañas no sólo se originaron innumerables cambios climáticos para la multitud de los seres vivos, sino que se evitó también la degeneración de la especie humana en cuanto fuera posible. Los montes eran necesarios para la tierra; mas sólo hay en ella una alta meseta de montes y tibetanos; las altas cordilleras como muchas de las formaciones gemelas no son habitables. La proximidad de las montañas contribuyó también a mantener bajo el número de áridos desiertos, porque los montes actúan como conductores de las riquezas del cielo y derraman el agua preciosa en fecundos torrentes. Las costas desiertas, finalmente, las frías y húmedas laderas junto al mar son tierras de formación posterior, donde, en consecuencia, la humanidad pudo habitar también más tarde cuando ya gozó para ello de suficiente fuerza vital. Con seguridad, el valle de Quito fué habitado antes que la Tierra del Fuego; Cachemira antes que Nueva Holanda o Nueva Zelandia. La ancha franja de tierra de la latitud meridiana, la región del mejor clima entre mares y montes, sirvió de cuarto de niños en la infancia de nuestra especie, y sigue siendo la parte más densamente poblada del mundo.

Si el clima es sinónimo de fuerzas e influjos a los que aportan su parte la planta como el animal estableciendo para todos los seres vivos una corriente de causalidad recíproca, no cabe duda, por otra parte, de que el hombre ha sido instituido como dueño y señor de la tierra también en este punto, para modificar el clima mediante su arte e ingenio. Desde que robó el fuego del cielo y maneja con su puño el hierro, desde que impuso el yugo a los animales y hasta a sus congéneres, educándolos, a una con las plantas, para su servicio y provecho, contribuyó de diversas maneras a la modificación del clima. Europa, antes una selva húmeda, es hoy una región altamente cultivada, lo mismo que muchas otras, y con su clima cambiaron los habitantes. Sin policía y arte Egipto sería hoy una ciénaga del Nilo; le fué arrebatado y tanto aquí como adentrándose más arriba en el Asia, la creación se adaptó a las condiciones climáticas artificiales. Podemos, pues, comparar al género humano a un puñado de hombres, gigantes por su audacia, aunque pequeños de estatura, que paulatinamente descendieron de las montañas para someter la tierra y dirigir el clima

Clima y  
vecindad

o  
Clima  
sinónimo de  
fuerzas e  
influjos

con sus débiles manos. Hasta dónde hayan llegado en la empresa, nos lo enseñará el porvenir.

4. Digamos, finalmente, algunas palabras de carácter general sobre un asunto tan sujeto a las contingencias históricas y locales, para lo cual nos servirán, con pocas modificaciones, algunas advertencias con que Bacon<sup>1</sup> precede su *Historia de las Revoluciones*.

El influjo del clima abarca los cuerpos más diversos, pero con preferencia los más delicados, los húmedos, el aire y el éter. Incid  
en mayor medida sobre el conjunto de las cosas que en los indi-  
viduos, pero también en estos últimos a través de aquéllos. No se  
manifiesta en un momento del tiempo sino que se extiende sobre  
épocas enteras, durante las cuales, tarde a veces, se manifiesta a  
raíz de circunstancias de poca monta. Finalmente, el clima no im-  
pone su influjo a la fuerza, sino que promueve una proclividad  
determinada; confiere una disposición apenas perceptible, que se  
puede observar en el cuadro conjunto de las costumbres y el estilo  
de vida de ciertos pueblos bien arraigados en su tierra, pero que  
se sustrae a una definición descriptiva por separado. Tal vez  
aparezca algún día un explorador especializado, libre de prejuicios  
y exageraciones, cuyo objetivo exclusivo sea la captación del espí-  
ritu peculiar del clima. Nuestro deber, por el momento, consiste  
más bien en dejar constancia de las fuerzas vivas a que corresponde  
cada clima y las cuales lo modifican y cambian de diversa manera  
por su sola presencia.

## IV

LA FUERZA GENÉTICA ES LA MADRE DE TODAS LAS FORMACIONES SOBRE LA TIERRA, CUYA ACCIÓN ES FOMENTADA O RETARDADA POR PARTE DEL CLIMA MEDIANTE UN MERO CONCURSO CAUSAL

A quien viera por primera vez el milagro de la creación de un ser vivo, ¡qué estupor no le sobrecogería!<sup>2</sup> De bolitas entre las cuales brotan humores, nace un punto vivo, y del punto se genera una criatura de la tierra. Pronto se hace visible ya el corazón y comienza a pulsar, por débil e imperfecto que aún esté; la sangre que ya estaba antes del corazón, empieza a colorearse; luego aparece la cabeza; pronto se manifiestan los ojos, la boca, los sentidos.

<sup>1</sup> BACON, *De augment. scientiæ*, I, 3.

<sup>2</sup> HARVEY, *De generat. animal.*, c. I. WOLF, *Theor. generat.*, etc.

los miembros. Todavía falta el tórax, pero ya hay movimiento en las partes que habrá de contener; aún no están formadas las entrañas, y el animal abre ya el pico. El diminuto cerebro se halla aún fuera de la cabeza, el corazón fuera del pecho, costillas y huesos parecen telarañas finas; pero pronto se forman las alas, las patas, dedos y muslos, y la vida progresa paulatinamente. Lo que estaba descubierto, se cubre; tórax y cráneo se cierran; estómago y tripas siguen aún colgando inertes. También éstos acaban por formarse al fin, a medida que se asimila materia nutritiva; los epitelios y tejidos conjuntivos se contraen y avanzan hacia arriba; el bajo vientre se cierra; el animal está completo. Ya no sigue flotando, sino que está acostado; duerme y vigila alternativamente; se mueve, reposa, empieza a piar, y llega, finalmente, íntegro y completo, a ver la luz del día. ¿Qué nombre le daría a este prodigio quien lo contemplara por vez primera? Diría que estamos en presencia de una fuerza viva y orgánica. No conocemos su esencia ni su origen, pero que está aquí, que vive, que se asimila partes del caos de una materia homogénea, esto lo vemos y no lo podemos negar.

Prosiguiendo en su tarea, nuestro observador vería que cada una de estas partes orgánicas se forman, por así decirlo, "actu" como por una energía causal propia. El corazón no se forma sino por una convergencia de canales que ya existían con anterioridad; apenas se hace visible el estómago, ya contiene materia de digestión. Todas las arterias y vasos se forman así; el contenido estaba antes del continente, lo líquido antes de lo sólido, el espíritu antes del cuerpo, cualquiera sea el que escoja para su morada. Al notar esto, nuestro hombre dirá que esta fuerza invisible no procede arbitrariamente, antes bien no hace otra cosa que manifestarse conforme a su naturaleza intrínseca. Se hace visible en una materia informada por ella y debe tener en sí misma el tipo que se manifiesta. El nuevo ser no es más que una idea hecha realidad de la naturaleza creadora cuyo pensamiento siempre se concreta en hechos.

Siguiendo adelante, nuestro observador descubre que es el calor materno o solar el que fomenta el desarrollo de la creación, pero que el huevo de la madre, no obstante la presencia de materia y calor, no evoluciona hasta el fruto vivo sin la fecundación por parte del padre. ¿Qué podrá suponer sino que debe existir cierto parentesco entre el principio calorífico y el principio vital que lo desarrolla, pero que la verdadera causa que pone en funcionamiento esta fuerza orgánica para dar forma viviente al caos inerte de la materia, debe encontrarse en la unión de dos seres vivos? Todos los seres vivientes, y también nosotros, nos hemos formado de esta manera; cada cual según la especie de su organización, pero

ps. 46. 1. 1. 1.  
orgánico

cómo se  
forman la  
órganos

todos de acuerdo a la ley evidente de una analogía que informa toda la vida que hay en la tierra.

Por fin, nuestro observador advierte que esta fuerza viva no abandona a la criatura recién nacida, sino que continúa manifestándose activa no creando, porque ya el ser está creado, pero conservando, vivificando y alimentándolo. Apenas ha nacido, cuando ya ejerce todas las funciones vitales para las cuales, y hasta por medio de las cuales, había sido formado: la boca se abre, tal como fué su primer gesto primitivo, y el pulmón respira el aire; la voz llama, el estómago digiere, los labios chupan. La criatura crece, vive, sus partes internas y externas colaboran con orden y concierto; empeñadas en una acción conjunta de ayuda mutua y solidaridad, atraen y expelen, se transforman y prestan socorro en enfermedades y dolores, de mil maneras maravillosas e inexploradas. ¿Qué podrá decir quien tal cosa observe por primera vez, sino que la fuerza vital genética innata sigue informando todas las partes, y cada una conforme a su modalidad especial, de la criatura que por ella ha sido formada? Por todos los conceptos está presente en él, de los más variados modos, como quiera que sólo gracias a ella es un conjunto vivo que se conserva, crece y actúa.

Esta fuerza vital, todos la tenemos dentro de nosotros: nos asiste en la salud como en la enfermedad, asimila partes homogéneas, segrega las heterogéneas, repele las hostiles, agótase, finalmente, con la vejez y prosigue viviendo en algunas partes aún después de la muerte. No es idéntica con el intelecto racional de nuestra alma, el cual, por cierto, no se ha formado por sí mismo el cuerpo que no conoce y solamente utiliza como instrumento extraño e imperfecto de sus pensamientos. No obstante, está vinculado a aquella fuerza vital ya que todas las fuerzas de la naturaleza comunican entre sí y también los procesos espirituales intelectivos dependen de la organización y salud del cuerpo, como todos los apetitos e impulsos de nuestro corazón no pueden existir independientemente del calor animal. Todos estos son hechos de la naturaleza que ninguna hipótesis puede desvirtuar, ningún silogismo escolástico refutar: reconocerlos es la filosofía más antigua sobre la tierra, como será también, probablemente, la última<sup>1</sup>. Tan cierto como sé que pienso sin conocer empero la potencia de mi naturaleza intelectiva, tan cierto siento y veo que vivo aunque no sepa nunca qué es la fuerza vital. Es una energía congénita, orgánica, genética; es el origen de mis fuerzas naturales, el genio interno de mi

<sup>1</sup> Hipócrates, Aristóteles, Galeno, Harvey, Boile, Stahl, Glisson, Gaubius, Albin y tantos otros de los más grandes observadores o sabios del mundo, obligados por la experiencia, admitieron este principio vital activo, si bien lo denominaron de diversa manera y no distinguieron siempre lo bastante la denominación respectiva de otras fuerzas limítrofes.

existencia. Si el hombre es el ser más perfecto de la creación terrena, ello no tiene otra razón sino que las fuerzas orgánicas más útiles que conocemos operan informándolo sobre los instrumentos de precisión más delicados de su organismo. Así es como el hombre representa el zófito, la planta animal más perfecta: un genio unigénito en forma humana.

Si nuestros principios son verdaderos, como quiera que se basan en la experiencia irrefutable, no puede tener lugar ninguna mutación de nuestra especie si no es con intervención de estas fuerzas orgánicas. Cualquiera que sea el efecto producido por el clima, todo hombre, todo animal, toda planta tiene su propio clima, pues cada cual recibe los influjos externos y los asimila orgánicamente a su manera individual. Ni en su fibra más diminuta sufre el hombre a la manera de una piedra o de una burbuja. Veamos ahora algunos grados o matices de estas mutaciones.

El primer grado de mutaciones en la especie humana se muestra en las partes externas; no como si éstas fueran afectadas y actuaran por sí mismas, sino porque la fuerza que nos informa opera desde dentro para fuera. Mediante un mecanismo prodigioso se empeña en expulsar del cuerpo cuanto pudiese obstaculizarlo o serle extraño; de ahí que las primeras mutaciones de su estructura orgánica habrán de manifestarse en los límites externos de su dominio, y así, efectivamente, las variaciones más llamativas del género humano no afectan más que a la piel y al pelo. La naturaleza protege el núcleo esencial de su creación y expulsa tan lejos como le es posible el lastre que estorba.

Donde la acción del factor externo modificante iba más allá, los efectos no se manifestaron por otros conductos que los de la misma fuerza vital, a saber, los de la alimentación y procreación. El negro nace blanco; las partes que primero se colorean son una señal manifiesta de que el miasma de su mutación opera genéticamente, mientras que el aire tan sólo lo desarrolla. Ahora bien: el estudio de los años de la pubertad, lo mismo que un crecido número de experimentos con enfermos, nos demuestran que las fuerzas de nutrición y procreación ocupan un amplio sector en el cuerpo humano. Por medio de ellas se comunican los miembros más distantes entre sí, y precisamente son estos miembros los que son afectados en su conjunto por las mutaciones de los pueblos. Así, pues, fuera de la piel y los órganos genitales son las orejas, el cuello y la voz, la nariz, los labios, la cabeza, etc., justamente la región donde en mayor escala se manifiestan las mutaciones.

Finalmente, puesto que la fuerza vital aglutina todas las partes en un conjunto orgánico cuya organización forma un círculo sin principio ni fin a causa de sus múltiples correlaciones, se entiende

LA F. Vital  
depende en  
un clima  
personal  
sin ella  
no hay  
mutación

vital  
innata  
no es  
al al  
elecc  
cional  
la alma

33  
intu  
genio  
vital  
innata

que las mutaciones principales y más íntimas acabarán por manifestarse también en las partes más impermeables, las cuales entran en una nueva relación con el todo, desde la cabeza hasta los pies, por razón de la fuerza intrínseca afectada. Con dificultad procede la naturaleza a la mutación; hasta en los monstruos donde su obra de arte ha sido alterada violentamente, encuentra maravillosos medios de compensación, así como un estratega vencido muestra su mayor sabiduría en la retirada. Mas la diversa formación de los pueblos enseña que también esta mutación, la más difícil, ha sido posible en el ser humano, pues precisamente la composición de miles de partes y la delicada adaptabilidad de nuestra máquina junto con los innumerables y variados factores que ejercen su influjo sobre ella, la hacen posible. Pero también esta mutación tan trabajosa sólo pudo producirse de dentro para fuera. Por siglos, las naciones han formado sus cráneos, perforado sus narices, forzado sus pies, alargado sus orejas: la naturaleza no se dejó desviar de su curso, y si por un tiempo se vió violentada, teniendo que suministrar la savia vital a los miembros dislocados, apenas pudo tomó el camino de la libertad para perfeccionar el tipo de su preferencia. Muy de otra manera sucedían las cosas cuando la deformación era de origen genético y se operaba por los conductos naturales: aquí las deformaciones eran hereditarias hasta en determinados miembros. No se diga que algún artificio, o acaso el sol, hayan achatado la nariz del negro. Siendo así que la conformación de este órgano está en relación con la de todo el cráneo, de la barbilla, del cuello y las espaldas, y haciendo la médula espinal el papel de un tronco de árbol a partir del cual el tórax y las extremidades se van formando como ramas, se demuestra ampliamente por la anatomía comparada que la mutación afectó a toda la figura y que ninguna de las partes fijas pudo cambiar sin modificarse el todo. Por esto, también, la figura del negro ostenta transiciones de matices según la región y no podrá volver a su formación original si no es por vía genética. Llevad al negro a Europa y veréis que sigue siendo lo que es; casadlo con una mujer blanca, y en una generación cambiará lo que el clima de efecto de colorante no hubiera realizado en siglos. Así también acontece en la formación de los pueblos: el ambiente regional los modifica con extrema lentitud; en cambio, una mezcla con naciones extrañas hace desaparecer en pocas generaciones todos los rasgos mongólicos, chinos y americanos.

Con la venia del lector daremos unos pasos más por esta vía:  
1. Un observador atento no puede dejar de notar que en la infinita variedad de figuras humanas, ciertas formas y proporciones no sólo se repiten sino que también se combinan unas con otras en relaciones exclusivas. Para los artistas, esto ya es cosa sabida, y

210

la matriz es blanca, las mutaciones negras, mongólica, chinas y americanas.

las estatuas de la Antigüedad nos enseñan que los artistas de aquellos tiempos aplicaban la proporción o simetría, como la llamaban, no sólo al ancho y largo de los miembros, sino también a que la formación de los mismos estuviese en armonía con el espíritu de toda la obra. El carácter de sus dioses y diosas, de sus adolescentes y héroes quedaba tan definido en toda su postura que a algunos se los puede conocer con no ver más que un miembro aislado, y no es posible en ningún caso intercambiar entre ellas un brazo, un pecho ni un hombro. En cada una de estas figuras vive el genio de un ser individual que comunica su alma inspirando su envoltura material y dando a la más pequeña medida y posición de los movimientos un carácter similar al que tiene el conjunto.

Entre los artistas de épocas más recientes es el Policleto de nuestra patria, Albrecht Dürer, quien ha investigado cuidadosamente la medida de las diversas proporciones del cuerpo humano, y cualquiera advierte aquí que la formación de todas las partes cambia con las circunstancias de la vida. ¿Y qué sucedería si combináramos la precisión de Dürer con la intuición psicológica de los antiguos para estudiar así la diversidad de las principales formas y caracteres humanos en su conjunto armónico? Me parece que la ciencia fisonomista volvería con esto a su antiguo cauce natural que indica su nombre, según el cual no tiene la finalidad de ser intérprete de capacidades técnicas o morales, sino de la naturaleza viviente de un hombre, algo así como la traductora de su genio hecho visible. Ajustándose así a los límites de la analogía del conjunto que se expresa siempre con mayor fidelidad en el rostro, tendrá la patología por hermana y la fisiología y semiología por auxiliares y amigas. La figura del hombre no es más que una envoltura para el mecanismo interno, un conjunto armónico donde cada letra es parte de una palabra; pero solamente la palabra entera da el sentido verdadero. En la vida común utilizamos la ciencia fisonomista de la siguiente manera: el médico experimentado ve cuáles son las enfermedades que más fácilmente pueden afectar al hombre según su estructura y figura, y hasta el ojo fisonomista de los niños percibe la manera de ser (*physis*) del hombre en su conformación, es decir, su figura en la que se manifiesta el genio hasta la sepultura.

Además: ¿No será posible registrar estas formas, esta armonía de partes convergentes y ordenarlas como las letras de un alfabeto? Verdad es que este abecedario nunca llegaría a ser completo, ni lo sería de algún idioma determinado; mas no cabe duda de que un estudio concienzudo de este orden vivo, columna y base de nuestra especie, abriría un ancho campo para fijar las características fundamentales de la naturaleza humana en sus exponentes principales. Si no se limita esta labor a Europa y se evita erigir nuestro acostumbrado ideal de belleza en prototipo de toda sanidad y hermo-

211

heca una historia Gráfica de las Formaciones y Mutaciones

00  
111  
precisión  
Dürer +  
intuición  
psicol. ant.  
para  
diversidad  
cauce nat.  
de la ciencia  
fisonom.

sura, siguiéndose a la naturaleza viva tal como se presenta en las diversas zonas de la tierra, cualesquiera sean las armonías de las partes convergentes y sus variantes, se llegaría indudablemente a nuevos descubrimientos sobre el *consensus partium* y la melodía de las fuerzas vivas en la estructura del hombre, que sería el mejor de los premios para semejante labor. Más aún: tal vez este estudio del consenso natural de las formas nos llevaría más lejos que la doctrina de las complejiones y temperamentos tantas veces tratada, y casi siempre con escaso fruto. Ni siquiera los observadores más agudos adelantaron gran cosa por esta vía porque les faltaba la terminología para designar la pluralidad de formas que hallaron.<sup>1</sup>

2. Si la fisiología debería servir siempre de faro y norte en semejante historia gráfica de las formaciones y mutaciones del género humano, también se haría patente en ella la sabiduría de la naturaleza que forma y modifica sus obras conforme a una ley de pródiga compensación. ¿Por qué, por ejemplo, la madre naturaleza crea y separa sub-grupos y familias? La finalidad no es otra que el mayor perfeccionamiento del tipo respectivo. No sabemos cuántas de las especies animales actuales tuvieron un mayor grado de parentesco entre sí en épocas pasadas, pero sí vemos que ahora están separadas por lindes genéticos. Ningún animal en estado salvaje se aparea con otra especie; y donde los artificios del hombre o la opulenta ociosidad del animal cebado hacen degenerar su instinto de por sí tan bien orientado, ni siquiera allí las leyes inmutables de la naturaleza pueden ser superadas por la técnica artificiosa. O la unión resulta estéril, o el bastardo producido a la fuerza sólo se reproduce con animales de las especies que intervinieron en su propia génesis. Lo que es más: vemos en estos mismos bastardos que las variantes no aparecen sino en los límites extremos del organismo, tal como lo hemos descrito de las mutaciones de la especie humana; si el tipo esencial intrínseco hubiera sido afectado, no se habría obtenido un ser vivo capaz de subsistir. Ni un Centauro ni un Sátiro, ni Scila ni la Medusa pueden generarse según las leyes internas de la naturaleza y del tipo genético esencial de cada especie.

3. El medio más sutil, finalmente, por el cual la naturaleza combina la pluralidad de las formas creadas con su conservación en las especies, es la creación y apareamiento de dos sexos. ¡De qué manera tan sutil y espiritual se combinan los rasgos de ambos padres en la faz y estructura corpórea de sus hijos! Como si sus almas se hubieran derramado en la prole según diversas proporciones distribuyéndose sobre ella las múltiples fuerzas naturales de organización. Sabido es por todo el mundo que los rasgos y enfer-

<sup>1</sup> Encuentro esta doctrina muy simplificada en la *Miscelánea* de Merget. I. I. También Platner y otros hicieron sus méritos en este campo.

medades, y hasta inclinaciones y predisposiciones son hereditarios; más aún: con frecuencia sucede que la figura de algún antepasado, muerto desde tiempos remotos, vuelve a emerger de manera maravillosa de la corriente de las generaciones.

No menos cierto, aunque difícil de explicar, es el influjo prenatal de los estados anímicos y corpóreos de la madre sobre el embrión, de lo que hay tristes ejemplos que cargan durante una vida con los efectos. La naturaleza ha juntado, pues, dos corrientes vitales para dotar al nuevo ser en formación con un caudal completo de fuerzas naturales, que evolucionarán ahora hasta una vida propia e imagen y semejanza de los padres. Más de un árbol genealógico decaído ha recibido nueva savia por el advenimiento de una madre sana y vital; más de un joven agotado no despertó hasta que en brazos de su mujer llegó a ser un hijo viviente de la naturaleza. Se ve, pues, que también en la formación del genio de la humanidad es Amor el más poderoso de los dioses: enmolece las generaciones y levanta a las decaídas; es una antorcha de la divinidad cuya chispa aviva la llama de la vida humana. Nada, en cambio, hay más antagónico al genio creador que aquel odio frío, o esa aborrecible búsqueda de la conveniencia propia, que es peor que el mismo odio. Ella junta a la fuerza a hombres que no han sido hechos el uno para el otro y perpetúa su existencia como seres miserables e inarmónicos. Ningún animal ha caído tan bajo como el hombre que se precipita en esa degeneración.

## V

## OBSERVACIONES FINALES SOBRE EL ANTAGONISMO ENTRE LA GÉNESIS Y EL CLIMA

Si no me equivoco, con lo dicho hasta ahora queda esbozado, por lo menos, el comienzo de una línea demarcatoria entre las potencias antagónicas. Nadie pedirá, por ejemplo, que una rosa se transforme bajo otro clima en lirio, ni un perro en lobo; pues la naturaleza ha establecido límites precisos entre las especies y prefiere dejar desaparecer una criatura antes que permitir un desvío o degeneración esencial del plan original. Que la rosa pueda presentar ciertas variantes, que el perro pueda adquirir un cierto aire lupino, está probado por la historia y aquí la transformación se opera por presión lenta o repentina sobre las fuerzas orgánicas antagónicas. Ambas potencias en guerra causan, pues, grandes efectos, sólo que cada una ejerce su acción a su manera. El clima es

un caos de causas, muy desiguales entre sí y, por lo tanto, de efecto lento y dispar, hasta que por fin penetran la medula del ser y lo modifican en sus hábitos y su misma génesis. La fuerza vital resiste por largo tiempo, con denuedo, con su manera peculiar y única; pero puesto que, al fin de cuentas, no es inmune a afecciones extrañas, acaba por adaptarse andando el tiempo.

En vez de seguir tratando sobre generalidades de este antagonismo, creo preferible una investigación instructiva sobre casos determinados, para lo cual el campo de la geografía y de la historia nos brindan abundante cosecha. Sabemos, por ejemplo, de grupos colonizadores portugueses que emigraron al África; de españoles, holandeses, ingleses y alemanes que se trasladaron a la India oriental y América. Conocemos los efectos que sobre algunos de ellos surtió el haber adoptado el modo de vida de los nativos; de otros, los resultados de la continuación de su estilo de vida europeo. Investigando todo esto con precisión, se progresaría hasta migraciones más antiguas, como la de los malayos a las Islas, de los árabes a África e India oriental, de los turcos a las tierras conquistadas por ellos, de los mongoles y tártaros y finalmente la multitud de naciones que llenaron Europa durante las invasiones de los bárbaros. En ningún caso debería dejarse a un lado el clima de donde venía un pueblo, cuál había sido su estilo de vida, cuál el país invadido, cuáles los nuevos pueblos circundantes con los que se mezcló y qué revoluciones afectaron su estructura política en la nueva patria. Siguiendo la investigación a través de otros siglos de los que poseemos noticias más seguras, tal vez podrían sacarse conclusiones acerca de aquellas invasiones más antiguas que sólo conocemos por las leyendas de antiguos escritores o por coincidencias de mitologías e idiomas. En última instancia, todas o casi todas las naciones de la tierra emigraron tarde o temprano, y de esta manera obtendríamos algunos mapas con la representación gráfica de una Historia físico-geográfica del origen y evolución de nuestra especie, según los climas y las épocas, la cual, procediendo paso a paso, brindaría resultados de suma importancia.

Sin querer adelantarme al espíritu investigador que algún día emprenda semejante tarea, citaré algunos ejemplos de la historia reciente sacados de mis trabajos anteriores.

1. Transiciones demasiado repentinas de un hemisferio y clima a otro, raras veces han tenido efectos saludables para una nación, porque no sin sabia intención puso obstáculos la naturaleza entre regiones apartadas. La historia de las conquistas de las compañías comerciales, y más que nada de las misiones, ofrecerían un cuadro lamentable y, en parte, ridículo si un historiador imparcial compilara las informaciones sobre este punto con sus secuelas de los mismos relatos de aquéllos. Con verdadero horror léense las noticias

de algunas naciones europeas que, habiéndose rebajado a vivir en la más descarada opulencia y una soberbia privada de todo sentimiento, degeneran con alma y cuerpo y se hallan finalmente faltas de energías hasta para el goce y la misericordia. Son engreídas caricaturas humanas, incapaces para todo placer noble y activo y por cuyas venas corre ya la sangre podrida de una muerte justiciera. Si agregamos a esto los infelices que hallaron la muerte a montones en las dos Indias, si leemos la historia de las enfermedades en otros Continentes que describen médicos ingleses, holandeses y franceses, y consideramos, finalmente, las piadosas misiones que tantas veces no quisieron abandonar el hábito de determinada congregación religiosa y la manera europea de vivir, ¡qué resultados tan cargados de amargas experiencias se nos imponen, los cuales, por desgracia, también son parte de la historia de la humanidad!

2. Si siquiera la diligencia del europeo en colonias civilizadas de otros Continentes logra siempre oponerse victoriosamente a los efectos del clima. "En América del Norte —observa Kalm<sup>1</sup>—, las generaciones europeas llegan a la madurez, pero también a la vejez y la muerte más pronto que en Europa. No es raro —dice— ver a niños de corta edad contestar preguntas con una viveza y prontitud pasmosas, pero no llegan a alcanzar la edad del europeo. Una edad de ochenta o noventa años es un caso raro para un europeo nacido en América, siendo así que los habitantes primitivos solían llegar a una edad avanzada. También los inmigrantes nacidos en Europa suelen llegar a una edad muy superior a la de los nacidos en América de padres europeos. Las mujeres cesan antes de ser fecundas, algunas ya a los treinta años. También se observa en casi todas las colonias europeas que los allí nacidos pierden su dentadura antes de tiempo, mientras que los nativos conservan hasta el fin sus dientes hermosos, blancos y libres de caries". Los pasajes citados se han interpretado injustamente en el sentido de que la América antigua era insalubre para sus propios hijos; sólo para con los intrusos se mostró madrastra, ya que éstos, como también explica Kalm, con una constitución diferente quisieron habitar en su seno llevando una vida diferente.

3. No se crea que el arbitrio despótico de los hombres pueda cambiar en otra Europa, con medios artificiales, un Continente extraño, por más que desmonten sus bosques y cultiven sus tierras; pues toda la creación viviente está correlacionada y los cambios requieren gran cautela. El mismo (Kalm) cita la información obtenida de viejos sucesos emigrados a América, según la cual la causa del rápido desmonte de las selvas y cultivo de las tierras no sólo disminuyeron en forma alarmante las aves de caza silvestres que antes

<sup>1</sup> Göttingische Samml. von Reisen, t. 10, 11, etc.

anidaban y vivían en fabulosas cantidades en ríos y bosques, lo mismo que los peces que llenaban torrentes y riachuelos; no sólo se enarrecieron los lagos, arroyos, fuentes y ríos, la lluvia, el alto pasto en los bosques, sino que esta devastación parece influir también sobre la edad, la salud y las estaciones del año. "Los americanos —dice—, que alcanzaban fácilmente una edad de cien y más años cuando llegaron los europeos, hoy apenas alcanzan a la mitad de la edad de sus mayores. La causa no debe buscarse tan sólo en el aguardiente homicida y su cambiado modo de vivir, sino, probablemente, también en la desaparición de tantas hierbas y plantas aromáticas y confortantes, que por la mañana y a la noche exhalaban una fragancia que le hacía creer a uno hallarse en un jardín de flores. En aquel entonces, el invierno venía más temprano y era más frío, saludable y continuo; ahora, la primavera se atrasa y se presenta inestable y tornadiza como las estaciones en general". Esto dice Kalm, y por más que se atribuya a la información un valor meramente local, demuestra, sin embargo, que aun tratándose de la más meritoria de las obras como es el cultivo de las tierras, la naturaleza no se presta a las transiciones demasiado bruscas. ¿No cabe pensar que la constitución endeble de los así llamados americanos civilizados en México, Perú, Paraguay y Brasil provenga, entre otras causas, de que se les ha cambiado su país y su manera de vivir sin poder ni querer darles para ello una naturaleza europea? Todos los pueblos que siguen viviendo en la selva y a la usanza de sus antepasados, son valientes y esforzados, llegan a una edad avanzada y florecen como los árboles de sus bosques; entre tierras cultivadas, en cambio, privados de la sombra húmeda, languidecen y acaban por extinguirse; su alma y su valor se quedaron en la selva. Léase a este propósito la conmovedora historia de la floreciente familia que Dobritzhofer<sup>1</sup> arrancó a la vida salvaje: madre e hija pronto murieron, y ambas aparecieron en sueños al hijo y hermano abandonado llamándolo hasta que él, sin dolencia ni enfermedad, acabó por fallecer también. Sólo así resulta comprensible que pueblos que primero habían sido valientes, llenos de vitalidad y energía, hayan llegado en poco tiempo a ablandarse hasta el punto de ser lo que describen los jesuitas del Paraguay y los viajeros del Perú: hombres de una blandura que produce melancolía al leer los relatos. Puede que en siglos venideros la naturaleza forzada sepa sacar bien de mal, al menos en algunos lugares, aunque tengo mis dudas al respecto; de todos modos, para las primeras generaciones de civilizadores y civilizados, esto no reza, y es que la naturaleza es en todas partes un conjunto indivisible y viviente que tolera que se le siga y enmiende con suavidad, pero no que se la pretenda dominar

<sup>1</sup> DOBRITZHOFFER, *Geschichte der Abiponer*, t. I, p. 114.

punta de lanza. Ninguno de los salvajes a quienes se trasladó de golpe a las capitales europeas ha evolucionado favorablemente; de la cumbre a la que habían sido llevados, añoraban sus llanuras y las más veces volvieron entorpecidos y degenerados a su vida anterior, que también ahora les resultaba intolerable. Otro tanto acontece con la transformación violenta de los climas selváticos por manos europeas.

¡Oh hijos del Dédalo, mensajeros del destino sobre la tierra: cuántos dones teniais en vuestras manos para llevar la fortuna a los pueblos de manera humana y suave, y cómo es que una concupiscencia soberbia y rebelde os ha desviado de modo tan lamentable! Todos los advenedizos de países extranjeros que supieron nacionalizarse entre los nativos, no sólo gozaron de su benevolencia y amistad, sino que pronto descubrieron lo razonable del modo de vida adoptado por aquéllos; pero cuán pocos fueron los que así procedieron. Qué raro es el caso de que un europeo mereciese el elogio de parte de los nativos: "Es un hombre razonable, como somos nosotros". ¿No tomará venganza la naturaleza por cada injuria inferida? ¿Dónde están hoy las conquistas, los mercados y las invasiones de tiempos pasados? ¿Qué se hicieron, con sólo llegar tras ellos el pueblo inadaptado y diferente al país lejano y extraño para recorrerlo robando y devastando? El tranquilo soplo del clima los ha dispersado o consumido, y fué fácil para el nativo hacer caer el árbol falto de raíces. La modesta planta, en cambio, obediente a las leyes de la naturaleza, no sólo perdura sino que sirve como semillero de la civilización beneficiando la nueva tierra. El milenio venidero decidirá el provecho o daño que nuestro genio llevó a otros climas y éstos a aquél.

## LIBRO OCTAVO

At pretender ahora pasar de las fuerzas naturales del hombre a su espíritu para investigar sus propiedades tan variables a lo largo de las latitudes del globo terráqueo, basándome en informaciones foráneas, defectuosas y, en parte, inciertas, me parezco comparable a uno que tomando el mar por punto de partida, quiere emprender una navegación por el aire. Este asunto resulta más fácil al metafísico que formula una definición del alma y va sacando conclusiones hasta donde sea posible, y las aplica dondequiera y en cualesquiera circunstancias. El filósofo de la historia no puede basarse en una abstracción sino únicamente en la historia, y si no ordena los innumerables hechos aislados bajo un punto de vista común, corre peligro de obtener resultados erróneos. A pesar de todo, intentaré avanzar por este camino, pero en lugar de cruzar el océano por el aire, prefiero mantenerme cerca de las costas, es decir, me atenderé a algunos hechos ciertos, o que tengo por tales, para sacar de ellos mis conclusiones dejando a otros más afortunados el ordenarlos y utilizarlos mejor.

### I

LA VIDA SENSITIVA DE NUESTRA ESPECIE VA CAMBIANDO CON LA EVOLUCIÓN Y LA DIVERSIDAD DE CLIMAS; PERO EN TODAS PARTES ES EL USO HUMANO DE LOS SENTIDOS EL QUE CONDUCE AL FLORECIMIENTO DE SENTIMIENTOS HUMANITARIOS

Todos los pueblos, con excepción acaso de los albinos patológicos, tienen sus cinco o seis sentidos humanos; los llamados insensibles de Diodoro o los pueblos sordomudos pertenecen a la fábula en la antropología moderna. Mas si se tiene en cuenta qué diferentes sensaciones externas percibe de un mismo objeto cada uno de nosotros, y luego dirige la mirada a los incontables millones de hombres que habitan todas las latitudes de la tierra, fácilmente se ve que nos encontramos ante un piélago insondable cuyas olas se pierden en el infinito. Cada hombre tiene su propia medida, por

así decirlo, su propio concierto de los sentidos, de suerte que en ocasiones extraordinarias se llega a resultados sorprendentes respecto de las sensaciones que experimenta un individuo. Médicos y filósofos han publicado elencos enteros de sensaciones peculiares y raras, es decir, de idiosincrasias determinadas, que muchas veces son tan peregrinas como inexplicables. Las más veces atendemos tales sensaciones sólo en caso de enfermedad o acontecimientos des acostumbrados; en la vida diaria escapan a nuestra atención. El lenguaje carece de expresión para ellas, porque cada hombre habla y comprende conforme a su experiencia personal, y no hay una medida común de las diversas sensaciones para dos organismos distintos. Hasta en el sentido más agudo, la vista, se manifiestan estas diferencias no sólo respecto de la distancia percibida, sino también en cuanto a la figura y color de los objetos. De ahí que algunos pintores tengan en sus obras contornos característicos para ellos así como sus propias tonalidades en los colores. No es tarea de la filosofía antropológica agotar este piélago, sino llamar la atención sobre las diferencias más delicadas mediante el estudio de las que más saltan a la vista.

*tactu*  
El sentido más común y necesario es el tacto, fundamento de los restantes y en el hombre uno de sus más grandes privilegios orgánicos<sup>1</sup>. Le debemos muchas de nuestras comodidades, inventos y artes y acaso concurra en la formación de nuestras ideas en mayor medida de lo que nos imaginamos. Pero qué diferente es este órgano de un hombre a otro, puesto que lo modifican la manera de vivir, el clima, el uso y el ejercicio, y finalmente, el umbral de excitabilidad genética del cuerpo. A ciertos pueblos americanos se les atribuye una falta de excitabilidad de la piel, que se manifiesta hasta en las mujeres en las operaciones más dolorosas<sup>2</sup>. Si el hecho es verídico, no me extraña, pues veo motivos para ello tanto por parte del cuerpo como del alma. Hace siglos, muchos de los pueblos de este Continente expusieron su cuerpo desnudo al aire fuerte y a las picaduras de los insectos, contra las cuales usaron en parte unguentos ácidos; también se arrancaron el pelo por cuanto fomenta la delicadeza de la piel. Una harina de mayor acidez, raíces y hierbas eran su alimento, y sabido es que hay un exacto paralelismo entre los órganos digestivos y la sensibilidad de la piel, hasta el punto de perderse el sentido del tacto por completo en ciertas enfermedades de esta especie. También el consumo inmoderado de alimentos después de haber sufrido el hambre más espantosa, que se encuentra entre estos pueblos, parece probar esta insensibilidad, la cual es

<sup>1</sup> MEYER: *Sobre las ventajas físicas del género humano en comparación con los animales*, parte 3.

<sup>2</sup> ROBERTSON, *Historia de América*, primera parte.

también un síntoma de muchas de sus enfermedades<sup>1</sup> y pertenece, por lo tanto, al pro y contra de su clima natal. La misma naturaleza les forjó esa insensibilidad como armadura contra los males que de otra manera no hubieran podido soportar, y ellos, por su parte, ayudaron con su ingenio la obra de la naturaleza. El nativo de América del Norte sufre penas y dolores con insensibilidad heroica por principios de honor; desde su niñez ha sido educado para ello y las mujeres no van en zaga a los varones. Una apatía estoica, también en medio de dolores físicos, les era costumbre natural, y su menor proclividad a los placeres carnales a pesar de tener sus fuerzas naturales en plena actividad, y, hasta esa indolencia adormecida que sumergió en el letargo a algunos pueblos subyugados, parecen derivarse de esta propiedad.

Monstruos inhumanos son, por lo tanto, quienes por insensibilidad aún más grande de sus sentimientos humanos, abusaron o pusieron a prueba con crueles tormentos una deficiencia que la naturaleza otorgó a sus hijos para remedio y consuelo.

La experiencia enseña que un exceso de calor y frío embota la sensibilidad. Los pueblos que caminan descalzos sobre la arena adquieren una suela que soporta los golpes del hierro, y existen casos de quienes aguantaron durante veinte minutos sobre ascuas. Venenos ácidos lograron transformar la piel hasta el punto de poder sumergirla en plomo derretido, y por otra parte y en otro orden, el frío glacial del alma, lo mismo que la ira y otras conmociones anímicas contribuyen al embotamiento de la sensibilidad<sup>2</sup>. En cambio, la más fina sensibilidad parece encontrarse en latitudes y con una forma de vida que fomenta una tensión más suave de la piel y una distribución armónica de los nervios sensibles. El nativo de la India oriental será tal vez la criatura más delicada en lo que al goce de los órganos sensibles se refiere. Su lengua, nunca embotada por el gusto de bebidas fermentadas o alimentos condimentados, percibe el menor sabor extraño o adicional del agua pura, y sus dedos imitan modelando las obras más preciosas de manera que no es posible distinguir el original de la imitación. Templada y tranquila es su alma, suave reflejo de los sentimientos que le rodean mansamente. Así las olas van meciendo el cisne; así acaricia la brisa primaveral las tiernas hojas de transparente verdor.

Fuera del clima suave y caluroso, nada contribuye tanto a esta sensibilidad aumentada como la limpieza, la moderación y el ejercicio corporal, tres virtudes en las que nos superan muchos pueblos a los que solemos llamar no civilizados, y que parecen propias especialmente de los que habitan latitudes de clima benigno y bellos pai-

<sup>1</sup> ULLOA, parte 1, p. 188.

<sup>2</sup> HALLER, *Physiol.*, t. V, p. 16.

sajes. La limpieza de la boca, los baños frecuentes, la afición a los ejercicios al aire libre, y hasta la actitud placentera y salubre de frotar y despezar el cuerpo, tan cara a los romanos y tan corriente, aún hoy en día, entre los indios, persas y tártaros, todo esto fomenta la circulación de los humores y mantiene elástica la tonicidad de los miembros. Los pueblos de las latitudes más ricas viven frugalmente; no creen que el hombre tenga por destino la excitación antinatural de sus nervios y la cotidiana asimilación de tóxicos que deterioran sus humores. Las tribus de los brahmanes, por ejemplo, no han probado la carne ni el vino desde los tiempos más remotos. Ahora bien: si en los animales se hace visible qué poder ejercen estos alimentos sobre el sistema de los sentidos, cuánta mayor no ha de ser esta influencia en la flor más delicada de todas las organizaciones: el hombre. Para la filosofía antropológica, la moderación en el goce sensual es sin duda un método más eficiente que mil abstracciones aprendidas y artificiosas. Todos los pueblos de sensibilidad grosera que viven en estado salvaje o en un clima inclemente, se muestran comilones, porque saben que luego vendrán los días del hambre; y así suelen comer también lo que tengan a su alcance. Los pueblos de sensibilidad más delicada prefieren también goces más refinados. Mientras sus comidas son sencillas y el menú sin variantes, saben procurarse, en cambio, ungüentos afrodisíacos, olores refinados, esplendor, comodidad; y la flor de todos sus goces y placeres es el amor sensual. Si sólo se quiere comparar la sensibilidad orgánica, no cabe duda por cuál de los dos hay que inclinarse, pues ningún europeo civilizado tendrá mucho que elegir entre la dieta de sebo y aceite de bacalao del groenlandés y las especias del habitante de la India. La cuestión sería más bien a cuál de los dos nos hallamos de hecho más próximos, a pesar de nuestro palabrerío de cultura. El hindú pone su dicha en el reposo desapasionado, un goce inalterable de humor y alegría; respira placer y nada en un mar de dulces sueños y olores reconfortantes. Nuestra opulencia, en cambio, por la que robamos y llevamos el desasosiego a todos los Continentes, ¿qué busca y pretende? Nuevos condimentos excitantes para una lengua embotada, frutas y comidas exóticas que, luego, ni llegamos a gustar en medio de la superabundancia de mezclas y combinaciones, y bebidas embriagadoras que nos privan del reposo y embotan la razón. Cuanto puede excogitarse para destruir nuestra naturaleza excitándola, es el noble fin cotidiano de nuestra vida. Con esto se distinguen las clases sociales, con esto las naciones se procuran la felicidad. ¿Felicidad? ¿Por qué el pobre ha de pasar la más miserable de las vidas con sentidos embrutecidos por trabajos y sudores? Para que los grandes y ricos, faltos de gusto y tal vez para alimento perenne de su brutalidad, puedan embotar sus sentidos cada día de una manera más refinada. "El europeo come cualquier

cosa", dice el indio oriental y a causa de su olfato más delicado siente horror ante el solo olor del europeo. No logra clasificarlo dentro de su mundo conceptual sino dentro de la casta más abyecta a la que, para colmo de ignominia, le es lícito comer de todo. No es sólo por razones de fanatismo religioso si el europeo en muchos países del Islam es llamado animal impuro.

No parece probable que la naturaleza nos haya dotado de una lengua para que unas papilas diminutas, las gustativas, representen la finalidad de nuestra vida llena de sufrimientos, ni menos que por causa de ellas llegáramos a ser la causa de la desdicha ajena. Nos dió el sentido del gusto, en parte para endulzarnos la obligación de satisfacer el hambre y trabajar por ello, y en parte, para que el sentido de este órgano fuese el centinela avisador de nuestra salud. Para esta última función ya no sirve a ninguna de las naciones opulentas. El ganado sabe bien lo que le es salubre y escoge con gran cuidado las hierbas; no toca lo venenoso y nocivo y pocas veces se engaña. Mientras los hombres vivían entre los animales, sabían distinguir los alimentos como éstos; perdieron su criterio al habitar sólo entre hombres, como aquellos indios que perdieron la pureza de su propio olor cuando abandonaron su alimentación frugal. Los pueblos que siguen viviendo en sana libertad conservan todavía bastante de esta guía de los sentidos. Pocas veces o nunca se equivocan en los frutos de su país; lo que es más, el indio norteamericano encuentra a su enemigo guiándose por el olfato, y el de las Antillas distinguiendo las diferentes pisadas de las diversas naciones. Así pueden perfeccionarse los sentidos más animales del hombre cuando se ejercitan convenientemente. Pero la mejor manera de cultivarlos es guardando la proporción de todos ellos con una manera de vivir verdaderamente humana, de suerte que ninguno predomine y ninguno se atrofie. Esta proporción cambia con cada región y cada clima. El habitante de regiones calurosas engulle con gran apetito alimentos que para nosotros resultan asquerosos en sumo grado, pues su naturaleza los demanda como remedio y alivio salvador<sup>1</sup>. La vista y el oído, finalmente, son los sentidos más nobles a cuyo ejercicio se orienta preferentemente el plan orgánico del hombre, pues en él alcanzan un desarrollo superior al de todos los animales.

¿A qué admirable grado de agudeza evolucionaron la vista y el oído en algunos pueblos! El calmuco advierte el humo donde ningún ojo europeo puede verlo; el árabe retraído oye a grandes distancias en su desierto silencioso. Muchos otros pueblos demuestran hasta dónde puede llegarse a fuerza de ejercicio si con el uso de estos sentidos agudos y finos se combina un gran poder de concentración de la atención. Los pueblos cazadores conocen todos los

<sup>1</sup> WILSON, Beobachtungen über den Einfluss des Klimas, p. 93, etc.

árboles y arbustos de sus tierras; los indios norteamericanos nunca se desvían en sus selvas y bosques; persiguen a sus enemigos por centenares de millas, para luego volver a sus cabafías. Los guaraníes civilizados, refiere Dobritzhofer, imitan con admirable precisión cualquier trabajo fino de arte que se les muestre; pero es muy poco lo que captan de una descripción verbal, ni pueden sobre esta base inventar cosa alguna, consecuencia natural de una educación que formaba el alma no mediante palabras, sino con la presencia palpable de los objetos. Inversamente, los hombres formados a fuerza de palabras abstractas, a menudo han oído tantas que son incapaces de ver lo que tienen delante de las narices. El alma del libre hijo de la naturaleza se divide entre la vista y el oído; reconoce con certeza los objetos que una vez ha visto; transmite con exactitud las leyendas que una vez ha oído. Su lengua no tartamudea así como su flecha no yerra el blanco, porque su psiquis no puede errar ni tartamudear sobre lo que ha percibido con la vista y el oído.

Buena disposición de la naturaleza es ésta para un ser cuyo primer grado de bienestar e intelección nace únicamente de sensaciones. Estando sano nuestro cuerpo, sus sentidos bien ejercitados y ordenados, se tiene la base para el buen humor y la alegría interna, cuya pérdida no sabe compensar la razón especulativa. El fundamento de la felicidad sensible del hombre consiste siempre en que esté con cuerpo y alma en el instante que está viviendo, que goce de lo que tiene a su alcance y se distraiga lo menos posible con preocupaciones del pasado o del porvenir. Si se mantiene en este justo medio, será entero y fuerte; mas si sus pensamientos divagan mientras sólo debería concentrarse en el momento actual para gozarlo, cómo se divide y debilita y cuánto más triste es su vida que la de los animales con su capacidad de felicidad tan limitada! El ojo del hijo de la naturaleza libre de prejuicios contempla el paisaje y se recrea en él sin saberlo; o se dedica a sus quehaceres, y gozando del flujo de las estaciones del año apenas si envejece a la edad más avanzada. No distraído por pensamientos concebidos a medias ni perturbado por papeles escritos, su oído percibe íntegramente los sonidos; retiene la palabra hablada, que refiriéndose a objetos concretos proporciona al alma una satisfacción más honda que una serie de sordas abstracciones. Así vive y muere el salvaje, satisfecho pero no asqueado de los placeres sencillos que le dan sus sentidos.

Pero hay otro don benéfico con que la naturaleza dotó a nuestra especie, al no negar a los eslabones más primitivos y pobres en caudal intelectual las delicias recreativas del arte de la música, que es el primer grado de una vida sensitiva más refinada. Aun antes de que el niño sepa hablar es capaz de cantar, o al menos de percibir los estímulos de orden musical. También para los pueblos no

(# Foucault Kant 22) iniciu la ontologie del presente pero la razón enraizada en ese presente se parece a la aquí descrita por Herder

civilizados es la música el arte primero que conmueve sus almas. El cuadro que la naturaleza ofrece a la vista es tan múltiple, variado y amplio que el gusto del artista que trate de representarlo tiene que pasar por innumerables tanteos y ejercitarse primero en la barbarie de lo monstruoso y llamativo hasta que aprende las justas proporciones. Pero el arte musical, por simple y primitivo que sea, habla a todos los corazones humanos y es, junto con la danza, la fiesta de la alegría general de la tierra. Lástima grande que los más de los exploradores, cegados por un gusto demasiado amanerado, nos priven de estas melodías infantiles de pueblos remotos. Por inútiles que puedan resultar para nuestros compositores, serían instructivas en sumo grado para el antropólogo, porque la música de una nación, también en sus formas más primitivas y sus melodías predilectas populares, descubre su íntimo carácter, es decir, la entonación según la cual está templado su órgano perceptivo, más profunda y verídicamente que lo que la descripción más extensa de circunstancias externas lograría hacer jamás.

Cuanto más le sigo los pasos a la sensibilidad del hombre en las diversas regiones y condiciones de vida, tanto más me persuado de que la naturaleza se ha mostrado en todas partes como madre solícita y bondadosa. Donde un órgano no podía ser dotado de abundancia, se cuidaba de excitarlo menos dejándolo adormecido durante miles de años. Donde afinaba los instrumentos subiendo el umbral de excitabilidad, allí le deparó también los medios para satisfacerlo, de manera que toda la tierra con la organización más o menos desarrollada de la humanidad, refleja su obra con el sonido armonioso de un arpa en que todos los tonos y matices han sido ensayados o lo serán en el transcurso de los tiempos.

## II

LA IMAGINACIÓN DE LOS HOMBRES ES EN TODAS PARTES DE NATURALEZA ORGÁNICA Y CLIMÁTICA; SIEMPRE, EMPERO, SE GUÍA POR LA TRADICIÓN

No podemos formarnos conceptos de un objeto que se halla fuera del ámbito de nuestros sentidos; la historia de aquel rey naves que consideraba la escarcha y la nieve cosas imposibles, es en miles de casos nuestra propia historia. De ahí que todo pueblo nativo y sensitivo tenga un mundo conceptual limitado a los objetos sensibles que le ofrece la región. Si se da la apariencia como si captara el significado de palabras referentes a objetos totalmente

(nov) concepto ↓ sentido  
 (nov) circunloje del salvaje desvirtuado por los instrumentos!

extraños, hay motivo para dudar por largo tiempo de que haya tenido lugar una auténtica comprensión.

"A los groenlandeses —dice Cranz, explorador sincero<sup>1</sup>— les gusta que se les hable de Europa, mas nada podrían comprender si no les fuera explicado por medio de comparaciones y equivalencias. Por ejemplo: la ciudad o el país tiene tantos habitantes que muchas ballenas por día no dan abasto para alimentarlos; sólo que no se comen ballenas sino pan, el cual crece en el suelo como el pasto. También se come la carne de los animales cornudos y se monta sobre animales altos y fuertes que los llevan sobre sus lomos o tiran de artefactos de madera. Entonces los groenlandeses llaman pasto al pan, renos a los bueyes, y perros grandes a los caballos, admiran todo esto y muestran ganas de habitar en un país tan hermoso y fértil hasta que se enteran de que hay allí frecuentes truenos, faltando, en cambio, las focas. También les gusta que se les hable de Dios y las cosas divinas con tal de que se respeten sus propias supersticiones".

Esbozemos, siguiendo a Cranz, un pequeño catecismo de la teodicea groenlandesa para ver cómo enfocan las cuestiones europeas estrictamente de acuerdo a su propio mundo conceptual:

Pregunta: ¿Quién pensáis que ha creado el cielo, la tierra y todo cuanto abarca la vista?

Respuesta: No lo sabemos. No conocemos al hombre que lo hizo. Debe ser un hombre muy poderoso. O, si no, siempre ha sido así, y permanecerá así.

Preg.: ¿Tenéis también un alma?

Resp.: ¡Oh, sí! Ella puede engordar y enflaquecer; nuestros "angikoks" (hechiceros) saben remendarla y componerla; cuando uno la ha perdido, ellos la traen de vuelta y también pueden sustituir una enferma por el alma fresca y sana de una liebre, un reno, un ave o un niño de poca edad. Cuando emprendemos un viaje largo, a menudo nuestra alma se queda en casa. Durante la noche, en sueños, emigra del cuerpo para irse a cazar, a bailar o visitar a alguien, mientras el cuerpo reposa con perfecta salud.

Preg.: ¿Adónde va el alma después de la muerte?

Resp.: Se va al lugar de la dicha en las profundidades del mar. Allí habita Torngarsuk y su madre; allí siempre es verano, el sol brilla y no hay noche. También hay agua fresca y superabundancia de aves, peces, focas y renos a los que se les puede dar caza sin ningún esfuerzo, eso cuando no se los encuentra ya cociendo en una olla grande.

Preg.: ¿Van allí todos los hombres?

Resp.: Allí van solamente los buenos que han trabajado bien.

<sup>1</sup> Geschichte von Groenland, p. 225.

llevado a cabo grandes hazañas, cazado muchas ballenas y focas, sufrido grandes padecimientos o acaso se ahogaron en el mar o murieron al dar a luz, etc.

Preg.: ¿Cómo hacen para llegar allí?

Resp.: No es cosa fácil. Hay que trepar durante cinco días por una áspera roca que está ya cubierta de sangre.

Preg.: ¿Pero no véis aquellos hermosos cuerpos celestes? ¿No creéis que el lugar de nuestra futura dicha estaría más bien allí?

Resp.: Está también allí, en el cielo más alto, mucho más arriba del arco iris, y el viaje hasta allá es tan ligero y fácil que las almas llegan la misma tarde hasta la luna, que en otros tiempos fué groenlandesa, para descansar en su casa y jugar con las otras almas a la pelota y bailar. Esta danza y el juego de las almas es la luz boreal.

Preg.: ¿Qué otras cosas hacen allá arriba?

Resp.: Viven en carpas alrededor de un gran lago que contiene abundancia de peces y aves. Cuando este lago se desborda, llueve en la tierra; si alguna vez cedieran sus diques, habría un diluvio universal. Sobre todo van al cielo sólo los ineptos, perezosos e incapaces: los diligentes van al fondo del mar. Aquellas almas de arriba pasan hambre a menudo, son flacas y débiles, y no pueden hallar reposo a causa de las rápidas revoluciones del cielo. Allí va la gente mala y las brujas: los atormentan cuervos que no logran apartar de su cabellera, etc.

Preg.: ¿De qué manera creéis que se originó el género humano?

Resp.: El primer hombre, Kalak, salió de la tierra, y pronto, después, la mujer, del pulgar de Kalak. Cierta vez una groenlandesa dió a luz y trajo al mundo a los Kablunät, esto es, los extranjeros y los perros; de ahí que tanto los unos como los otros sean lujuriosos y fecundos.

Preg.: ¿Durará el mundo eternamente?

Resp.: Ya volcó una vez, y todos los hombres se ahogaron entonces. El único que se salvó golpeó la tierra con un bastón, y luego salió una mujer de la tierra, y los dos volvieron a poblar la tierra. Esta descansa todavía sobre sus puntales, los cuales, empero, están ya muy carcomidos por la edad de manera que con frecuencia se los oye crujir; y hace mucho que se hubieran desmoronado si nuestros "angikoks" no los remendaran de continuo.

Preg.: ¿Y qué pensáis de aquellas hermosas estrellas?

Resp.: Todas ellas fueron antes groenlandesas o animales que llegaron allí por circunstancias especiales y brillan pálidos o rojizos según el alimento con que se sostienen. Aquellas dos que están juntas, son dos mujeres que se visitan; esta estrella fugaz es un alma que está en viaje de visita. Aquella constelación grande (la Osa) es un reno; esas siete estrellas son perros que dan caza a un oso;

tequellas (Orión) se han perdido al volver de la caza de la foca, y al no encontrar el camino de regreso a casa, vinieron a parar entre las estrellas. La luna y el sol son hermanos de sangre. Malina, la hermana, era perseguida por su hermano en la oscuridad; trató de salvarse huyendo, subió a las alturas y se convirtió en el sol; Annin-ga le siguió y se convirtió en la luna; todavía hoy la luna corre alrededor del sol virginal con la esperanza de alcanzarlo, pero en vano. Cansado y demacrado (en el cuarto menguante) sale a cazar focas, se queda por unos días y vuelve tan gordo como lo vemos cuando hay luna llena. Goza de la muerte de las mujeres, mientras que el sol se alegra por la muerte de los hombres."

No quiero agotar la paciencia del lector siguiendo con la descripción de las fantasías de diversos pueblos. Pero si hubiera quien se sintiera con ánimo de recorrer este imperio de la imaginación, verdadero limbo de vanidades, que rodea nuestra tierra, le desearía un espíritu equilibrado de observación que, libre de toda hipótesis preconcebida sobre concordancias y orígenes, atienda cada lugar como si fuera el suyo nativo, sabiendo hacer ver lo que hay de instructivo en las mismas ingenuidades de sus hermanos. Yo me limito a destacar algunas observaciones sobre este reino de las sombras de las imaginaciones populares.

1. En todas partes los climas y pueblos imprimen su sello característico a sus fantasías. Compárese la mitología groenlandesa con la de la India, la de los japoneses con la de los japoneses, peruanos y negros, y se verá una completa geografía del espíritu poético. El brahmán difícilmente llegaría a formarse una idea clara escuchando la lectura y explicación de la Voluspa de los islandeses; éstos, por su parte, no andarían menos perdidos en el Veda. Cada nación posee un espíritu imaginativo propio y tanto más arraigado cuanto que es algo suyo peculiar, nacido de su cielo y su tierra natal, de su estilo de vida, y transmitido de sus mayores y antepasados. Las cosas más peregrinas para el extranjero son las más naturales para ellos; lo que para él resulta risible, es para ellos asunto muy serio. Los indios orientales dicen que el destino le está inscrito al hombre en el cerebro con finisimos trazos cuyas letras ilegibles representan el libro de la fatalidad; las más arbitrarias ideologías sobre la propia estirpe y otras opiniones son a menudo tales productos de la fantasía, rasgos que la fantasía entretiene con la realidad y que tienen su fundamento íntimo en la disposición del cuerpo y del alma.

2. ¿Cuál es el origen de este fenómeno? ¿Es que cada uno de estos grupos étnicos inventó para sí una mitología a fin de cultivarla luego, como propiedad suya? ¿De ninguna manera! No la inventó; la heredó. Si fuera una construcción ideológica propia, sería también posible mejorarla a fuerza de trabajo especulativo. Mas no

éste el caso. (Dobritzhofer), trató en cierta ocasión de hacer ver a un grupo de avispones valientes y listos qué papel ridículo hacían al espantarse por las amenazas de un hechicero de convertirse en un tigre cuyas garras ya creían sentir hundirse en sus carnes. "Vosotros —les dijo— cazáis a diario verdaderos tigres en campo abierto sin pestañear; ¿por qué, pues, palidecéis como cobardes por un tigre imaginario que no existe?" —"Vosotros, Padres —replicó un avispon valeroso—, no tenéis todavía nociones precisas de nuestras cosas. A los tigres en el campo no los tememos porque los vemos; los tigres artificiales, en cambio, nos espantan porque no los vemos y por consiguiente no los podemos matar."

Me parece que aquí está el nudo de la cuestión. Si todos nuestros conceptos fueran tan claros como la imagen visual, si nuestra imaginación no abrigara otras representaciones que las obtenidas por el sentido de la vista que siempre pueden compararse con el objeto representado, la fuente del engaño y del error quedaría, si no obstruida, al menos fácil de hallar. Pero es el caso que las más de las narraciones fantásticas de los pueblos son producto del oído que las oyó narrar. Con avidez escuchaba el niño ignorante las leyendas que como la leche materna, cual vino festivo de la estirpe paterna, regalaban y alimentaban su alma. Parecían explicar lo que veía; al adolescente le daban noticias de la manera de vivir de su tribu y las hazañas de sus mayores; le introducían en los aspectos nacionales y climáticos de su profesión y llegaron a ser insustituibles en toda su vida. El groenlandés, de aquí en adelante, cree ver en la realidad lo que sólo ha oído relatar desde su niñez, y lo cree como verdad comprobada. De ahí los ritos espantosos de tantos pueblos lejanos en ocasión de eclipses solares y lunares; de ahí su horror a fe en los espíritus del aire, del mar y todos los elementos. Dondequiera que haya movimiento en la naturaleza, donde una cosa parece vivir o mudarse sin que el ojo advierta las causas del cambio, allí oye voces y locuciones que le explican con algo no visto el misterio de lo visto. La imaginación es excitada y satisfecha a su manera, es decir, con productos imaginativos. Es precisamente el oído el sentido más tímido y receloso; percibe agudamente pero de modo oscuro; no llega a una percepción de conjunto duradera que le permita analizar reposadamente hasta arribar a la claridad, porque sus objetos van pasando en confuso torrente. Destinado a poner al alma en estado de alerta, no puede, sin embargo, instruirlo satisfactoriamente sin el concurso de los otros sentidos, en particular, de la vista.

3. De ahí se puede colegir cuáles son los pueblos que deben ser notados de una imaginación más excitable; a saber, los que pre-

<sup>1</sup> DOBRITZHOEFER: *Gesch. der Aisiponer.*

fieren la soledad, los parajes salvajes de la naturaleza, el desierto, las regiones rocosas, la costa del mar azotada por los vientos, la vecindad de los volcanes en actividad u otras zonas llenas de acontecimientos no explicables a primera vista. Desde los tiempos más remotos, el desierto árabe fué la madre de una imaginación tropical, y los que se entregaron a ella fueron en su mayor parte hombres solitarios y soñadores. En la soledad recibió Mahoma el Corán; su imaginación excitada le puso en éxtasis trasladándolo al cielo, donde vió todos los ángeles y beatos y todos los mundos. En ningún lugar, su alma se enciende tanto como al pintar el rayo en la noche solitaria, el día del juicio final y otros temas monumentales. ¿Hasta dónde se difundieron las supersticiones de los chamanes? Desde Groenlandia y la triple Laponia por toda la costa del mar Ártico hasta las profundidades del desierto tártaro y casi por todo el Continente americano. En todas partes aparecen los hechiceros, y los fantasmas son el mundo en que viven. Más de tres cuartas partes del mundo son dadas a estas creencias, pues también en Europa la mayor parte de las naciones de origen finés y eslavo rinde todavía culto de superstición a la naturaleza, así como la superstición de los negros no es más que una adaptación a su genio y clima. En los países de cultura asiática, las religiones positivas y más artificiosas así como las instituciones políticas han desplazado aquellas supersticiones; pero hasta allí aparecen en cuanto pueden, en la soledad y entre la plebe, hasta volver a dominar por completo en las islas del Pacífico. El culto de la naturaleza ha dado la vuelta al mundo y sus fantasmas se apoderan de cualquier objeto climático que representa una potencia superior al hombre o se refiere a fenómenos que lo aterran o simplemente afectan a las necesidades vitales humanas. En tiempos más remotos fué éste el culto divino de casi todos los pueblos de la tierra.

4. El estilo de vida y el genio peculiar de cada pueblo juegan en todo esto un papel importantísimo; no hace falta subrayarlo. El pastor ve la naturaleza con otros ojos que el pescador y el cazador, y en las diversas latitudes estos mismos oficios se diferencian a su vez conforme al carácter nacional. Así, por ejemplo, me sorprendió hallar en la mitología de los tan septentrionales camchadales una voluptuosidad lasciva que más bien se buscaría en una nación del hemisferio sur; pero el clima y el carácter genético de aquéllos, explica esta anomalía<sup>1</sup>. Aunque frío, su país posee volcanes en actividad y fuentes termales; el frío glacial está en constante guerra con un calor sofocante; sus costumbres lascivas como sus groseras fábulas mitológicas son el producto natural de ambos factores. Lo mismo hay que decir de aquellas fábulas locuaces y bulliciosas de los negros que no

<sup>1</sup> Véase Steller, Krascheninikow, etc.

tienen fin ni comienzo<sup>2</sup>. Lo mismo de la concentrada y maciza mitología de los indios americanos del norte; lo mismo de la imaginación florida de los hindúes<sup>3</sup>, que respira el reposo voluptuoso del paraíso como ellos mismos. Sus dioses se bañan en lagos de leche y azúcar; sus diosas habitan en estanques refrescantes o en el cáliz de flores que exhalan dulce fragancia. En una palabra: la mitología de cada pueblo es un calco de su propia manera de ser y de considerar la naturaleza y revela si halló en ella mayor abundancia de bienes o de males, o a la inversa, según su clima y genio peculiar, y cómo tal vez se explique lo uno por lo otro. De esta manera, la mitología, aun en las zonas más salvajes y mostrando los rasgos más deformados, es un ensayo filosófico del alma humana que antes del despertar, se complace en soñar y permanecer en su infancia.

5. Comúnmente se considera a los "angikoks", hechiceros, magos, chamanes y sacerdotes como los causantes de tales creencias erróneas del pueblo, y llamándolos embusteros se cree haberlo explicado todo. Verdad es que lo son en la mayor parte de los casos; mas nunca debe olvidarse que ellos mismos también son parte del pueblo y, por lo tanto, engañados por leyendas más antiguas. Fueron generados y educados en medio del conjunto de las tradiciones fantásticas de su tribu; su consagración tuvo lugar con ayunos, soledad, esfuerzos de la imaginación, agotamiento del cuerpo y del alma; nadie llegó nunca a hechicero antes de que se le apareciese su espíritu, con lo cual se había concluido en su propia alma la obra que durante una vida habría de realizar para otros, repitiendo siempre esfuerzos semejantes de orden psíquico y físico. Los viajeros más indolentes no dejaron de admirarse de algunas de tales ceremonias y bufonadas, porque tuvieron a la vista los efectos de la imaginación que apenas habían tenido por posibles y muchas veces no acertaron a explicar. En general, la fantasía todavía es la potencia psíquica menos explorada y tal vez la menos explorable de cuantas tiene el hombre; puesto que se enlaza con toda la estructura corpórea, y particularmente con el cerebro y los nervios, como demuestran tantas enfermedades, parece que no sólo es el vínculo y enlace de todas las potencias superiores, sino también el punto de contacto entre espíritu y cuerpo, algo así como la flor y nata de toda la organización sensitiva para el uso ulterior de las potencias intelectivas. Necesariamente ha de ser entonces lo primero que se hereda de padres a hijos, según se comprueba fehacientemente, como en los casos anteriores, por medio de muchos ejemplos tomados de la patología y asimismo por la indiscutible semejanza del organismo interno y externo en las cosas más baladíes. Por mucho tiempo se ha polemizado acerca de si existen las

<sup>2</sup> Véase Römer, Bonmann, Müller, Ohlendorp, etc.

<sup>3</sup> Véase Lafiteau, Le Beau, Carver, etc.

231 (concepción genética de las ideas mitológicas)

→ Inmutabilidad nacional  
→ "humanidad" es un ideal normativo

o p  
mirado  
calco de  
propia m  
de ser  
-relat

ideas innatas, o no. Tal como se entendía la palabra, es verdad que no pueden admitirse; pero si por ella se entiende la disposición próxima para la concepción, combinación y difusión de ciertas ideas y figuras, no hay un solo argumento que se les oponga y muchos que las confirman. Si un hijo pudo heredar los seis dedos que tenía el padre —si la familia del Porcupine-man en Inglaterra pudo heredar sus deformaciones monstruosas, si la conformación externa del cráneo y de la cara se transmite a ojos vista, ¿cómo podría, sin milagro, dejar de transmitirse la formación del cerebro, acaso con las más finas circunvoluciones cerebrales? Entre algunas naciones existen enfermedades de la fantasía de las que no nos podemos formar siquiera una idea; todos los individuos de la misma tribu condescienden con el enfermo porque sienten dentro de sí la disposición genética por igual. Entre los valientes y sanos avispones, por ejemplo, reina una locura periódica de la cual nada recuerda el enfermo durante los intervalos; es tan sano como siempre lo fué, sólo que su alma no está con él... Algunos pueblos, para dar una válvula de escape a este mal, han instituido la celebración de la "Fiesta del Sueño", puesto que al que sueña le es lícito todo cuanto le ordene su espíritu. Es cosa común que entre los pueblos dotados de rica imaginación los sueños tengan poder milagroso; sueños fueron, probablemente, las primeras musas, madres de la ficción y arte poético. Inspiraron al hombre figuras y objetos que ningún ojo había visto jamás, pero cuyo deseo alentaba en las profundidades del alma humana. ¿Qué más natural, por ejemplo, que la aparición en sueños de un ser querido difunto y que los que por tanto tiempo convivieron con nosotros en la vigilia, deseen continuar viviendo al menos en nuestros sueños? La historia de las naciones demostrará cómo la Providencia utilizó el órgano de la imaginación, mediante el cual pudo influir en los hombres de modo tan intenso, puro y natural; aborrecible, empero, fué que el fraude o el despotismo abusara de él para servirse de todo el mar indómito de las fantasías y sueños humanos, para sus fines inconfesables.

¡Gran Espíritu de la tierra, con qué ojos estarás contemplando todos los fantasmas y sueños que vagan por nuestra tierra! Sombras somos nosotros, y sombras son los productos que nuestra fantasía elabora en sueños. Así como no podemos respirar el puro aire sin mezcla, así nuestra envoltura carnal formada de polvo no es capaz de comunicar todavía con la pura razón. Pero aun con todos los errores e imaginaciones el género humano se va encaminando hacia ella; depende de las imágenes sensibles, por cuanto éstas le dan una impresión de las cosas y ve y va buscando aun en medio de la niebla más espesa los rayos de la verdad. Dichoso es el hombre elegido, que dentro de los estrechos límites de su vida progresa, en cuanto le sea posible, desde lo imaginario hacia lo esencial, esto es, llegue de la

infancia a la edad adulta y explore la historia de sus hermanos hombres con esta misma intención y con espíritu desinteresado. El alma que trata de salir del círculo estrecho en que el clima y la educación nos han encerrado, para aprender siquiera entre otras naciones lo que falta a la propia, no dejará de experimentar una noble ampliación de miras.

Cuántas cosas se ven por allá que otros no tienen sin que les falte nada, habiéndolas uno mismo creído indispensables. Ideas que habíamos tenido por los axiomas más fundamentales de la razón humana, van desapareciendo aquí y allá con el clima de un lugar distante, tal como la tierra firme desaparece a los ojos del navegante cual nube en el horizonte. Lo que un pueblo juzga parte imprescindible de su acervo conceptual, otro no lo ha pensado jamás, y hasta acaso lo tenga como perjudicial. Así atravesamos la tierra errantes en un laberinto de fantasías humanas; la cuestión es ahora determinar el centro del laberinto al que retornan todos los caminos como los rayos fraccionados al sol.

## III

LA INTELIGENCIA PRÁCTICA DEL GÉNERO HUMANO SE FORMÓ EN TODAS PARTES BAJO EL INFLUJO DE LAS NECESIDADES DEL MODO DE VIDA; PERO SIEMPRE ES UNA FLOR DEL GENIO DE LOS PUEBLOS, HIJA DE LA TRADICIÓN Y DE LAS COSTUMBRES

Se suele dividir las naciones de la tierra en cazadores, pescadores, pastores y agricultores y determinar según esta división no solamente el grado de civilización alcanzado, sino también esta última como consecuencia necesaria de tal o cual modo de vida. Nada habría que objetar en contra si estas maneras de vivir estuvieran bien definidas en sí mismas. Pero en realidad se modifican con cada latitud combinándose entre sí de tal manera que la aplicación de un esquema clasificador se hace muy difícil. El groenlandés que da caza a la ballena y al reno y mata la foca, es pescador y cazador; mas lo es de muy otra manera que el negro que sale a pescar o el araucano que caza en los desiertos de los Andes. El beduino y el mongol, el japonés y el peruano son pastores; pero ¡qué diferencia abismal media entre ellos si uno pastorea camellos, el otro caballos y el de más allá renos, y el último alpacas y llamas! El agricultor de Vidah y el del Japón se parecen tanto como el inglés y el chino en el comercio.

232  
relatividad geográfica - climática  
cf. No Bos, Montes quicu

\* para escapar a la relatividad Herder  
fijar la noción de 'Humanidad' como

relatividad  
de la  
razón  
errantes  
en un  
laberinto  
de fantasías  
humanas

Genio  
los pueblos  
↑  
tradición  
costumbres

Tampoco parece que el solo anhelo de cultura sea suficiente para producirla, ni aun cuando en el seno del pueblo haya suficientes energías que esperen ser utilizadas con este fin. Pues, apenas la inercia humana se ha resignado a la limitación de los medios de vida y una vez que se ha alcanzado cierta comodidad, el hombre se mantiene en su estado y apenas es posible impulsarlo a mejorarlo. Debe haber, pues, otros factores que determinen la forma de vida de un pueblo, de tal o cual manera; mas aquí los suponemos como definidos y nos dedicamos a investigar las fuerzas psíquicas que en algunos de ellos se manifiestan.

Los hombres que se alimentan de raíces, hierbas y frutas, de no experimentar grandes impulsos civilizadores, permanecerán ociosos y de fuerzas exiguas por períodos prolongados. Su forma de vida nacida de una estirpe pacífica y al amparo de un hermoso clima, es suave y por qué habrían de batallar si la rica naturaleza les brinda sus tesoros sin trabajo? Así, sus artificios e inventos sólo atienden a las necesidades cotidianas. Los isleños a quienes la naturaleza alimentaba con sus frutos, en particular el de las artocárpeas, vistiéndolos de cortezas y ramas bajo un cielo siempre azul, llevaban una existencia sosegada y feliz. Los pájaros, dice la leyenda, se sentaban sobre los hombros de los habitantes de las Islas Marianas y cantaban sin sobresalto; no conocían el arco ni la flecha porque ningún animal salvaje los obligaba a defender su pellejo. También desconocían el fuego; en su clima templado no lo necesitaban para vivir con comodidad. Semejante era lo que ocurría con los de las Carolinas y otras islas venturosas del Pacífico; sólo que en algunas la civilización de la sociedad había alcanzado ya un grado superior habiendo reunido por diversas causas varias artes y oficios. Donde el clima es menos clemente, los hombres se ven obligados a adoptar una forma de vida más dura y más variada. El neo-holandés persigue el canguro y la zarigüeya, da caza a las aves, pesca y come raíces: ha combinado tantas formas de vida cuantas requiere la rústica comodidad de su esfera, hasta que ésta queda en cierto modo completa y él satisfecho a su manera. Otro tanto es lo que sucede con los neo-caledonios y neo-zelandeses, sin exceptuar a los míseros habitantes de Tierra del Fuego. Poseían canoas de corteza de árbol, arcos y flechas, cestos y bolsos, fuego y cabaña, vestidos y azadas, en una palabra: los comienzos de todas las artes con que los pueblos más avanzados perfeccionaron su cultura; sólo que entre ellos, con su tierra desierta y rocosa, bajo el yugo opresor del frío, todo ha quedado en los comienzos más primitivos. Los californianos demuestran toda la inteligencia práctica que su país y forma de vida les dan y exigen. Esto acontece con los habitantes de El Labrador y todos los pueblos en esta región extrema en los confines del mundo. En todas partes se avinieron a la escasez y, en su actividad forzada por las circunstancias, viven felices

a fuerza de tradición y costumbre. Desprecian todo cuanto no les es estrictamente necesario; el esquimal, que con tanta habilidad rema en el mar, todavía no ha aprendido a nadar.

En los grandes continentes de tierra firme de nuestro globo, hombres y animales viven en mayor densidad y proximidad; la inteligencia práctica de aquéllos era ejercitada por éstos de muchas maneras. Verdad es que los habitantes de las regiones cenagosas de América tuvieron que echar mano de serpientes, lagartijas e iguanas, yacarés y aligadores; pero los más de los pueblos se hicieron cazadores de una presa más noble. ¿Qué le falta, pues, a un americano del norte o del sur para hacer frente al oficio de su vida? Conoce los animales que persigue, sus guaridas y formas de vida como sus artimañas y se arma contra ellos con fortaleza, astucia y habilidad. El muchacho es educado para ser un cazador célebre, en Groenlandia, por ejemplo, de focas; de esto tratan las conversaciones que oye, los cánticos y relatos de hazañas que le son representados también con gestos y danzas representativas. Desde su infancia aprende a fabricarse instrumentos y usarlos; juega con las armas y desprecia a las mujeres, pues, cuanto más estrecho sea el círculo al que se circunscribe la vida, y más definida la obra por ejecutarse, más fácilmente se alcanza la perfección. Nada, pues, molesta al adolescente en su carrera; por lo contrario, todo ayuda a estimular y animarlo viviendo bajo la mirada de su tribu y en el estado y oficio de sus mayores. Si alguno hiciera una colección de las habilidades de las diversas naciones y escribiera sobre ello una obra de orientación estético-artística, las hallaría distribuidas por todo nuestro globo terrestre y cada una floreciente en su propio lugar. Aquí el negro se lanza a la rompiente del mar donde ningún europeo se atrevería a poner el pie; allí escala árboles hasta una altura donde apenas puede seguirle la vista. Aquel pescador ejerce su arte cual si embrujara la presa; aquel esquimal se encuentra con el oso polar y le hace frente; para aquel negro, dos leones no son demasiada tarea si combina la fuerza con la astucia. El hotentote acomete al rinoceronte y al hipopótamo; el nativo de las Islas Canarias salva las rocas más empinadas como si fuera una gamuza; la mujer tibetana, fuerte y viril, lleva a cuestras al extranjero a través de las montañas más elevadas de la tierra. La estirpe de Prometeo, compuesta de las partes e impulsos de todos los animales, los ha superado a todos, unos aquí, otros allá, en artes y habilidades, después de haberlas aprendido de aquéllos.

Está fuera de duda que la mayor parte de las artes las aprendió el hombre de los animales. ¿Por qué el mariano se viste de cortezas de árbol? ¿Por qué el papúa se adorna con plumas? Porque aquél vive en los árboles que le suministran su alimento, mientras que para el papúa y el americano las aves multicolores son lo más preciado y hermoso que le brinda su tierra natal. El cazador viste como

aprendió  
de los  
animales  
del nor

su presa, construye como el castor; otros pueblos trepan en los árboles como las aves o hacen sus viviendas como nidos a ras del suelo. El pico del pájaro sirvió de modelo para la lanza y la flecha, como la figura del pez para la canoa. De la víbora aprendió el arte nocivo de envenenar sus armas, y la curiosa costumbre de pintar el cuerpo, tan difundida, no es más que una imitación de los animales y pájaros. ¿Cómo —pensaría— éstos son tan pulcramente adornados y yo habría de pasar con un color monótono y apenas perceptible sólo porque el calor no me permite vestidos más completos? Y de esta manera comenzó a pintar y perforarse simétricamente; hasta pueblos que usan vestidos envidiaban al buey su cuerno, la cresta al ave y al oso la cola y procedieron a imitarlos. Agradecidos celebran los americanos del norte al ave que les habría traído el maíz. Los más de los remedos climáticos han sido aprendidos de los animales. Con todo, no hay que olvidar que sobre todo esto intervenía el espíritu sensitivo de los libres hijos de la naturaleza que, conviviendo con todas estas criaturas, no se creían tan infinitamente superiores a ellos como nosotros. A los europeos les resultó difícil encontrar siquiera alguna vez cosas que los nativos usaban a diario y después de largas y estériles tentativas tuvieron que pedirles por favor su secreto o arrancárselo a la fuerza.

Mucho más lejos llegó el hombre cuando aprendió a atraerse los animales para finalmente someterlos a su servicio. Salta a la vista la enorme diferencia que hay entre pueblos, a menudo vecinos, de los cuales uno vive con estos sustitutos de las propias fuerzas, el otro sin ellos. ¿A qué se debe que la remota América recién descubierta se hallase frente a los europeos en condiciones de tanta inferioridad que éstos pudiesen tratar a los nativos como a un rebaño de ovejas indefensas? La causa no fué solamente la fuerza física, como lo demuestran los innumerables ejemplos de los pueblos que habitan en selvas; en estatura, velocidad de carrera y agilidad superan, hombre a hombre, a la mayor parte de las naciones que se disputan su país. Tampoco pudo ser el poder intelectual en cuanto se refiera a las exigencias de la vida diaria de un hombre particular; el americano sabía mirar por sí y vivía feliz con mujer e hijos. Fueron, por lo tanto, las artes y oficios, las armas y la acción de conjunto; pero más que nada los animales domesticados. Si el americano hubiera tenido tan sólo el caballo cuya majestad guerrera reconocía temblando, habrían sido suyos los perros furiosos que los españoles azuzaban contra él en calidad de mercenarios a sueldo de Su Majestad Católica. La conquista hubiera sido más costosa y como pueblos montados hubieran tenido abierta la retirada hacia sus montañas, desiertos y llanuras. Todos los viajeros están contestes en que todavía ahora el uso del caballo constituye la diferencia más notable entre los europeos y americanos. Los habitantes del norte y del sur que cuentan con

caballería distan tan inmensamente de sus hermanos subyugados de México y Perú que no parecen vecinos de un mismo Continente. Aquellos no sólo conservaron su libertad, sino que en cuerpo y alma se hicieron pueblos más viriles de lo que serían en tiempos de la conquista. Tal vez, el caballo que los opresores de sus hermanos les trajeron como instrumentos ignorantes de la Providencia, llegue algún día a ser el libertador de todo su Continente, de la misma manera que los demás animales domesticados, en cuyo uso los iniciaron los conquistadores, ya han llegado, en parte, a ser instrumentos de una vida más cómoda y serán en tiempos venideros probablemente auxiliares de una propia cultura occidental. Mas así como esto está en manos del destino, así también estaba en sus arcanos, además de la naturaleza del Continente, el que por tanto tiempo no se conociera caballo ni burro, ni perro ni vacuno, ni oveja ni cabra, ni cerdo, gato o camello. Poseían menos especies animales porque su país era más reducido, separado del Viejo Mundo y probablemente en buena parte emergido del seno del mar en períodos posteriores a los de otros Continentes.

Por lo tanto, había menos animales para uso doméstico. Las alpacas y las llamas y las vicuñas de México, Perú y Chile, eran los únicos domesticables, y éstos habían sido domesticados. Tampoco los europeos con toda su inteligencia supieron añadir ninguno y no lograron transformar en animales domésticos el papagayo ni el caudá, el tapir ni el oso.

En el Viejo Mundo, en cambio ¡qué abundancia de animales domesticados! Sin camello y caballo los desiertos árabe y africano serían inaccesibles; la oveja y la cabra contribuyeron a mejorar las condiciones de vida hogareñas; vacunos y asnos ayudaron a la agricultura lo mismo que al comercio de las naciones. En estado primitivo, el hombre vivía en relaciones amistosas y sociables con estos animales: los trataba con consideración y era consciente de lo que les debía. Así vive el árabe y mongol en compañía de su caballo, el pastor con la oveja, el cazador con el perro, el peruano con la llama<sup>1</sup>. Todas las criaturas auxiliares del hombre dan mayor rendimiento, como se sabe, si son tratadas humanamente; aprenden a comprender y amar al hombre y desarrollan capacidades e inclinaciones de las que nada sabe el animal oprimido ni el cebado que agotado y exprimido pierde hasta los instintos y potencias propias de su especie. Dentro de cierta esfera, pues, hombres y animales se han formado juntamente; la inteligencia práctica de aquéllos se ha ejercitado en éstos y las

<sup>1</sup> Léase al respecto en (ULLOA) *Noticias de América*, I, p. 131, con qué alegría infantil el peruano consagra la llama a su servicio. Las formas de convivencia de otros pueblos con sus animales están suficientemente difundidas por varias descripciones de viajes.

aptitudes de éstos han venido creciendo y ampliándose por aquéllos. Cuando se lee de las hazañas de los perros de los camchadales no se sabe quién es aquí el más inteligente: el perro o el camchadal.

En esta esfera se detiene la inteligencia práctica del hombre; todas las naciones habituadas sólo a ellas tuvieron dificultad en elevarse más allá. Todas también tuvieron terror al yugo esclavizante de la agricultura.

Por hermosas que sean las praderas de Norteamérica, por más que cada pueblo aprecie y proteja su propiedad, y por más que algunos aprendieron de los europeos a valuar el dinero, el aguardiente y otras comodidades, sólo a las mujeres se encarga la labranza de los campos, el cultivo del maíz y algunas hortalizas, así como el trabajo doméstico. El cazador aguerrido no puede tomar la decisión de convertirse en hortelano, pastor o agricultor. La vida libre y activa es el don más preciado para el llamado salvaje; rodeándolo de peligros, excita y ejercita sus fuerzas, su valor y poder de decisión y le premia con salud y vitalidad, con el sosiego de la independencia en su cabaña y con honor y respeto frente a su tribu. Más no pretende y más no necesita, y ¿qué nueva felicidad podría proporcionarle otro estado de cosas cuyas comodidades ignora y cuyas molestias detesta? ¿Leíanse algunos discursos de quienes osamos llamar salvajes ¿no hay en ellos un sentido común y una justicia innegables? Aunque esculpida con mano ruda y con un menor caudal de diferenciación de fines, la forma humana ha alcanzado también en ese estado la perfección que le fué posible, a saber: lo requerido para un contentamiento equilibrado acompañado de buena salud y larga vida y seguido de una tranquila partida de este mundo. El beduino y el avispón se encuentran satisfechos en su estado; aquél se horroriza de la vida ciudadana así como éste tiembla todavía en vida ante la idea de que sus restos sean enterrados por la Iglesia; en ambos casos, el encierro les parece equivalente a ser enterrado con vida.

Aun allí donde la agricultura ha sido introducida, cuesta trabajo atar al hombre a su terruño y acostumbrarlo a las nociones de mío y tuyo. Algunos pequeños y civilizados reinos de los negros no adquirieron este concepto hasta el día de hoy, puesto que, como alegan, la tierra es un bien común. Anualmente distribuyen entre ellos los agros y los cultivan con poco trabajo; recogida la cosecha, el suelo vuelve a pertenecerse a sí mismo. En general, ningún sistema de vida ha causado tantas transformaciones en la mentalidad de los hombres como la agricultura, que los circunscribe a una determinada extensión de tierra. Al promover el desarrollo de artes y oficios, aldeas y ciudades, y fomentando, en consecuencia, la legislación y la actividad policial, abrió necesariamente las puertas a este terrible despotismo que, seguro de encontrar a cada cual sobre su campo, acabó por prescribir a cada uno cuánto tenía que hacer y dejar de

hacer en su terruño. La tierra ya no pertenecía al hombre, sino el hombre a la tierra. Por no ejercitarlas, pronto se perdió la conciencia de las propias aptitudes; sumido en la esclavitud y cobardía, el hombre subyugado pasó de la pobreza trabajadora a la opulencia afeminada. De ahí que, en todo el mundo, los nómadas consideren al aldeano como bestia de carga encadenada y como aborto degenerado de la especie humana. Para ellos, las más grandes penurias son un placer mientras vayan acompañadas del premio de la libertad y autodeterminación; el lujo, en cambio, lo tienen por veneno tan pronto como relaja la fuerza de ánimo y priva al mortal del único gozo de su existencia efímera: la dignidad y la libertad.

Nadie crea que es mi intención desacreditar un sistema de vida usado por la Providencia como uno de sus medios principales para disponer a la humanidad a la vida social, pues también yo me alimento del pan que nos da el suelo. Pero exijo que también se haga justicia a otros sistemas de vida que, según la conformación de la tierra, no son menos destinados que la agricultura a servir de educadores de la humanidad. Sobre todo, si se considera que es la menor parte de los habitantes de la tierra la que cultiva sus campos a nuestra usanza, habiendo sido la misma naturaleza quien les impuso otra forma de vida. Los numerosos pueblos que viven de raíces, del arroz, de los frutos de los árboles, de la caza, en aire, mar y tierra; los innumerables nómadas, aunque ahora comprenden en regiones vecinas un poco de pan o tengan reducidos cultivos de cereales, y todos los pueblos que ejercen el cultivo sin propiedad privada o sólo mediante sus mujeres y siervos, no son naciones agricultoras en el sentido propio de la palabra. Pues ¿no es reducida por demás la parte de la tierra que responde a tal denominación y realiza esta forma de vida tan artificiosa? Ahora bien: la naturaleza consiguió su fin perseguido en todas partes, o no lo obtuvo en ninguna. Es que la inteligencia práctica del hombre había de florecer en todas las variedades posibles y dar su fruto; por esto a la especie que produjo más variedades, le fué donada una tierra de tanta variedad de condiciones.

(cf. 124)  
(100)

Inteligencia  
práctica  
↓  
Variedad

salvaje

agricultura

## IV

LAS SENSACIONES E INSTINTOS DE LOS HOMBRES ESTÁN SIEMPRE DE ACUERDO CON SU SISTEMA DE VIDA Y LA ORGANIZACIÓN QUE ADOPTARON, Y EN TODAS PARTES SE RIGEN POR LAS OPINIONES EN BOGA Y LA TRADICIÓN

El fin primordial de un ser es la auto-conservación; desde el grano de arena hasta el sol, todo objeto trata de seguir siendo lo que es; para esto los animales llevan impreso su instinto; para esto también recibió el hombre el equivalente análogo del instinto: la razón. Obediente a esta ley y obligado por el hambre implacable, busca su alimento por todos los medios; sin saber el porqué y el fin, tiende desde su infancia a ejercitar sus aptitudes mediante el movimiento. El hombre fatigado no llama al sueño, pero éste acude para renovar las fuerzas; la fuerza vital interna viene en ayuda del enfermo en cuanto puede, o por lo menos, trata de hacerlo con gemidos. El hombre defiende su vida contra todo cuanto la amenaza y, aun sin saberlo él, la naturaleza le ha rodeado de dispositivos para apoyarlo en esta tarea salvadora y conservadora.

Filósofos hubo que a causa del instinto de conservación clasificaron a nuestra especie entre los animales de rapiña y declararon que la guerra es su estado natural. Semejante aseveración es manifiestamente impropia. Verdad es que cuando arranca un fruto del árbol el hombre es un ladrón, y cuando mata un animal un asesino, así como el más cruel opresor de la tierra cuando con una pisada de su pie, tal vez con un hálito de su boca, quita la vida a legiones de seres vivos invisibles. Es sabido hasta dónde llegaron la delicada filosofía de la India y la egipcia con sus exageraciones para convertir al hombre en una criatura del todo inofensiva. Pero su intento ha sido vano para la especulación filosófica; no poseemos la clave de las correlaciones en el caos de los elementos y cuando no consumimos un animal grande, es una multitud de pequeñísimos seres en el agua y en el aire, en la leche como en las plantas, lo que estamos injiriendo.

Dejando a un lado, pues, estas cavilaciones, consideramos al hombre en medio de sus hermanos y preguntamos: ¿es por naturaleza un animal feroz para con sus congéneres, un ser antisocial? A juzgar por su figura no es lo primero, y menos lo último si consideramos su nacimiento. Concebido en el seno del amor y amamantado en sus pechos, es educado por hombres de quienes va recibiendo milts de beneficios sin haberlos merecido. En tanto, pues, ha sido formado realmente en la sociedad y para ella; sin ella no pudo ser concebido

ni llegar a ser hombre. Lo antisocial en el hombre empieza donde se apremia su naturaleza y se produce una colisión con otros seres vivos; mas en eso no constituye una excepción, sino que responde a la ley universal de la auto-conservación. Veamos, pues, qué medios escogió la madre naturaleza para dotarlo, también en este aspecto, de manera satisfactoria y sin embargo lo bastante limitada como para poner coto a la guerra de todos contra todos.

1. Siendo el hombre la criatura más artificiosa y de múltiples aptitudes, no hay, en correspondencia, ninguna especie de seres vivos que presente una variedad tan grande de diferencias de características genéticas. En su delicada estructura no existe el instinto ciego arrollador. En ninguna especie, como en la suya, se diversifican y oponen las corrientes de ideas y tendencias. Por su naturaleza, pues, el hombre ofrece menos materia de colisión con sus semejantes *o, p. ec* *diversi* va que una inconmensurable y muy compleja multiplicidad de predisposiciones, sentidos e instintos se reparte sobre muchos individuos constituyendo en cada uno una constelación individual. Lo que para uno es indiferente, atrae a otro, y de esta manera cada cual vive en un propio mundo de goces y en medio de una creación hecha especialmente para él.

2. A esta especie tan diversiforme otorgó la naturaleza un espacio inmenso, la tierra rica y extensa que con variadas latitudes y ambientes habría de dispersar a los hombres en distintos sistemas de vida. Puso montes aquí, ríos y yermos allí como barreras entre los pueblos; dió la selva extensa a los cazadores, el mar infinito a los pescadores, y a los pastores la llanura ilimitada. Así, pues, no es culpa suya si las aves, engañadas por el arte del cazador, son atrapadas en la red donde se disputan el alimento, sacan los ojos y apesantan el aire; porque, conforme al plan original, las aves habían de vivir bajo el cielo y no en la red del cazador. ¡Mirad aquellas tribus que conviven pacíficamente! Ninguno envidia al otro, cada cual adquiere y disfruta lo suyo en paz. Significa falsificar la historia el presentar como característica general del género humano el carácter malévol y pendenciero de hombres que viven encerrados en un reducido espacio con sus artistas rivales, sus políticos polemizantes y sus sabios envidiosos; la mayor parte de los hombres sobre la tierra nada sabe de esas espinas hirientes y las llagas sangrientas que dejan impresas; vive al aire libre y no en medio del aliento pestífero de las ciudades. El que declara necesaria la ley porque de otra manera habría transgresores de la ley, supone lo que tiene que probar. No encerréis a los hombres en estrechas prisiones, y no hará falta procurarles ventilación; dejad de llevarlos artificialmente a sufrir acceso de rabia, y no será menester buscar el remedio igualmente artificial.

3. La naturaleza abrevió también en lo posible el tiempo en

que la convivencia de los hombres se hace indispensable. El hombre necesita una prolongada educación; mas aun entonces se encuentra todavía débil y se comporta como un niño que se enoja fácilmente para luego olvidar con igual facilidad, que se sulfura con frecuencia, mas no es capaz de alentar un odio prolongado. Apenas llega a la virilidad, su instinto despierta y le impulsa a dejar la casa paterna. La naturaleza le imprimió este instinto para que forme su propio hogar.

¿Y con quién lo preparará? Con una criatura tan semejante y desigual, tan diferente en sus características agresivas como pudo serlo con el fin de facilitar la unión de ambos. La naturaleza de la mujer es otra que la del hombre; su vida sensitiva es diferente y produce efectos distintos. ¡Infeliz aquél cuya competidora es una mujer que acaso le supere en virtudes varoniles! Sólo con la bondad condescendiente le ha de dominar, y de esta manera, la manzana de la discordia se convierte nuevamente en fruto del amor.

No quiero llevar más adelante la historia de la diferenciación del género humano; están echadas las bases desde las cuales, comenzando con familias y estirpes, se formarán luego las sociedades, leyes, costumbres y hasta idiomas. ¿Qué demuestra el hecho inevitable de los diversos dialectos que se encuentran en número infinito sobre la tierra, no pocas veces a exigua distancia? Demuestran que la madre naturaleza, fecunda y con ánimo de dispersar a sus hijos y trasplantarlos libremente, no quería conglomerados. Así se empeña también en que ningún árbol le quite la luz y el aire a otro con peligro de que éste resulte enano o se deforme para alcanzar un poco de libre respiración. Quiere que encuentre su propio lugar para elevarse con sus propias fuerzas a las alturas coronado por floreciente y ancha copa.

No la guerra, pues, sino la paz es el estado natural de la humanidad libre; la guerra es un estado de emergencia y no del disfrute previsto originalmente. En manos de la naturaleza, nunca es un fin en sí mismo (incluso el canibalismo), sino en ocasiones una triste medida a la cual la madre de todas las cosas no pudo sustraerse siempre, pero que aplicó, en compensación, para fines tanto más elevados, preciosos y variados.

Antes de tratar el triste odio, hablemos, pues, del amor gozoso. Su imperio es la tierra entera, sólo que en todas partes se muestra con figura diferente.

Cuando la flor ha alcanzado la madurez, florece; el tiempo del florecimiento está, pues, en relación con el periodo de crecimiento que, a su vez, depende del calor solar estimulante. De la misma manera, el punto más tardío o temprano del florecimiento humano, depende del clima y todas sus circunstancias concomitantes. Es cosa notable cuán grande es la diferencia de la edad de la pubertad según

las diversas zonas de nuestra pequeña tierra. La muchacha persa se casa a los ocho años y da a luz a los nueve; nuestras antiguas mujeres germanas eran mujeronas de treinta años antes de pensar en el amor.

Cualquiera ve cómo tales diferencias habían de modificar la relación entre los dos sexos. La mujer oriental es una niña al casarse; florece temprano, y se marchita con igual prontitud; el marido, más adulto, la trata como niña y flor. Puesto que en aquellas regiones calurosas la excitación del instinto sexual no sólo aparece más temprano en ambos sexos, sino también con un ímpetu mayor, ¿hay nada más natural que el hombre comenzara a abusar pronto de las prerrogativas de su sexo plantando todo un jardín de tales flores efímeras? Este paso tuvo importantes consecuencias para el género humano. No sólo que los celos del hombre encerraron a sus muchas mujeres en un harem donde su evolución no podía ir a la par con la del sexo masculino, sino que toda la educación de la mujer iba ahora examinada desde la infancia hacia su vida en el harem y la convivencia con muchas otras mujeres. No era raro que la niña de dos años ya fuese desposada o vendida. ¿Qué otra cosa cabía esperar sino que toda la vida social del hombre, el gobierno de la casa, la educación de los hijos y finalmente la misma fecundidad fuesen afectados por este abuso?

Está suficientemente probado que un matrimonio prematuro y una excitación sexual exagerada del hombre no fomenta ni el vigor de la prole ni la fecundidad; más aún, las informaciones de varios viajeros hacen parecer verosímil que en algunas de aquellas regiones nacen más mujeres que varones, lo que, si la información tiene fundamento, bien podría ser una consecuencia de la poligamia y a su vez una causa de fomentarla. Ciertamente no es éste el único caso en que el artificio y la concupiscencia opulenta de los hombres ha desviado el curso de la naturaleza, la cual de por sí mantiene bastante equilibrio entre los dos sexos. Pero puesto que la mujer es el pimpollo más delicado que ha brotado de nuestra tierra y el amor el móvil más poderoso que desde el principio ejerce su influjo en la creación, la forma de encararlo había de ser necesariamente el punto crítico en la historia de nuestra especie. En todas partes la mujer ha sido siempre la manzana de la discordia de la concupiscencia, y por su naturaleza es, por así decirlo, la primera piedra desmoronadiza en el edificio de la creación humana.

Acompañemos, por ejemplo, a Cook en su último viaje. Si en las Islas del Pacífico y otras, el sexo femenino parecía estar al servicio de la prostitución de manera que no sólo se entregaban a cualquiera a cambio de un clavo, una chuchería o una pluma, sino que también el hombre estaba dispuesto a alquilar a su mujer por cualquier nadería cuya posesión le apetecía, la escena cambia de decorado cuando estamos frente a los isleños de otro clima y carácter. Entre

Los pueblos donde el hombre empuñaba el hacha de la guerra, la mujer vivía más recogida en la casa; las costumbres más rudas de aquél imprimieron una mayor dureza a ésta, de suerte que ni su fealdad ni su belleza estuviesen abiertas a los ojos del mundo. Creo que ninguna circunstancia permite tantas conclusiones acerca del verdadero carácter de un hombre o una nación como el trato que da a su mujer. La mayoría de los pueblos que llevan una vida difícil han degradado el sexo femenino a la categoría de animal doméstico cargándolo con todas las molestias del trabajo del hogar. El hombre creía que con una hazaña peligrosa, audaz y viril se había desembarazado de los quehaceres menudos, dejándolos a las mujeres. De ahí la considerable sujeción de este sexo entre los más de los salvajes en todas las latitudes. De ahí también el desprecio de los hijos respecto de sus madres apenas traspasan el umbral de la pubertad. Desde temprana edad han sido educados para empresas arduas recordándoseles a menudo las prerrogativas del varón, y de esta manera, una especie de ruda mística de la guerra o del trabajo no tardó en sustituir la ternura del afecto. Desde Groenlandia hasta el país de los hotentotes predomina este desprecio hacia las mujeres entre todas las naciones no civilizadas, bien que asuma formas diversas en cada pueblo y Continente. En la esclavitud acontece que la mujer negra es tenida muy por debajo del negro, y el habitante del Caribe más miserable se cree monarca en su propia casa.

Mas no es sólo la flaqueza de la mujer la que parece haberla sometido al hombre; en la mayoría de los lugares contribuyó a ello también la excitabilidad más acentuada del hombre, su astucia, y en general la estructuración más móvil y delicada de su alma, con algunos otros factores. Los orientales, para citar un ejemplo, no pueden concebir cómo pueda haber una libertad tan ilimitada para el sexo femenino en Europa, imperio de las mujeres, sin gravísimos peligros para el hombre. Entre ellos, así dicen, se produciría un desconcierto general si no se delimitara la acción de unas criaturas tan tornadizas y astutas. Para algunas costumbres tiránicas no se alega otra razón sino que las mismas mujeres por su propia conducta se habían merecido en tiempos pasados una ley tan dura para poder salvaguardar la seguridad y tranquilidad de los hombres. De esta manera se explica, por ejemplo, la costumbre inhumana de la India de quemar a las viudas a una con sus maridos difuntos. La vida del hombre, se dice, no hubiera sido segura sin este espantoso remedio de sacrificar la vida de la mujer junto con la suya; y leyendo los relatos de la lasciva y astuta voluptuosidad de las mujeres en esos países, de los maravillosos encantos de las bailarinas de la India, de los harems entre turcos y persas, casi se podría creer algo por el estilo. Los hombres fueron incapaces por igual de salvar de la chispa la yesca inflamable, producto de la opulencia, y demasiado débiles

y abandonados para educar y desenvolver para fines más elevados el engorroso e inmenso complejo de aptitudes y conspiraciones de la mujer. Como bárbaros opulentos y débiles se procuraron su tranquilidad con métodos bárbaros y dominaron a viva fuerza a aquella cuya astucia no pudieron superar con la inteligencia. Léase lo que los orientales y helenos han dicho sobre la mujer y se hallará material en abundancia para explicar la extraña suerte que la mujer corrió en la mayor parte de los climas cálidos. Verdad es que en el fondo toda la culpa la tenían los hombres cuya brutalidad embotada no supo exterminar el mal que trataba de limitar de manera tan torpe, como lo demuestra no solamente la historia de la civilización que puso a la mujer a la par del hombre mediante una educación racional, sino también el ejemplo de algunos pueblos de buen entendimiento aunque sin una civilización refinada. El antiguo germano en medio de sus ásperas selvas reconocía cuanto hay de noble en la mujer y se regalaba con las más bellas características de este sexo: discreción, fidelidad, valor y castidad; mas hay que conceder que vino en su ayuda el clima en que vivía, su carácter genético y todo su sistema de vida. Él y su mujer crecían como las encinas, lentos, indestructibles y fuertes. Faltaban en su país los encantos seductores, a la vez que la costumbre y la necesidad estimulaban la virtud. ¡Hija de Germania, considera la gloria de tus antepasados y esfuérzate por imitarlos! De pocas naciones canta la historia las glorias que se narran de la tuya; entre pocas, también, honró el varón las virtudes de la mujer como lo hizo en la Germania más antigua. Esclavas son las mujeres de la mayor parte de los pueblos que viven con una constitución similar; amigas y consejeras eran tus madres, y las nobles entre ellas siguen siéndolo hasta nuestros días.

Hablemos, pues, de las virtudes de la mujer tal como se manifiestan en la historia de la humanidad. También en los pueblos más salvajes la mujer se distingue del hombre por una mayor ternura servicial, por su afición a los adornos y la belleza; características éstas que son reconocibles aun donde la nación se bate en las inclemencias del clima y las mayores penurias. En todas partes la mujer se adorna, y por escasos que sean los atavíos disponibles en algunos lugares, siempre la fértil tierra le brindará en la primavera algunas florecillas, mensajeras de las estaciones más pródigas por venir. El aseo es otra de las virtudes femeninas a la que se ve impulsada por naturaleza y la tendencia de agradar. Las disposiciones y las leyes y costumbres, muchas veces exageradas con que todos los pueblos y naciones trataron de aislar y volver inofensivas las enfermedades propias de las mujeres, podrían avergonzarse a más de una nación civilizada. Gracias a ello no conocían ni conocen buena parte de las debilidades que entre nosotros son tanto efecto como causa de la

triste decadencia que nuestras mujeres opulentas y enfermas propagan a una prole desgraciada. Mayores elogios aún merecen su paciencia y mansedumbre, la diligencia hacendosa e incansable con que el sexo débil se distingue en todas partes donde el abuso de la civilización no haya cundido. Con serenidad soporta el yugo de la superioridad brutal del hombre con su afición a la haraganería y pereza le impuso, cuando no recibió este estado de cosas como costumbre heredada de sus mayores. Los pueblos más miserables ofrecen en esto los ejemplos más notables. Nada hay de ficticio en el hecho de que en muchas regiones sea preciso obligar a contraer la pesada carga del matrimonio a la hija llegada a la edad núbil. A menudo se escapa de la choza y huye al desierto; con lágrimas acepta la corona de desposada, porque es la última flor de su juventud libre y juguetona. La mayoría de las canciones de esponsales de tales pueblos son de estímulo, de consuelo mezclados con lamentaciones de las cuales nos mofamos porque ya no somos capaces de sentir su inocencia y su verdad. Tiernamente le da el adiós a todo cuanto amaba en su juventud; cual difunta deja la casa paterna para perder hasta su nombre y pasar a ser propiedad de un extraño que tal vez será su tirano. El don más preciado que posee un ser humano: la posesión de su persona, su libertad, su voluntad y acaso su misma vida y salud se lo tiene que sacrificar, y todo esto por unos encantos que la casta virgen desconoce aún y que tal vez se perderán muy pronto en un piélago de molestias y sufrimientos. Por fortuna, la naturaleza ha provisto y adornado el corazón femenino con una comprensión increíblemente arraigada y tierna del valor personal del varón. Este sentido le permite también soportar su dureza; le gusta tanto ponderar en alas de un dulce entusiasmo todo cuanto ve en él de noble, grande, valiente y extraordinario; con interés conmovedor escucha los relatos de las hazañas varoniles que a la noche le hacen olvidar las penurias de la jornada y la hacen sentirse orgullosa de pertenecer a un hombre tan distinguido, si ya no puede evitar el pertenecer a alguno. El amor a lo romántico que le es peculiar al carácter femenino, es, pues, un don benéfico de la naturaleza, un bálsamo para ella y un estímulo para el hombre cuyo galardón más preciado en todos los tiempos ha sido el amor de la mujer.

Consideremos, finalmente, el dulce amor maternal que otorgó la naturaleza a este sexo. Este amor parece casi independiente de la fría razón, y muy lejos de toda aspiración egoísta que especula con la recompensa. La madre ama a su hijo no por ser éste amable sino porque es parte viva de su propio ser, el hijo de su corazón, el calor de su propia alma. Por esto se le conmueven las entrañas con su aflicción y su corazón palpita más a prisa con su dicha; y su sangre corre más serena cuando el hijo sigue unido a ella a través de los

pechos que le amamantan. Este instinto maternal domina en todos los pueblos no pervertidos; el clima que modifica todas las cosas, no pudo nada contra él; sólo un estado de la más abyecta perversión de la sociedad pudo hacer aparecer a los ojos de sus integrantes que los halagos del vicio sean más dulces que esta dulcísima pena del amor maternal. La groenlandesa amamanta a su hijo hasta el tercer y cuarto año, porque el clima no le brinda una alimentación apropiada para niños; y con paciencia condescendiente soporta todos los caprichos de la naciente petulancia varonil. La negra cuyo hijo es atacado por alguna bestia se arma de un valor y fuerzas que superan a los del hombre; con asombro y estupefacción se leen los ejemplos de la generosidad materna con el más completo desprecio de su propia vida. ¡Y qué si la muerte arrebató a la tierna madre, que nosotros llamamos una salvaje, su mejor consuelo, la joya y el centro de su vida! Léase en Carver<sup>1</sup>, la lamentación de la nadovesa que acababa de perder a su marido y su hijo de cuatro años; el sentimiento que la domina está por encima de toda descripción. ¿Qué sentimiento de auténtica y femenina humanidad falta, pues, a estos pueblos, si no es que la indigencia, la triste necesidad, un pundonor malentendido o una costumbre bárbara heredada los desvía alguna vez por un camino equivocado? La semilla de los sentimientos más nobles y elevados no sólo se halla en todas partes, sino que está desarrollada también en todos en la medida que el sistema de vida, el clima, las tradiciones o el carácter peculiar del pueblo lo permitieron.

Si esto es así, no irá el hombre en zaga a la mujer; y en efecto, ¿cuál es la virtud varonil que no haya florecido en algún lugar de la tierra? La primera virtud del hombre, parece que es el coraje de dominar la tierra y disfrutar de la vida no sin acción, pero libre y con cierta austeridad. Esta virtud es la que se ha desarrollado más amplia y variadamente, ya que casi en todas partes obligaba a ello la necesidad, y cada una de las zonas de la tierra le confirió un matiz propio. Pronto, pues, el hombre vino a buscar la gloria en el peligro y la victoria representaba la joya más preciosa de su vida. Del padre pasó esta inclinación al hijo, la educación la fomentaba desde la niñez y la disposición psicológica se hizo hereditaria en pocas generaciones. Los ladridos de la jauría y el llamado del cuerno hablan al cazador nato en un idioma que nadie sabe captar como él; las primeras impresiones de su infancia se asocian a este conjunto y no es raro el caso de que el rostro típico del cazador y la mentalidad cazadora se hereden de generación en generación. Lo mismo acontece con los sistemas más libres de vida de los pueblos activos. Las canciones de un pueblo son los testigos

<sup>1</sup> CARVER, *Reisen*, p. 338, etc.